

VERSION E-BOOK PDF · REVISADA POR EL AUTOR

# UMA SOONA

## LAS HIJAS DE LA LUNA



JULIO GARCÍA ROBLES



EDICIÓN ESPECIAL REVISADA POR EL AUTOR  
VERSIÓN PDF E--BOOK

El futuro de Virginia Landis, una joven agente del FBI recién salida de Quantico, comenzó a fraguarse hace 3.500 años, cuando la avanzada civilización atlante entrelazó su destino con el de una mítica estirpe de mujeres guerreras.

En un reino llamado a ser imperio, gobernado por el bronce y la fuerza, donde el honor es ley y las ambiciones ocultas afloran sembrando la muerte; Évenor, hijo de Argan, rey de reyes, deberá enfrentarse a los terribles demonios de un mundo desconocido, en el que una mujer se rebelará contra la tiranía, alzándose como guerrera y descubriendo el secreto de su existencia.



## CAPÍTULO I · BAUTISMO DE FUEGO

California (Estados Unidos), 14 de agosto de 2010, 06:00 a.m.

Con las primeras luces del alba cuatro botes de humo atravesaron las vidrieras de un discreto apartamento a orillas del lago Tahoe. Una coordinada explosión reventó la puerta principal y la paz del santuario natural. Varios agentes federales, con uniforme de asalto y máscaras antigás, entraron identificándose entre gritos.

—¡FBI! ¡Quietas las manos! ¡Arriba! —exclamaron conforme avanzaban rápidamente, buscando y derribando puertas.

En un cuarto desordenado y decorado con pósteres de Bob Marley y el Ché Guevara, roídos por el tiempo y la polilla, tres jóvenes dormían sobre unas literas estrechas sin enterarse de nada, envueltos en un penetrante olor a sudor y *Cannabis*. Los despertaron con un fuerte golpe en la puerta y la punta de las armas apuntando sus rostros; desconcertados, alzaron las manos con la mirada baja, esquivando la cegadora luz de las linternas.

En la habitación contigua, sobre una enorme cama de matrimonio, un hombre mayor, rubio y entrado en kilos, levantó los brazos de inmediato al verse encañonado por rifles de asalto M4. Tras él, una hermosa joven de cálida piel morena, intentaba ocultar su desnudez mientras miraba de reojo la automática que descansaba sobre la mesita de noche, entre una botella de Jack Daniels y un pequeño espejo con varias rayas de cocaína. No se atrevió a empuñarla.

Rodeando la casa, tres agentes vestidos con traje negro, corbata a juego y embutidos en ajustados chalecos antibalas, vigilaban cualquier posible vía de escape. En la entrada principal, el capitán Harris, con el intercomunicador en la mano, esperaba confirmación del grupo de asalto. Era un hombre alto y delgado, con el pelo entrecano y los ojos de un azul claro casi gris; en su curtido rostro se reflejaba la experiencia y el desgaste de su larga carrera policial. Con sus cincuenta y pocos

años aparentaba más de sesenta. William Vence, mano derecha de Harris y uno de los agentes más respetados de la última promoción de Quántico, empuñaba su Colt Government .45 junto a él.

Ambos observaron cómo, cubiertos con unas sábanas, la pareja detenida era empujada fuera de la habitación. Los tres desconcertados jóvenes, arrodillados en el estrecho pasillo, de cara a la pared y con las muñecas esposadas, tosían mientras se dispersaban los gases lacrimógenos.

—Capitán, hemos detenido a cinco sospechosos —comunicó uno de los agentes de asalto por su frecuencia.

—“La familia feliz” son seis. Debe haber otra persona en el interior. Todavía falta un sujeto —respondió Harris.

Un ruido en el cuarto de baño alarmó a la agente Virginia Landis, que recorría el pasillo con el ceño fruncido y mordiéndose levemente el labio inferior; sentía que el uniforme le quedaba grande y que el chaleco antibalas le oprimía el pecho en exceso.

Este era el primer asalto en el que participaba desde que salió de la Academia de Quántico y no quería decepcionar a nadie en su bautismo de fuego. Levantó el puño advirtiendo a su compañero que, en total silencio, se acercó de inmediato. Henry era un veterano impasible y paciente, a punto de jubilarse, al que los novatos veían como un modelo a seguir.

—¡Abra! ¡FBI! ¡Queda detenido! —exclamó Virginia, encañonando la puerta.

La única respuesta fue el sordo crujido de unos cristales rotos. Henry cargó con fuerza astillando el marco. Virginia le propinó una patada a la cerradura y la puerta se abrió de par en par. Subida al inodoro, una anciana de corta estatura, rasgos peruanos, tintes de chamán y entrada en kilos, intentaba huir por la pequeña ventana del aseo.

—¡Quieta ahí! ¡Baje del váter ahora mismo! —ordenaron los federales.

—¡No, no me encerraréis! ¡Malditos! —gritó la anciana sacando parte de su cuerpo por el ventanuco.

Henry la agarró por la cintura, intentando retenerla mientras la vieja pataleaba furiosa. En el forcejeo, ambos cayeron de lado sobre el inodoro, arrastrando las toallas del lavabo y arrancando la cisterna. Empapado por el escape de agua, el agente se arrancó la máscara antigás.

—¡Maldita sea! —le gritó—. ¡Estese quieta, señora! ¡No tiene escapatoria!

—¡Dejadme! ¡Malditos bastardos! —vociferó la mujer.

La anciana se revolvió, sacó de su cintura un cuchillo de cocina y lo alzó dispuesta a clavárselo al agente. Virginia le apretó en la frente el cañón de su arma reglamentaria.

—Quieta o le vuelo la cabeza —advirtió con tono suave pero contundente mientras sacaba de su cinto las esposas.

La anciana soltó el cuchillo y volvió la vista. Tras la máscara antigás, vio la mirada penetrante de la muerte en los hermosos ojos azules de la joven agente. Estremecida, se dejó detener sin oponer más resistencia. Todo había terminado.

—Capitán, la vivienda está controlada; el sexto sospechoso ha sido detenido —comunicó Henry, saliendo al pasillo con la anciana esposada y cabizbaja.

Cinco minutos después, el capitán Harris se paseaba por la vivienda observando satisfecho a su alrededor, limpiándose las gotas de sudor que recorrían su frente. La operación Toro había sido un éxito. Los agentes de asalto se quitaron las máscaras y, bajo la atenta mirada del capitán, comenzaron el metódico registro de cada habitación: notas, documentación, teléfonos móviles...

—Capitán, venga. Aquí hay mucho más de lo que esperábamos... ¡Es increíble! —exclamó la agente Jennifer; una mulata de baja estatura y largo flequillo que, nerviosa, observaba el hallazgo desde una de las habitaciones que daba a la parte de atrás.

—Avisa a la central, que envíen refuerzos para retirar esto —ordenó Harris con las cejas alzadas ante tamaña sorpresa.

En aquella salita, con largas cortinas color sepia cubriendo las ventanas, se encontraba una mesa de unos cinco metros, rodeada, en suelo y paredes, por anchos plásticos transparentes. Sobre esta, el polvo blanco, cortado, se extendía en sinuosas montañas como si fuera inocente talco, acompañado de tres pequeñas pesas de precisión, una caja de diminutos sobrecillos y grandes paquetes que esperaban, junto a un reloj y dos subfusiles Uzi, el inicio de la jornada.

Habían sido dos largos años de investigación, tensión y desaliento, trabajando en colaboración con la DEA tras la pista de Santos Montoro; un peligroso criminal buscado en medio mundo y un número uno del narcotráfico, la trata de blancas y la venta ilegal de armas. Tras miles de dólares gastados en confidentes y la muerte de uno de los dos infiltrados entre los sicarios de la banda, Harris había podido al fin desmontar su mayor centro de distribución de cocaína, confiscando un buen alijo y golpeando a Montoro donde más le dolía.

En la parte derecha y a través de una estrecha puerta, Harris entró en un lujoso despacho. Observó con atención la ovalada mesita central, dos enormes pantallas de plasma y una barra de bar estilo modernista. En el suelo, al final de la barra, justo al lado de un extravagante sillón de cuero moteado, descansaba un viejo baúl de madera elaboradamente labrada. Su arcaica talla y sus rudimentarias bisagras, ya oxidadas, no cuadraban en aquel lugar, donde todo era plástico y tecnología moderna, mandos a distancia y frío metal. Abrió el baúl y se quedó sin habla. Con un gesto de sorpresa alzó la vista para cruzarla con la de la agente Jennifer, que de pie tras él sonreía asintiendo con la cabeza. Metió la mano dentro y, levantando una ceja, alzó una alargada barra de oro puro sin marcar.

—Está lleno de lingotes. Debe haber más de trescientos —aseguró, estirando los labios, atónito.

Los agentes entraron, uno tras otro, al despacho para ver aquel increíble tesoro encerrado en el viejo cofre. Era sin duda algo excepcional que se unía al enorme alijo de cocaína decomisado. Aquello daba otra dimensión al éxito de la operación y todos querían sentirse partícipes del momento.

Virginia, con la máscara antigás y el casco colgando de la cintura, mantenía su arma aún en la mano, mirando inquieta hacia todos lados. Entró en el despacho, se acercó a sus compañeros y examinó el contenido del baúl. Se pasó la mano por el rostro y volvió a mirar con los ojos bien abiertos. Luego, frotándose enérgicamente la frente regresó a la sala donde se hallaba el alijo, observando cada detalle.

Todo aquello no le encajaba, una extraña sensación en su interior la impedía relajarse. La cálida luz de la mañana se filtraba a través de las ventanas iluminando las dunas de polvo blanco que descansaban sobre la mesa. Se colocó unas gafas oscuras y tomó uno de los espejos que se hallaban junto a las pequeñas balanzas. Observando el rastro dejado por discontinuas rayas de cocaína y numerosas huellas de dedos húmedos, advirtió tras ella un exiguo reflejo, seguido de una sombra en movimiento y un pequeño crujido. Rápidamente se dio la vuelta y, con la pistola amartillada, avanzó firme hacia el ventanal, apuntando a cada rincón de la vidriera.

—¿Ha visto algo? —preguntó Harris desde el despacho.

Durante unos segundos sus compañeros la observaron en silencio. La joven agente aguzó el oído intentando escuchar algún movimiento en el exterior. Nada. Sintióse observada, bajó el arma haciéndole una tímida mueca a su capitán.

—Me ha parecido ver una sombra —confesó, inquieta.

En ese momento cayó un vidrio de la ventana produciendo un sonido agudo al quebrarse en varios fragmentos. Virginia, rápidamente, giró la cabeza y apuntó de nuevo con su arma hacia la cristalería.

—Tranquila, no te pongas nerviosa, solo es un inofensivo cristal —dijo Jennifer, tratando de calmar la inquietud de la joven agente.

—¡Novata! —exclamó otro de los agentes, observándola con una mal disimulada sonrisa.

—No, ya veo, no era nada —apuntó Virginia, relajándose. —No sé, capitán. En el informe del infiltrado no se comenta nada del oro. ¿No resulta extraño que no estuviera mejor protegido? Montoro debía estar cerrando un gran negocio y...

No pudo terminar la frase. El repentino martilleo de un subfusil Uzi estalló en la habitación a través de la ventana y Harris cayó abatido por un impacto en su muslo derecho.

—¡Al suelo! ¡Todos al suelo! —gritó Henry agachándose junto al herido. —¿Está bien, capitán?

—¡Salgamos de aquí! ¡Hacia el pasillo!

Mientras se ponían a cubierto, respondiendo a ciegas con sus armas, las balas atravesaban las montañas de polvo blanco, incrustándose en las paredes de aquel laboratorio clandestino.

—¡Por Dios, William! ¡Por qué no nos han avisado? ¿Dónde está el equipo exterior? —gritó Harris, tapándose la herida con una mano.

—Capitán, desde mi posición veo a tres hombres armados en el exterior. Pero deben ser al menos cinco —la voz de William sonó por el comunicador—. Estamos atrapados. Un agente ha caído y dos de los arrestados han sido alcanzados.

Virginia se asomó al pasillo. Henry y Jennifer ayudaban a los detenidos a ponerse a salvo en una de las habitaciones. La puerta principal estaba abierta. Los cuerpos de dos agentes del equipo exterior estaban tendidos cerca de la entrada.

—¡La salida principal está tomada! ¡Dos agentes han caído y también han herido al capitán! —gritó Virginia desde la puerta.

—¿Quiénes demonios son? La “rata” nos aseguró que no habría nadie más —exclamó William desde otra habitación.

—Deben ser sicarios de Montoro que vienen a recoger el oro —afirmó Harris, ladeando la cabeza, maldiciendo su suerte mientras cambiaba el cargador de su automática—. Tenías razón, Virginia. No era lógico que estuviese tan desprotegido ese oro. Maldita sea, nos hemos metido en la boca del lobo...

—Quieren el oro y vienen a por él —respondió Virginia, asomándose por la esquina de una pequeña ventana.

—¡Jennifer, pida refuerzos! ¡Rápido! —ordenó Harris.

En ese momento, una bala hirió el cuello de Jennifer, que se desplomó malherida junto a Virginia, la cual notó el calor de las gotas de sangre salpicándole en la cara. Y quedó confusa, observando el cuerpo inerte de su compañera. Arrastró las gotas con dos dedos y se recreó en su intenso color rojo carmesí. Deslizó por encima su pulgar, frotando la sangre mientras resbalaba por las yemas de sus dedos, y notó cómo una sensación de furia calmada se iba apoderando de ella.

Se irguió decidida, se quitó las gafas oscuras y las dejó sobre una pequeña mesita. Se deslizó por el pasillo observando a sus compañeros. Varios de ellos se retorcían en el suelo, malheridos. William, sentado y con la espalda apoyada en la pared, apretaba los dientes mientras un agente le vendaba una herida del brazo.

—¡Henry! —susurró Harris, mientras observaba a Virginia. Hizo un gesto de calma con la mano y le indicó que pidiera refuerzos.

En ese instante, seis hombres armados entraron en la casa por la puerta principal disparando a discreción, una lluvia de plomo se desató en el interior del apartamento. Uno de los proyectiles alcanzó a Henry en la rodilla; se tumbó con el rostro descompuesto por el dolor y, con sus últimas fuerzas, vació su arma abatiendo a dos de ellos.

Desde su posición, Virginia observaba el resplandor de los disparos. Uno de los sicarios entró en su ángulo de visión y, al ver que apuntaba a Henry, disparó por primera vez en su vida contra otra persona. El hombre cayó fulminado por un certero impacto en el corazón. La joven agente, conmovida por un segundo, sintió como esa extraña excitación que recorría su cuerpo se apoderaba de ella.

Un destello a la altura de su cabeza, desde la ventana, llamó su atención y ladeó rápidamente la cara; a un dedo de su frente, en la pared, se incrustó una bala, salpicando de arenilla sus ojos y labios. Rápidamente alzó el arma y disparó por dos veces. Aquel asesino no tendría una nueva oportunidad.

En ese momento entraron varios sicarios abriendo fuego contra ella. Desde el fondo del pasillo, Henry disparó por tres veces.

—No les será fácil llegar hasta el oro —afirmó.

Una bomba de mano entró por la ventana de la salita y rodó por el suelo parándose con un leve toque en el pie de Virginia. Harris la miró aterrado, pero la agente, con un rápido movimiento, la arrojó a la sala contigua, donde se hallaba el alijo de droga y se lanzó al suelo. La inmediata explosión destrozó la vidriera y abrió un gran hueco en la pared que daba a la parte trasera del apartamento. Entre la densa nube de humo y cocaína Harris maldecía, quitándose de encima cascotes y escombros.

Virginia observó el hueco abierto, apoyó su mano en el hombro de William, para levantarse, y se dirigió hacia Harris.

—¡Vamos capitán, salgamos de aquí! —exclamó, alzándole del brazo y haciéndole salir a través del hueco.

Alcanzaron el jardín que rodeaba la vivienda. Sentada en el suelo, miró la herida de Harris y tomó el pañuelo que a él le asomaba por el bolsillo de la chaqueta, cubrió la herida y lo apretó en forma de torniquete, de forma metódica, tranquila, como ausente de aquella realidad de muerte, mientras observaba los arbustos que rodeaban la zona.

—No es grave, la bala salió limpia —aseguró.

Harris asintió, apretando el nudo de su pañuelo enrojecido por la sangre.

—¡Dios, que salgan todos de esa madriguera! —exclamó—. ¡Cúbranles!

Virginia se asomó con prudencia por el boquete de la pared y llamó a William, que le miró desde el suelo, con un sabor amargo en la garganta, limpiándose los ojos y la nariz de polvo blanco.

—Por aquí, rápido! ¡Salid por aquí!

Las balas volvían a silbar sobre ellos, desde aquella ventana y la puerta principal. Los sicarios se habían hecho con el cofre de oro, desprotegido tras la explosión, y cubrían su retirada.

Virginia, con un gesto serio, de rabia contenida, miró a Harris, el cual permanecía a salvo, apoyado detrás del tronco de un grueso árbol, apretando el pañuelo sobre su herida; y comenzó a rodear el apartamento, bajo la atenta e incrédula mirada de su capitán.

—¿Dónde se supone que va? ¡No, no vaya sola! ¡Espere a los refuerzos!

Ella no le escuchó y avanzó rápido, en silencio, perdiéndose entre la vegetación. Harris intentó seguirla, arrastrándose por el suelo, sin parar de menear sus mandíbulas, dejando un pequeño rastro de sangre y con el arma en la mano. Sufría por la vida de Virginia, pues se temía lo peor.

La joven agente continuó rodeando el apartamento, hasta llegar detrás de un grupo de hombres armados, donde permanecían ocultas dos furgonetas marrones y un lujoso coche de cristales oscuros. Observó los cuerpos de dos compañeros, sorprendidos y asesinados, y a los sicarios. Eran cinco, vestidos con buenos trajes y armados con subfusiles y recortadas. Un pequeño crujido le hizo girarse hacia atrás y vio a su capitán, que apoyado en un árbol negaba con la cabeza.

—La matarán, regrese... —ordenó en voz baja, insistiéndole con la mano.

Sin obedecer, salió de los arbustos, avanzando rápido pero sin correr, al descubierto. Soltó el Colt reglamentario, abrió su chaleco antibalas y empuñó una Bren Ten 10 mm que llevaba oculta bajo la chaqueta del uniforme. La sangre parecía hervirle en las venas con una plácida sensación que la poseía. Sin mediar palabra, disparó sobre uno de ellos, el que se encontraba más cerca. Cayó al suelo con los ojos y la boca desencajada, dejando caer de sus manos la humeante Uzi.

Sorprendidos, los sicarios volvieron sus rostros. Virginia clavó la rodilla en el suelo, levantó rápidamente el subfusil y vació el cargador sobre los desprevenidos narcos que se hallaban de espaldas a ella, mirándola incapaces de reaccionar. Agotada la munición, lanzó la Uzi al aire y disparó su arma contra el hombre que se hallaba apostado en la ventana del apartamento. Había salido corriendo, pero la bala de la Bren Ten 10 mm le alcanzó reventándole el pecho. Luego, apuntó al coche, acercándose con paso firme, rápido, con el dedo en el gatillo.

Una de las furgonetas arrancó y se dispuso a embestirla, pero dos balas atravesaron el parabrisas del vehículo cuarteando el cristal y tiñéndolo de rojo. La precisión de su potente arma dejó al conductor y a su acompañante muertos en el acto. El vehículo, sin rumbo, pasó lentamente por su lado. Ella, sin dar un paso atrás y con su arma alzada, observó serios los rostros sin vida que había segado.

El sonido de las sirenas de los coches patrulla llegó hasta la casa. Los refuerzos no tardarían en llegar. Por el aire se acercaba el helicóptero de un comando SWAT.

—¡Al fin! —exclamó Harris.

—¡Les habla el capitán Harris, del FBI! —gritó dirigiéndose a los asaltantes—. ¡Están rodeados! ¡Depongan las armas y ríndanse ahora!

El martilleo de los percutores cesó de repente y se hizo un silencio absoluto.

—¡Dejen las armas en el suelo! —insistió Harris.

Al cabo de unos segundos una voz llegó desde el salón principal.

—¡Está bien, cabrones, nos rendimos!

Los tres asaltantes lanzaron sus armas al suelo, dejaron el cofre y salieron con los brazos en alto. Sin nadie que les apoyara desde afuera, estaban perdidos.

—¡Al suelo, al suelo! —les ordenaron los agentes federales, cubiertos de polvo blanco y por la sangre de sus propias heridas.

Mientras descendía el helicóptero, los hombres de abordaje se preparaban para saltar sin dejar de observar con interés cómo aquella joven de larga melena negra, alzada al aire por el remolino que levantaban las aspas, mantenía su arma firme, apuntando a la luna de atrás del lujoso coche.

De pronto, la ventanilla delantera del vehículo bajó cuatro dedos y dos disparos sonaron. Virginia, viendo el brillo del arma esquivó la muerte por pocos centímetros, girando la cara e inclinando levemente su cuerpo hacia atrás. Una bala le rozó el cuello y la segunda pasó ante sus ojos reflejando un destello mortal en sus pupilas. Echándose una mano en la rozadura, comenzó a disparar de inmediato hasta introducir su Bren Ten 10 mm por la ventanilla. La sangre salpicó su rostro; apretó

los dientes y disparó por dos veces más. Luego, abrió la puerta trasera y sacó a punta de pistola a su ocupante, tirándole del pelo con fuerza.

—¡Es Santos Montoro! ¡Esa agente está loca, lo va a matar! —gritó un SWAT desde el helicóptero.

—¡No, Virginia, no dispare! —gritó Harris, que se acercaba ayudado por Henry y William.

La agente continuó apuntando al criminal, inmóvil y rígida como una estatua de piedra. Todo su ser le pedía que apretara ese gatillo.

—¡Baje el arma! ¡Le queremos vivo! —le ordenó el capitán.

Varios SWAT descendieron del helicóptero, dispersándose rápidamente por la zona para asegurar el perímetro y socorrer a los hombres del interior del apartamento.

—¡Agente, le queremos vivo! —insistió el capitán del comando SWAT, acercándose a ella.

Virginia, sin mover su arma de la frente de Montoro, giró su vista sobre el capitán, el cual notó cómo, a través de esos hermosos ojos azules, el frío destello de la muerte penetraba en él. Y dio un paso atrás.

—Míreme, Virginia. Todo acabó —le susurró Harris.

Virginia respiró con fuerza y, presionando con la punta del cañón sobre la frente de Montoro, apretó el gatillo. El sonido del arma sin munición resonó en la mente del detenido como una burla mortal haciéndole caer al suelo, de rodillas, con una sonrisa descompuesta, agónica.

William lo esposó de inmediato, alejándolo de la agente y le leyó sus derechos ante varios SWAT y agentes del FBI; los cuales observaban impresionados la escena, los sicarios caídos y a la joven novata que los había abatido.

Harris asintió con la cabeza. Con un extraño gesto de desaprobación se apoyó en William y se dirigió al helicóptero para ser evacuado junto con los demás heridos.

Tras observar cómo Santos Montoro era introducido en uno de los coches patrulla, Virginia cargó y guardó su arma. Luego, entró de nuevo en la casa. Observó a unos agentes que sacaban a empujones a los detenidos, mientras otros cubrían los cadáveres y atendían a los heridos. En la salita, recogió sus gafas oscuras que permanecerían sobre la mesita, cubiertas con una tenue capa de polvo blanco. El martilleo de los percutores había cesado, la neblina se dispersaba y la luz del sol inundaba por completo las habitaciones llenándolas de calor. En el despacho, varios agentes precintaban el cofre con el oro, preparándolo para su transporte; en el suelo, un fina capa de cocaína ocultaba los cristales y la sangre de aquella agitada mañana.

La anciana detenida, acompañada por un agente, se cruzó con Virginia, fijándose en sus hermosos ojos azules.

—¡Tú! ¿Quién eres? ¿Ángel o demonio? —le preguntó—. ¡Te conozco! ¡Tus ojos son el reflejo de la Parca cierta!

La agente no respondió, no tenía nada que decir. Pero, observando la mirada desquiciada de la anciana, comenzó a sorprenderse de lo que había hecho. Aquella plácida y extraña sensación que abrasaba sus venas había desaparecido. Una paz interior la colmaba. Abrió y cerró las manos, mirándolas como si no las reconociese. Después, se puso las gafas oscuras y salió de la vivienda.

—¡Vamos, sube! —exclamó William, ofreciéndole la mano desde el helicóptero que trasladaba a los agentes heridos, el cual se alzaba unos palmos.

Ya en el aire, la agente ocupó un asiento al lado del capitán Harris y, fijando la vista en Jennifer, que permanecía inconsciente, tumbada con el cuello vendado y protegido, y se interesó por sus compañeros heridos. William le sonrió un tanto escéptico con lo ocurrido y asintió con una negación.

—Escucha, Virginia, quería darte las gracias. Pero me preocupa... —comentó Harris, con un tono familiar, relajado.

—No se preocupe capitán, parece que no estaban dispuestos a dejarse atrapar tan fácilmente. Aunque no creo que nos estuvieran esperando, Montoro no se hubiera arriesgado de tal forma...

—Calle y escúcheme —le cortó Harris, enfadado—. No ha acatado mi orden y puso en riesgo su vida. Pero lo que más me preocupa es que la he visto matar a... ¿Cuántos hombres han sido? ¿Siete, ocho? Afirmaría que no ha sido algo que le vaya a traumatizar en absoluto. Nadie diría que es la primera vez que dispara contra un ser humano. Ha perdido su inquietud de novata tras matar al primer sicario y eso no es normal.

Ella bajó la mirada.

—Estamos vivos, capitán —contestó fríamente, tras reflexionar unos segundos.

Y se quedaron en silencio mientras el helicóptero se alzaba sobre los bosques de Tahoe, en dirección a Los Ángeles.

—Trece. Han sido trece —pensó Virginia.



## CAPÍTULO 2 · DE QUÁNTICO A LA FE, VALENCIA

Tras la detención de Santos Montoro, Virginia Landis pasó de parecer una novata nerviosa, a ser una agente respetada en el FBI. Había salvado la vida de su capitán, y también la de sus compañeros. Además, había impedido que aquellos sicarios recuperaran el oro a la vez que detuvo a uno de los criminales más buscados del momento. En las oficinas corría la voz de que no solo sería condecorada por su valor, sino rápidamente ascendida. No en vano había recibido, en persona, la felicitación de las mayores autoridades del país, entre ellas la del presidente Obama. Sin embargo, durante varias noches ella no pudo dormir pensando en esa extraña sensación que tanta emoción le dio, en las vidas que había agotado y en las palabras de la anciana con apariencia de chamán.

No pasó mucho tiempo, apenas dos semanas, hasta que, bastante recuperado de su herida, el capitán Harris la llamó a su despacho.

—Pase, siéntese. He estado revisando su historial. No ha encontrado mucho apoyo en su carrera policial. De hecho, fue rechazada. Pero veo que tener por madre a una héroe ayuda para ingresar en Quántico: Eva Landis, capitán de Marines y muerta en combate, en Irak. Usted todavía era una niña.

—Capitán, para mí fue una sorpresa ser admitida en la primera ocasión en que tramité la solicitud para ingresar en el FBI. Pero yo siempre lo di todo y nunca lo mencione.

—Pues en su informe oficial es lo primero que se resalta; habla más de ella que de usted.

Virginia quedó en silencio, extrañada. El capitán siguió con sus palabras, observando aquellos documentos.

—Es extraño, cursó Ciencias e Historia... ¿Por qué lo dejó?

—Recuerdo a mi madre con su uniforme, era mí héroe. Quise seguir sus pasos

pero creí mejor un cuerpo policial a uno militar. No quería morir en un país extraño... por nada, como ella. Además, nunca se me dieron bien las matemáticas.

Harris la miró en silencio por un momento y continuó.

—¿Ha visto el informe médico y la evaluación del psicólogo que le asignaron?

—No, señor. Tengo entendido que es información reservada.

—Yo le resumo: su estado de forma es excepcional, ha superado todas la pruebas físicas; su mente limpia es capaz de analizar hasta el último detalle oculto en una habitación con una mirada y tiene la mejor puntuación en puntería de toda su promoción, con cualquier arma. Aunque era popular en la Academia, su carácter tímido, serio y reservado no le ha proporcionado muchos amigos. Solo presenta afinidad por William Vence, su compañero de promoción. No existe otra relación latente con ningún conocido... Eso dicen estos papeles.

—William se preocupa por mí y eso me gusta.

—Ya veo. El caso es que el informe concluye en que su carácter introvertido oculta una ira contenida imprevisible, algo incompatible con su acceso a la Academia. Usted nunca debió entrar en el FBI.

Virginia se sintió traspuesta, desilusionada, dolida y su mentón tembló.

—Aun así está usted aquí. No voy a negarle que yo mismo apoyé su ingreso en mi equipo, viendo su determinación y sus excelentes progresos en la Academia. Pero ahora ya no la veo como una joven ilusionada que quiere ser defensora del orden y la ley; sino como un serio peligro, especialmente en la calle con un arma. Temo que ante cualquier incidente dispare sin más y muera gente inocente.

—Pero señor, yo...

—No se preocupe, no la voy a cesar. Quién permitió que entrara en la Academia ya se ha ocupado de que sea intocable. Su fama en el Pentágono va más allá de lo lógico tras la detención de Montoro. Temo por usted y por lo que pueda pasar —afirmó Harris, todavía incapaz de olvidar aquella mirada penetrante de Virginia que hizo temblar al mismísimo Montoro y dar un paso atrás al capitán de los SWAT.

—¿No confía en mí? ¿Por eso que me mantiene en la oficina?

—¿Sabe por qué le he hecho llamar? —le preguntó, sin contestarle, cerrando el expediente y dejándolo sobre la mesa.

—Después de lo que me ha hecho saber, no sé, mi capitán. Dicen que una medalla del Congreso es para mí...

Harris la miró pensativo, se levantó y la invitó a sentarse.

—Sí, eso dicen. Pero digamos que no está aquí por ello. Tenga, es un billete de avión para España, sale en el vuelo de esta noche.

—¿Pero...?

—Su abuela María está muy enferma, acaban de ingresarla en el hospital La Fe, en Valencia.

Virginia se quedó muda, sin respuesta alguna.

—Sabe usted donde está Valencia, ¿no? Y quién es su abuela.

—¿Mi abuela?

—Usted va a tomarse unas vacaciones, la visitará y descansará unas semanas lejos del servicio activo. Le vendrá bien.

Virginia, sorprendida y contrariada, pensó en su querida abuela. Hacía más de una década que no la había visto. No sabía nada de ella desde que regresara a España tras la trágica muerte de su madre en aquella traidora emboscada. Apenas la recordaba. Solo le venían a la memoria los divertidos juegos de guerra y las batallas increíbles que le contó durante su infancia. Había tenido mucho que ver en su decisión de ingresar en la academia del FBI, en su afición por las armas y por las artes de guerra. Pero no se llevaba bien con ella; siempre le recriminó que animara a Eva para que viajara a Irak y que apoyara su carrera militar en el cuerpo de Marines. Siempre la culpó de su muerte.

—Me gustaría mucho visitar a mi abuela y sin duda iré más adelante. Pero ahora acabamos de iniciar una investigación en Los Ángeles, el triple asesinato de esas jóvenes en...

—No se esfuerce... No es cosa mía. Desconozco sus contactos en las altas esferas y quién se ha preocupado en hacerle llegar este billete y las noticias sobre su abuela. La orden procede directamente de Washington DC. Ahora prepárese o perderá el avión y no quisiera tener que acompañarla hasta el aeropuerto.

Virginia se quedó atónita. No conocía a nadie en Washington DC, ni sabía de ningún contacto ni tan siquiera en Quántico. Y, sin embargo, allí tenía su billete de avión con destino a España.

—¿Alguna cosa más, capitán? —preguntó.

—Márchese, aproveche estas vacaciones. Espero que no sea grave lo de su abuela.

La joven agente se levantó del asiento y se dirigió a la salida del despacho y, cuando cerraba la puerta, Harris le habló con voz suave.

—Antes de irse quiero que sepa una cosa. No he solicitado su cese ni la revisión de su expediente. Tampoco la he propuesto para esa medalla, ni tan siquiera para un destino activo. Y no quiero que piense que no se lo merece, ni que soy un desagradecido; de hecho, le tengo que dar siempre las gracias por salvarme la vida... Pero yo la he visto matar, sé que disfrutó y no creo que eso sea bueno, ni que su futuro esté en el FBI.

Ella le miró a los ojos, seria, contrariada, sin saber qué decir.

—No es preciso que por ahora se preocupe, tenga —dijo Harris y, extendiendo su mano, le entregó un sobre.

Virginia volvió a entrar.

—¿Y esto? —preguntó agarrándolo.

—Enhorabuena, agente especial; es su ascenso... y la citación para la entrega de su medalla.

Unas copas de cava valenciano y un pequeño aperitivo en las oficinas del FBI sirvieron como celebración y despedida para Virginia. A pesar de las reservas del

capitán Harris, sus compañeros ahora la tenían en alta estima, incluso le habían preparado una fiesta sorpresa. Algo que la emocionó mucho y le hizo sentirse, por primera vez en su vida, alguien especial. Bromearon sobre su corta edad y el peso de la medalla; de lo grande que le quedaba el uniforme de asalto, de lo apretada que debía sentirse con aquel chaleco antibalas tan ajustado y de lo mal que se sentiría Montoro, pues había sido atrapado y humillado por una joven novata de Quántico.

—Tendrás que pedir una talla que se ajuste a tu figura. Por cierto, ¿falta chaleco o hay mucho pecho? —le preguntó Jennifer, bastante recuperada de su herida, con una sonrisa desenfadada.

William se le acercó ofreciéndole una copa.

—Estarás contenta, mira la que has liado... Es Dominio de la Vega, el mejor cava de España; es valenciano, me costó mucho encontrarlo pero sabía que te gustaría.

Ella le miró sonriendo mientras tomaba la copa.

—Gracias, sé que esto es cosa tuya.

—Dicen que marchas a España unos días.

—Sí, mi abuela... no está bien ¿Tú que vas hacer? Podrías tomarte unos días libres, ¿no? —le preguntó con un tono suave, invitándole sutilmente.

—Me hubiera gustado acompañarte, pero qué dirían nuestros compañeros. ¡Nada bueno! No, en serio, tengo una cita importante que no puede esperar y queda mucho por hacer para atrapar a ese asesino.

—Claro, claro... —murmuró Virginia, un tanto desilusionada.

William era un hombre serio, noble, con valores y eso le gustaba a ella, que se sentía atraída por él. Y un poco celosa se preguntó: ¿Qué cita puede tener?

El agente se dirigió a sus compañeros allí reunidos.

—¡Escuchad, unas palabras! Dentro de unos meses se realizará el acto de entrega de la medalla de Oro del Congreso y en este caso no la recibirá un valeroso veterano, ni un mutilado en una misión especial, sino que será para una joven recién salida de la Academia y eso es algo para celebrar a lo grande. Parece que nuestra distinguida compañera tendrá un futuro muy prometedor en el FBI... Solo queríamos que supieras que te queremos y que estamos contigo.

William alzó su brazo con una copa de cava y brindaron por ella.

Virginia llegó con el tiempo justo, a la carrera, para poder embarcar en el avión, todavía conmovida por su despedida. Si hubiese llevado equipaje para facturar no lo habría conseguido. Apenas había podido celebrar la noticia de su medalla y su ascenso como agente especial. Al final había sido el propio Harris quien había tenido que llevarla al aeropuerto para que no perdiera el avión.

—Gracias, capitán —le dijo, tomando una pequeña maleta, y salió del vehículo.

—Agente, hay algo que debería saber...

—¿Sí?

—Montoro ha puesto precio a su cabeza. Hay una recompensa de 10.000.000\$ para quién acabe con su vida. Esto es muy serio, cuando regrese hablaremos.

Virginia le miró sorprendida, asintió y cerró la puerta. Tampoco tuvo tiempo para pensar mucho, pues la megafonía anunciaba los últimos avisos de embarque para los pasajeros con destino a Atlanta.

Mientras dos azafatas de ajustados trajes azules revisaban su ticket, en la puerta de embarque, un nombre sonó en su mente como un susurro.

—¡Hipólita!

Lo ignoró.

—¡Hipólita! —resonó con más fuerza.

Virginia, sobresaltada, volvió la vista. No había ninguna persona a su lado, pero tras los cristales de la zona de embarque vio a una mujer hermosísima, con unos grandes ojos oscuros, de tonos azulados, clavados en ella.

—Te esperaré —afirmó aquella enigmática mujer sin mover los labios, haciendo que estas palabras solo las pudiera percibir ella.

Virginia pudo observar las cálidas facciones de su singular belleza: un hermoso pelo blanco, sedoso, recogido sobre sí mismo y adornado con una ligera corona floreada; la profundidad de su mirada, cubierta con una sombra de ojos rosácea; y sus labios carnosos, de un color rojizo y que sonreían de forma delicada. Un estrecho chitón púrpura imperial cubría su cuerpo, cubierto por una capa larga, oscura, de bordes argéntea; y vio sus pies desnudos.

—Señorita, por favor, debe embarcar —le apresuró una de las azafatas.

Virginia giró su vista tomando su pasabordo y, al volverla de nuevo, la mujer había desaparecido. No la conocía ni sabía si le había hablado a ella o no. Confusa, entró en el pasillo que le dirigía hacia el avión. Pronto dejó de pensar en ello, tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

El vuelo fue tranquilo. La central de Washintong DC no había reparado en gastos y viajaba en clase business, algo a lo que no estaba acostumbrada. Se relejó una y otra vez la carta oficial de su nombramiento, le encantaba. Se había esforzado tanto para conseguirlo que la emoción le embargaba cada vez que la leía. Tras la escala obligada, quedó dormida en su cómodo asiento. Apenas se desveló un poco en el despegue, para subir la ventanilla del Boeing 767 que se alzaba desde Atlanta con destino a Madrid. El asiento de su lado había quedado vacío.

Una pequeña turbulencia la despertó.

—Hum... ¡La medalla de Oro del Congreso! Agente especial Virginia Landis —le dijo un apuesto joven que estaba acomodado en el asiento posterior al de ella; estirando su brazo le entregaba la carta que se le había deslizado, mientras dormía, de las manos hasta el suelo del avión.

—¡Deme! —exclamó Virginia, arrebatándole la carta con un rápido movimiento.

Aquel joven le sonrió con una mueca, ladeó un poco la cabeza y alzó levemente la mano hacia atrás, estirando los dedos.

Ella le miró y le sonrió.

—Perdone, estaba dormida...

—Soy Steven y es la primera vez que viajo a España ¡Y también tengo un despertar tremendo! —le aseguró frunciendo el ceño y poniendo bizcos los ojos.

—Mi nombre es Virginia... Bueno, ya sabe —le respondió, un tanto extrañada con la reacción del joven.

—¡Encantado! ¿También es la primera vez que viaja a España?

—Sí, bueno, no... Estuve en Valencia hace mucho tiempo, era muy pequeña; apenas recuerdo nada.

—Lástima, no podrá hacerme de guía. Me había ilusionado —le comentó el joven con una amplia sonrisa.

La agente le miró tímidamente. Steven se levantó y se sentó a su lado.

—Soy arqueólogo, ¿sabe? —le dijo, ofreciéndole la mano—. Viajo a Andalucía. Allí hay mucho que estudiar, soy un entusiasta de las antiguas civilizaciones y quiero ver unas ruinas posiblemente tartesas, para mi tesis. ¡Lo siento, no se me daba bien el fútbol y era muy bajo para el baloncesto! —exclamó intentando sacar una sonrisa.

—Me encanta la historia. Yo voy a ver a mi abuela. Está enferma y hace mucho que no sé de ella —le contestó, estrechándole la mano y devolviéndole la sonrisa.

El joven, de aspecto sencillo, ojos oscuros ocultos tras unas gafas algo anticuadas, de cristales redondos, y una melena que apenas le llegaba a los hombros, portaba una gorra de National Geographic Society, un lápiz situado en su oreja y un libro entre las manos.

—¿Qué lee? —preguntó Virginia.

—Un libro sobre las teorías de Darwin, de Juan Luis Arsuaga.

A consecuencia del estado de ánimo y de la alegría de su ascenso, Virginia, por norma una muchacha poco habladora y muy introvertida, intimó rápidamente con Steven; durante las seis horas que restaban de viaje estuvieron hablando de neandertales, tartesos, griegos, romanos y de criminales.

—La evolución del hombre se escribe a través de la violencia, del crimen; es increíble como se repite la historia una y otra vez —apuntó Virginia tras describir Steven la expansión del Imperio de Roma y el asesinato de Julio César.

—Como sentenció Arsuaga, no somos ángeles, somos animales, una especie de mamíferos primates que se llama *Homo sapiens*. Su libro podríamos resumirlo en que el bueno de Darwin no dijo que descendíamos del mono, sino que somos monos —aseguró el joven, sonriendo de nuevo.

El transbordo Madrid-Valencia les separó, no sin antes intercambiar sus contactos para poder verse de nuevo algún día no muy lejano.

—¡Espero que tengas suerte con tus excavaciones!

—¡Y yo que no sea nada lo de la abuela!

Ella le observó por un momento, conforme se alejaba; entonces él se volvió.

—Ten, es un regalo... ¡Toma! —le dijo dándole el libro.

—¡Gracias!

—Me tienes que invitar cuando te condecoren. En dos semanas ya estaré en Estados Unidos. ¡Tenemos que vernos!

—Sí, descuida...

Virginia se alejó de allí, pensando en Steven. Tenía más de aventurero que de científico. En verdad le gustaba. Le había caído bien y apenas se habían conocido, pero era como si le conociera de siempre. Se fijó en un espejo que tenía enfrente y vio como el joven arqueólogo giraba su vista tras de ella y sonrió sin volver la cabeza.

Ya en Valencia, se alojó en el Turia; tenía unas fantásticas vistas de la ciudad. Era un hotel muy cercano al Hospital Universitario La Fe, el centro de salud donde se encontraba ingresada su abuela. El mismo día de su llegada se acercó a visitarla.

María, una mujer fuerte y de renuente carácter, acompañada por una enfermera, esperaba, sabiéndolo más que sospechándolo, la muerte; tumbada en la cama de aquella habitación. Un jarro con dos flores y un viejo libro adornaban su mesita. Las cortinas de una enorme ventana la mantenían en penumbra, a la luz de un pequeño flexo.

Allí la vio, de nuevo, tras tantos años. A pesar de su estado, hablaba sin parar sobre batallas legendarias de otros tiempos a la enfermera, que pacientemente la escuchaba. Extendía sus brazos con cada palabra exagerada. Entonces podían verse en su envejecida piel indescifrables tatuajes, cuyo significado solo ella sabía; de su cuello colgaban varias alhajas prohibidas en cualquier centro hospitalario y en sus dedos, gruesos anillos destacaban con sus calaveras y símbolos. Emocionándose con cada frase, María, con la respiración entrecortada, recogía su largo cabello blanco con ambas manos sin parar de hablar, guardándose una y otra vez tras de sí, dejando ver aquel tatuaje firme de un águila en vuelo, con las garras estiradas, que llevaba impreso en su cuello.

Solo llamó al ver aparecer a su nieta por la puerta. Entonces pareció derrumbarse. Sus cejas se alzaron y sus ojos se poblaron de lágrimas, su mentón tembló mientras arrugaba los labios hacia dentro; acercó su mano derecha a la boca y reaccionó.

—¡Virginia, hija mía!

La observó de nuevo, como distante. En su cara curtida se marcaba la expresión del deseo por un abrazo, unido a la frustración que da la enfermedad.

—Hola abuela, ¿estás mejor?

La anciana la miró en silencio por un momento, recreándose en ella con placer. Después, bajó los párpados y emitió un leve suspiro.

—Me sorprende verte aquí. Ven, qué feliz me haces; acércate hija, que te vea... ¡Qué hermosa estás!

Virginia entró en la habitación y cerró la puerta.

—Esta es mi nieta Virginia, tan guapa como su madre —le comentó María a la enfermera, con orgullo.

La joven agente se sentó junto al lecho de su abuela y le tomó la mano, dándole un beso en la frente.

—Ah... Qué mal me encuentro. Mi vida se agota y tu presencia aquí no hace más que corroborarlo. ¿Pero porqué has venido? ¿Acaso te envía Diana?

—¿Diana? No, bueno... La verdad es que mi capitán me comentó lo mal que te encontrabas. Pero ya veo que estás mejor.

—¡Ya ves! ¡Debía ser el fin! Pero no... Y debería serlo —murmuró María con cara de decepción, alzando un brazo hacia su nieta y ladeando vagamente la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿No te alegras por verme aquí, a tu lado? —le preguntó Virginia, un tanto sorprendida por aquella extraña reacción. Entonces recordó las agrias palabras que le dijo en el funeral de Eva, su madre, cuando no quería verla nunca más. En ese momento la odiaba.

—Lo que sucedió no fue culpa tuya, lo sé —le comentó en tono reconciliador.

La anciana cerró los ojos y una lágrima recorrió su rostro; dando un pequeño suspiro, quedó traspuesta.

—No se preocupe, es el efecto de los sedantes. Pensábamos que no tenía familia alguna. Me alegro de que esté aquí. María parece una buena persona y nos lamentábamos tanto de que pudiera fallecer sin un familiar que la acompañara en estos momentos —le dijo la enfermera.

Virginia salió de la habitación un poco confusa. En el pasillo le esperaba el doctor, un hombre serio, que la miró con pena en los ojos. Muy contrariada, fue informada del estado gravísimo en que se encontraba María. No lograban dar con el motivo de la rara enfermedad que la había devorado en apenas unos meses.

—Cada día está más débil; no resistirá otra parada... Tan solo le queda, en el mejor de los casos, una semana de vida. Lo siento.

Conmocionada por la triste noticia, volvió al hotel, donde recogió el libro que le había regalado Steven y algunas de sus pertenencias antes de regresar al hospital, preparándose para pasar allí la noche.

Ya en el taxi, le pidió al conductor que diera una vuelta por Valencia; sentía una extraña nostalgia y quería conocer la ciudad natal de su familia. Sus raíces hispanas pertenecían a las tierras de Valencia, de las cuales su abuela le había hablado en numerosas ocasiones, cuando vivía con ella, en Nueva York, antes de la muerte de Eva. En esta ciudad de bellos jardines había nacido su bisabuela Carmela, la cual, con apenas 16 años, luchó como partisana contra las tropas fascistas antes de verse obligada al exilio en Francia y, después, tener que huir a Estados Unidos por la invasión nazi y la caída del grupo de *Le Résistance* en el que militaba.

Dos grandes torres se alzaban en medio de la ciudad, restos de la gran fortaleza que fue en su día; testigos mudos de la historia y de las grandes batallas a las que sobrevivió. Una enorme bandera con las barras gules y oro coronadas sobre azur, herederas de aquellas del rey Jaime I el Conquistador, adornaban su cima. Pasó junto a la Ciudad de las Ciencias; se quedó fascinada con aquellos enormes edificios de cristal y luces, con las esculturas que adornaban las plazas y las glorietas de Valencia.

—Es preciosa —susurró.

El taxista la miró por el retrovisor y sonrió.

Siguiendo el cauce de lo que fue el río Turia, convertido en un hermoso jardín que atravesaba toda Valencia, llegaron a La Fe tras recorrer gran parte de la ciudad. Ya de regreso, subió las escaleras y entró en la habitación. María se hallaba apoyada en el pecho de la enfermera mientras esta le limpiaba la espalda.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Cansada, muy cansada. Ven, acércate... Cuéntame cómo te va en Quántico; tengo por bien sabido que eres la mejor —respondió su propia abuela, estirando el brazo hacia ella.

—¿Quién te habló de mí? —preguntó Virginia.

Y pensó en aquel nombre: Diana.

—No te quedas ahí de pie, ven y siéntate junto a mí, hija mía —le insistió María, sin contestar a su pregunta—. Hay tantas cosas que deberías saber. Acércate, quiero contarte una historia de la que antes nunca te hablé y sin duda es la más importante. Tras la muerte de mi querida Eva, quería mantenerte al margen, que fueras una chica sin temor ni odio, normal... Pero veo que el destino te persigue.

—Dime, abuela, ayer me preguntaste por Diana... ¿Quién es?

—Diana es, sin duda, la que te ha guiado hasta mí. Seguro que te estará esperando a tu regreso, cuando yo me haya marchado... Siempre estuvo a tu lado. Escúchala y confía en ella.

Virginia la observó sorprendida, desconocía totalmente la existencia de dicha mujer.

—¿Qué historia es esa? —preguntó curiosa.

María quedó callada, miró seria a la enfermera y ladeó la cabeza, como instándole a abandonar la habitación.

—Es usted increíble —apuntó la enfermera, con cara de paciencia bendita, antes de salir.

Una vez se alejó por el pasillo, la anciana se incorporó hasta quedar sentada, tomó una bocanada de aire y habló.

—Nuestra familia guarda un secreto en el que quizá te gustaría profundizar, pues es muy posible que algún día debas afrontarlo. Y, ahora, ya que has venido, no debo marchar sin que sepas quién eres. No estás tan sola en este mundo como crees, pero no sé si eso es bueno o malo.

Virginia sonrió, sin entender qué quería decir con aquellas palabras y se sentó a su lado. Por un momento pensó que seguía igual que antaño con sus relatos de batallas y mitos de la Segunda Guerra Mundial, de la Guerra Civil Española o que quisiera hablarle de Eva, su madre, y de las arriesgadas misiones que tuvo que afrontar en el desierto de Irak. Quizás de Alessandro Valentine, fallecido en un trágico accidente; su desconocido padre, el hijo de María. Pronto quedaría perpleja, pues las palabras de la agotada anciana la llevaban por otros caminos, mucho más allá en el tiempo.

—Hace mucho... Sí, mucho tiempo; allá por el 1536 a.C...

Así comenzó su fantástico relato.



### CAPÍTULO 3 · LA DAMA DEL BOSQUE

El sol se erigía lentamente tras los escarpados picos de las cordilleras ibéricas, iluminando el frondoso bosque; abrigo de cárcavas y prados salvajes en los confines de Occidente. Una suave bruma envolvía los alcornoques, encinas, quejigos y melojos abrazando el nuevo día. Los primeros cantos de las curruacas se dejaban oír entre el matorral, junto al ronco graznido del cuervo y al agudo ladrido del zorro. Desde las cumbres nevadas, el penetrante aullido del lobo alcanzaba los valles más recónditos de aquellas montañas, paralizando por un instante el continuo ramoneo del ciervo y el sigiloso acecho del lince.

Entre las alargadas sombras de los frondosos árboles, siguiendo una estrecha senda cubierta de musgo, pequeños helechos y hojas caducas, avanzaba sin prisa una mujer de esbelta figura. Tiraba de las riendas de un viejo caballo negro, cargado con grandes alforjas, y se resguardaba del frío y la humedad con una capa de grueso lino que la cubría por completo.

Continuó su camino entre los melódicos trinos y las fugaces miradas de las criaturas del bosque hasta abandonar el claroscuro de la exuberante arboleda. Acompañada por el acogedor murmullo de un arroyo de aguas cristalinas, llegó a una pequeña loma cubierta por hierba tierna, en la que se alzaba una vieja encina, atalaya inmemorable del busardo durante el día y de la lechuza por la noche. Desde allí dominaba el horizonte. Retiró la tela que cubría su cabeza y dejó que la cálida luz del amanecer iluminara su bello rostro. En sus ojos verdes relucía una profunda mirada, repleta de sabiduría y curtida por el tiempo. El largo y ondulado cabello dorado, que caía sobre sus hombros, reflejaba cada rayo de sol y se mecía con la suave brisa. Tres pequeñas cicatrices marcaban su mejilla derecha. Su nombre era Armonía.

Mujer de condición noble y de renuente carácter apenas mantenía contacto con los pobladores de la región, aislándose en el frondoso bosque que poblaba las montañas; un paraje inhóspito donde se ocultaban los devoradores de hombres, el mortal escurzón y el uro salvaje. Un lugar donde pocos osaban adentrarse y al que llamaban Bosque Maldito.

Frente a ella se extendía el fértil valle del río Terti, inicio de la siembra de amplios cultivos de cereal y vid de generoso fruto. Armonía recompensó el esfuerzo de su fiel montura acariciándole el cuello y la quijada. Observó atentamente la majestuosa silueta del águila real recortada en el horizonte azul, planeando a gran altura, emitiendo en el aire un alargado silbido y dejándose llevar por las cálidas corrientes.

Con una sola mano, montó de un salto y prosiguió la marcha al trote, avanzando entre despejados caminos, rodeada de cebada, trigo y uva. Los hombres que encontró a su paso, cultivando la tierra, la miraban con inusitado respeto sin decir palabra alguna. Alzando la espalda, se limpiaban el sudor de la frente con un sucio trapo y descansaban sobre sus hombros los aperos de labranza: azadas y hoces de grueso bronce mellado y noble madera astillada. Resoplaban, en un corto descanso de su duro trabajo, estirando los cuerpos con una mano en los riñones.

Ella los miró impasible hasta que volvió a dirigir su vista hacia los vientos del sur, donde una grandiosa muralla, de abundante adobe y dura roca, engrandecía los ojos del caminante con destellos de oricalco fundido en su cima. De unos quince pies de altura, bordeaba parte del fértil valle y de las extensas dunas de arena que morían en el ancho mar. Más allá, tras sus gruesos muros, se erguía la orgullosa polis de Atlas, corazón latente de Atlanta. Una creciente urbe organizada en tres anillos y habitada por más de 20.000 almas. Se situaba al suroeste del gran Ligur, lago cuyas aguas salobres no cristalizan ni sacian la sed. Por su portalón de grueso roble remachado con láminas de bronce, varios carros entraban y salían con fruta fresca y abundante leña, con carne viva y leche del día, y otras mercancías para ofrecer; acompañados por humildes campesinos, bajo la atenta mirada de soldados de largas lanzas, destellantes mallas de bronce y yelmos de grueso cuero.

Hasta ellos llegó Armonía, observada por todos, en silencio. En lo alto, varios guardias la vieron y cruzaron la terraza de la muralla, de lado a lado, para verla atravesar el puente que la llevaba hasta el primer anillo de la agitada urbe. Donde un fuerte olor a pescado sazonado y diversas especias se mezclaba con el de la leña y la carne asada en las embarradas callejuelas y las viviendas de adobe y paja. Los niños, con la cara sucia, cubiertos de harapos y con el pelo largo y alborotado, la miraban pasar desde las precarias puertas de sus casas.

Entonces, se le escapó una sonrisa ante una pequeña niña que la observaba asombrada, con los ojos abiertos y con un dedo en la boca; fue respondida con un rápido amago. Continuó su camino hasta llegar al segundo anillo. Allí se alzaba una extensa ciudadela, de estrechas calles empedradas y cuidados edificios. Los

comerciantes se crecían ante el bullicio de hombres y mujeres de toda clase y condición que, envueltos en aromas de inciensos y condimentos, buscaban y compraban a buen precio; pago en oro y argénteo, y a menudo trueque. Cabalgó lentamente y se adentró entre carros de tiernas verduras y tiendas de curtidos aperos. Observaba la gente y sus curiosos regateos de mercado, cómo eran depositadas docenas de huevos en una enorme mesa y cómo desaparecían en unos momentos; viendo el pícaro que salía huyendo con un ánsar graznando entre sus brazos.

De tanto en tanto, algún mercader o una dama saludaban a Armonía con una breve mirada y un sutil movimiento de la cabeza, como gesto de reconocimiento y respeto.

—¿Qué me trae en esta ocasión la dama del bosque? —preguntó, desde su puesto de venta de verduras y frutas, al verla acercarse, un hombre rudo, de amplia complexión y largo bigote.

—Cueros, esencias de espliego y aromáticas hierbas medicinales. Están ya mezcladas en su justa medida. Y cera y arrope de dulce miel que podrá vender a buen precio —le respondió.

—Poco tengo yo que ofrecerte hoy.

—Me bastará grano, algo de verdura fresca y dos docenas de estos frutos cultivados; a mis hijas les encantan —dijo descabalgando y señaló con su mano un cajón de hermosas peras.

—Así sea. Para ellas, las más dulces y sabrosas —aseguró el comerciante, escogiendo entre la mejor fruta.

Después tomó de la mano de Armonía un fajo de pieles y varios saquillos de hierbas.

—Hum... ¡Qué aroma! —exclamó olfateando las esencias de espliego. Seguidamente, llenó unas sacas con los víveres que él consideró justos como trueque y los introdujo en las alforjas.

Armonía se despidió y continuó andando entre el bullicio, llevando de las riendas a su viejo caballo. Conforme se alejaba del mercado, las calles eran más anchas y las casas más grandes, adornadas con numerosas macetas y vistosas flores. Hombres sabios, ingenieros, artistas y guerreros paseaban con sus mujeres e hijos. Las finas túnicas y vestimentas nobles se hacían más notables conforme avanzaba hacia una pequeña plaza. En la cual se alzaba una escultura de Pyrene, musa reina de sabiduría y de belleza, y que comunicaba con el puente que la llevaría hasta el centro de Atlas: la acrópolis y sus altivos templos.

Tras cruzar el puente interior, llegó hasta una ancha plaza rodeada de pequeños edificios, que mantenían sus puertas abiertas de par en par. En el ambiente se notaba el calor y el característico olor a roca fundida de las fraguas envolvía el lugar. Los broncistas, señores del fuego, aprovechaban el frescor de la mañana para trabajar duro, dominando y moldeando el metal, puliendo armas, herramientas y decoros hasta que su brillo deslumbraba. Uno de estos hombres de respeto, con el torso

desnudo, sudoroso, con grandes muñequeras de cuero y un lazo que recogía su larga melena, alzó al aire la anaranjada hoja de una espada que parecía viva, sujeta a una pinza, y miró su templanza al sol.

Entonces vio a Armonía, que observaba con interés su trabajo.

—¿Fue bien la pócima? —preguntó ella.

—Sí, mi hija anda repuesta y fuerte gracias a ti —le contestó aquel hombre, con un gesto de agradecimiento.

—Me alegro, pero no olvides seguir aplicando por unos días más. El mal puede germinar de nuevo, aunque no se vea.

—Así lo haré. Dispongo del encargo. ¿Traes lo mío? —dijo el broncista, introduciendo la hoja en el agua, haciéndola hervir y creando una calurosa nubecilla.

Ella le miró y, con una sonrisa escondida, asintió con la cabeza. Extrajo de las alforjas diez tabletas de hierbas compuestas con miel y regaliz. El broncista dejó la hoja de metal en la fragua y se secó, cuidadosamente, el sudor de la cara, del torso y de los brazos. Tomó tres espadas y se las pasó envueltas en una tela. Armonía las desenvolvió con cuidado, retrocedió unos pasos para sacarlas a la luz y estudió cada una de ellas detenidamente. Acto seguido las templó propinando varios lances de corte marcial al aire y apuntando a contraluz mientras el broncista la observaba atónito.

—Buen temple, pero debería desbarbar más la hoja —apuntó Armonía, observando el filo de las espadas.

—Veo que eres diestra en armas. Buscas corte y estoque. Aliviaré las rebabas y además les daré brillo como a ninguna otra.

Armonía asintió con una grata sonrisa. Al girarse observó una coraza de brillante bronce, adornada de tiras de argéntea y oro, donde destacaba con talla maestra la testuz de un bravo uro. Sin duda, pertenecía a un poderoso guerrero. Le pasó la mano por encima y la golpeó suavemente con la yema de los dedos, miró al broncista y salió de la fragua.

—Volveré en unos días —dijo desde la puerta, despidiéndose con una mano y siguiendo su camino.

En la zona trabajaban también los nobles alfareros, moldeando arcilla y barro cocido con agua y arte singular, cerca de sus hornos de cocción. Una gran extensión de cuencos de cerámica de distintas formas, usos y colores, llenaban la pequeña y concurrida plazoleta donde se hallaban. A la cual no paraban de llegar personas de toda clase, en busca de vasijas, tazones, platos y cántaros. Gente que se apartaba al paso de Armonía, que despertaban alguna tímida sonrisa ante el mayor de los respetos: el temor.

Armonía paró y sonrió a una vieja vendedora, de carnes generosas y voz ronca; y extrajo unos cuencos estrechos y cortos como dedos, de esencias aromáticas. Con una sonrisa y sin mediar palabra, de forma rutinaria, los cambió por otros

más grandes, llenos de oro líquido. Luego, dirigió sus pasos hacia el centro de la urbe, donde se alzaba imponente la acrópolis con sus palacios, esculturas y templos cubiertos de metales preciosos. Grandes casas levantadas con piedra tallada y nobles maderas, adornadas con fuentes y pequeñas esculturas de mármol blanco, y guardadas por altivos lanceros, lacayos armados y siervos acelerados; hablaban del gran poder que residía en el interior del último anillo de Atlas.

Recorrió un inmenso jardín de cientos de rosas cultivadas, donde jugaban muchos niños ocultos en un pequeño laberinto, entre el verdor de los setos; hasta llegar a una enorme plaza. Su suelo pulido cambiaba de tono, reflejando los destellos del sol y el claroscuro paso de las nubes. En el centro, coronando una esplendorosa fuente de aguas vivas, una majestuosa estatua representaba a Poseidón, dios de los mares, con un tridente en la mano, sobre un carro tirado por delfines. Junto a él, su esposa Clito, fuente de sabiduría y madre de la estirpe de atlantes, sostenía entre sus brazos al primogénito Atlas.

Tras cruzar la plaza, halló un largo parque, embellecido con cuidados frutales y preciosas flores, que conducía hasta el palacio real. A la derecha se alzaba el panteón de culto y sacrificio en honor a Poseidón, tumba de reyes; y a la izquierda, el templo sagrado de Clito, donde se atesoraba la cultura del mundo conocido. Niños de pelo corto, aseados y de vestimentas nobles jugaban entre los setos, corriendo sin pudor, bajo la atenta mirada de sus padres. En el lugar se daban cita sacerdotes, damas y nobles acomodados, prohombres y soldados de la guardia real. La presencia de Armonía tampoco pasó desapercibida para nadie, y menos para Epolis, que la observaba con interés desde los escalones del templo de Clito. Se trataba de un anciano, sabio entre los sabios, considerado y respetado por todos, pues era consejero real y el sacerdote supremo. En su rostro, una corta barba envejecida por el tiempo y unos pequeños ojos, entreabiertos y de mirada curtida por la experiencia, remarcaban su carácter.

Armonía dejó su montura en las caballerizas, tomó de sus alforjas varios tubos de pasta vegetal y dos cuencos colmatados con tinta de negro humo y rosáceas, y subió por los estrechos y altos escalones del edificio. Los cuales obligaban al caminante a subir de lado, para no mirar de frente la escultura de Clito que coronaba aquel edificio de largas columnas talladas. Pasó ante la atenta mirada de Epolis y recorrió el pasillo del templo, observando las trabajadas esculturas que la acompañaban en cada recodo, seguida del rumor que despertaba entre los sacerdotes y los jóvenes discípulos del oráculo, hasta llegar a una sala donde numerosos grabados se hallaban a disposición de estudiosos y sabios. Sobre una gran mesa de madera dejó sus tablillas, cuencos y pergaminos de fino cuero. Tomó varios de aquellos grabados y se sentó en un taburete, inclinando la cabeza sobre ellos y estudiándolos con detenimiento.

Apenas había pasado un tiempo cuando una alargada sombra, delatada por el sol que atravesaba el ventanal, cruzó por su espalda. Reflejada en la mesa, Armonía la siguió con su vista hasta que se paró. Entonces se volvió y descubrió a Epolis tras ella.

—Perdón, ¿interrumpo? —preguntó el sabio anciano, sorprendido ante la perspicacia de la mujer, notando cómo hundía su penetrante mirada en él.

—No, ya me iba —contestó ella, levantándose. Luego, colocó los grabados de nuevo en su lugar.

Epolis miró los escritos que había realizado en la tablilla, incomprensibles para su conocimiento, y la observó detenidamente mientras recogía sus cosas de la mesa. Hacía tiempo que la seguía con interés y se preguntaba quién podía ser esa desconocida dama que visitaba el templo de sabiduría y poseía el don de la escritura.

—Dicen que te llamas Armonía —comentó Epolis tratando de retenerla, de saber.

—Ése es mi nombre, noble señor. Ahora perdonad, pero debo marchar.

Epolis la vio salir y alejarse por el largo pasillo.

—Solo quería que supieras que eres bienvenida a esta, la casa de Clito, templo de sabiduría —le dijo alzando la voz, antes de que desapareciera de su vista.

Ella se volvió, le sonrió levemente y prosiguió su camino. En ese momento, un hombre alto, de gran porte, cana barba rizada y corta melena blanca, ataviado con vestimentas nobles, labradas en púrpura imperial, con peto, brazaletes y tobilleras de brillante argéntea y portando una lujosa cinta de oro puro sobre su cabeza, giró la esquina y apareció frente a ella. Era Argan, rey de reyes, señor de Atlas y dueño de Atlanta.

Sus pasos le llevaban hacia la salida tras ofrecer su respeto y adoración en el altar de Clito. El silencio se hizo en todas las salas y solo fue roto por la marcha marcial de los dos lanceros de su guardia personal que, a cuatro pies tras él, le seguían. A su paso, sacerdotes y nobles se detenían, inclinaban la cabeza y bendecían la suerte del rey en este día. Por el contrario, aquella hermosa mujer de ondulados cabellos dorados no inclinó su rostro ni esperó su paso, sino que avanzó firme, como si desconociera a aquel que se hallaba ante ella. Se cruzaron por el pasillo y, en un instante mágico, ambos ladearon levemente la cabeza a la misma altura, sus ojos se clavaron los de uno en los del otro, alzando sus caras con la templanza que solo da la clase real y el orgullo del que sabe bien quién es uno mismo. Se siguieron con la mirada unos escasos segundos para después girar lentamente los rostros hacia al frente, siguiendo cada cual su camino.

Argan, paró ante Epolis, que reverenció su llegada, volvió lentamente su rostro y se fijó de nuevo en aquella esbelta mujer que continuaba, sin inmutarse, por aquel pasillo de adornadas columnas y esculturas divinas.

—Mi señor, los soberanos de Atlanta ya se hallan reunidos y esperan vuestra magna presencia para dar inicio a las Cortes —dijo Epolis acercándose al rey, el cual todavía permanecía pensando en aquella altiva y hermosa mujer.

Ignorando sus palabras, Argan le miró fijamente.

—¿Es ella? —preguntó.

—Sí, mi señor... Es ella.

## CAPÍTULO 4 · LA CONFEDERACIÓN DE REINOS DE ATLANTA

El eco de un paso marcial resonó por el ancho pasillo del palacio del rey Argan, situado sobre el panteón de Poseidón, orgullo de la acrópolis de Atlas. Alzado con exquisito mármol blanco, lucía en sus paredes enormes relieves de oro, oricalco y argénteo, representando escenas de guerra, caza y adoración a los dioses. Los techados eran de noble roble y roja encina, gruesa arcilla moldeada y adobe blanqueado con cal, adornados con marfil puro y ébano negro de Lybia. En el centro se hallaba una gran sala, con los tronos de reyes y gradas de ciudadanos de gobierno, donde soberanos y generales, sabios y nobles esperaban impacientes.

Cada cinco años era ley reunirse los reyes de las diferentes naciones de Atlanta. Tiempo de Cortes de Soberanos donde se debatían cuestiones de estado, se razonaban los posibles desencuentros y se impartía justicia.

Argan, señor de todos los reinos de Atlanta, avanzaba altivo, con el rostro serio e imperturbable. En su mano, asido con fuerza, el largo cetro de Poseidón: oro puro en su barra, cabeza del dios en argénteo y ojos ámbar vivo como el fuego. Tras él, su aguerrida guardia le escoltaba. El tronar del curvo cuerno de uro anunciaba la llegada del soberano. Alzó su poderosa mirada al abrirse las puertas y provocó el silencio. Saludó a los presentes asintiendo levemente; los cuales, con el rostro inclinado, mostraban su respeto. Se dirigió hacia su trono de argénteo y puro roble, acomodado de cojinetes de tersas plumas de ánade y cálidas pieles de oso. Era el primero de los cinco de la derecha. Otros cinco tronos en paralelo, adornados con abundante oricalco, esperaban a sus respectivos amos a la izquierda de la sala.

Ante los tronos se alzaba una estatua de Poseidón, sobre dos columnas adornadas con una ancha piedra de mármol que hacía de centro y altar divino. Sobre las cuales se encontraban grabadas las disposiciones descritas por Poseidón: las leyes que regían el gobierno y que últimamente habían sido ignoradas cuando no tergiversadas.

Tras ellos, tres filas de asientos de piedra caliza rematada en mármol, en forma de grandes escalones, albergaban a gobernantes, sabios y nobles acomodados; sobre madera de encina y cojinetes de suave lana, esperaban ciudadanos implicados en causas, consejeros de reyes y altos mandos militares.

Argan posó la mano derecha en el trono y observó detenidamente cómo cada uno de los soberanos de Atlanta se acercaba al suyo propio. Tras él, su único hijo: el príncipe Évenor, un joven de hermoso cuerpo, ágil y fuerte. El cual, con un chitón blanco, de suaves relieves púrpura imperial y adornado con una cinta azul en su cabello corto, negro como sus ojos; permanecía en la sala a la diestra de su padre, altivo pero sin poder ocultar las fiebres malignas que le consumían.

Junto a ellos, a la derecha, se hallaba el rey Azaes. Hombre mayor y de larga barba que vivía en precarias aldeas gobernadas mediante asambleas, en las costas de Occidente, al norte de la desembocadura del Gran Tajo, el río que cortaba la Península conocida en su mitad.

Le seguía el joven rey Cronos de Amferes. Fuerte y de facciones marcadas, se había asentado en la costa oriental de la Península, haciéndola suya. Entre el río Tiro y el pequeño mar de aguas dulces alzó la capital de su reino, a la que llamó Terya. Su palabra era ley y su lealtad hacia Argan, incuestionable.

A su lado, el rey Méstor y la reina Treita se alzaban con orgullo desmedido. Él era un hombre mayor, corpulento, de redondeada cara y ojos pequeños, de pelo corto; al que todo le parecía poco y poco otorgaba siempre. Ella, ataviada de largos velos recogidos sobre su cintura, contorneaba con estilo una hermosa figura para su avanzada edad. La cara pintada y el pelo recogido sobre su cabeza le daban un porte distinguido que le gustaba mostrar en demasía. Perteneían a las dinastías de Méstor y Elisippo, respectivamente; y vivían en el interior de la muralla, gobernando los territorios del primer anillo de Atlas y las tierras de Elisippos, que se extendían por las costas del sur hasta la desembocadura del Gran Tajo.

Frente a ellos, a la izquierda, se sentó el rey Llanós de Gadiro. Era un hombre maduro de carácter débil, que reinaba con mano dura sus tierras; las cuales recibieron el nombre de Gadeira en honor a sus antepasados. Su amor por el rey Autóctono le había convertido en su fiel aliado.

Autóctono se sentó a su lado, con un gesto desafiante; era un hombre joven y fuerte. Tras la muerte en batalla de su padre y sus hermanos, llegó prematuramente al trono de Ábyla en las tierras de Lybia. Gracias a su alianza con Llanós habían hecho, de reyes, vasallos al linaje de Evemo, Mneseo y Diáprepes. Los cuales, sin voz ni voto, permanecían sumisos a ellos junto a sus respectivos tronos; dinastías que habían sido dilapidadas mediante el engaño y la traición tras la muerte de sus herederos legítimos batallando contra los aqueos de Ática.

Durante cientos de años, los moradores de Atlanta habían gozado de paz y justicia en un territorio gobernado por la dinastía de los diez hijos de Poseidón y Clito. Pero tras la severa derrota de Ática, las sabias leyes que habían regido durante siglos se

tambaleaban ante la codicia y la traición. La segregación de la soberanía comenzaba a ser una ambición secreta hecha voces para Autóctono y su respeto hacia el rey de reyes se debilitaba conforme el tiempo pasaba y avanzaba la vejez.

Argan escuchaba las palabras de Azaes, el cual era costumbre abriera la sesión por ser el más anciano de ellos.

—Han pasado casi dos décadas desde la derrota de Ática, tiempo en el que vivimos protegidos del mundo exterior por los hielos de las montañas sagradas de Pyrene. Pero el viento gélido y la nieve han comenzado a remitir en las tierras del norte. El sol brilla, atrás queda la gran helada que congeló el tiempo y la vida. Los ríos se desbordan creando enormes zonas pantanosas y el nivel del mar sube tragándose las tierras bajas. Enormes llanuras florecidas de amapolas, rodeadas de frondosos bosques de roble y alcornoque, alternan de nuevo con la blanca tierra que se funde con cada primavera, donde el uro y el ciervo pastan libremente. Pero tened presente que este mundo nuevo florece con sus afiladas espinas. Pyrene abre de nuevo sus pasos hacia el interior de la Península, el deshielo ha traído guerreros de otras tierras que siembran la muerte y el pillaje, quizás los hijos de Atenea en busca de venganza. La situación es alarmante y yo me pregunto qué podemos hacer y si las murallas de Atlas están preparadas para acoger al pueblo en caso de necesidad...

Mientras, en el cercano templo de Clito, Armonía ladeó la cabeza, meciéndose la suave melena con la mano, y dirigió su mirada hacia una puerta. Una voz tan grave como melódica se hacía escuchar, mientras unos jóvenes sacerdotes del oráculo atendían entusiasmados: era Epolis impartiendo sabiduría. Se sintió interesada, cruzó el pasillo, entró en la sala y permaneció atenta escuchando las palabras del viejo sabio. El cual, al verla, no pudo ocultar su cara de satisfacción.

—Como podéis ver, los sabios adoradores de Ra, dios Sol, emplean con notoriedad la simbología. Por ello, aunque algunos de sus escritos son descifrables, la mayoría parecen carecer de sentido —explicaba Epolis mostrando los grabados de una tablilla egipcia, sin perder de vista a Armonía—. Podemos entender fácilmente cómo este escarabajo y la sirvienta arrodillada simbolizan la transformación hacia una mujer adulta, sin embargo en esta otra tablilla los mismos grabados están incrustados sin orden ni sentido aparente.

Durante un momento el sabio anciano calló, invitando en vano a sus alumnos, con los gestos de sus manos, a proponer alguna solución.

—La escritura jeroglífica puede estar orientada indistintamente hacia la izquierda, hacia la derecha o incluso en vertical, según convenga al escribano. Si comienzas la lectura por el lado hacia donde mire su pictografía, encontrarás sentido a la frase —apuntó Armonía, con seguridad.

Epolis alzó la cabeza.

—¡Exacto! Veo que sabes dar sentido a estas escrituras. Por favor, continua.

Armonía se acercó al grupo, bajo la atenta mirada de los jóvenes.

—Estos símbolos no siempre tienen un significado descriptivo —apuntó—. Por

ello, en ocasiones podéis no encontrar el sentido. El escarabajo puede significar una transformación, pero se emplea también para representar un sonido específico.

Los jóvenes sacerdotes comenzaron a susurrar entre ellos. Aquello se salía de lo habitual. Nadie podía, de ninguna manera, saber tanto o más que el maestro.

—¿Y cómo conoces tú, mujer, tal cosa? ¿Acaso lo escuchaste en el lecho de algún sabio digno de tu belleza? —preguntó indiscretamente uno de los discípulos del oráculo.

—Perdón, quizás no debí interrumpir —dijo Armonía, marcando la distancia ante aquel comentario.

—Todo lo contrario. Disculpa la insolencia de mi discípulo—apuntó Epolis y continuó dirigiéndose al joven insolente—. Nunca cierres tanto tu mente que no sepas distinguir la sabiduría de las palabras vanas, aun si proviene de una mujer, pues nada lo impide.

Armonía, sin duda, era una maestra, algo que no había pasado desapercibido a la vista de Epolis. El cual le había brindado su simpatía desde el primer momento en que escuchó aquella agradable voz y el suave tono de sus palabras.

—Perdona, Armonía... No volverá a ocurrir... Pero acompáñame, pues es mi deseo conocer de tu sabiduría y que podamos debatir, por favor.

—No quisiera molestar...

—No, no es molestia —añadió girándose a sus discípulos—. De todos modos la clase ha terminado por hoy.

Epolis la acompañó al segundo piso del templo, lugar exclusivo de estudio y ensayo de los grandes eruditos. La acomodó en una de las salas, un honor reservado solo a los mejores discípulos del oráculo, para que pudiera usarla con comodidad y discreción.

—Se bienvenida al templo de Clito —apuntó el viejo sabio, extendiendo su mano ante aquella sala de estudio, mostrándole tinte y pasta vegetal, arcilla y lápiz que puso a su disposición para que plasmara su saber.

En la sala de Cortes, los soberanos de Atlanta debatían, a propuesta del rey Azaes, el estado de las murallas de Atlas, un tema de gran importancia para todos los presentes; pues hacía de la polis una fortaleza ante cualquier invasión para defensa de todos.

—¿Cómo no han de resistir? Bien están, altivas y desafiantes —aseguró el rey Méstor.

Entonces intervino el príncipe Évenor que, a pesar de sus fiebres, se mantenía firme, pues participaba, como heredero de la Corona, de todo aquello que acontecía en Atlas, siempre debatiendo y manteniendo un estrecho vínculo con su padre.

—Es necesaria la reconstrucción de ciertas partes de la muralla, pues amenazan ruina. Nuestros arquitectos aseguran que las aguas crecientes del mar acabarán con ella más pronto que tarde. Grandes grietas nos avisan que no resistirán por mucho

la presión; y en ello debería estar el rey Méstor, pues la muralla exterior, quizás la más importante, se sitúa en sus territorios.

—No creo que sea tal la urgencia. Pero, llegado el caso, debe ser un coste compartido, pues es ganancia para todos. Yo solo no podré acometer semejante empresa —contestó Méstor, alzando su dedo índice y agitando la mano.

—Disculpad, mi señor; hace tiempo que recibió el oro de todos, destinado a la reparación de las vías abiertas... y allí siguen vertiendo agua. En cuanto al oro, no sabemos qué fue de él —replicó Évenor.

—¡Dadle oro y unos sacos de arena y que contento quede! Pero este no es el tema que nos ha de preocupar ahora, sino aquellos que están matando a nuestra gente, que están saqueando y quemando nuestros reinos —dijo, alzándose de pronto, el rey Llanós; rompiendo el orden establecido, pues andaba inquieto con las incursiones armadas que soportaban sus tierras.

—Sí, son demasiadas las aldeas que están siendo asaltadas por hombres venidos de las tierras de la vieja Europa. Se trata de grupos salvajes que se abalanzan sobre cualquier poblado de gentes de bien. Atacan con angostas lanzas, piedras talladas y flechas; nos arrebatan grano y ganado, cuando no la vida de nuestros sorprendidos aldeanos —añadió Méstor, evitando las palabras de Évenor.

—Creo que poco te preocupa la suerte de esas aldeas y sus gentes, sino la explotación de las minas de argéntea, cobre y estaño en Elisippos; podrían verse afectadas —respondió Évenor.

—En las ciudades no tenemos nada que temer de aquellos a los que llamamos hombres salvajes, toscos y fuertes, pues nuestros guerreros acababan fácilmente con los que ocasionan episodios sangrientos... Pero, ¿hasta cuando? —apuntó Treita, cambiando hábilmente de tema con una mirada fría.

—Debemos iniciar nuevas cacerías en busca de esos salvajes venidos del norte, exterminarlos como alimañas que son. ¡Que sirvan como voz y ejemplo a otros de su calaña que se atrevan a acosar las aldeas del hombre sabio! —exclamó Autóctono.

—Mejor hacerlos nuestros, traerlos hasta nuestras minas y campos. Necesitamos esclavos que generen riqueza en las vetas y trabajen el arado, pues la demanda de los hombres de Lybia es cada vez mayor y más podremos tener —aseguró Méstor.

—No creo que este sea el caso en todo el reino; varias columnas de lanceros han sido eliminadas al intentar repeler el saqueo de alguna aldea o en una emboscada, y no parecían ser hombres salvajes, sino bravos soldados armados de afilado bronce. Nuestros capitanes han asegurado que incluso algunos de ellos luchan cabalgando sobre caballos. Una proeza digna de reyes y grandes guerreros —apuntó Cronos.

—Bien ciertas son esas palabras. Debemos atacar sin cuartel a esos guerreros que nos roban vidas y riquezas, sean mercenarios u hombres salvajes. Sabido es que son varios los nobles muertos y las aldeas saqueadas desde que los pasos de Pyrene quedaran abiertos —añadió Autóctono.

—¿Te sientes en peligro? ¿Quizás la sombra de un poderoso enemigo debilita tus ambiciones? —le preguntó Azaes con cierto tono irónico, sin perder la seriedad.

—Tú... que, tras ser humillado por los aqueos, renunciaste a la gloria de la guerra; que perdiste los territorios de Sicanos y Tirrena, ¿qué puedes decirme a mí que no conozco derrota alguna?

—Yo renuncié a la miseria de tu amada lucha que tan solo me trajo pena, traición y muerte. En la batalla contra los hijos de Atenea murieron mis padres y hermanos, presos como tú de una ambición desmedida. Pretendes más tierras, más esclavos y más riquezas. La gloria de la guerra solo es sangre y tragedia para los pueblos, incluso para el nuestro.

—¿Qué sabrás de gloria, viejo cobarde! Aquí tu voz apenas resuena y eco no halla. Al vivir en los bosques con esa a la que llamas Luna Roja, que ni nombre de persona tiene; despreciaste nuestro linaje de sangre real, heredera de dioses, haciéndote un hombre salvaje más.

—A tus ojos ciegos, poca recompensa me ha traído Luna Roja, pues no dispongo de un gran palacio ni riquezas de argétea y oro, como tú. Pero gozo del amor de una familia y del calor de un pueblo, algo que desconocerás por siempre.

Autóctono irguió la cabeza y lanzó una mirada fría sobre Azaes.

—Es necesario sacar las columnas de Atlas, nuestros guerreros, y disponerlas al servicio de sus reyes. Si no os atrevéis a salir de la acrópolis para defender la tierra, yo mismo las dirigiré —secundó un insultante Autóctono, alzándose de su trono, ladeando su larga melena negra y fijando sus saltones ojos en Argan.

Ante la premura de Autóctono, exigiendo más poder y el mando de las columnas de Atlas, el rey de reyes, que había permanecido en silencio, se alzó bruscamente.

—En vez de mostrarnos unidos ante lo que pueda acontecer, cada vez nos hallamos más distantes —replicó—. A lo largo de los tiempos, los dominios de Atlanta se expandieron por las costas del Mar entre Tierras. Pero llegó Ática y fuimos vencidos y humillados por los aqueos. Así llegó de nuevo la paz, tras una guerra de tres generaciones, iniciada por nuestros antepasados y dada por muerta... Pero no olvidada. Antes de exponer nuestras defensas debemos saber a qué nos enfrentamos, pues no hay mayor enemigo que aquel que es desconocido. Son hombres de guerra, no vulgares salvajes; quizás conquistadores o tal vez los hijos de Atenea; ¿Acaso no recuerdas Ática, tú que nunca sufriste derrota alguna? Claro, ¡allí no estabas! Así pues, ¡deja de exigir! Nunca dejaré en tus ambiguas manos las columnas de Atlas.

—Pues serás el responsable de lo que acontezca; con tu tibieza al mando de las armas, tarde llegaremos a la batalla —afirmó Autóctono y meció su cuerpo delgado hacia atrás, sentándose de nuevo y acicalándose el cabello con una notable muestra de enfado y desacuerdo.

—¿Acaso sabes quienes osan saquear nuestra tierra? —preguntó Llanós.

—Sabéis que las monturas son escasas y caras; solo los gobernantes pueden disponer de ellas para sus carros de guerra. ¿Quiénes son esos guerreros capaces de dominar a las bestias y cabalgarlas con maestría? —continuó Autóctono.

Argan contestó con la voz tranquila del que sabe y la expresión dura del que busca reprimir.

—Si gastaras tu tiempo en adquirir la sabiduría que tan celosamente guardaron nuestros antecesores, sabrías que hay otros mundos. Cuando se alzaron los muros de Atlas fue para defendernos de grandes reyes, dioses y titanes que acompañaron la suerte de otros pueblos. De aquellos que habitan las tierras de Ática y más allá de Ilión y de las gentes de los territorios helados del Norte. Y de los que marcharon a Oriente, poco o nada sabemos.

—Mirad la tierra de los faraones —argumentó Cronos—. Son hombres sabios con poder y armas. Si nosotros hemos prosperado y ellos también, resulta racional pensar que otros pudieron prosperar y que ambicionen nuestra riqueza, tanto más si nos creen debilitados tras la guerra con los hijos de Atenea.

—Durante generaciones hemos vivido en paz, sin conocer oponentes para nuestras lanzas ni rival digno para nuestros guerreros. Hemos conquistado tierras a nuestro antojo, acumulado riquezas que no necesitábamos, promovido excesos y remarcado nuestras diferencias. Atlanta no debió ir tras las riquezas de los hijos de Atenea. Esa guerra sin fin ha debilitado nuestros ejércitos y nos hemos convertido en un objetivo codiciado —añadió Azaes, preocupado.

—Estás en lo cierto. Los hielos de Pyrene se han fundido y el paso a los invasores está abierto; quizás un castigo de los dioses por nuestra arrogante soberbia. El muro no se alzó por capricho; hay que reforzarlo. Así que os pido a todos que guardéis vuestras diferencias y os preparéis ante un futuro incierto —dijo Argan con un tono triste y melancólico.

—¿Vienen por nuestro oro? —preguntó una inquieta Treita.

—¡Sí! Y posiblemente a por nuestra vida —respondió Argan. Luego, volvió cabeza y se dirigió a Autóctono—. Y el extenso, corrupto y abandonado reino que compartes con tu amado rey Llanós será el primero en caer; espero que reflexiones sobre estas palabras mías y te hagas eco de ellas.

De pronto, el príncipe Évenor, ante la sorpresa de todos, cayó sin sentido, consumido por la fiebre que lo devoraban, y se golpeó en la cabeza contra el frío suelo. Todos callaron. La sangre brotó de una brecha abierta en su frente, manchando su cabello y cuello. Argan se alzó del trono, estremecido.

—¡Hijo! ¡Los médicos! ¡Rápido, llamad a Epolis! —gritó.

En las estancias superiores del templo de Clito, Epolis permanecía junto a Armonía dando sentido a antiguos símbolos de los primeros escritos, reflexionando leyendas, descubriendo historias y compartiendo saberes del mundo conocido y por conocer. Permanecía interesado en ella, más ahora que había vencido la distancia y dado certeza a sus sospechas: era en verdad noble y sabia, una maestra.

—Dime Armonía, en tus escritos usas con frecuencia la luna como referencia de un todo —le dijo queriendo saber más—. He oído que el pueblo te llama Uma, ¿por qué Uma? ¿Tiene algo que ver?

—La luna es símbolo de armonía, paz y sabiduría, de mujer; uma soona es una voz de mi tierra que aquí podría traducirse como “hija de la luna”...

—¡Hija de la luna! ¿Uma? Sí, es un nombre muy bonito —apuntó, sonriéndole. Dos lanceros de la guardia real de Argan entraron en la sala, precipitadamente.

—¡Sabio Epolis, el príncipe Évenor se encuentra peor! ¡El rey le reclama, ha caído vencido en las Cortes! ¡Se encuentra muy mal!

Epolis miró a Armonía, la cual le observaba, y alzó una ceja.

—Discúlpame, he de marchar —murmuró, buscando su complicidad.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Armonía, preocupada.

—¡Acompáñame! —exclamó Epolis, tendiéndole la mano ante su sorpresa.

En la sala de Cortes, Argan se hallaba inquieto junto a su hijo. Los demás soberanos se alzaron de sus tronos, mientras los médicos asistían al joven heredero, parando la hemorragia.

—Demos por terminada las Cortes, pues claras están nuestras posturas... ¡Que cada cual defienda lo suyo! —exclamó Autóctono, alejándose con Llanós como compañero; sin mostrar pena ni desasosiego por la salud del príncipe.

Por el contrario Treita acompañó a Argan, dándole un cuenco de agua para refrescar el calor de su hijo; mientras, Méstor se dirigía hacia fuera, sin nada que aportar.

—La muralla, Méstor... No olvides dar debida cuenta de la muralla —le espetó Argan, observándole.

Las Cortes habían terminado, sin acuerdos ni apenas comentar nada más, reyes, nobles y sabios fueron saliendo. Epolis entró corriendo en la sala, llegando hasta el príncipe; inclinó la cabeza ante Argan y se acercó a él mientras Armonía observaba prudentemente, sin alzar demasiado su rostro.

—Mi señor, parecía que mejoraba... ¿Qué ha ocurrido?

Argan, apenado, alzó la mirada hacia donde se hallaba Armonía, fijándose en cada detalle: su delicado vestido de lino y sedas de Oriente, el brazalete de oro en forma de serpiente que portaba en el brazo, los borceguines de pieles que cubrían sus pies y esa daga que le era familiar, la cual asomaba en su cintura.

—¿Crees que...? —le preguntó al viejo sabio.

—Sí, mi señor; quizás debiera atender al príncipe. Tengo la certeza que sus conocimientos son, al menos, igual a los de cualquiera de los hombres de medicina más sabios que habitan el reino.

En ese momento Armonía acercó sus pasos, inquieta por saber de la suerte del príncipe. El cual permanecía en los brazos del rey, con la frente cubierta por húmedos trapos, manchados de sangre.

—Si mi rey desea mi ayuda, con gusto la brindo, mi señor.

Argan escuchó a aquella mujer por primera vez en su vida. Pero pareció recordarla desde siempre; su voz cálida, sencilla y firme, ahondaba en su corazón con cada palabra. Ante la atónita mirada de todos, Armonía retiró los trapos que cubrían al príncipe y observó su cuerpo enrojecido de un color cobrizo, sus pupilas dilatadas a punto de fundirse en la retina y posó la mano en su frente, sobre la herida, notando el calor que manaba de él.

—Las fiebres malignas le devoran; es muy joven, pero pronto morirá —dijo Argan, apenado.

—Si ha de ser así, será pues... Pero solo si así ha de ser. Hay que trasladar al príncipe hasta mis aposentos, en el pantano. Es el único lugar donde a buen seguro podré preparar mis artes con confianza y devolverle la vida.

—¿Al bosque? —preguntó Treita, que altiva y sorprendida observaba cada movimiento de Armonía.

Argan fijó su mirada en la hermosa mujer que turbaba su razón y le abrió una puerta a la esperanza, profundizando en su interior y la vio noble y capaz.

—Trae a tu hijo al bosque y cuidaré de su vida como si fuera la mía —le insistió Armonía.

—¡Así sea! —exclamó Argan, decidido.

—Pero, mi señor, ¿cómo podéis fiaros de esa bruja? A ella solo acuden las gentes desahuciadas, con el coraje que da la desesperación —espetó Treita.

—Bajo tu atento cuidado, en nada ha mejorado y las fiebres amenazan con robarle la vida cada vez con más intención. Hay gentes de honor y palabra que aseguran que las artes de la dama del bosque han salvado más de una vida —apuntó Epolis.

—Brebajes de hierbas y sangre, osamentas y cueros de criaturas infernales; no, de ninguna manera ¡A saber qué le dará esa bruja! ¡Allí morirá, rodeado de alimañas, perdido en el pantano! —espetó Treita.

Armonía se alzó violentada y, notando la desidia que había despertado en la reina, tomó la mano del príncipe, fijando la mirada y sus palabras hacia Argan.

—Ahora debo marchar. Prepararé su lecho por si confías en mí y quieres darle vida, pues yo te he de esperar —le dijo al rey, con serenas palabras; y se alejó por el pasillo, guiando sus pasos hacia la salida, bajo la atenta mirada de todos.

—No se preocupe mi señor, sanará... Hallaremos el remedio —insistió Treita, volviendo a cubrir la frente de Évenor con trapos húmedos que le refrescaran.

Argan miró con reparo a Treita y, con las manos temblorosas, la tomó de los hombros y la miró fijamente a los ojos.

—Treita, mi hijo se muere —le aseguró con tristeza. Luego, se volvió hacia el anciano sabio—. Epolis, que se disponga de lo necesario. Mi hijo Évenor y yo marchamos de inmediato al Bosque Maldito.

Treita quedó sola conforme todos abandonaban la sala, perpleja, pues comprendió que había herido la sensibilidad de Argan con sus palabras; pensando en esa mujer que, sin duda, había despertado el interés del rey. Y se preguntó si podría en verdad salvar al príncipe.

Dejando atrás las altivas murallas de Atlas, Armonía cabalgaba al galope a través de los campos de cereal del gran valle fértil. Se cruzó con dos leñadores que acarreaban a lomos de sus mujeres y una mula terca grandes fardos de leña, y a un pastor con su rebaño de ovejas guardado por bravos perros loberos. Al verla, temerosos, se alejaron del camino, rehuendo su presencia. Un leve gruñido salió de los perros

mientras se acercaban instintivamente a sus dueños, buscando protección ante la presencia de Armonía que, indiferente, pasó levantando polvo y paja con los cascos de su caballo ante aquellos ojos llenos de curiosidad y temor, que soportaban tan dura carga.

Regresaba al bosque con premura para preparar un sitio en su humilde cabaña. Sabía que el rey de reyes llevaría al príncipe y ella deseaba sanarle. Aquel día, con Argan y Epolis, había hallado de nuevo la confianza en el hombre y sintió, de nuevo, emociones olvidadas que deseaba recuperar.

Esa misma tarde, acomodado en un carro de guerra, Évenor fue trasladado hacia el Bosque Maldito con una guardia de veinte lanceros. Le acompañaba su padre y el viejo sabio que, entrando en las sendas del espeso bosque, ambos se miraron cerrando el camino a la duda.

—Has hecho lo correcto, mi buen amigo, mi gran rey. Ten fe en Armonía, ella le salvará.

—En ello confío con toda mi alma. Veo que la tienes en alta estima. Epolis, dime, ¿qué sabes de la dama del bosque? —le preguntó.

—Su nombre es Armonía y es tan hermosa como bondadosa. En ella se adivinaba la certeza del que sabe y la nostalgia del que añora. La claridad y viveza de sus palabras evocan sin duda la talla de una maestra. Poco más sé, mi señor... Su mutismo sobre ella misma mantiene la incógnita de su procedencia y destino. Cuando mis palabras pretenden conocer, cierra sus oídos a mi voz. De hecho, la distancia que mantiene con nuestra gente le ha valido la desconfianza del pueblo, cuando no su temor... Señor, muchos la conocen como Uma, la bruja de Oriente; no como Armonía, la dama del bosque.

—¿Puede ser una sacerdotisa venida de un mundo desconocido o acaso una noble dama caída en desgracia?

—Dicen que llegó hasta nuestras murallas acompañada de sus tres hijas, hace ya algunos años... ¡Atravesando los hielos de Pyrene! Aunque yo lo dudo.

—Duro debió ser el camino para ella y sus hijas, si ello es verdad. Debe de ser una mujer muy valiente; es de encomio que lo consiguiera —aseguró Argan.

—Parece de condición humilde, pero es noble Su sabiduría hace inconcebible pensar que pueda provenir de los clanes de hombres salvajes de la vieja Europa.

—No es de aquí, su cabello es como oro puro; esos ojos verdes y sus vestimentas no son propias de nuestra gente. Quizás proceda de los pueblos del mar o de las llanuras entre ríos de Oriente...

—Quizás de Ática.

—¿No sabes más?

—Nada, mi señor. Pero veo que te agrada esa bella mujer.

El rey ignoró aquellas últimas palabras y siguió andando, en silencio, observando a su hijo, adentrándose en el Bosque Maldito. El claroscuro se fue cerrando conforme avanzaba el sol en el horizonte, el carro se convirtió en un obstáculo cada vez más

pesado y la bifurcación del camino en varias sendas aseguraba un destino incierto. El príncipe fue trasladado a una camilla hecha de cueros y dos resistentes palos, y la expedición avanzó por el bosque hasta hallarse perdida en medio del pantanal. Los quejidos del joven ahondaban en la inquietud del rey, que no encontraba una salida que le dirigiera hasta la dama del bosque.

Cuando la desesperación empezaba a tener sentido, apareció Armonía entre las sombras, como salida de la nada. Se acercó hasta el rey y puso la mano en su hombro.

—Descansa de la fatiga —le dijo—, pues has llegado a mi humilde morada...



## CAPÍTULO 5 · EL MILAGRO DEL BOSQUE MALDITO

Hipólita, Antíope y Menalipa habían crecido en el Bosque Maldito, observando, desde la distancia, la acrópolis y el paso de los hombres sabios por las sendas que lo bordeaban. Todas ellas gozaban de la sabiduría y belleza de su madre, Armonía. Eran adolescentes que pasaban sus días, felices, en el claroscuro de la exuberante vegetación. Conocían gran parte del mundo exterior que las rodeaba gracias a lo que su madre les contaba, alrededor de una hoguera. Era costumbre, después de la cena, que les relatara una historia y la debatieran hasta bien entrada la noche. En las mañanas ejercitaban sus cuerpos y hablaban de batallas, almorzando salvajina ahumada y algunas frutas tiernas; las muchachas escuchaban con atención, pues las artes de guerra les resultaban la más interesante de las lecciones que su madre a menudo les dictaba.

Ajenas a los rumores y habladurías que circulaban sobre ellas, bromeaban sobre sus amoríos y correrías en sus lechos, antes de dormir. A menudo su curiosidad y valentía las llevaba, burlando la vigilancia de su madre, a conocer jóvenes de la cercana aldea de Artos. Ninguna de las tres doncellas tenía miedo alguno a los aullidos de la noche, ni al crujir del viento en los árboles; ni al mortal pantano, ni a las sombras del espeso bosque. Para ellas cada uno de esos lugares era hermoso, único y extraordinario. No temían aquel entorno para todos hostil, sino que se sentían parte él.

Hipólita era una joven de largos cabellos negros, brillantes como el azabache; tenía unos ojos preciosos que la llenaban de vida, de un azul tan suave como el amanecer; y de una mirada tan penetrante que llegaba al alma de cualquiera. De gran corazón, inocente y noble, se mostraba siempre dispuesta a ayudar a quien lo necesitara. Era inteligente, sagaz y aunque seria, su boca parecía abrirse tan solo para sonreír; y entonces su belleza no tenía igual. Antíope era esbelta como una

gacela; sus ojos eran como esmeraldas preciosas y su pelo, de tonos oro castaño, se escondía bajo un gorro de pieles curtidas; gustaba perderse en el bosque a lomos de aquel viejo caballo negro, con una lanza, y pasar largo tiempo observando su entorno, las plantas, los animales y a los hombres. Menalipa, la menor de las hijas de Armonía, se mostraba siempre sensible, hermosa y con una dulce sonrisa en su boca; de largos cabellos negros y ojos de color zafiro, era la que más ansiaba sabiduría pues, a menudo, solía acompañar a su madre al templo de Clito.

Las tres hermanas se hallaban inquietas, cerca de la puerta de una cabaña hecha de troncos secos entrelazados, maderas labradas y cueros de bestias cosidos hábilmente con tendones y hebras vegetales. Dando círculos sobre sí mismo, esperaban la llegada de Armonía, que se había alejado al encuentro de unos desconocidos.

—Pero, ¿quién viene? ¿Por qué tanto alboroto? —se preguntaba Antíope.

—No sé, debe de ser alguien muy especial. Madre nunca trajo a nadie hasta aquí —respondió Menalipa.

—Pues le ha preparado tu lecho, esta noche dormirás en el suelo —apuntó Antíope con una sonrisa.

Menalipa le miró seria, frunciendo las cejas.

—Dormiremos las tres juntas, he unido los lechos... ¡Mirad, por allí llegan! —aseguró Hipólita.

Armonía llegó junto a la cabaña. Las tres doncellas se apartaron viendo pasar ante ellas la camilla y aquellos nobles escoltados por aguerridos lanceros.

—¡Es el rey Argan! —exclamó Menalipa.

Hipólita y Antíope permanecieron en silencio, atónitas, observando a los soldados y al joven que agonizaba; y corrieron para ayudar a su madre. El príncipe fue acomodado en un lecho de gruesa lana y Armonía comenzó a observar cada detalle de su cuerpo, de su alma, de su agonía.

Argan y Epolis aguardaron fuera de la cabaña, esperando ser invitados a entrar, pues Armonía no lo había hecho y quisieron respetar su morada por humilde que fuera. Menalipa se acercó a ellos.

—Te conozco, te he visto en ocasiones junto a tu madre en el templo de Clito —le dijo el viejo sabio.

—Menalipa es mi nombre. Tú eres Epolis, el sumo sacerdote y él..., ¿es el rey Argan?

—Sí, soy rey. Pero ahora no soy más que un padre herido, desesperado —apuntó Argan, acercándose a la puerta de la cabaña y alzando el cuero que la cubría, sin poder esperar más.

Frente a él apareció Armonía, y salió fuera.

—Solo mis hijas y yo cuidaremos del príncipe. Nadie podrá entrar en mi cabaña. Ni tan siquiera tú, mi noble señor... Ni Epolis. Así os lo pido por el bien de tu hijo y espero lo comprendas. Si me escuchas, Évenor vivirá.

—Extraña decisión la tuya... Aceptaré, pues confío en tu sabiduría con la

esperanza de ver pronto a mi hijo repuesto. La guardia alzaré mi tienda en aquel claro, junto a ese alcornoque que buena sombra le dará —aseguró Argan, tras escuchar esas palabras de esperanza.

—Sí, pero luego, que marchen antes de que anochezca, aquí en nada son necesarios los soldados... Preciso de la soledad.

Argan la miró extrañado y ella le sonrió transmitiéndole seguridad y confianza, y el rey se giró hacia su capitán.

—Marchad a la acrópolis, que cuatro lanceros queden aquí haciendo la guardia. Epolis, viejo amigo, ve con ellos, guíales tú que marcas cada camino en tu mente. Regresa en dos días, tráeme noticias de la Corte y habla en mi nombre, que todos sepan que estamos bien; mas no les indiques las sendas para hallarnos.

Los lanceros del rey alzaron una tienda de campaña a cien pies de la cabaña, bajo la atenta mirada de las hijas de Armonía; dos de ellas subidas a un alcornoque y, la otra, Menalipa, sobre un peñasco.

—¡Hipólita! —llamó Armonía a la mayor de sus hijas.

—Sí, madre.

—Ven, ayúdame.

Hipólita sonrió, haciendo una mueca de burla a Antiope, y se alejó hacia la cabaña, bajo la pícaro sonrisa de sus hermanas.

—Álzale la cabeza, le daremos esta sopa..., le hará bien. Luego, la papilla de salvajina —le dijo Armonía, dentro de la cabaña, junto al príncipe.

—Madre, ¿es el príncipe Évenor?

—Sí, hija, así es.

La joven mantuvo al príncipe recostado sobre su pecho, mientras Armonía le alimentaba; éste, por un momento, volvió la cabeza abriendo los ojos en su delirio y la vio, tan hermosa, cuidando de él.

Esa noche la pasaron en vela Armonía e Hipólita. Mientras la hija limpiaba el sudor del cuerpo enrojecido del príncipe, calmaba sus dolores y la angustia que padecía; su madre preparaba pócimas y le daba agua en abundancia entre ruegos y oraciones.

—¡Morirá, madre? —preguntó Hipólita, al amanecer.

—No hija, pero sufrirá... Cuida de él, salgo a preparar el desayuno para nuestros invitados; despierta a tus hermanas, que te ayuden y descansa un poco.

Hipólita notó la mano del príncipe en su brazo, se giró y observó como sus ojos se cerraban de nuevo.

—¡No! ¡Yo cuidaré de él! —exclamó, conmovida.

Armonía alzó sus cejas, apretó los labios, y asintió. De pronto dieron unos golpes en la puerta de la cabaña.

—Armonía, ¿estás despierta? ¿Cómo está mi hijo? ¿Mejor?

—Sí, mi señor —le contestó alzando el cuero que cubría la puerta.

—¿Puedo verlo?

—Pero solo por un momento, ahora duermo...

Argan entró, observando la humilde morada, donde el aroma de espliego se dejaba mecer en el aire: su pequeña cocina, la mesa del centro y algunos tocones que hacían de taburete; el estrecho cuarto donde se adivinaban las muchachas dormidas y un pequeño altillo, al que se alzaba con una frágil escalera hecha de ramas. Frente a él, tras una pared de débiles troncos, vio a su hijo en un lecho y a Hipólita, a su lado, asida de su mano. Se acercó y una arcada de felicidad salió de su boca, pues el color cobrizo de Évenor había desaparecido.

Emocionado se dirigió hacia Armonía, que esperaba fuera; sentada, asombrada ante el suntuoso desayuno que habían preparado los hombres de Argan para ella y sus hijas.

—¡Le has sanado de sus males! —exclamó el rey, eufórico. Y abrazó con fuerza a aquella mujer que había salvado la vida de su hijo, llorando sin lágrimas la felicidad que colmaba todo su ser.

—No, aún no. Las fiebres continúan, su estado es débil. Mejorará, pero dale tiempo —aseguró ella, desplazándose un poco hacia atrás con cierta alegría.

Durante tres días, Hipólita estuvo velando al príncipe desconocido que tanto sufría, entre sus brazos, calmando su pena. Solo Armonía le preparaba el alimento y el agua que bebía. El príncipe, aunque no podía apenas gesticular palabra, era consciente de lo que ocurría, del esfuerzo de aquella mujer y de esa hermosa doncella que tanto tranquilizaba su delirio y calmaba su calor.

Mientras Évenor permanecía en la cabaña reponiendo su salud, en compañía de Hipólita, Argan paseaba a menudo por el bosque junto a Armonía; se mostró siempre muy respetuoso con ella y, dejándose querer, conoció lugares encantadores de aquel “bosque maldito”.

—Epolis está aquí, mi señor —le informó la guardia.

—¡Epolis, viejo amigo! Dime, ¿cómo marcha todo? —exclamó el rey, viéndole llegar.

—Os dejo, tendréis de qué hablar y yo he de preparar la medicina —apuntó Armonía.

—Espera, te he traído un recado; me lo entregó un amigo para que te lo hiciera llegar —le apremió el anciano sabio, ofreciéndole un paquete de lino envuelto.

Ella lo tomó y, desenvolviéndolo, vio las tres espadas que le forjó el broncista; las rebabas no estaban y su brillo relucía con los rayos del sol.

Argan se sorprendió al verlas, pero nada dijo.

—También te he traído peras para tus hijas, grano y carne de oveja.

—Gracias, me has evitado un largo camino; te estoy muy agradecida.

Armonía se alejó hacia la cabaña, con las espadas bajo el brazo y la alforja cargada sobre su hombro; viendo cómo Menalipa y Antíope preparaban una pequeña trampa, con un lazo y un cuenco de agua sucia, delante de la tienda de uno de los guardas, la del más joven.

—¿Qué hacéis?

—No, nada... —le aseguraron sus hijas, entre risas traviesas.

—Epolis, viejo amigo, mi hijo se halla cada día mejor, su piel es tersa y blanca y las fiebres remiten. Sabía y noble es sin duda, como bien decías.

—Me alegro tanto de oír esas palabras. Sabía que así debía de ser, pues no regresaste a la acrópolis. Évenor vivía.

—Sí, Armonía es una mujer extraordinaria.

—Quizás podrías conocerla mejor. Veo que te han bastado unos días para quedar prendado de ella. Si quieres un consejo, mi viejo amigo, mi noble rey, invítala a palacio cuando el príncipe se reponga. ¿Puedo verlo?

Argan se giró y le miró con gesto serio.

—No, no quiere que nadie le vea... Yo solo puedo visitarlo en la mañana, ella únicamente respeta el sufrimiento de un padre ante el nuevo día.

—Comprendo... Pero si me lo permites, mi señor, deberías dejarte acompañar por una noble dama que comparta tu dicha, que te ame y cuide. Ha pasado mucho tiempo desde que falleció la reina Pyrene, el príncipe ya es un hombre y necesitas recobrar el sentido de la vida.

Entonces apareció Armonía.

—Epolis, ¿quieres ver al príncipe? Se halla mucho mejor, en unos días las fiebres habrán desaparecido por completo.

—Sí, claro —dijo Epolis sonriendo a Argan y dirigiéndose hacia Armonía.

Argan les miró, reflexionando sobre las palabras del viejo sabio, su amigo y consejero, y le siguió.

—No, solo Epolis. Aún está muy débil, con una visita está bien —le frenó ella. Argan quedó parado, atónito, y ladeó la cabeza resignado.

Epolis se sentó junto a Évenor, mientras Hipólita le refrescaba la frente con lino empapado de agua fresca. El príncipe la observaba, maravillado por su entrega, y alzó la mano para acariciarle el rostro, esas suaves mejillas.

—Ahora vuelvo, voy al arroyo a por más agua fresca... Apenas queda —dijo la joven, ruborizada.

El viejo sabio la escuchó salir de la cabaña y miró a su alrededor, observando la humilde morada.

—Epolis, qué alegría verte —susurró el príncipe, alzándose un poco sobre su lecho. Eran sus primeras palabras en muchos días.

—¿Évenor! Por todos los dioses... Qué susto nos has dado, creíamos haberte perdido.

—¿Quién es esa hermosa doncella que tan bien cuida de mi suerte? ¿Dónde estoy?

—Es Hipólita, una de las hijas de Armonía, la dama del bosque. Ellas te han devuelto a la vida. ¿Cómo te encuentras?

—Es preciosa. Epolis, toda ella es de una dulzura indescriptible... Sus maravillosos ojos, su escondida sonrisa... Ha estado conmigo día y noche, cuidando de mí como nunca nadie había hecho.

—Me temo que esa joven ha calado hondo en tu corazón, mi joven príncipe. ¿Acaso es así? Hablas como un enamorado.

—¡Ya estoy aquí! ¡Traje agua y aromática de manzanilla! —exclamó Hipólita, llegando sin avisar. Viéndole repuesto y sentado sobre el lecho, sonrió feliz y salió corriendo—. ¡Madre, el príncipe está mucho mejor! ¡Habla!

Armonía soltó sobre una roca el fardo de leña que portaba y Argan, que la acompañaba, dejó caer el tronco de su hombro y corrieron hacia la cabaña, acompañadas por Antíope y Menalipa.

—Corre, corre... El príncipe despertó —se decían entre ellas.

Argan abrazó a su hijo, pletórico, ante la satisfacción de Armonía y la mirada cómplice de Hipólita. Epolis asentía con alegría. Antíope y Menalipa no apartaban la vista del joven muchacho y de su propia hermana.

Un corto grito sonó de pronto en el exterior, seguido de varios exabruptos y risas de la guardia. Antíope y Menalipa rieron bajo la mirada piadosa de su madre.

Pasaron varios días en los que el joven príncipe fue recuperándose por completo, al amparo siempre de Hipólita; su fuerza y cariño fue la mejor de las pócimas. Esa noche cenaron la carne asada de una cierva abatida por Antíope, alrededor de una hoguera; todos juntos, incluido el príncipe.

—Buena pieza, una carne exquisita... Eres buena cazadora —aseguró Argan, dirigiendo su mirada a la joven que le miraba sin alzar mucho la cabeza.

—Antíope no tiene rival con la lanza y Menalipa roza la perfección con el arco —aseguró Armonía, sonriéndole y volviéndose hacia cada una de ellas.

—¿E Hipólita? —preguntó Évenor.

—Hipólita maneja con destreza suprema cualquier arma, y es muy ágil, rápida e inteligente con sus artes... ¡Con todas! —apuntó seria Antíope.

—Cuidate de ella —añadió Menalipa y estalló entre risas, acompañada por Antíope. A Hipólita no le hicieron reír las gracias de sus hermanas, pero viendo al príncipe hundir sus ojos en ella, sonrió pletórica, mordiéndose el labio inferior.

Las tres doncellas eran tan encantadoras como ingeniosas; sabían sacarle partido a cuanto tocaban y, sin embargo, eran inocentes ante la maldad. Pero sobre todo eran diestras en armas pues, desde su más tierna infancia, Armonía, consciente de los peligros que las acechaban, ejercitó con ellas hábilmente el manejo del hacha, el arco, la lanza y la espada. También les había enseñado a cabalgar sobre su viejo caballo, incluso de pie. Las había convertido en grandes guerreras, algo que ellas mismas desconocían.

—¿Las espadas son para tus hijas? —se interesó Argan.

—Sí —respondió Armonía.

—¿Para defenderse de las criaturas del bosque? —preguntó Epolis.

—No, es para combatir las que viven fuera... Vamos, se hace tarde y tú todavía no estás bien, debes descansar —dijo Armonía, alzándose y señalando a Évenor.

Pronto quedaron solos Argan y Epolis, al calor de la hoguera, satisfechos ante la mejora de Évenor y por la atención que Armonía les ofrecía.

—En palacio no andan bien las cosas, temen que hayáis sido embrujado o ¡a saber! Muchos son los sabios molestos y Autóctono anda cazando hombres salvajes de nuevo.

—Autóctono nos dará problemas... Su ambición y maldad no tiene límites.

—En las tierras de Gadeira, Elisippos, Azaes y de Cronos ha habido refriegas; las rencillas entre nobles son constantes, llegando a enfrentar sus guerreros por la posesión de unas tierras sin valor alguno.

—La derrota de Ática destruyó nuestra hermandad. Para evitar una guerra fratricida, opté por ceder más soberanía a los diferentes reinos. Fue un error, mi querido amigo. Fruto de ello ha sido la inestabilidad y la decadencia de unos reyes rodeados de sacerdotes, consejeros y nobles corruptos, cada vez más alejados del espíritu de la acrópolis. Colmados de ambición y lujuria, se hallan más cercanos del oro ajeno y de los placeres sin tregua que ofrece la vida que de regir el destino de sus gentes en justicia —pronunció Argan, con tristeza.

Una sombra esquiva, entre los arbustos, llamó la atención de Epolis.

—¿Qué ha sido eso?

—No sé, quizás un oso —respondió Argan, alarmado.

En ese momento, Armonía salió de la cabaña, descolgando unos trapos limpios, secos, de las ramas.

—Deberíais ir a dormir, la noche despierta el hambre de las criaturas del bosque —aseguró con una sonrisa maliciosa.

—Sí, ya marchamos —contestó Argan, con una sonrisa enamorada.

Armonía entró en la cabaña de nuevo. Argan alzó sus cejas y encogió los brazos ante la mirada de Epolis.

—Vamos, es tarde —murmuró Argan.

—Dicen que una gran bestia cuida de ellas en el bosque. Un carnicero de fuerza brutal, de largos colmillos que sobresalen más allá de sus mandíbulas —comentó Epolis en voz baja.

—¿Quién dijo tal cosa? Yo no vi nada y ya han pasado muchos días.

—En la acrópolis dicen que es una leyenda, pero en las aldeas cercanas al bosque afirmaban lo contrario. La llaman la bestia del hombre. Dicen es tan grande como un uro salvaje, mucho más que un león del Atlas; que una sola de sus garras abarca el pecho de un guerrero hecho y que su fuerza es tal, que parte a los hombres en dos con uno solo de sus zarpazos.

—Vayamos a dormir..., no sea que nos visite. Pero si esa bestia existe, ni Armonía ni sus hijas parecen tenerle ningún temor. Será pues leyenda.

Tras un denso matorral, ocultos en lo más denso del follaje, unos ojos felinos observaban cada movimiento de Argan y Epolis, agazapándose bajo las intrincadas

ramas, olfateando el aire y alzando su belfos. Una retráctil garra se afianzó, decididamente y sin alzar un mínimo ruido, en el húmedo suelo del bosque...

A la mañana siguiente, una fina lengua de escarcha recorría la superficie de las charcas y cubría los tallos verdes. La bruma impedía ver a más de dos pies de distancia entre las sendas del Bosque Maldito. Los fríos arroyos recogían los primeros copos de nieve que, como delicado anuncio del invierno, caían finos y sin fuerza, descomponiéndose rápidamente al contacto con el agua, dejándose ver en el suelo húmedo repleto de la hojarasca otoñal.

Un reiterado entrecrocar metálico despertó de golpe a Argan, que salió rápido de la tienda de campaña, apenas cubierto con sus prendas interiores y unas pieles, blandiendo su espada. Y observó, tras escuchar un nuevo choque, a los pájaros, que se alzaron en numerosas bandadas, saliendo desde la arboleda en busca del cielo abierto. Corrió hacia la cabaña y vio a Epolis, apoyado en un árbol, con la guardia, sonriente. Y volvió su vista: girando alrededor de una gran fogata, dos espadas se medían en un claro cercano a la cabaña.

—¡Antíope! La hoja recta, en alto... Siempre en vertical a la suya, no dobles las dos rodillas. Así podrás cambiar rápido de posición y cruzar la espada fácilmente para frenar sus golpes —insistía Armonía.

Évenor también salió de la cabaña y se acercó, atraído por lo que oía y veía, sentándose junto a Menalipa.

—Son espadas de metal, tus hermanas podrían dañarse con un mal golpe —dijo tan sorprendido como preocupado.

—Sí, es posible —asintió ella, sin darle más importancia.

Hipólita manejaba el bronce con destreza y Antíope se limitaba esforzadamente a defenderse, una estocada tras otra. Con gran agilidad, Hipólita giró bruscamente sobre sí misma y con el ancho de la hoja le golpeó en la espalda haciéndola caer a tierra. El príncipe quedó perplejo viendo la agilidad y arte de la joven que había guardado su vida y le había robado el corazón, su vista no podía despegarse de ella.

Antíope la miró frunciendo el ceño, apretó los labios y se levantó furiosa. Asió la empuñadura de la espada con ambas manos y emitiendo un agudo grito de rabia se lanzó a un descontrolado ataque frontal. Hipólita, atenta a la lucha, se limitó a esquivar el golpe y, con una suave zancadilla, desequilibró a su hermana, que dio de bruces de nuevo en el suelo embarrado.

Armonía se acercó y se agachó ante ella.

—No, Antíope. Hija, en combate nunca debes atacar amparándote solo en la fuerza y menos todavía con ira o desesperación. Recuerda que tienes tu inteligencia. Úsala. Si tu enemigo es más diestro que tú, acéptalo. No debes insistir con las mismas artes, una y otra vez, ante un oponente superior. Retírate, cambia tu táctica e inténtalo de nuevo. De lo contrario, más pronto que tarde serás víctima de algún rival despiadado. No temas perder una batalla, pues lo importante es ganar la guerra, conservar la vida —le dijo en voz alta.

Antíope la miró y se irguió hundiendo la punta de la espada en el suelo. A continuación se agachó y mientras en una mano ocultaba una gruesa piedra, tomó en la otra una lanza del suelo, haciéndola vibrar en el aire. Y se acercó de nuevo a su hermana, rodeándola, mirándola fijamente a los ojos, buscando un punto débil en su defensa mientras esta se mantenía firme con su espada en alto.

—¡Con la lanza tampoco podrás! —exclamó Hipólita, segura de sí misma.

Antíope hizo un amago rápido con la lanza sobre el costado derecho de Hipólita, la cual rápidamente lo cubrió con su espada. En ese momento, le lanzó la piedra impactando de lleno en la cabeza de su hermana y haciéndola caer al suelo con una pequeña brecha en la frente.

—¡Aaaah... Me has engañado! ¿Cómo has podido? —le reprochó al sentir la punta de la lanza en su cuello.

—¡Gané la guerra! —gritó Antíope dando un salto de alegría.

Armonía y Menalipa la miraron sorprendidas.

—¿Qué te sugiere esta derrota? —le preguntó Armonía a Hipólita.

—¡Que mi hermana no tiene honor!

—El honor no sirve de nada a los muertos. Tu hermana estudió tu arte, superior al de ella, y pensó en la manera de vencerte. No debes menospreciar nunca a un enemigo, pues el orgullo en combate es un defecto que puedes pagar con la vida. No desvíes nunca la vista de tu adversario y piensa que un buen guerrero puede herirte con cualquier arma, no necesariamente con la que te muestra.

Un hilo de sangre cruzó la frente de Hipólita.

—Acércate para que vea esa herida —dijo Armonía mientras Antíope sonreía a Menalipa y a Évenor, alzando las cejas eufórica.

—¡Es la primera vez que domo a Hipólita! —exclamó finalmente.

Por la tarde, con la caída del sol, Armonía se acercó a Argan, dirigiendo su mirada hacia el príncipe, que andaba riendo con las muchachas.

—Évenor ya anda repuesto, fuerte —le dijo.

—Sí, te agradezco todo cuanto has hecho; sin ti habría muerto. Demos un paseo por el bosque, el asado tardará un poco.

Argan le ofreció el brazo a Armonía y ambos pasearon al lado de un pequeño arroyo, entre alcornoques centenarios.

—Esta mañana estuve siguiendo tus clases. Eres sabia y guerrera, ¿qué más escondes tras tu hermosa mirada?

Ella se paró y, poniéndose frente a él, le miró a los ojos y le colocó las manos sobre el pecho. El rey le acarició la cara y la besó notando el calor de su cuerpo, la dulzura de sus labios; la miró con el deseo del que ama y pasó los dedos por sus sedosos cabellos rubios, que resplandecían con la luz del sol. Entonces pensó en su estatus social, su responsabilidad como rey de reyes. No podía de ninguna manera enamorarse de aquella mujer del bosque por mucho que le dictara su corazón. Con un gesto sentido, bajó su brazo y agachó la vista girando la cabeza. Armonía retiró su

mano, lentamente, contrariada y le pasó el brazo por detrás de la cintura mientras dirigía su mirada a la profundidad del bosque, escondiendo una lágrima furtiva ante el rechazo. El rey la tomó del hombro y continuaron sus pasos en silencio hasta volver a la cabaña.

Allí encontraron a Epolis y a las muchachas, sentadas ante la hoguera, aliñando con tomillo y sales el asado. Évenor se hallaba junto a Hipólita, fuerte, alegre y feliz.

—Évenor partirá mañana con su padre; vuelve a gozar de la salud perdida, su estancia en nuestra humilde morada ha terminado —dijo Armonía, de forma tan melancólica como rotunda.

Hipólita se quedó de piedra y miró con tristeza al príncipe.

—Pero..., ¿y si enferma de nuevo? —preguntó Epolis.

—No creo que eso ocurra. Pero si fuera así, debes avisarme con urgencia. No dejes nunca que nadie pretenda aliviar su dolor.

Sin añadir más, se dirigió a la cabaña, y se encerró en el interior. Argan quedó triste; viendo la cara de contrariedad de su hijo, de Epolis, de Hipólita y de sus hermanas.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Évenor.

—No hijo, somos soberanos y tenemos responsabilidades que atender en palacio, no podemos quedarnos por siempre aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Menalipa—. ¿Acaso no eres feliz aquí, en el pantano?

Argan la miró y, por primera vez en su vida, no supo qué decir.

A la mañana siguiente, muy temprano, los jóvenes enamorados se despedían en el interior de la cabaña.

—Me has devuelto la vida y la esperanza —le dijo él, totalmente repuesto de sus fiebres—. No deseo partir, tengo miedo de perderte.

—Sabes donde encontrarme —aseguró ella.

Évenor tomó la medalla de oro tallado, en forma de luna, que colgaba del cuello de la joven; luego, la miró con ternura a los ojos y le besó los labios. Hipólita puso las manos en el pecho de Évenor y recorrió su cuerpo hasta fundirse en un fuerte abrazo.

—Te quiero y deseo que seas mi reina. Mi amor por ti será eterno como las estrellas que velan las noches, como el sol que calienta cada mañana.

Hipólita le sonrió ruborizada. El cuero que cubría la entrada de la cabaña se alzó y Armonía entró con la tristeza reflejada en su cara.

—¿Te pasa algo, madre? —le preguntó Hipólita, desprendiéndose del abrazo de Évenor.

—No, nada... Tu padre espera—contestó, dirigiéndose a Évenor.

Argan sonrió y abrazó efusivamente a su hijo al verle salir, fuerte y sano, dispuesto a regresar. Luego, fue a despedirse.

—¿Armonía? —la llamó, sin entrar en la cabaña.

Ella le ignoró. Nadie salió a desearle suerte en el camino. El rey agachó la cabeza por un momento, sintiéndose culpable, después miró al frente.

—Vamos hijo, regresemos a nuestro hogar.

Argan y Évenor se alejaron, guiados por el sabio Epolis y acompañados por los cuatro lanceros. En su camino, dejando atrás la cabaña, Antíope y Menalipa les observaban en la distancia, subidas a una gran roca de granito, alejada del camino, cercana al bosque y al gran lago, desde la que se divisaba la gran polis de Atlas. El príncipe se dirigió hasta ellas y las dos jóvenes se alzaron ante su llegada y, observándole con curiosidad contenida, esperaron sus palabras.

—Decidle a Hipólita que en esta misma roca, en dos días, me hallaré al caer el sol... ¿Le haréis llegar mi mensaje? —preguntó Évenor con voz suave.

Antíope y Menalipa se miraron maliciosas por unos momentos.

—Descuida, noble señor, si en nuestra memoria guardamos el recuerdo hasta nuestro hogar, posiblemente algo le comentemos —contestaron, haciendo una mueca alegre.

El príncipe las miró con una sonrisa cómplice y les alzó el brazo, despidiéndose, conforme regresaba con Argan, Epolis y la guardia.



## CAPÍTULO 6 · HUMO EN EL HORIZONTE

El príncipe Évenor se hallaba totalmente repuesto de su terrible enfermedad, incluso volvió pronto a cuidar sus artes de guerra entre aguerridos soldados para alegría de su padre. Pero Argan no se mostraba feliz, pensaba en Armonía preso de su recuerdo. Por otra parte, apenas habían pasado unos meses desde las Cortes celebradas en el palacio; alzadas sin concretar solución alguna para combatir los pillajes realizados por las huestes invasoras que asolaban los territorios de Atlanta.

—Mi señor, el rey Autóctono está aquí, desea veros —le anunció el capitán de la guardia, entrando en sus aposentos.

Autóctono atravesaba con furia encendida en sus ojos los pasillos del templo, acompañado por su guardia libia y de un consejero que, con amarga cara y sin poder remediarlo, le perdía el paso. Pronto llegó hasta una sala de grandes ventanales y perfumados aires de mirra, en la cual se hallaba Argan, asomado a la ventana, observando el ágora de la acrópolis, junto al príncipe Évenor.

—¡La mayoría de nuestras poblaciones del norte han sido arrasadas, no queda aldea alguna que proteger y una columna de guerreros ha atravesado las montañas de Pyrene, por su paso oriental, cerca de las playas! —exclamó ante Argan.

—¡Lo sé! ¡No es necesaria tu ira para darme cuenta de ello! ¡Marchad pues, si a gritos tienes que hablar! —replicó Argan, con autoridad.

Autóctono calló y les miró de forma impetuosa.

—Además, debes saber que, en su camino, han ocasionado diversos episodios sangrientos en los territorios de Cronos. No solo las tierras de Llanós están siendo asaltadas, si bien de ello te previne —comentó Argan, de forma más pausada.

—La bravura del rey Cronos ha conseguido rechazar los ataques a las aldeas de Terya —afirmó Évenor.

—Debemos sacar las columnas de Atlas, buscar al enemigo y hacerle frente...

¡Exterminarlo! Nuestras bajas son numerosas en cada encuentro; esos guerreros, guiados por poderosos jinetes, lo arrasan todo a su paso. Se hacen temer por su aspecto salvaje y su crueldad. Mostrando las cabelleras humanas de sus víctimas, aterrorizan aldeas enteras que caen a sus pies. ¡Debemos pararlos! —insistió Autóctono de forma más respetuosa.

—¿Parar a quién? Nadie sabe de dónde vienen, ni dónde se ocultan, ni cuándo atacarán... y no presentan orden en batalla; de tal forma no podemos alcanzarles, tanto más cuando algunos de ellos galopan sobre bestias; debemos esperar nuestro momento —contestó Argan.

—Tus soldados han entrado en combate con ellos; dinos pues: no son aqueos, ¿verdad? ¿Es bien cierto lo que se comenta de su destreza brutal? —preguntó Évenor.

—No son los valientes hijos de Atenea, sino mercenarios salvajes, cobardes miserables que atacan donde nadie les espera y desaparecen; y los más duchos son los que cabalgan y visten de negro como la Parca cierta, con la cabeza y el rostro cubiertos con yelmos de bronce. Su destreza con las armas y la pericia de sus cabalgaduras es encomiable. Apenas pueden ver sus ojos en batalla antes de morir aquellos que les toca en desgracia enfrentarse a ellos. Y el más diestro es el que porta un mortal labrys, esa poderosa hacha con doble hoja que rasga y parte la carne y los huesos como si fuera fruta tierna; y que dicta órdenes, a lomos de su caballo, solo con la mirada —dijo Autóctono de forma inquietante, mostrando cierto respeto y temor.

—Las columnas permanecerán en Atlas, en guardia, esperando la batalla que les sea propicia. Marcha pues y cuida de tu gente, que siendo tan altivo, a mí vienes pidiendo cuando dispones de cientos de valerosos hombres en tus tierras.

Autóctono se volvió desairado, mostrando su cara de desacuerdo y marchó con la guardia libia, sin despedirse ni realizar acto alguno de respeto.

—Me gustaría enviarle a Lybia, lejos de mí. No soporto sus constantes ofensas. ¿Cómo puede irrumpir así ante mi presencia? —se preguntó Argan.

—Padre, veo que estás enojado. Me temo que el motivo de tu mal humor no es solo Autóctono. ¿Piensas en ella, verdad? Aquel día, en el bosque, algo pasó...

El rey de reyes agachó la cabeza.

—Mi querido hijo, creo que no he estado a la altura de un rey, ni a la de un hombre... y ahora temo por la seguridad de Armonía y sus hijas.

—No soy ajeno a los rumores de palacio. Su sabiduría, el amor y la dedicación con que salvaron mi vida ha sido dada por brujería.

—Hijo, la acusan de practicar magia negra, de vender su alma a los demonios más macabros, de realizar sacrificios humanos... Incitan al pueblo.

—Son envidias y celos de aquellos que, colmados de ambiciones, nunca nos quisieron. Deberías ver a Armonía; ella te quiere, lo noto cada vez que la veo, siempre me pregunta.

—No deberías ir tanto al pantano, ni visitar a Hipólita. Vuestro amor es un secreto que todos en el reino conocen. Aseguran que la hija de la bruja ha robado tu corazón con artes oscuras mientras te recuperabas en el bosque.

—No me importan los dichos de pasillo, padre. Si bien es cierto que robó mi corazón... Pero fue con su nobleza y humildad, con su belleza y pasión.

—Te olvidas de quién eres y cual es mi deseo, debes unirme en sagrado matrimonio con Andrea. Bien la conoces, ¿le has comentado algo? ¿La has visto desde que regresemos del bosque?

—No... Tampoco la vi en mi dolor, cuidando de mí.

—Es una joven de noble familia, de Atlas, con la cual afianzarás tu estatus, como es debido en la familia real y está acordado; es sangre respetada por su pueblo, aprobada por todos.

—Padre, eres hombre de tradición, capaz de sufrir tu propio desamor. Yo no. Amo a Hipólita y quiero hacerla mi reina —respondió Évenor firme, con la voz alta, cerrando una conversación que derivaba en discusión.

Cerca de allí, bajo el dintel de la majestuosa entrada del templo de Clito, Armonía hablaba con Epolis. Tras una provechosa tarde con su hija ordenando recetas de hierbas medicinales, querían regresar al bosque antes de que oscureciera. Ausente a los últimos intercambios de impresiones entre ambos, los ojos de Menalipa seguían hechizados por las esculturas, los pergaminos y los adornos. La cultura atlante, tan avanzada, compleja y jerarquizada, le resultaba muy atractiva.

—Desde aquí parten exploradores en busca de conocimiento; en ocasiones, en viajes que duran toda una vida. En otras, quizás caídos en desgracia, no regresan nunca. Los que vuelven reciben mil honores de los reyes y el respeto de su gente. Aquí hallarás la sabiduría que tanto deseas adquirir —le comentó Epolis, complacido por el interés que mostraba la joven doncella y posándole la mano sobre su cabeza.

—Los atlantes son hombres cultos, conocedores de los secretos del fuego, del metal, el cultivo de la tierra... —comentó Armonía.

—Y también de las armas y del poder —apuntó la joven, ante la sorpresa de Epolis, observando varios lanceros de la guardia del rey y un carro de guerra que permanecían apostados en la entrada del templo de Poseidón.

—Es la guardia del rey, está en el panteón, con el príncipe Évenor —aseguró Epolis, carraspenado la garganta.

—¿Argan? —preguntó Armonía, dolida.

—Sí, te echa de menos. Él te quiere, quizás no lo sabe bien —comentó Epolis, pretendiendo dar esperanza.

—Uno siempre sabe lo que ama, pero más teme lo que pueda perder. Lo que me duele en verdad es su velada oposición al amor entre Évenor y mi hija Hipólita. Ella será reina algún día. Es su designio divino —afirmó Armonía de forma contundente y con orgullo, ante el asombro de Epolis y Menalipa.

Dentro del templo de Clito, la reina Treita avanzaba altiva, ajena a la presencia de Armonía; seguida de sus consejeros, comentando dichos a los nobles que recorrían los pasillos con voz alta, para que todos la escucharan.

—¿Cómo puede sanar a tantos con tan poco? Debe ser bruja, si no ¿cómo puede sobrevivir a las bestias sanguinarias que habitan el pantanal?

—Su hogar es guarida de dioses malignos que se tragan el alma de todo aquel que osa acercarse. Ha embrujado al rey, quiere su corazón y al príncipe, dicen que sueña con las arpías todas las noches... Y no es menos cierto que adentrarse en el Bosque Maldito, sin compañía armada, es abandonar esta vida —añadió uno de los nobles.

—Las cicatrices que marcan su rostro son la marca de la bestia, ese horrible animal que las guarda y con el que devoran la carne viva de los desprevenidos... La llaman Uma, la bruja de Oriente —aseguró otro de ellos, ante la complacencia de la reina.

—Y las arpías del pantano, esas doncellas salvajes sin conciencia ni razón, se reúnen al amparo de la fría oscuridad con la bestia del hombre, rugiendo lascivas —aseguró un sacerdote que, escuchando la conversación, quiso intervenir.

Treita avanzaba hacia la salida, satisfecha ante lo que oía, consciente de lo que hacía. De pronto, se detuvo y quedó muda. Armonía estaba delante, en la escalera del templo, con varios pliegos en su brazo, acompañada por su hija Menalipa y por el sabio Epolis. Siguió sin desviar su camino, llegando frente a ella; el silencio se hizo, los consejeros de la reina quedaron expectantes mientras Menalipa, inocentemente, le dirigía su mirada con una sonrisa.

—¿Quién es, madre?

—Es la reina Treita, soberana de las tierras de Elisippos.

—¡Qué vestido más lindo! ¡Es precioso! —exclamó Menalipa.

La reina sonrió y haciendo una noble cortesía, siguió su camino. Armonía y su hija quedaron bajo la mirada hostil de los nobles que la acompañaban.

—Bruja —susurró Treita en voz baja, con desprecio, y su voz se repitió como un eco maligno en boca de aquellos que la seguían.

—¡Bruja! ¡Bruja! —eran palabras cada vez más claras, altivas.

Armonía se giró. Tras ella, al menos diez jóvenes y dos ancianos sacerdotes se acercaban. Treita observaba en silencio, sin intervenir.

—Tomad piedras, echemos a la bruja del sagrado templo de Clito —gritó uno de los ancianos.

Una gruesa piedra voló hacia Armonía que, con un rápido movimiento, la atrapó con su mano. Manteniéndola en su puño, miró fijamente al que la lanzó; el cual dio un paso atrás, intimidado ante aquella profunda mirada. Armonía soltó la piedra, que cayó rodando por los escalones del templo, y posó la mano sobre su daga, acercándose a su hija.

—¿Es esta la hospitalidad que mostramos ante la persona que devolvió la vida al príncipe heredero? ¡Vergüenza en vuestra alma! Acosar de esta forma a una noble dama y a su hija. ¡Qué poca hombría! ¡Guardia! —espetó con fuerza Epolis

consternado por lo ocurrido.

Los jóvenes se dispersaron rápidamente, murmurando palabras vanas, al ver acercarse a los lanceros de la guardia real. Los dos ancianos bajaron la cabeza y se alejaron, evitando la mirada de Epolis. Treita había desaparecido.

—Gracias, Epolis; mi buen amigo —dijo Armonía. Luego, quedó en silencio, apretando los labios.

—Lo siento, la gente teme aquello que no comprende y hay quién se ocupa de que el temor genere odio. No te preocupes, haré que la guardia proteja vuestros pasos.

—No, ya pasó. No necesito la guardia, gracias por preocuparte.

—Epolis, ¿por qué querían hacernos daño esos hombres? Nos llaman brujas —preguntó Menalipa, atónita.

El viejo sabio se sintió avergonzado y no pudo responder.

Esa tarde, como en tantas ocasiones, Hipólita atravesó el Bosque Maldito observando cada detalle, avanzando con ganas entre alcornoques y pinos. En los días de cielo abierto, no resultaba extraño que se acercara a aquella gran roca de granito situada al norte. De la cual manaba un pequeño arroyo que moría en el lago, cerca de la pequeña aldea de Artos, desde donde se podía contemplar Atlas. Entonces advirtió algo poco habitual. Abundantes huellas en formación y rastros de cascos, pulcramente cuidados, se dirigían hacia Artos. Era evidente que por la senda había pasado un numeroso grupo de hombres, algunos de ellos a caballo. Por un momento sintió curiosidad y pensó en seguir aquel inusual rastro. Con una rama alzó algunas hojas tiernas para observar mejor las huellas acuñaadas en el barro.

Entonces, asomando la cabeza entre un arbusto fijó la mirada en su preciada roca, lugar de sus citas secretas. Allí estaba su amor, esperándola, ataviado con un hermoso chitón de satén blanco con ornamentos azulados y cubierto con una ancha capa de piel de oso. Pensó en lo mal que lo había pasado, cuando las fiebres querían devorarlo, y ahora estaba allí, esperándola, lanzando pequeñas piedras al agua, impaciente por verla. Por un momento volvió a mirar aquel sospechoso rastro, pero no le dio más importancia y, arqueando las cejas, lanzó la rama que portaba sobre la senda y corrió furtivamente hacia el príncipe.

Acercándose sin levantar ruido alguno, como sigiloso lince que acecha a una recelosa presa, llegó hasta su espalda y saltó sobre él, abrazándole.

—¡Hipólita! —exclamó el joven, sorprendido.

No hubo más palabras, un beso selló sus labios. Évenor la tomó de la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Hipólita pasó los brazos por encima de sus hombros y le acarició el cuello entreabriendo la boca, emitiendo un suspiro. Sonriendo, le mordió suavemente el labio inferior y salió corriendo de repente. El príncipe la miró, poniéndose la mano en la boca, y fue tras ella.

Recorrieron los rincones de aquel arroyo, montaña arriba, en busca de frutos silvestres, hierbabuena y alguna trucha que arponear. Les gustaba prepararse una

buena pitanza antes del anochecer y disfrutarla en la roca durante la puesta de sol.

—¡Ya tenemos la cena! —exclamó Évenor, erigiéndose temerariamente entre los salientes resbaladizos del arroyo.

Portaba un pequeño barbo en la punta de su lanza y la sostenía en alto mientras asentía, exhibiendo su preciado trofeo. Para su desconsuelo, Hipólita le sonrió mostrando una enorme trucha atravesada por una saeta. El príncipe estaba asombrado; a la joven doncella le habían bastado su aguda vista y un pequeño y potente arco, obra de Armonía, para hacerse con aquel enorme pescado. Sorprendido, bajó su lanza y, entonces, resbaló hacia atrás quedando sentado en el arroyo, viendo cómo su presa se perdía, arrastrada por la corriente. Se irguió rápido y lo volvió a atravesar.

—¡Muerto ha sido más fácil! —exclamó.

Hipólita comenzó a reír mientras se dirigía a la roca, mirando hacia atrás, observando como Évenor, con sus ropas empapadas, llevaba en la mano el pequeño barbo.

Pasaron el tiempo escuchando el viento, se miraban pensando en un futuro no muy lejano, mientras el pescado se asaba en una pequeña hoguera. Hipólita no tenía más ambición que sentirse cerca de su amado, darle hijos sanos y sentirse querida. Évenor, como heredero de la Corona, iba más allá en sus palabras.

—Restauraré cada reino de Atlanta. Esta tierra volverá a ser el imperio de paz y justicia que un día le hiciera grande. Y tú, mi amor, serás la más feliz de las reinas —le dijo con ternura, acariciándole el mentón.

Un rojo atardecer embelleció la llegada de la noche mientras ambos jóvenes, colmados de ilusiones, sonreían y se besaban. Abrazados, observaban enamorados cómo la luna rompía y el sol moría.

—¿Qué es eso? Parece... —preguntó inquieta Hipólita, fijándose en un resplandor que surgió de pronto en el horizonte.

—¡Es la aldea de Artos! ¡Está en llamas! —apuntó Évenor, y se levantó alarmado.

—Pero..., ¿cómo es posible? —se preguntó Hipólita.

—¡Están saqueando Artos!

—¡No! ¿Quiénes?

—Hace tiempo que unos brutales guerreros atacan nuestras aldeas buscando riquezas. Los ataques son frecuentes en la distancia, pero veo que su descaro va en aumento —aseguró Évenor, alzado sobre la roca de granito, expectante ante aquellas llamas que aumentaban en su tamaño, en su violencia—. Debo volver, mi padre dispondrá de las columnas de guerra, están muy cerca de Gadeira... y de Atlas. ¿Cómo pueden haber llegado hasta aquí sin ser descubiertos?

—¡Han llegado a través del bosque! ¡Madre! —exclamó Hipólita, pensando en el inusual rastro de hombres y caballos que antes había llamado su atención. Preocupada por sus hermanas y Armonía, puso las manos en el pecho de Évenor, le besó rápidamente y salió corriendo.

## CAPÍTULO 7 · LAS HUESTES INVASORAS

Évenor avanzaba rápido por el valle hacia Atlas, sin fatiga ni temor, hasta que vio una columna de trescientos lanceros conducida por su padre, el rey Argan.

—¡Padre! ¡Artos está en llamas! ¡Debemos acudir con premura!

—No hijo, es una argucia. El oro que buscan está en Gadeira, en sus templos y en el palacio.

—Pero...

—Artos no es recompensa para tal osadía; saben que el resplandor del fuego nos llevaría rápido hasta allí y que podríamos alcanzarlos. ¿Por qué iban a prender Artos si les convenía el pillaje sin llamas? Esos guerreros nunca han cometido tamaña estupidez. ¡Vamos a Gadeira! —exclamó Argan, apremiando a sus lanceros.

En Artos, un nutrido grupo de hombres sembraba el terror. Eran salvajes de grandes barbas y cabellos negros, tez morena y ojos oscuros, pequeños y rasgados; iban vestidos con telas de cáñamo enzarzadas, adornados con huesos y pieles humanas; protegidos con gruesos cueros y armados con venablos, arcos de astas y cortas espadas de doble filo. Junto a ellos cabalgaban siete jinetes, eran tan diferentes a ellos como gallardos; sus ropajes de telas y cueros oscuros se adornaban con una larga capa negra, como sus monturas, que cubiertas con lino negro y una corta cota de bronce parecían formar un solo ente con su jinete. En sus cabezas, un yelmo de metal oscuro, liso, sin adorno alguno, les ocultaba gran parte de la faz. De sus espaldas sobresalía el mango de la espada; en sus manos, una lanza de punta larga adornada con penachos de plumas negras y, en sus costados, un carcaj preparado con arco y flechas para combatir.

Impasibles, en lo alto de la loma que dominaba la aldea, los siete jinetes observaban en silencio. Los guerreros entraban casa por casa, arrasando la pequeña aldea,

acabando con la tibia oposición de unos hombres indefensos que se resistían a morir. Una gran piedra impactó en la cabeza de uno de los asaltantes que se distinguía por portar, a modo de casco, un viejo cráneo humano con su cabellera; cayó fulminado mientras una rústica jabalina atravesaba el pecho de aquel que osó lanzar tal piedra. El valor no tenía recompensa, solo la muerte.

Hombres y mujeres corrieron hacia el bosque en busca de protección. Los saqueadores les siguieron, cazándolos como animales; a unos con redes, a otros con cuerdas. Muchos murieron lanceados. Gritos de venganza y lágrimas de impotencia eran ahogados por la contundencia del metal. Los niños y las doncellas que sobrevivieron fueron anudadas a largos maderos; las ancianas, apedreadas y muertas. A muchos hombres les degollaron frente a sus seres queridos; les arrancaron la piel a tiras y las cabelleras ante aquellos que no cesaban de gritar su horror. Las riquezas, vasijas, cueros, animales... todo se lo llevaron cargado en carretas tiradas por los bueyes de la propia aldea.

Saqueando la última casa que quedaba en pie y haciéndola arder, comenzaron la huida del lugar, llevándose consigo a los prisioneros, en fila de a uno, atados con unas cuerdas por el cuello, tirando de ellos sin piedad entre llantos y gritos de desesperación. Apenas eran una treintena los asaltantes que habían llevado la muerte a la apacible aldea, atrás dejaban más de un centenar de personas brutalmente asesinadas.

Cuando todo acabó, los jinetes, que se habían mantenido al margen de la matanza, bajaron de su atalaya y entraron en la aldea, recorriéndola con calma, observando los muertos que ardían junto a sus derruidos hogares, tapándose la nariz con el puño para evitar la horrible pestilencia de la carne humana quemada.

—¡Favor! —resonó una maltrecha voz.

Un hombre joven, malherido, de cabellos largos y cara barbilampiña, que yacía entre la hierba; arrastrándose, sollozaba y suplicaba ayuda. Quiso levantarse clavando la rodilla, estirando el brazo y alzando la cara. Los siete jinetes pasaron junto a él, ignorándole mientras gemía de dolor. El último de ellos dio media vuelta y, sin mediar palabra alguna, le atravesó el corazón con la punta de su lanza; tras un giro de muñeca, la sacó de su pecho abierto, todo en un rápido movimiento.

El joven cayó abatido mientras una niña de apenas ocho años, de negra melena y rosados mofletes corría hacia él con lágrimas en sus ojos y envuelta en una corta tela roja.

—¡Papá, papá...!

Con un suave trote, el jinete tomó a la pequeña del brazo, la colocó en la grupa del caballo y se alejó observando el dantesco espectáculo. Alzando el galope, ahogada la vida, atravesó la aldea en llamas uniéndose a los suyos y alejándose de aquel lugar de muerte.

En el bosque, Hipólita corría con desespero, encontrándose de frente con su hermana Antíope que, curiosa ella, la espía en sus encuentros secretos.

—Vamos corre, escondámonos en la cueva —le dijo Hipólita, ladeando la cabeza y mirándola con muestras de enfado consentido al sentirse observada en sus citas de amor.

Apenas habían andado unos pasos, tropezaron con Menalipa que avanzaba hacia ellas.

—¿Qué haces aquí? ¿También vigilas mis besos? —le preguntó Hipólita.

Menalipa se sonrojó sin saber qué contestar, sintiéndose descubierta.

—¿Dónde está madre? ¿No estabas en el templo? —insistió Hipólita.

—Siguió sola la senda del bosque, hacia la cabaña para recoger algo de leña... Salimos pronto de Atlas. Pero dime, ¿qué está ocurriendo?

—¡Madre! ¡Debo avisarla! ¡No quieran los dioses que esos hombres de guerra tropiecen con ella! —exclamó preocupada Hipólita—. Esconderos y no salgáis hasta que regrese —apuntó mientras corrían hacia un acantilado.

Rápidamente treparon por las altivas paredes. En lo alto, a media altura, una discreta abertura delataba la entrada de una cueva. Hipólita se aseguró de que sus hermanas estaban bien ocultas, colocando varias ramas en la entrada. Luego, bajó saltando entre los peñascos y se introdujo en el bosque. Acelerando sus pasos, corrió en busca de Armonía conforme oía los gritos de muerte que el viento arrastraba hasta ella.

Comandada por un poderoso guerrero, con un yelmo de bronce que apenas dejaba ver sus ojos, una larga capa de tintes de leopardo y a lomos de un imponente corcel negro; una columna de más de cien guerreros había burlado la vigilancia de las patrullas atlantes, atravesando el Bosque Maldito y llegando hasta Gadeira sin ser descubiertos. Ocultos observaban cómo Autóctono dirigía personalmente a sus lanceros hacia la pequeña aldea, con toda la fuerza de sus comandantes, con la idea de sofocar el asalto y aplastar al enemigo.

En Artos solo le esperaba el horror de la carnicería acontecida. Apenas se hubo alejado lo suficiente, la verdadera batalla se daba en Gadeira y la urbe se hallaba sin guarnición que la protegiera ante la bravura y determinación de unos guerreros que sabían cierto donde golpeaban: el palacio real y los templos de Gadeira.

El rey Llanós y sus hermanos corrieron por los pasillos, atónitos, aterrados; con las armas en la mano, encerrándose en sus aposentos. Los soldados de la guardia trataban de repeler el inesperado ataque, en vano. Fueron lanceados y degollados en las puertas del palacio. Un nuevo resplandor iluminó la noche conforme los siete jinetes llegaron a Gadeira, uniéndose a su comandante y recorriendo los pasillos y estancias del palacio sin descabargar, acabando con todo aquel que hallaban.

Reventaron la entrada a los aposentos reales, donde se encontraba Llanós, en pie, con una espada templada. Tras él, sus hermanos apenas podían mantener unas lanzas entre las manos mientras lloraban aterrorizados. El poderoso guerrero descabalgó y anduvo hacia el monarca, observando el oro y la argéntea que allí había. El rey alzó su hoja, valiente, resignado ante su suerte. De un golpe rápido con el labrys,

el poderoso guerrero le cortó la mano, que cayó al suelo con la espada sujeta. Llanós apretó los dientes esperando su fin mientras el comandante alzaba de nuevo el hacha; y la hundió, con un tremendo golpe, en su cráneo. En ese momento, una docena de salvajes guerreros entraron, lanceando a los hermanos del rey sin piedad y echándose sobre sus riquezas.

—¡Es un engaño para alejarnos de palacio! ¡Volvamos! —exclamó Autóctono, observando la desolación en Artos, viendo las lejanas llamas de Gadeira.

—Pero señor, aquí hay un claro rastro que lleva hacia el bosque, parece que llevan carros y caballos... Podríamos alcanzarles —le dijo uno de los rastreadores, fijándose en el camino de huida de los guerreros que habían asaltado la aldea.

—¡Gadeira está en llamas! ¡Están saqueándola! ¡Debemos volver rápido! —ordenó el rey.

En Gadeira, entre gritos y sollozos, muchos huían hacia Atlas buscando protección, aterrados ante el acoso de aquellos invasores que, saqueado el palacio se volcaron sobre la ciudad. Entonces apareció Argan, rey de reyes, reluciente como un dios con su coraza de bronce, en la que destacaba la testuz del uro; sobre un carro de guerra, de trabajados adornos y fuertes caballos. Desvainó la espada y lanzó con fuerza su lanza atravesando el pecho de uno de aquellos despiadados guerreros, el cual se alzaba furioso contra una joven aterrorizada.

—¡En formación, avanzad en formación! ¡Alzad esas lanzas! ¡Cubriós con los escudos! —gritaba dirigiendo en persona sus columnas en el ataque. Junto a él, su hijo Évenor, que por primera vez entablaba batalla.

Los invasores comenzaron a ceder en su ataque ante la ofensiva de una fuerza militar organizada que les triplicaba en número. Las columnas de Atlas, protegidas por sus escudos, avanzaban sembrando muerte con sus largas lanzas que impedían el contacto cuerpo a cuerpo. Aquellos hombres saltaban sobre ellos, pero eran ensartados sin opción alguna y quebrados por la lucha en formación. Los asaltantes retrocedían a la voluntad de su comandante, que observando la situación alzó su ensangrentado labrys al cielo y señaló en dirección al bosque, ordenando el repliegue. Y, dando dos últimos golpes de muerte, abandonó, a lomos de su caballo, el lugar, junto a sus bravos jinetes, dejando atrás el palacio de Gadeira en llamas y gran parte del botín que no pudieron cargar.

Una columna de Argan entró a degüello tras ellos, adelantando la primera línea de lanceros; persiguiendo al enemigo, acabando rápidamente con los que no pudieron huir, lanceando a los rezagados sin piedad hasta las lindes del bosque, donde los árboles y el matorral impidieron el paso de la formación militar que empezó a recibir descargas mortales de saetas.

—¡Alto! ¡Cubriros! ¡Retroceded en formación! —exclamó Argan, viendo caer a sus lanceros con dardos que surcaban veloces, sorprendiéndoles en la oscuridad, acabando con sus vidas.

—Pero padre, podemos seguirles, ¡acabar con ellos! —instó Évenor, valiente.

—No, hijo. En el bosque no podremos luchar en formación, debilitaremos nuestra fuerza, seremos fáciles objetivos para sus saetas y jinetes; y no podremos alcanzarles. Attendamos a los heridos, pues no entraré en el interior del bosque para perseguir a un enemigo vencido al que desconozco... La batalla terminó.

La luna se alzaba sobre el cielo oscuro, docenas de cuerpos yacían en el campo, la sangre caliente fundía la fina capa de nieve y bañaba la tierra. Argan y su hijo Évenor se sentaron a descansar frente al palacio de Gadeira, sobre el carro de guerra. Su auriga les ofreció agua fresca mientras los hombres trataban de sofocar el fuego que amenazaba con consumirlo todo. El rey se sentía agotado; era un hombre mayor y, aunque su cuerpo era fuerte, el cansancio le recordaba el tiempo pasado y, tras la lucha, miraba a su hijo con orgullo. Se había portado como de él se esperaba.

Cuando Autóctono llegó hasta el palacio de Llanós encontró, de nuevo, muerte y ruina. La ira le consumía. Argan, le miró sentado en el carro, al lado de su hijo, con la respiración entrecortada tras el fragor de la batalla.

—Tarde llegas a la batalla. El palacio arde en llamas... y tu amado rey Llanós ha muerto. Más no desesperes, pues el oro abandonaron con mi llegada. Espero que antes de extender de nuevo tu reinado, afiances bien lo que guardaste gracias a mi espada.

Autóctono siguió avanzando lentamente, observando su alrededor a la luz de las llamas, serio, en silencio y humillado. Entró en palacio, llegó a las estancias reales y se mantuvo un tiempo mirando el cadáver de Llanós. Sin mediar palabra, templó su lanza y, decidido a vengar la ofensa, se lanzó en persecución de los hostiles guerreros cruzando el valle y adentrándose en el Bosque Maldito con sus hombres, siguiendo un claro rastro que les llevaba hasta el interior del pantano. Lleno de ira, solo buscaba venganza.

Argan le vio alejarse y entonces se alzó de pronto, angustiado.

—¡Armonía! —exclamó y, armándose de nuevo, corrió hacia el bosque con una columna de lanceros. Évenor le siguió.

En su repliegue, el grupo invasor se adentraba cada vez más en el claroscuro de las sendas, entre los altos árboles y el denso matorral, sin temor alguno. Su comandante parecía un dios entre los suyos y no temía a nada ni a nadie; cabalgaba orgulloso junto a sus poderosos jinetes y un grupo de apenas veinte guerreros le seguía. No llevaba apenas botín alguno, ni tan siquiera heridos; tan solo el sabor del sudor y la sangre. Había tentado al enemigo. Y no temía las leyendas de muerte del Bosque Maldito. Atravesándolo había llegado hasta Gadeira sin ser descubierto y, ahora, regresaba por las mismas sendas.

Entre dos viejos árboles, el bravo guerrero halló a Armonía que, cargando leña sobre su hombro, avanzaba sobre la hojarasca hacia su pequeño refugio y, observándola, la siguió a su lado hasta el pantano por un tiempo.

—Dime, ¿eres tú la que llaman Uma, la bruja de Oriente? —preguntó, acercándose.

Armonía le miró fijamente, escudriñando la mirada oculta por el casco, y se dirigió hacia su pequeña cabaña.

—Descabalgá, prepararé una infusión que te caliente el cuerpo —le contestó.

El poderoso guerrero bajó del caballo, mientras unas finas gotas de agua comenzaban a caer, y siguió a Armonía, que permanecía intranquila. Su rostro marcaba la angustia del que, permaneciendo oculto, ha sido hallado. Los guerreros empezaron a registrar la zona a fondo. Temerosos, algunos estaban nerviosos, pues hasta ellos habían llegado las leyendas del lugar, de la bestia; y, buscando, se mostraban alerta con sus venablos en alto. Por el contrario, los siete jinetes permanecieron impasibles bajo la lluvia, sin inmutarse, cubiertos con sus capas y sentados en sus cabalgaduras.

Armonía iluminó la cabaña con las llamas de una pequeña hoguera y una tea; tras calentar el agua, vertió hierbabuena y manzanilla en el cazo, y algo de miel.

—No me has contestado —insistió.

—Quién soy, ya sabes. Ya ves qué fue de mí tras tanto tiempo.

—Bueno, diez años tampoco es tanto tiempo. ¿Dónde están las niñas?

Armonía ignoró su voz y, triturando unas semillas en una vasija de barro, siguió preparando la mezcla.

—En este bosque solo hallarás muerte, y yo... nadie soy —contestó tras un silencio tenso.

—Sabes bien que no temo a la muerte —comentó el guerrero, mientras bajaba el cuero que cerraba la entrada a la cabaña y se desposeía de su arma, capa y peto.

Armonía le miró de lado, le dio el cuenco con el brebaje caliente y dio un paso hacia atrás.

—Toma, bebe, temple el cuerpo y reemprende tu camino. No tengo lo que buscas. Y ellas hace tiempo que marcharon. Ya crecieron lo suyo, no las reconocerías... y nada saben. ¡Están tan cambiadas! —le comentó con una extraña sonrisa.

El guerrero sonrió, dejó el cuenco sobre la mesa, sin probar el contenido, y se quitó el yelmo que cubría su cabeza. Una larga melena roja cayó sobre su espalda. En su rostro de mujer, se reflejaba la viva imagen de Armonía; tan solo una cicatriz, que recorría el lado derecho de su cara marcando la frente y el pómulo, oscurecía su belleza. Dejó suavemente el yelmo sobre un pequeño fajo de pieles y se acercó a ella y, de pronto, le lanzó un fuerte golpe en la cara. Y allí cayó conmocionada, sin apenas lanzar un suspiro.

—Ya veo —apuntó la altiva guerrera, apretando entre sus manos las prendas de una de las doncellas. Después tomó el brebaje de hierbas y se sentó en el tronco, esperando que Armonía se recobrará mientras dirigía la vista, vagamente, a los rincones oscuros de la cabaña. Se fijó en las tres espadas que colgaban de un grueso madero que hacía de pilar y sonrió, negando con la cabeza.

A lo lejos, comenzó a oírse el paso firme de los guerreros del rey Autóctono. La

guerrera se alzó tranquila, se dirigió a Armonía y, observando el vapor que emanaba de aquel pequeño cuenco con el agua de la infusión, se lo lanzó a la cara.

—¿Acaso me creías tan estúpida como para beberme tu brebaje? Pronto volveré; este reino de machos será destruido y su oro mío... Regresaré a por ti y me rendirás cuentas —le espetó con voz templada.

Dolida y quemada, con las manos en la cara, Armonía bajó la cabeza rehuendo la mirada y ahogando un desesperado grito; esperando que la poderosa guerrera marchara rápido de su hogar. La cual permaneció mirándola por un momento, después le dio la espalda y salió de la cabaña. Armonía quedó en silencio unos instantes, pensativa, para salir corriendo tras los pasos de la guerrera, tapándose la cabeza de la lluvia con unos harapos de cuero.

—¡Mirina! ¡Mirina! —la llamó.

Esta se alzó en su caballo, la miró y se acercó; e inclinando su cuerpo, puso la mano en el cuello de Armonía, como un destello, haciendo presa mientras apretaba sus dientes.

—Estáis muertas —le dijo con voz suave, acercando el rostro a su oído.

Armonía la miró fríamente sintiendo cómo el aire le faltaba, aguantó su ímpetu por un momento. Acto seguido lanzó su mano sobre el cuello de Mirina y apretó fuerte, entre lágrimas de rabia y dolor.

—¡Mi espada y valía nos guardará de tu maldad! —le espetó desafiante.

Y así quedaron unidas, frente a frente, asidas por el cuello, apretando sin estupor, reflejo de un odio olvidado que regresaba con fuerza. Por un momento avanzaron los jinetes templando sus armas, los guerreros las miraban sorprendidos y sin saber qué hacer ante tal escena. Las dos hermanas enfrentaban sus ojos apenas rozando sus rostros; mirándose fijamente, un frío silencio recorrió por un corto tiempo la mente de ambas mientras se oprimían fuertemente con sus manos.

Mirina soltó el cuello ante la proximidad de los soldados de Autóctono, tosió y sonrió. Armonía hizo lo mismo y tragó saliva, pero no sonrió.

—Si estimas tu vida, ¡no vuelvas nunca! —sentenció decidida la dama del bosque.

Mirina le miraba de reojo mientras se colocaba el yelmo y, volviéndose hacia ella, le frunció el ceño arrugando los labios, como lanzándole un beso. Luego, espoléó el caballo y, alejándose con sus hombres, comenzó a sonreír pues, sin buscar, había hallado lo que más ansiaba.

Los guerreros de Autóctono tardaron poco en presentarse ante la cabaña. El rastro de Mirina les había llevado directamente hasta allí. Neson, hombre rudo de múltiples cicatrices, muy grande y fuerte, sin escrúpulos y comandante de la guardia libia personal de Autóctono, alzó el cuero que cubría la entrada para que pasara al interior su rey. Sentada junto a un cuenco grande, con agua caliente, se hallaba Armonía, alterada, lavando su cuello con fuerza mientras una lágrima se deslizaba por su rostro marcado.

—¿Qué deseas de mí? —le preguntó sin girarse, ocultando su pena.

Autóctono observó la escena, el pequeño cuenco de hierbas y la reconfortante hoguera; y, con un gesto de ira, sin mediar palabra, asestó un fatal y traidor golpe con su espada a la indefensa mujer. El agua del cuenco se tornó roja, los ojos de Armonía se cerraron lentamente y un sudor frío recorrió la frente del rey.

Entonces apareció Hipólita, que corría por el bosque, y se dirigió a la entrada de la cabaña. Neson le impidió violentamente el paso, dándole un fuerte empujón que la desplazó hasta golpearse con el tronco de un grueso alcornoque en la espalda y la cabeza, cayendo al suelo. La joven quedó por un momento conmocionada, con las manos en tierra, tratando de alzarse.

Autóctono salió fuera, con sus hombres, deslizando lentamente la mano abierta en su rostro mojado por el agua de la lluvia, entreabriendo la boca, pero sin decir palabra. La espada ensangrentada delataba su crimen y sus ojos, la ira calmada. En ese momento, Argan y sus hombres llegaron.

Hipólita miró, con la boca abierta y cerrando los ojos, aquella espada manchada de muerte, sujetada fuertemente por el puño de Autóctono. Se revolvió y entró corriendo en la cabaña.

—¡Madre! ¡Madre!

Allí estaba el cuerpo sin vida de aquella a la que muchos llamaban Uma, la bruja de Oriente, y que para otros era Armonía, la dama del bosque. Hipólita cayó de rodillas al lado de su amada madre, llorando, meneando la cabeza de lado a lado, llamándola sin consuelo alguno, ni respuesta. La sangre manchó sus manos, su pecho... Un fuerte grito, descarnado, resonó en el bosque.

—¡La bruja ha muerto al fin! Alojó, dio calor y socorrió al invasor. ¡Era una traidora! Merecía la muerte —exclamó Autóctono de forma banal, acicalándose el cabello con una mano, justificando su fatal acción ante la amarga cara de incredulidad que mostraban Argan y sus propios hombres.

Decidida, Hipólita salió de la cabaña con una espada en una mano y, en la otra, con un venablo que lanzó rápidamente. Autóctono consiguió esquivar a la muerte viéndola llegar en el último segundo, la punta le rozó la mejilla abriéndole una herida. La joven fue rodeada por varios guerreros. Pero, ante la sorpresa de todos, atravesó con fuerza el pecho del primero que se le acercó y, dando un golpe en redondo con su espada, sesgó el cuello del segundo, que cayó con la mano en la herida lanzando espesos golpes de sangre al aire.

La joven, llena de ira, se dirigió hacia Autóctono, que la miraba incrédulo; la guardia le cerró el paso y uno de ellos alzó su espada. Ella esquivó el duro golpe ladeándose hacia la derecha y clavando su hoja en el costado del guerrero, que gritó con fuerza mientras caía. Y se lanzó de nuevo sobre el rey, saltando sobre su guardia, golpeando con su espada sin parar. Neson, por detrás, logró golpearle duro en la cabeza con una enorme porra, haciéndola caer desgarbada al suelo.

Évenor, desesperado, intentó intervenir, pero su padre se lo impidió.

—¡No te muevas! —le gritó.

Maniatada, Autóctono la tomó de su larga melena y tiró de ella, alzándola.

—Eres hermosa y brava, y hábil con la espada; serás mía —le dijo. Después miró desafiante al rey Argan—. Muerto Llanós y su linaje, yo gobierno esta tierra; mío es el bosque... y sus criaturas. ¡Es Ley!

El corazón de Évenor dio un vuelco ante tales palabras, ignoró las premisas de Argan por primera vez en la vida y, armando su brazo, se dirigió hacia Autóctono. Fue retenido por orden de su propio padre. Tan solo un golpe seco en la cabeza, que dejó al joven enamorado inconsciente, frenó sus intenciones. Argan observó fríamente a Autóctono, entendiendo su desafío, mientras dos de sus hombres recogían el cuerpo del príncipe. Las leyes de Atlanta le daban la razón a aquel asesino y sabía que un enfrentamiento por rescatar a Hipólita de sus brazos o privarle de las tierras de Llanós podría servir de excusa para emprender una guerra fratricida, indeseada por él. Siempre dispuesto a ceder antes que ver la sangre de su pueblo derramada, el rey de reyes volvió a mostrarse magnánimo ante aquellas injustas premisas.

—Sea pues —replicó Argan, sin poder hacer nada ante la muerte de Armonía, ni por la bella Hipólita. Sabía que era ley que cada uno de los reyes de Atlanta imperaba sobre los hombres y sobre la mayoría de las leyes en su reino y castigaba y mataba a quien quería... y esta, muerto Llanós, era tierra de Autóctono.

—¡Así sea! —exclamó Autóctono, complacido por la acción del rey de reyes que dejaba en sus manos, no solo a la joven doncella, sino Gadeira entera.

Hipólita maldijo su suerte viéndose separada de sus hermanas y cruelmente abandonada a su destino: esclava del asesino de su amada madre.

Argan apartó su mirada de ella y angustiado, corrió hacia la cabaña. Allí encontró el cuerpo sin vida de su amada Armonía. La observó con tristeza y vio en el lecho, cerca, aquella daga que ella portara siempre en la cintura. El corazón le dio un vuelco y su mentón tembló. La tomó de su punta, observándola detenidamente, y un amargo suspiro se le escapó al reconocer la daga que un día él mismo hundiera en la tumba helada de Pyrene.

—Desde el Olimpo, Pyrene te mostró el camino. Me mostraste sabiduría y fuerza, y fui ciego ante el amor que me ofrecías —susurró amargamente.

Su alma cayó derrumbada y se abrazó con fuerza al cuerpo, aún caliente, de Armonía. Limpiándose las lágrimas de la cara, estuvo largo tiempo sosteniéndola entre sus brazos. Emitió un largo gemido de pena, le acarició su rostro y besó sus labios sin vida. Se lamentó tanto, desde el fondo de su corazón, por no haberla abrazado con fuerza aquel día que le brindó su amor, que deseó morir.

Argan volvió su mirada recorriendo la cabaña que tantos buenos recuerdos le traía y vio un cuenco de hierbas, volcado sobre la mesa. Recostó con cuidado a Armonía sobre su lecho, se alzó y se fijó, con detenimiento, en la mezcla y contenido del fondo del cuenco: hierbabuena, manzanilla y restos de bayas de muérdago prensadas; y, con una última mirada, se dirigió al exterior con la daga en la mano.

Autóctono se le acercó.

—Pronto hallaré a las demás arpías de la bruja —dijo con voz sarcástica.

Argan alzó la daga y, con un rápido movimiento, se la puso bajo la barbilla, hundiendo la punta un centímetro y medio en la carne, alzándole la vista al aire. Los hombres de Autóctono se armaron acercándose con precaución hacia ellos; y los lanceros del rey de reyes blandieron sus lanzas. La sangre resbalaba por la afilada hoja de bronce manchando la mano de Argan.

—Antíope y Menalipa viajarán conmigo, pues mía es la tierra que defiendo y este reino que tú, muerto Llanós, gobiernas. No olvides que soberano soy de Atlanta y de sus reinos y reyes —le espetó Argan, acercando su rostro hasta la aterrada cara de Autóctono. El cual asintió con la mano mientras sus saltos ojos parecían querer abandonar su lugar.

Argan retiró la daga, le tomó del cuello y dándole un empujón lo lanzó sobre Neson, que se acercaba decidido con la porra en la mano.

—Buscad y traedme a Antíope y Menalipa, las hijas de Armonía, y no regreséis a Atlas hasta dar con ellas —ordenó a sus lanceros. Acto seguido limpió la sangre de la afilada hoja de bronce.

Argan anduvo firme, ocultando la amargura que lo embriagaba, hasta situarse de nuevo frente al rey Autóctono, y le tiró encima el cuenco de hierbas.

—Aquel que hubiese bebido de este brebaje, habría hallado la muerte. Armonía no era una traidora, vil asesino; y cuida tu suerte, pues no conocí nunca de enemigo alguno que se tomara un tiempo de descanso para relajar cuerpo y mente en plena huida.

—Volvamos, el invasor ha sido derrotado y expulsado —mandó Autóctono a sus hombres sin querer escuchar, cubriendo la herida de su barbilla con una mano y mirando de forma inquisitiva a Argan.

—Ha sido expulsado, pero no derrotado. Ha tanteado nuestras fuerzas y prendió Gadeira para hacerte regresar y olvidaras a los que asaltaron el pueblo. Solo falló en su estrategia mi intervención; si hubiera acudido a Artos como hiciste tú, no tendrías oro ni ciudad... Ten por bien cierto que volverán —le replicó Argan.

## CAPÍTULO 8 · LOS DEVORADORES DE HOMBRES

El cielo se oscureció con la llegada de la noche y la tormenta comenzó a arreciar en el Bosque Maldito. Junto a la cabaña de Armonía, el rey Argan observaba cómo sus hombres cavaban una fosa; no muy profunda, lo suficiente. En su rostro se reflejaba la amargura del que ha perdido a un ser amado y sus lágrimas se mezclaban con las gotas de lluvia que le salpicaban. Mientras, el rey Autóctono se alejaba con sus lanceros, portando presa a Hipólita, hundida y cabizbaja, maniatada con una sogá que unía su cuello con el fornido brazo de Neson.

El rey de reyes entró en la cabaña. El olor a espliego y el calor de la hoguera no podían disimular la tragedia. El cuerpo de Armonía yacía sobre su lecho, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el vientre. Argan se acercó a ella lentamente, besó sus labios, acarició su ondulado pelo y cubrió su cadáver con una ancha tela, envolviéndola a continuación, con gran cuidado, entre dos pieles curtidas; dejando su hermoso rostro al descubierto. Tomándola en brazos, la sacó de la cabaña donde su vida le había sido vilmente arrebatada. Andando bajo la lluvia y sin apartar la mirada de su faz, la llevó hasta la fosa. Ayudado por dos de sus hombres, la depositó dentro y estuvo largo tiempo mirándola hasta que el primer puñado de tierra cayó sobre ella.

—¡Un momento! —ordenó con firmeza.

Ante la atenta mirada de sus hombres, tomó la daga que un día hundiera sobre la tumba de Pyrene y la colocó bajo las pieles que envolvían el cuerpo, ajustándola firmemente a la fría cintura. Después se quitó su capa púrpura imperial y, tras mirarla por última vez, cubrió el rostro de Armonía. Alzó la vista y asintió con la cabeza a sus hombres. La tierra embarrada comenzó a caer sobre el cadáver y pronto quedó oculto bajo una pila de piedras que el rey ordenó poner sobre su tumba.

—¡Hasta siempre Armonía, mi amada dama del bosque! —exclamó para, después, abandonar el lugar seguido de sus soldados.

La lluvia caía con fuerza sobre los terrazos de la acrópolis de Atlas. De regreso en el palacio real, Argan se retorció en su lecho incapaz de dormir, sintiéndose mal consigo mismo por no haber atravesado a Autóctono con su daga tras el brutal asesinato de Armonía. Se levantó y se dirigió hacia el ventanal de la estancia, observando caer el agua, bramar el cielo y tronar el rayo; indeciso, dolido. Por un momento pensó en partir al rescate de Hipólita. Después, mirando las gotas salpicar con fuerza en el ventanal, reflexionó sobre las consecuencias que podría acarrear una acción así para la Corona: la guerra, sin duda. ¿Y cuantos más morirían? Pensando en Armonía, llorando su pérdida, volvió a tumbarse.

En el interior del bosque, una docena de los mejores hombres de la guardia real buscaban, sin suerte, a Antíope y Menalipa. La tormenta arreciaba, convirtiendo la tierra en un impracticable lodazal. Calados por el agua de la lluvia y con la mayoría de las teas mojadas; iban gritando los nombres de las dos jóvenes a la oscuridad de la noche, protegiendo bajo los escudos las pocas llamas que seguían alumbrando su camino.

No muy lejos de donde se encontraban, una fuerte ráfaga de viento voló las ramas con las que Hipólita había ocultado la entrada de la cueva en la que se ocultaban sus hermanas; que, ajenas a la tragedia, aguardaban su llegada. Un relámpago alumbró el viejo caballo de Armonía, que comenzó a trotar hacia una ladera, sobre la cual se adivinaba la entrada de la gruta; un segundo relámpago alumbró las fauces ocultas de una bestia y un ronco grito hizo acelerar el paso de los lanceros.

—¡Sigamos al caballo, es posible que nos lleve hasta ellas! —exclamó el capitán de la guardia.

En la helada noche, un inquietante coro de aullidos calentaba la sangre. Las criaturas del bosque despertaban buscando saciarse mientras otras huían a ocultarse. Los soldados, más que seguir al viejo corcel, huían a la carrera del gruñido constante del Bosque Maldito, que parecía enfurecerse cada vez más. Frente al cortado donde se alzaba la gruta, el caballo detuvo su trote.

—¡Allí, arriba! —exclamó uno de los lanceros.

Viendo que el caballo quedó quieto bajo la abertura, los hombres del rey subieron lentamente por las resbaladizas rocas hasta la entrada.

—¡Menalipa! ¡Antíope! —los gritos de los soldados y la luz de una ardiente tea inundaron la boca de la oscura cueva.

Las dos hermanas se miraron por un momento, sorprendidas e indecisas. Menalipa avanzó un poco y reconoció de inmediato los uniformes de los hombres de Atlas.

—¡Vamos Antíope, vienen a por nosotras; son guerreros del rey Argan!

—¿Estás segura? —preguntó Antíope, precavida.

—¡Sí, corre! Les debe de haber mandado Hipólita para llevarnos con ella y con madre —le respondió Menalipa, dirigiéndose a la entrada.

Antíope sonrió animada y corrió tras ella. De pronto, tropezando en la oscuridad de la caverna, cayó a las profundidades; una grieta oculta se la llevó envuelta en un alarido desesperado.

El cielo seguía embravecido y la lluvia parecía aplacar el rugir de las criaturas del bosque, que se alejaba cada vez más. Entonces se empezó a escuchar desde el bosque, a lo lejos, entre el sonido de la tormenta, terribles gritos de angustia, cada vez más continuos. El viento transportaba el sonido de la muerte, acompañado de la violencia de la tormenta. Los devoradores de hombres habían caído sobre los guerreros de Mirina. La confusión creada por la lluvia, el trueno y el rayo en el bosque era tal que los soldados eran descuartizados sin apenas poder defenderse; caían de dos en dos, de tres en tres.

—¡Son lobos! —exclamó Mirina, lanceando con fuerza a uno de ellos en el costado.

Pero eran tantos que, abatiéndose sobre el caballo y el cuerpo de uno de los poderosos jinetes que la escoltaban, fue desmembrado en pocos segundos. Los caballos, nerviosos ante la presencia de la muerte, se rebelaban sin apenas poder ser controlados. Dos de los poderosos cánidos se situaron frente a Mirina con el lomo erizado, sus blancos belfos alzados mostraban los mortales colmillos. La valiente guerrera trataba de lanzarlos, mientras cuatro de estas voraces criaturas desgarraban el vientre y los cuartos traseros de su montura que, relinchando y resoplando sin parar, doblaba sus patas arrastrando las entrañas por el barro, presa en las fauces de las bestias.

Los jinetes que escoltaban a Mirina cabalgaron rápido para socorrerla; unidos y lanceando al viento, lograron alejar momentáneamente a los hambrientos lobos, que, sin apartar sus almendrados ojos de ellos, se cebaban en los ya muertos y en los heridos. La rescataron de la atroz muerte acercándole el caballo del jinete cazado y pudo huir de un imprevisto final.

Mientras, en la cueva, Menalipa, confundida y temerosa, se lanzó en brazos del capitán de los lanceros del rey Argan.

—¡Por favor, ayuda para mi hermana! —le suplicó con lágrimas en los ojos.

Corrieron a rescatarla; entraron y la buscaron lanzando sus teas en llamas por la grieta que se la llevó. Pero estas se cegaban apenas tocaban fondo, tras un recorrido incierto alumbrando la oscuridad. Los hombres la llamaban sin resultado. Nada se sabía de ella y no había respuesta a sus ruegos, ni a los de Menalipa. La altura podía ser seria y el devenir de los gruñidos de la noche, cada vez más cercanos, les intranquilizaban en gran medida.

De pronto, un sonido en lo profundo de la grieta; un gemido se alzó buscando tímidamente la luz.

—¡Menalipa, aquí!

—¡Antíope? —preguntó Menalipa, angustiada.

Solo encontró como respuesta el amenazante rechinar de unos molares carniceros. Un enorme oso pardo había llegado hasta Antíope en el interior de la profunda grieta. La joven, en silencio y conmocionada por la caída, notó su presencia en la oscuridad, su fétido aliento, unos pasos y cómo se abalanzó sobre ella. El

descarnado grito de la doncella fue apagado por un fuerte rugido de muerte en la oscuridad de la caída, que hizo temblar el corazón de los soldados y estremecer el alma de Menalipa. El animal bramaba con furia entre el crujir de huesos y angustiosos gemidos silenciados de pronto.

Los lanceros del rey, aterrados, iniciaron una desesperada huida del lugar, arrastrando con fuerza a Menalipa tras ellos, la cual, entre gritos y súplicas, se negaba a abandonar la cueva sin su hermana.

—¡No! ¡Dejadme bajar! ¡Está ahí! ¡Piedad!

—¡Vamos, no opongas resistencia; tu hermana está muerta! —le insistió el capitán de la guardia, tirando de su brazo.

Menalipa fijó sus ojos en la mirada del capitán. Apenas pudo ver, pues las lágrimas le nublaban la vista; un sentimiento fatal recorrió todo su cuerpo y se dejó llevar. Los soldados del rey emprendieron el camino en busca de la seguridad de la muralla de Atlas, llevando consigo a la joven.

La lluvia no cesaba. Al otro extremo del Bosque Maldito, Mirina se alzaba el yelmo y volvía su mirada hacia atrás. Su caballo allí quedó, desventrado, botín sangriento para las criaturas a las que nunca temió. Y allí yacían también los restos de sus salvajes guerreros que, esparcidos entre el barro y la hojarasca, eran devorados ávidamente. Hombres tan bravos como despiadados que habían librado y perdido una tan singular como inesperada batalla. Se fijó en unos retales que colgaban de los árboles con vísceras y sangre, que, ocultos, habían despertado el hambre y atraído hasta allí a los devoradores de hombres. Después, pensativa y apartándose con el puño la lluvia que bañaba su cara, se alejó del lugar con el resto de sus jinetes, sin prisa, soportando el incesante golpeo del agua y el rugido del trueno.

—Vamos, no estamos lejos del punto de reunión; los nuestros esperan, debemos alejarnos, aunque pronto hemos de volver —ordenó con una sonrisa y volvió a colocarse el yelmo sobre la cabeza.

Tras salir del bosque de alcornoques, al descender una gran loma, llegó a un pequeño valle; donde la esperaban los hombres que habían incendiado y saqueado Artos con un botín humano anudado entre maderos y cuerdas, y con numerosos carros cargados hasta arriba de bienes robados. Sin parar, pasó ante ellos, marcando el paso. Los salvajes guerreros se pusieron en marcha y una caravana de presos comenzó a seguirla entre empujones, sollozos y lamentos. Y se giró activa, dirigiendo una última mirada hacia el Bosque Maldito, sabía que el lobo precavido raramente ataca al hombre, pero también que el hambre del invierno de un clan numeroso es fácilmente excitable con la sangre caliente. Al final, su paso por aquel bosque había tenido su precio.

—Hermana, empiezo a comprender por qué te llaman Uma, la bruja de Oriente —susurró, mientras sonreía con una mueca sagaz.

## CAPÍTULO 9 · LOS SUEÑOS DEL REY AUTÓCTONO

La luz del alba traía consigo la resaca de la batalla en Gadeira; se trabajaba duro en la limpieza, arrastrando piedras caídas, maderos atravesados... Los campos de juego se habilitaron para atender a los heridos. Reinaba un silencio de agonía y muerte, roto solo por afligidos lamentos de dolor y pena. Los caídos en el combate eran transportados en carros tirados por enormes bueyes, hacinados como animales muertos, hasta un valle alejado de la ciudad. Desposeídos de sus armas, ropajes y bienes, eran arrojados en profundas fosas comunes y enterrados tras cubrirlos de blanca cal, para evitar la pestilencia y las fiebres malignas.

Autóctono observaba las ruinas de su palacio en la herida Gadeira, desde una de las estancias de su hombre de confianza, donde se alojaba. Neson procedía de las tierras que antiguamente gobernara en Lybia; allí se había ganado los favores de su amado rey, guardándole de todo peligro, pues debido a su enorme masa de músculo, no encontraba rival para su brazo. Al fondo de la sala, custodiada por dos soldados, Hipólita permanecía anudada, cansada y con la mirada perdida, en silencio.

—No habrá descanso tras la batalla. La reconstrucción de Gadeira debe comenzar de inmediato. Aseguraos de que se da atención a nuestros heridos; y que se traiga agua, fruta, pan y carnes de Atlas para abastecer al pueblo —ordenó Autóctono a sus generales allí reunidos, hombres fieles a la Corona: Gadir, Tarss y Mimi.

—Así se hará, mi señor —respondieron.

—¿Qué destino se ha decidido para los prisioneros? —preguntó Neson—. Numerosos guerreros salvajes agonizan en el campo de batalla; algunos marchan arrastrando sus entrañas, otros claman piedad.

Autóctono frunció el ceño.

—¡Cortadles la cabeza! —exclamó con rabia.

Cuando los generales abandonaron la estancia, una amplia sonrisa se dibujó en

su rostro mientras repasaba lo ocurrido en esa larga noche de batalla y tormenta. Sintió que en verdad no había sido una noche tan trágica. Aunque había perdido a su amado rey Llanós, conservaba a su fiel Neson, Gadeira era suya, la dama del bosque yacía sin vida y tenía en sus manos la vida de Hipólita, lo que podía servir para sus fines. Autóctono se acercó a ella mientras acariciaba la herida de su rostro.

—La noche ha sido horrible, muy dura. Hemos perdido mucho. Pero de las cenizas de este fuego renaceremos con fuerza. He estado pensando en Gadeira, en sus gentes, en ti, arpía... Todavía no he decidido si matarte o concederte el honor de ser mi reina.

Hipólita le miró sorprendida, atónita; después evitó la mirada del hombre al que despreciaba con toda su alma, el asesino de su amada madre.

—Quiero reinar una tierra donde no acontezca noche igual. Levantaré Gadeira con altivas murallas y alzaré el palacio con más arte y oro del conocido —continuó Autóctono.

Hipólita ya no escuchaba. Esperaba su momento con la vista puesta en la hoja de bronce que, sinuosa, destacaba en el cinto de uno de los guerreros que guardaban su sombra. Y, tomándola con las dos manos anudadas por las muñecas, en un gesto rápido y atrevido, se lanzó sobre Autóctono en silencio, con furia.

Pero su fugaz acción fue interceptada por el brazo fuerte de Neson, que vigilaba de cerca a la bella doncella; rápidamente doblégó sus brazos y la tumbó en el suelo clavando la rodilla sobre el pecho. La golpeó duro con un fuerte revés, dejándola traspuesta en el suelo, y le arrancó la daga de las manos. Neson se irguió mientras la joven se contorneaba, apoyando la cara en el suelo y manchándolo con la sangre de sus labios.

—¡Levántate! —ordenó Autóctono.

Neson la levantó del suelo tirando de sus cabellos. Hipólita apretó los dientes con un gemido de rabia, ladeó la cabeza clavando los ojos en el general y se giró para ver a Autóctono, el cual la observaba con las cejas alzadas, con un gesto de sorpresa y aprobación.

—Está decidido, serás mi reina. No desesperes, no pretendo que me ames; con el tiempo aprenderás tu rol y me darás un hijo fuerte y bello que, un día, será rey de reyes de Atlanta.

Por unos momentos el silencio colmó la estancia.

—Encerradla en la más honda de las mazmorras. Pan y agua una vez al día; muerte para aquel que se atreva a rozarle uno solo de sus hermosos cabellos —ordenó Autóctono.

Neson se acercó hacia el guardia que había perdido la daga y se la ofreció, hundiéndola en su muslo.

—La próxima vez que te dejes tomar así tu arma, no te la devolveré de forma tan amable.

—¡No volverá a pasar, mi señor! —exclamó el guardia entre gemidos, llevándose la mano a la herida.

En la acrópolis de Atlas, el príncipe Évenor despertaba con un fuerte dolor de cabeza. Se levantó de su aposento y se dirigió hacia los ventanales de la estancia, pasando la mano por su frente. Un pensamiento fugaz: ¡Hipólita!

El príncipe corrió por los pasillos de palacio hasta llegar a las dependencias de su padre, rey de reyes. Apartó la guardia y, dando un fuerte empujón, abrió las puertas y allí estaba Argan, esperándole. Y junto a él, abrazada en su regazo, Menalipa lloraba consciente de la tragedia. Évenor tragó su ira al ver las lágrimas de la doncella.

—¡Tenemos que rescatar a Hipólita! —exclamó.

Menalipa y Argan le observaron. La doncella con la mirada de la esperanza; el rey con la mirada de la angustia que niega el deseo. Bajando a Menalipa de su regazo, se dirigió al desasosegado príncipe.

—No mandaré a mi pueblo a la guerra contra la ambición de Autóctono, debes comprender que serían muchos los muertos y grande la destrucción por satisfacer el sueño sin sentido de una sola persona. Tal cosa no puede ser, aunque esa persona sea mi propio hijo —le contestó y, limpiando con sus dedos las lágrimas de Menalipa, se dirigió a ella—. Menalipa, ve con Évenor. Cuidará de tu vida como si fuera la suya misma, pues a partir de este momento serás considerada hija mía.

Tras aquellas palabras, Argan miró a los ojos de su hijo con la mirada del que busca compasión e impone voluntad. Évenor le devolvió la mirada, aceptando de corazón a Menalipa como su propia hermana. Pero condenando la negativa de luchar por rescatar a su amada Hipólita.

—¿Y Antíope? —preguntó el príncipe.

—Un oso la devoró. No se pudo hacer más por ella —le contestó Argan, negando con la cabeza y desviando su mirada con tristeza.

Menalipa se acercó tímidamente al príncipe, con pasos cortos, y le miró a los ojos con pena; de pronto, corrió y se le abrazó fuertemente, rompiendo a llorar de nuevo. Évenor acarició su largo cabello, la alzó el mentón y le ofreció su brazo.

—Acompáñame, te llevaré a la mejor de nuestras estancias, para que descanses tu pena que es la de todos... No te preocupes, pues a por Hipólita he de salir, ya que no he de dejarla en manos de ese canalla asesino.

Tras alojar a Menalipa en palacio y guardar su sueño durante un tiempo, el príncipe abandonó la acrópolis dirigiéndose, solo y veloz, a las tierras de Gadeira en busca del rey Autóctono, armado con una lanza, un escudo y una espada. Ante la puerta en ruinas del palacio todavía humeante y cercado por varios lanceros, reclamó la presencia del rey.

—¡Autóctono! ¡Rey de libios! ¡Maldito asesino! Aquí estoy con mi espada templada esperando tu presencia, dejad en libertad a mi amada Hipólita.

Sin respuesta alguna, insistió retándole. La sangre le hervía ante el silencio y la indiferencia que obtenían por respuesta sus palabras.

—¡Asesino de mujeres! ¡Raptor de doncellas! ¿Qué miedo tienes en enfrentarte a mí, un hombre? ¿Acaso tu propia cobardía te lo impide?

Entonces fue acorralado por la guardia libia a la vez que apareció Neson, templando la espada y dándole un fuerte empujón en el pecho, que le desplazó seis pies atrás y casi le hace caer.

—Vengo para que sepas que si permaneces vivo es por ser hijo de quien eres. Ya has mostrado tu gallardía, ahora muestra el debido respeto a nuestros soberanos. Cumple lo acordado y regresa a tu guarida en Atlas, donde estarás a buen resguardo y a salvo de mi espada —le espetó con cara de desprecio.

El príncipe frunció el ceño y, sin acobardarse ante la envergadura de aquel enorme guerrero, avanzó decidido.

—¿A ti te envía ese cobarde?

Pero la punta de las afiladas lanzas de los soldados se hundieron en sus carnes, rodeándole, produciéndole heridas punzantes en sus brazos y en el pecho, y fijándose en su cuello.

—No insistas o una terca mula te regresará a palacio arrastrando tu maltrecho cuerpo por las aliagas del llano —le advirtió Neson.

Évenor, con la frustración que produce la impotencia y el dolor, dio un paso hacia atrás liberando su cuerpo de la presión de las lanzas. Neson volvió a empujarle fuertemente y esta vez sí cayó al suelo perdiendo su espada, la lanza y el escudo en el envite. La guardia empezó a reírse de su suerte. El joven se alzó manteniendo la serenidad y, aguantando los golpes, trató de arremeter contra ellos sin poder. Acorralado y vencido en número, fue apaleado durante largo tiempo hasta que quedó tumbado, maltrecho en el suelo sin fuerzas.

Neson lo levantó tomándolo del pelo y del pecho.

—Marcha, aquí nada hallarás; solo humillación y muerte —le dijo.

Sin más que poder hacer, con el rostro desfigurado y la sangre manando de sus numerosas heridas, emprendió su regreso mientras era apedreado y abucheado airosamente por los hombres de Neson.

A su llegada a Atlas, Argan le observaba triste desde sus alojamientos, preocupado por su lamentable estado. El príncipe no podía ocultar su desasosiego ni su ira conforme miraba, tambaleándose, hacia las dependencias de su padre. Epolis, varios soldados y sirvientes corrieron a socorrerle, y le llevaron al interior del palacio.

Su entrada en la ciudad también había sido seguida, con interés, por Méstor y Treita, que se miraron desanimados ante la llegada del príncipe.

—Le dejó con vida. No dispondrá de mejor ocasión... ¿Por qué? —se preguntó Méstor.

—Teme la reacción de Argan. Las columnas de Atlas podrían enterrar sus ambiciones. No es el momento, mi querido esposo —respondió Treita.

Esa misma tarde, tras vendar sus heridas y calmar los ánimos, Évenor abandonaba de nuevo la acrópolis, dirigiéndose hacia el cortado donde se encontraba la cueva en que desapareció Antíope, acompañado por Menalipa y una guardia de diez lanceros.

—No creo que hallemos nada —dijo el capitán de la guardia.

—Lo intentaremos al menos, algo debemos hallar —apuntó Évenor.

—Devorada por un oso, no hay nada que buscar; quizás sus restos y será muy desagradable —insistió el capitán.

Menalipa le miró con la tristeza reflejada en su cara, sin decir palabra alguna. Évenor se fijó en ella, cómplice de su pesar.

—Si es así le daremos sepultura, que descanse en paz. Pero tenemos que asegurarnos, no fuera que herida necesitara de nuestro favor —le contestó al capitán.

Una vez llegaron a la cueva estuvieron buscando, hasta bien entrada la tarde, la forma de llegar al fondo de la oscura grieta.

—Dadme una cuerda y yo bajaré —aseguró valiente Menalipa al ver que nadie estaba dispuesto a colgarse en la oscuridad del abismo.

—Tranquilízate, mis hombres encontrarán la forma de llegar. No pretendas locura alguna que no adelanta en nada —apuntó el príncipe, tratando de calmar el ansia de la joven por bajar como fuese.

—¡Mi señor, mi señor! —exclamó uno de los lanceros entrando en la cueva.

—Dime, ¿habéis encontrado una entrada posible? —preguntó el príncipe ante la mirada inquieta de Menalipa.

—En la falda de la montaña, señor... —contestó, asintiendo repetidamente.

Évenor bajó corriendo tras el lancero hasta llegar a una entrada oculta por grandes helechos, madreSelva, zarza y un pequeño salto de agua. Un grupo entró en silencio venciendo sus miedos, alumbrando las húmedas paredes de la gruta, con la tea en una mano y la espada en la otra. Se adentraron unos cientos de pies hasta llegar a una pequeña sala, desde la cual se podía observar la luz de la tea que Menalipa, impaciente, mantenía en la apertura del techo. La joven, una vez revisado el lugar, fue llevada rápidamente a la entrada de la galería, llegando hasta aquella sala.

—¡Antíoque! ¡Antíoque! —la llamaron con fuerza. Solo respondió el silencio.

—Este fuerte olor, estamos sin duda en un cubil de osos —apuntó unos de los lanceros.

—Deberíamos marchar, mi señor... Aquí no está —aseguró el capitán, nervioso ante la posibilidad de encontrarse con lo desconocido.

La llama de la tea de Menalipa alumbró un recodo donde encontró largos jirones ensangrentados de las vestiduras de su hermana. El príncipe posó la mano en el hombro de la doncella.

—Tenemos que irnos, Antíoque no está aquí y el morador de la caverna podría regresar. Sería buena idea dirigirnos a tu hogar en el bosque... Quizás se encuentre allí —aseguró Évenor, negando la evidencia.

Los lanceros apremiaron al príncipe cuando, desde el vacío oscuro, un agudo sonido recorrió las paredes de la cueva.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Évenor.

Y todos se miraron temerosos entre sí; habían quedado mudos.

—¡Antíope! ¡Soy yo, Menalipa...! ¡Estás ahí? —gritó Menalipa, con fuerza.

Un nuevo rugido alteró los corazones de los lanceros.

—Deberíamos marcharnos, mi señor. Aquí no hay nadie y esa pavorosa voz no es de doncella alguna —insistió unos de ellos.

Sin esperar más, escoltaron a Menalipa, que llevaba en sus manos los jirones de tela ensangrentados y, junto a Évenor, emprendieron la marcha hacia la salida. Entonces empezó a escucharse un débil rugido desde la oscuridad profunda de la gruta, que con cada paso aumentaba. La expedición se aceleraba conforme el agudo rugido se les acercaba de forma rápida, aumentando su fuerza y acompañado de fuertes chillidos.

—¡Corred! ¡Corred! —gritaba Évenor a sus hombres.

Los corazones de aquellos hombres empezaron a latir rápido y el rostro del terror se hizo palpable en sus rostros mientras corrían hacia fuera, desconociendo qué era lo que les perseguía. El rugido se les echaba encima sin que sus piernas pudieran avanzar más rápido en tan angosta galería. Al fondo, la tenue luz del sol que se filtraba entre la vegetación y el agua iluminaba una salida que parecía inalcanzable.

Évenor avanzaba con paso firme; en una mano ardía la tea y con la otra asía fuertemente a Menalipa. Pero el rugido se les echó encima. Un estruendo alado les empujó hacia delante y cayeron de frente entre gritos de terror. Miles de murciélagos pasaron velozmente sobre sus cabezas. En el suelo, la tea alumbró abundantes manchas de sangre y la parte superior de un cráneo humano descarnado. Una visión que aterró a Menalipa mientras, en su cabeza, un ensordecedor griterío parecía enloquecerla.

—Aaaaaaaahhh —gritó la joven, horrorizada.

El príncipe tiró de ella y de sus gritos hasta alcanzar la salida atravesando, de un salto, la pequeña cascada y las zarzas que ocultaban la entrada.

—¡No, no, no! —gritaba Menalipa.

Évenor la abrazó, calmando su locura, consolando su pena, y se arrodilló junto a ella sin dejar de abrazarla.

Miles de quirópteros salieron de las profundidades de la gruta y se alzaron en vuelo por encima de sus cabezas, alejándose en una gran columna hacia el pantano. La noche llegaba y, sentados al pie de la entrada, los lanceros reponían fuerzas y calmaban sus corazones.

—¡Murciélagos! ¡Eran murciélagos! —exclamó uno de ellos.

Un enorme rugido les heló de nuevo la sangre. Tras ellos se erguía un enorme oso pardo que salía bramando de la cueva y, alzándose sobre sus patas traseras, arremetió contra uno de los hombres de Évenor, lanzándole un certero zarpazo en el vientre. Menalipa se alzó junto a Évenor, mientras los guerreros hacían volar sus lanzas sobre el enorme animal. Con un pavoroso rugido, el oso retrocedió y se adentró en la oscuridad de la cueva, no sin antes morder con sus fauces el tobillo del maltrecho guerrero que gritaba viéndose arrastrado a la atroz muerte.

Ante la sorpresa de todos, Menalipa corrió decidida a la entrada de la caverna y,

agarrando la espada del guerrero herido, saltó encima de la enorme criatura; sentada en su lomo le clavó fuertemente la espada en la nuca, hiriendo al animal, que se alzó violentamente sobre sus patas traseras soltando su presa y rugiendo fuertemente.

Menalipa cayó hacia atrás mientras la espada atravesaba las cervicales del oso al hacer tope contra el bajo techo de la cueva. La herida que la joven le había propinado no era mortal pero, al levantarse dentro de la estrecha gruta, la bestia se precipitó hacia su propia muerte, hundiendo hasta el mango la afilada hoja de bronce en su cuello.

Évenor y sus hombres quedaron asombrados ante la valentía y determinación de Menalipa. El príncipe la recogió del suelo y ella se le abrazó temblorosa mientras observaba al enorme oso yacer con las patas al aire y el cuello atravesado. Se fijó en el enorme animal que había devorado a su hermana; lo vio tuerto y que el lado izquierdo de su rostro estaba desfigurado. Los hombres de Évenor atendieron rápido al lancero y, aunque su herida era más espectacular que grave, el príncipe decidió regresar de inmediato a Atlas.

El hombre herido, apretando los dientes, se mostró, jadeante, agradecido ante Menalipa, pues acababa de salvarle de una muerte cierta.

—Mi nombre es Sarko y mi vida te pertenece. Será un honor morir por ti cuando llegue el momento —afirmó entre movimientos de dolor.

—Espero que nunca sea necesario —respondió ella; y se dirigió a Évenor—. ¡Vamos, quizás Antíope se halle en la cabaña del bosque!

Évenor la miró desconcertado.

—Allí está el cuerpo sin vida de mi amada madre y quisiera despedirme de ella. Necesito ver su tumba, decirle hasta siempre... Iré sola —insistió.

Los lanceros se miraron entre ellos. No era del gusto denadie adentrarse en el Bosque Maldito, y menos cuando estaba oscureciendo. Pero no podían dejarla sola, sobre todo tras su valerosa acción que había salvado la vida de Sarko.

—No somos unos cobardes, sino valientes soldados de Atlas —dijo unos de ellos.

—¡En marcha! —ordenó el príncipe.

Dos hombres acompañaron a Sarko en dirección a Atlas. Los demás siguieron a Menalipa. Nadie se sentía seguro en el bosque, salvo la joven que avanzaba delante sin temor alguno, corriendo con la ansiedad del que busca un milagro y cree poder hallarlo. No tardaron en llegar, pues el paso fue rápido ante el temor de lo que pudiera acontecer.

La cabaña de Armonía estaba totalmente destrozada y sus restos esparcidos entre la vegetación como si un tornado hubiera pasado sobre esta. Y su cuerpo había desaparecido de la tumba, escarbada, sin dejar rastro alguno.

—Las fieras han debido hacerse con ella. Habrá sido devorada —comentó uno de los soldados, tratando que sus palabras no llegaran a oídos de Menalipa.

—¡No puede ser, pusimos sobre su tumba grandes piedras! —exclamó otro de

ellos—. ¡Mirad. Son las huellas frescas de un enorme carnicero! ¡La bestia!

—Regresemos; en el bosque no estamos a salvo y la muerte anda cerca —dijo el príncipe tras examinar aquel inquietante rastro.

—No, espera un poco —suplicó Menalipa.

—Volvamos. Aquí no se halla Antíope, la noche cae y el camino de vuelta es largo —insistió el príncipe, mirándola piadoso.

Menalipa lo miró como quien busca y no encuentra. Quería albergar en el interior de su corazón la esperanza de que Antíope hubiese sobrevivido a aquella trágica noche, pero con lágrimas en los ojos aceptó la evidencia. No había nada que hallar. Anduvo por el lugar un corto tiempo. Sus ojos delataban el dolor mientras recogía prendas y algunos enseres que se encontraban dispersos. Entonces avanzó hacia unos matorrales salpicados de la capa púrpura imperial de Argan; allí encontró la daga de Armonía y la tomó con sus dos manos.

Évenor se le acercó, limpiando con dulzura su rostro de lágrimas.

—Volvamos... —sollozó ella.

A su regreso, una sorpresa les esperaba a Évenor y a Menalipa. Argan había hecho llamar a Andrea: tímida y atractiva, no muy alta, seria y culta; de liso cabello, no demasiado largo, castaño como sus grandes ojos y adornado con una cinta rosa; de familia noble y respetada. Era la joven por la que sentía aprecio el rey como esposa para su amado hijo, la mujer en la que el príncipe fijó sus ojos antes de sentir su corazón vencido por la sonrisa de Hipólita.

—Menalipa, ven, quiero presentarte a Andrea. Ella acompañará tus tardes de soledad y será tu hermana. Vivirá en palacio. No es mi deseo que andes siempre sola, añorando un pasado que no regresará. Necesitas relacionarte, divertirte... empezar una nueva vida. Andrea te enseñará Atlas y si algún temor tuvieras, no dudes en confiárselo, pues es leal y siempre atenderá tus razones —aseguró el rey.

—Padre, no harás nada por Hipólita. Nunca te incomodó que se la llevara ese asesino, ¿verdad? —dijo Évenor sin poder ocultar su sorpresa, ni su rechazo, pues más bien vio que Argan buscaba un amor perdido para su hijo que una hermana para Menalipa.

El príncipe besó a Andrea y a Menalipa en las mejillas, miró a su padre de forma indiferente y marchó de la estancia sin esperar más. Andrea, allí de pie, sonreía sintiéndose tan halagada como insegura, sin saber muy bien qué estaba pasando, ni quien era Menalipa, ni qué quería de ella su rey para con su príncipe si no había amor ni deseo que brindar.

Apenas habían pasado unas semanas cuando el príncipe trató de convencer, de nuevo, como cada día que pasaba, a su padre para que intercediera por Hipólita.

—Padre, te lo ruego; debemos hacer algo por ella, presa está de ese miserable y nada sabemos.

—Évenor, nada hay que hacer por mucho que nos pese y bien lo sabes. Autóctono

se muestra inflexible. Ha rechazado mi oro y mis favores, pues busca mi desaire, un enfrentamiento, una excusa con la que alzar al pueblo en guerra. Ven acércate, mira por el ventanal, allí abajo.

El príncipe se acercó, serio, y vio a Andrea y Menalipa juntas, abrazadas, paseando por el hermoso parterre que bordeaba parte del palacio.

—Andrea es una muchacha extraordinaria, noble y bella, deberías prestarle atención antes de que un joven galán te la arrebate.

—No padre, mi corazón late por Hipólita... No pienso rendirme tan fácilmente —respondió Évenor; y salió contrariado de la estancia, sofocado y sin saber qué hacer.

En el jardín, ajenas a la mirada del rey, las dos jóvenes paseaban por un camino de floreados setos. Habían intimado, pues en verdad Andrea era una persona de gran corazón y acompañó a Menalipa en todo momento, en las alegrías de sus correrías por las calles de Atlas y en los duros momentos en que era invadida por la tristeza de la tragedia sufrida. Y se hicieron muy buenas amigas, compartiendo sus pertenencias y secretos.

—¿Pienzas desposarte algún día con el príncipe? Debes saber que él ama a mi hermana. No te hará feliz, ni a ti ni a dama alguna —le confesó Menalipa, sabedora del interés del rey.

—Évenor puede ser un buen partido para mí, aunque nunca me enamoraré de él... Ni de galán alguno —respondió Andrea, tímidamente, mientras acariciaba el cabello de Menalipa. La cual, alzando las cejas, fijó su vista en ella y, haciendo una mueca alegre, le sonrió con picardía.

Lejos de allí, Hipólita lloraba desconsolada en la oscuridad de su celda, abatida a menudo por sus amargos pensamientos. Autóctono seguía con interés su evolución, pues veía en ella a la mujer más adecuada para engendrar un hermoso hijo; era fuerte, sana y bella. Lejos quedaba su preocupación sobre ajuares y negociaciones indeseadas con el padre de alguna noble dama que le exigiría formalidad y entereza. Quiso a una persona que se ocupara de ella, que hiciera noble a la salvaje, y pensó en la reina Treita.

—¡No quiero que se abra la cabeza antes de tiempo! —exclamó Autóctono, tras exponer parte de sus intenciones.

—¿Acaso piensas que no tengo más que hacer? —le respondió Treita, que había acudido a su llamada.

—¿Quién mejor para darle nobleza y calmar la fiera que lleva dentro? Además, no tengo más que recordarte que fuiste tú quien me insistió en que Uma, la bruja de Oriente, debía morir... ¿Acaso deseas que Argan sea consciente de ello?

Treita le miró alzando su rostro, observándole de reojo.

—Era un peligro. Con el tiempo hubieran intimado en demasía y Évenor no hubiera sido nuestra única preocupación. Me haré cargo de Hipólita, pero recuerda

que fue tu mano la que mató a Uma, no la mía. ¿Y cómo se te ha ocurrido hacer reina a esa desgraciada? ¿Acaso no hay en el reino dama más altiva y noble?

—Sin familia y hermosa como ella, no. Además, será por un tiempo limitado, el necesario para darme un hijo, quizás dos —le respondió con una sonrisa cómplice.

Acto seguido, Autóctono le ofreció un cuenco de licor anisado. Ambos tenían mucho en común: sus inconfesables ambiciones sobre Atlanta.

—¿Piensas liberarla? Tendrás que hacerlo —le aseguró Treita.

—No, no es preciso. La visitarás una vez cada siete días en la celda, no quiero que piense en debilidad alguna por mi parte. Debe quedar bien claro quién manda aquí.

—Pues permite que la visiten dos de mis sacerdotisas de confianza cada día, al menos por un tiempo corto; o la convertirás en un animal, si no lo es ya.

—Sea pues.

Treita vio la ocasión de conocer aquel reino que rivalizaba con Atlas y a esa singular doncella que había conquistado el corazón del príncipe Évenor, de la que todos hablaban y que pronto sería reina de Gadeira. Hipólita pronto conoció a la reina Treita, sería la única persona que le hablaría en mucho tiempo, que la animaba y le llevaba noticias del mundo exterior; que le contaba penas y alegrías sin tener por qué ser ciertas, si bien ella tampoco escuchaba demasiado. Los días que la visitaba había carne, pescado, delicias y jugos de frutas, para luego regresar al pan y agua de cada día.

Mientras Treita hablaba, Hipólita permanecía siempre en silencio con la mirada perdida entre los barrotes de una pequeña ventana situada en el alto techo de la celda, los cuales dejaban ver el cálido azul del cielo en el día y las brillantes estrellas en la noche. Le habló de cómo el rey Argan había olvidado los favores de su madre, de cómo el príncipe Évenor disfrutaba del amor de su hermana Menalipa, de cómo Antíope había sido arrojada a las fauces de un enorme oso y de las ventajas que podría obtener como reina de Gadeira.

Hipólita pasaba las mañanas absorta, sentada en el suelo, mirando la luz del sol que se colaba por las pequeñas rendijas de su celda, añorando su mundo perdido, el bosque, los animales..., a su madre. Se preguntaba dónde habían quedado sus sueños de amor. Por las tardes, su mente descansaba y ejercitaba con tenacidad su cuerpo ante la mirada oculta y lasciva de los carceleros; y era visitada, por gracia de Treita, por las dos sacerdotisas que cuidaban de su estancia, cuerpo y cabellos, tiempo en el que Hipólita permanecía, como siempre, en silencio y con la mirada perdida.

Cada noche, cuando el último rayo de luz entraba por las estrechas rendijas y la oscuridad se abatía sobre ella, rompía a llorar ante su desgracia. Sus lágrimas mojaban el camastro que tenía por lecho; pensaba en Armonía muerta, en sus hermanas olvidadas, en su amor perdido...

—¿Por qué el mundo me ha abandonado así? —gritó desesperada.

También tenía pensamientos para el hombre causante de su pena, aquel que había

truncado su mundo, sus ilusiones, su vida. Aprendió a odiar. Odiaba al rey Autóctono como jamás creyó que se pudiera odiar a nadie. Hipólita caía dormida siempre a primeras horas de la madrugada, pues sus pensamientos y la angustia sufrida no le permitían conciliar el sueño sin sobresalto alguno.

El tiempo, los días, las semanas pasaban en la lúgubre mazmorra. Entre los susurros de Treita y el pan de Autóctono, Hipólita vivía; pero algo en su alma herida moría con cada noche que cedía.



## CAPÍTULO 10 · LA NUEVA GADEIRA

Las nieves que trajeron al cruel invasor se habían fundido, el prado volvió a florecer y un suave viento del sur mecía las tiernas hojas de robles, alcornocos y álamos. No había noticias de Mirina, ni de sus temidos jinetes, ni de los crueles guerreros de ojos rasgados. Todo parecía haber acabado. Pero la relativa paz que envolvía las tierras de Atlanta se vio alterada con la llegada de nuevas hordas de hombres salvajes que atravesaban los pasos de Pyrene. Migraciones que se perdían en el tiempo cruzaban la Península de norte a sur; en ocasiones partían incluso de más allá de las heladas tierras la vieja Europa o de las ardientes dunas del desolado de Aethipoes.

El rey Autóctono convocó a los demás soberanos de Atlanta, pues deseaba debatir, falto de esclavos para sus ambiciones, la cuestión en su propio beneficio; y se reunieron en el templo de Poseidón, en la sala de Cortes.

Epolis habló con la autoridad que le confería ser el sacerdote supremo y hombre de confianza del rey de reyes.

—Argan, señor de Atlanta, no podrá asistir, así pues me hallo en su lugar. Tampoco contamos con la grata presencia de los reyes Azaes, ni Cronos; pues desde sus dominios seguimos sin respuesta. Nosotros nos hallamos reunidos en respuesta a tu convocatoria, los sabios más reconocidos de Atlanta y nuestros nobles reyes Méstor y Treita. Dinos pues la urgencia que te trae al templo de Poseidón para debatir.

—Bien lo sabéis todos. Llegan cientos de salvajes y solo unos pocos buscan una tierra en la que convivir, integrándose. Los que más no conciben la vida civil, el respeto a los dioses ni la jerarquía imperante. Los altercados se suceden en las aldeas más indefensas; debemos actuar. Si no han de ser personas, sean pues esclavos —expuso el rey Autóctono, dirigiéndose a todos los presentes.

—Hablamos de hombres salvajes, sin conocimientos ni sabiduría alguna que destacar, espíritus sin destino ni hogar; deberíamos acabar con todos ellos —aseguró el rey Méstor con un carraspeo en su garganta.

—No entiendo. Tengo por bien sabido que muchos de ellos llegan a nuestras aldeas en paz, son bienvenidos con sus presentes y bien nos hacen trabajando la tierra —añadió uno de los sabios.

—Y los que más viven alejados, sin fraternidad ni enemistad —apuntó Epolis.

—¡Mejor las trabajarían como esclavos! Aquellos que habitan en la distancia, no por ello están excluidos de abonar sus tributos a nosotros, dueños de esta tierra —exclamó Méstor, replicando a los dos sabios.

—No nos engañemos. Son pocos los que aprenden el uso del arado y a recoger el fruto de la tierra; tampoco les agrada cuidar del carnero, la cabra y el buey. La mayoría permanecen distantes, hacen su vida recolectando y cazando, creando pequeños clanes en territorios por habitar; a menudo luchan entre ellos o atacan a nuestras pacíficas aldeas creando conflictos que en nada nos benefician —apuntó Treita, observando a Epolis.

—Esas tierras no son nuestras. ¿Acaso no hemos aprendido nada de Ática? Muchos de esos hombres, a los que llamas salvajes, ya se hallaban aquí cuando llegaron nuestros antepasados, alzando dólmenes, cultivando la tierra, viviendo sus vidas —aseguró Epolis, preocupado por lo que oía.

—No, viejo sabio, son muchos los que vienen y la mayoría no busca una tierra fértil donde prosperar o un tranquilo valle que habitar; sino carne sin cacería y riquezas sin esfuerzo, y solo ofrecen muerte —comentó Méstor.

—Puesto que nos hacemos llamar personas civilizadas, no actuemos pues como salvajes. Como pueblo adelantado, debemos ayudar a los que vienen detrás. Es lo justo, ¿o solo buscáis ambos un pretexto para iniciar una cacería de hombres que vender como esclavos? —replicó Epolis.

—Viejo sabio, mordaz es tu lengua. No olvides con quién hablas, pues aquí no se halla Argan ni su espada —respondió Méstor.

—Esos salvajes han asaltado a nuestra gente, matado y mancillado. No desean nuestra mano. Morirán pues, si no han de ser esclavos. Que paguen sus tributos o marchen a su tierra, donde ningún problema nos ocasionan —alzó la voz Autóctono. Su tono invitó a los sabios al silencio.

—Los hombres salvajes no quieren sacrificar su libertad de cazador, no saben lo que es la propiedad, el cultivo ni la oveja. Nosotros dominamos el fruto de la tierra y fundimos la piedra que no se talla; hicimos del fiero lobo, perro servicial y de uros salvajes, vacas placenteras... No para que ahora unos salvajes armados con piedras quemem nuestras aldeas —añadió Treita.

—No creo que ese sea el problema, sino la falta de esclavos que os den oro y trabajen la tierra. Si aquí buscáis apoyo para cazar hombres, no podemos darlo —dijo Epolis, sin titubear, mientras el resto de sabios bajaba la cabeza.

—Mi opinión es otra, hemos de castigar a los que asaltan nuestras aldeas, que

sirva de escarmiento. Y sí, mucho bien nos hará tener esclavos que vender y que trabajen donde deseemos, pues por algo somos reyes y señores de esta tierra y los que no, han de pagar su tributo... Gozáis de nuestro consentimiento mi querido Autóctono —le contestó Treita.

—No necesito consentimiento de nadie para gobernar mis tierras y proceder. Mañana será día de cacería —sentenció Autóctono, visiblemente enojado, alzándose y cerrando la discusión.

—En tus tierras... —replicó Epolis, con voz triste.

En los días sucesivos, Autóctono se hizo con numerosos hombres salvajes, a los que esclavizó, recorriendo las tierras del Gran Tajo con un destacamento de sesenta lanceros libios y cuatro carros de guerra. Asaltó despiadadamente sus precarias aldeas, buscando en grutas y llevando el horror hasta sus humildes moradas. Muchas mujeres fueron hechas serviles concubinas de fieles nobles, otras vendidas; y los hombres fueron esclavizados, mandados a realizar la dura tarea de levantar una muralla que rodeara la ciudad, alzar un templo a Poseidón y reconstruir el palacio de Llanós; otros fueron vendidos a los señores de Lybia. Ancianos y enfermos fueron abandonados a su suerte; los débiles, pronto cayeron.

Tras cuatro meses de trabajos forzados, Gadeira se alzaba de nuevo emulando una gran polis; con una altiva muralla de doce pies que la rodeaba y un grandioso templo, con un palacio digno de dioses. Autóctono decidió ser magnánimo y liberó a la mayoría de los esclavos; ya no los necesitaba y su mantenimiento resultaba excesivo. Los que sobrevivieron y no pudieron ser vendidos, fueron expulsados del reino, hambrientos y fatigados.

Engalanada como nunca, la ciudad ocultaba sus viejas heridas a los ojos de todos y había un motivo para tal celeridad. La ceremonia que haría reina a Hipólita y asentaría definitivamente a Autóctono en el trono debía ser antes de que llegaran de nuevo los vientos helados del norte, el heredero debía nacer con la llegada de la cigüeña, la cálida brisa que florecía los prados y la renovación de la vida, augurio de bienes y fortaleza para el heredero.

Al quinto mes de encierro, calmada su ira, Hipólita había sido llevada de nuevo ante Autóctono a petición de la propia reina Treita. Marchó vestida de elegantes telas, de tonos rosáceos y rojos sobre blanco, y adornada de llamativas joyas.

—Veo que te encuentras muy bien, eres muy bella —aseguró Autóctono mostrándose complaciente.

—Mi señor, es necesario que salga de la celda y se integre en la vida de palacio si deseas en verdad que te acompañe en el trono; y ha de ser antes de la fecha de la ceremonia; domada se halla —le dijo Treita acercándose a él y en voz baja.

Autóctono miró a Hipólita, la cual permanecía en silencio observando a un lado, a otro, sin sentido alguno. La joven se hallaba ida, como ausente de su propio cuerpo, desposeída de su voluntad, indefensa. Sus ojos estaban secos, pues ya no quedaban lágrimas que verter. Había padecido tanto que parecía haber perdido el contacto con

la realidad. No articulaba palabra alguna; tan solo asentía las palabras de Autóctono. Treita había realizado un gran trabajo.

—Sea pues. Todo se halla preparado, en una semana celebraremos nuestra unión... Grandes fiestas hemos de preparar. ¡Me harás el favor de encargarte de ella hasta entonces? Pues sola no ha de estar en palacio —preguntó Autóctono.

—¡Cómo no! Mis sacerdotisas la velarán día y noche, aunque ya es fiel doncella. ¿Verdad? —dijo Treita, preguntándole a Hipólita; que, sin decir palabra, desposeída de su alma, asintió levemente.

Durante los días previos a las nupcias, una gran multitud recorría las estrechas calles de Gadeira. Las casas, bajas y pintadas de blanca cal, mantenían las puertas abiertas; en cada una de ellas, sus vecinos ofrecían pan tostado, vino alegre, espumosa celia y pescado sazonado. Había bailes y malabares, uros bravos y juegos de armas. Tal y como había prometido Autóctono, la ciudad se alzaba resurgida de sus propias ruinas, embellecida hasta el delirio para celebrar tal acontecimiento. Cada detalle, cada adorno estaba allá donde se presumía que debía estar. Su tributo en vidas se había cobrado tal milagro, pues cientos de hombres salvajes sometidos por Autóctono murieron en la empresa, lo que le enfrentó a las acusaciones de Azaes, monarca que le culpaba de invadir furtivamente sus tierras y esclavizar a las gentes que las habitaban.

Autóctono invitó a todos los soberanos de Atlanta a la ceremonia y estos se vieron obligados a ir al confirmar Argan su presencia; más por la idea de aprovechar la cita para resolver las diferencias que les enfrentaban que por celebrar motivo alguno. Llegado el día, se reunió todo el poder de Atlanta en el templo alzado a Poseidón, en Gadeira; una gran plaza soleada y adornada de oricalco, con un altar de mármol blanco y fina piedra tallada, con el suelo embellecido de miles de coloridas flores, aguardaba a la futura reina.

Solo faltó a la cita real el príncipe Évenor que, en sus alojamientos, maldecía su suerte y vida. Había enviado varios mensajes a su amada Hipólita, a través de Treita, la única persona de Atlas que podía acceder a ella. Pero nunca obtuvo respuesta. Su silencio le turbaba.

—¿Ha dejado de amarme? ¿Me ha hecho responsable de su suerte? —se preguntaba.

Lo cierto es que sea como fuere, la joven había accedido a unir su destino al del rey Autóctono; con ello, las esperanzas de Évenor desaparecían para siempre, aunque no su amor por ella.

Argan acudió a la cita acompañado por Andrea y su ahijada Menalipa, quien participaba en los juegos con su arco. El día festivo dio comienzo con una serie de juegos de lucha libre, de artes y destrezas varias en las que idolatrados atletas exhibían su cuerpo, dominio y fuerza. A continuación, una carrera en la que los

participantes debían sortear diferentes obstáculos hasta alcanzar una lejana meta, se necesitaba mucha velocidad y equilibrio. Y los toros, uros bravos que desataban la adrenalina; templanza en su espera y un emocionante rejoneo que estremecía los corazones de un entusiasta público, que brindaba con dulce vino el valor de aquellos hombres. Los cuales se jugaban la vida frente al astado, con cada embestida, con cada salto, con cada envite. Y el tiro con arco, donde Menalipa llegó a la final compitiendo con el mismísimo rey Cronos, quien dio con su tiro a 300 pies en la diana.

En un anfiteatro de cómodos asientos, estaban los invitados de honor, entre ellos Argan, que observaba emocionado el particular duelo entre Menalipa y Cronos, su fiel amigo. También se hallaba Hipólita, sentada a la diestra de Autóctono, en silencio. No parecía ella, con el pelo trenzado en una larga coleta y un vestido de telas nobles que la cubría hasta los pies. Y tras la doncella, como siempre que andaba cerca del rey, Neson guardaba celosamente su sombra.

Argan cruzó su mirada con la de ella en varias ocasiones notando su ira oculta. Sus ojos delataban la amargura de su existencia mientras se clavaban como dagas en la dulce Menalipa, que se hallaba en el foso de los arqueros, apuntando con su arco, frente a una lejana diana.

Menalipa tensó la cuerda al aire y sonrió a Cronos. Andrea, que se había ganado su confianza y amistad, le acercó otro arco, más pequeño, pero más potente, mientras ella elegía con tacto la saeta, observando su punta. El joven rey la miraba con interés. Ella respondió a su mirada con la sonrisa pícaro del que se sabe ganador y pidió que se alejara más el blanco. Preparada, apuntó fijamente, tensó la cuerda, contuvo el aliento y soltó sus gráciles dedos. La saeta salió veloz y precisa, incrustándose en el centro de la diana. La gente se exaltó y Argan se alzó, orgulloso, de su asiento.

Hipólita le miró sorprendida por aquel gesto de alegría y, sin querer contenerse, alzó su larga falda y saltó a la arena desde la tribuna ante la sorpresa de Argan y de Autóctono; y, haciéndose en su camino con un arco y una sola saeta, se dirigió hacia Menalipa, la cual, sin percatarse, invitaba a Cronos a superar su puntería.

—¡No! Me rindo ante tu arco y belleza sin igual —le dijo este de forma galante.

Menalipa se ruborizó ante tales palabras. Pero serían las palabras de Hipólita las que la dejarían sin voz.

—¡Aparta!

Poniéndose a su altura, dio tres pasos atrás, apuntó de forma rápida y disparó ante la expectación de todo el público congregado. Su flecha partió la de Menalipa, incrustándose también en el centro de la diana. Autóctono se alzó levantando las manos al cielo ante tal proeza y el gentío empezó a corear el nombre de Hipólita, orgullosos de que la que iba a ser su reina venciera a la ahijada de Argan, rey de reyes; a la que había logrado vencer a todos los arqueros de Gadeira e incluso al rey Cronos.

¡Hipólita! ¡Hipólita! —coreaba la plebe; pues la rivalidad entre las gentes de Atlas y Gadeira iba en ocasiones más allá de lo racional; y más con los deseos

de Autóctono de desprenderse de la autoridad magna de Argan, para lo que no dudaba en sembrar la mentira y el rencor de sus gentes con inciertas “verdades” y manipuladas acciones.

Sin mediar palabra, Hipólita soltó el arco a los pies de Menalipa, se volvió y regresó al anfiteatro para recoger una larga capa y desaparecer acompañada de las dos sacerdotisas, en dirección al palacio.

Menalipa no supo reaccionar y, cuando quiso avanzar para seguirla, Cronos la sujetó del brazo.

—Déjala marchar, no es el momento. Ha de preparar su ceremonia y no parece que disponga de tiempo para ti... Ahora no te escuchará.

Menalipa le miró con una sonrisa amarga, dirigió su mirada a Andrea, que asintió, y fijó los ojos en su hermana, que se alejaba hacia el templo sin mirar atrás.

Andrea quedó muy impresionada por la templanza y belleza de Hipólita; se agachó y recogió el arco del suelo.

—¿Quieres que pruebe mi suerte? ¡Igual pudiera conseguir una cita! —susurró al odio de Menalipa.

—¿Podrías?

—Quedan más desapercibidos mis pasos que los tuyos, mi querida amiga —contestó Andrea, con una sonrisa en sus labios.

Menalipa tomó del cuello su medalla en forma de luna y la puso, envuelta en un velo, en la mano de Andrea.

—Dile que nos vemos en la gran roca de granito; ella sabrá bien —le dijo con la esperanza de poder ver pronto a su hermana.

El deseo por ver a Hipólita había empujado a Menalipa hasta Gadeira. Incluso Argan había reflexionado sobre si era oportuna su propia presencia en la ceremonia, y más ante los continuos actos desafiantes y desmedidos de Autóctono. Pero no quiso ofenderle ante todos faltando a tan importante cita y este le preparó un recibimiento sin igual. Diez bravos uros aguardaban en las arenas del templo. Como dictaba la tradición, reunidos los reyes de Atlanta, uno de los animales debía ser apartado usando solo madera y redes y sacrificado como ofrenda a Poseidón. Un honor exclusivo para los hombres más valientes del reino y que difícilmente el valor de un monarca podía rechazar.

—Excelentes astados, difícil será la empresa... ¡Vamos a ello! —exclamó Argan, valiente.

—Yo no podré, bien lo siento. Mi espalda sufre de fuertes dolores que llegan hasta mis rodillas y me impiden correr —se apresuró a decir el rey Méstor, temeroso de los astados y viendo la determinación de Autóctono.

—¡Nunca te he visto correr delante de un toro, larga pena arrastra tu dolor! —le dijo Azaes, recriminando su cobardía.

Autóctono tomó una red de fuertes cuerdas y saltó al foso desprendiéndose de su capa y espada. Cronos y Azaes tomaron sendos palos de gran tamaño y una

gruesa maroma y le siguieron. Propinando tremendos golpes asustaban a los astados cada vez que se acercaban; en otras ocasiones debían esquivarlos con inteligencia y suerte, evitando derrotes y envites fatales. Argan saltó también a la arena, agarrando la red por el otro extremo y extendiéndola. Una multitud se agolpó alrededor de la plaza observando el destino de sus monarcas, su destreza y su valor.

Los uros corrían en grupo alrededor del foso; en ocasiones, alguno de ellos, o incluso dos, embestían con fuerza. Finalmente, fue apartado del grupo un hermoso animal que rascaba el suelo con sus pezuñas delanteras; enfurecido y viéndose sin salida, lanzaba roncós bramidos al aire, desafiante. Y sin parar de resoplar, arrancó fuerte en carrera fatal, bajando la testuz y dirigiendo sus largas y afiladas astas hacia delante. Entre Argan y Autóctono extendieron la red ante su acometida, separándose cada uno hacia un lado; mientras, Cronos y Azaes alzaron los palos para inmovilizar al animal.

En el momento justo de la embestida, Autóctono tropezó y cayó, tirando de la red y situando a Argan en el camino del uro, el cual corneó su muslo derecho alzándolo al aire ante el griterío de la muchedumbre.

Argan no soltó la red y, al caer, esta cubrió al animal, que rodó quedando enredado entre bramidos. Cronos y Azaes cruzaron los palos entre las cuerdas, inmovilizándole las patas con dos gruesas cuerdas y corrieron a socorrer a Argan, quien se alzaba de la arena excitado, llevándose la mano a su muslo abierto.

—¡No fue nada! —exclamó—. ¡Se necesita más que un manso para acabar conmigo!

Autóctono se levantó y se le acercó, visiblemente preocupado.

—Disculpa mi torpeza, mas héroe sois. ¡El pueblo aclama tu valor!

Argan miró a su alrededor, se sintió pletórico y saludó eufórico mientras la sangre descendía por su pierna herida hasta la arena. Una fría mirada de Autóctono, acompañada de una sonrisa hipócrita, le delató que la caída no era fruto de un mal paso.

Inmovilizado el uro en una columna, los reyes se unieron a su alrededor y brindaron a Poseidón aquella ofrenda. Argan lo degolló allí mismo, hundiendo su daga de bronce con fuerza en la yugular de la res y cortando la prieta carne hacia abajo con un tirón desmedido, ante agónicos mugidos de horror y el clamor exaltado del pueblo.

Cronos y Azaes sujetaban fuertemente las astas del uro, mientras Autóctono acercaba una cratera de oro que se llenaba con la sangre del animal. Separó un pequeño cuenco de aquella valiosa vasija por cada uno de ellos; el resto lo vertió en el fuego de una gran hoguera que hacía de centro. Finalmente, una certera estocada cesó con la agonía del astado que cayó sobre las rodillas. Reunidos todos, tomaron la sangre caliente y juraron no infringir ninguna de las leyes escritas, ni obedecer a ningún rey, excepto aquel que se ordenara según las disposiciones de Poseidón.

—¡Mi reina espera en el altar; no debemos hacerla esperar! —exclamó Autóctono, limpiando con el brazo la sangre que manchaba sus labios.

Mientras, Andrea andaba por los pasillos en busca de Hipólita, haciéndose la distraída, con una sonrisa en su templado rostro y ahondando cada vez más en el interior del palacio. Pero su entrada no había pasado desapercibida para todos. Treita había visto su camino y, percatándose de quién era, pronto temió sus intenciones. Se acercó a Autóctono y le ofreció un cuenco con abundante vino.

—Mi querido Autóctono, creo que tienes una visita inesperada en tu palacio. Deberías guardar mejor a tu futura reina o se encargarán de arruinar lo andado —le susurró.

Autóctono miró a su fiel Neson fijamente, conforme bebía el vino, y alzó su vista dirigiéndola a palacio con intención y sonrió de nuevo a Treita, y a Argan, Cronos, Méstor y Azaes que se le acercaron para brindar.

—¿Bien va esa herida mi rey? —preguntó mientras Neson se alejaba.

—No es nada que no cicatrice; dejará marcada mi carne... Bien, así más podré contar a mis nietos... ¡El día que los tenga! —exclamó Argan con la herida atendida y vendada, y comenzó a reír acompañado por los allí presentes.

En los pasillos de palacio, Andrea llegó con suerte a la estancia de Hipólita.

—¿Mi señora? ¿Hipólita? —preguntó tímidamente, golpeando la puerta muy nerviosa y excitada.

Hipólita se giró de golpe mientras las sacerdotisas que la peinaban fijaban sorprendidas sus ojos en la puerta. Una de ella fue a abrir y, asomando su cabeza levemente entre la abertura, allí halló a Andrea; con la boca tapada por la vasta mano de Neson que apagaba su voz mientras tiraba de ella hacia atrás. La mirada de aquel brutal hombre se clavó en la sacerdotisa. La cual, viendo su expresión de muerte, miró a los ojos de la asustada Andrea, agachó la cabeza, cerró la puerta y volvió junto a Hipólita.

—No era nadie —aseguró mientras Hipólita bajaba los párpados, azulados, y sus pestañas se cubrían de fino carbón.

Hipólita llegó al altar, más bella que nunca. Vestía de oro labrado y reluciente argénteo sobre blancas telas de fino tejido que realzaban su figura femenina; su cabello azabache se hallaba suelto adornado por docenas de flores preciosas. Pero su mirada permanecía perdida y su cuerpo, sin alma. Entraron los sacerdotes y los invitados de honor. Argan y los reyes de la Atlanta cruzaron el pasillo de la sala, tomando asiento cada uno de ellos en un trono preparado para la ocasión. Menalipa se situó a la diestra del soberano y se emocionó tanto al ver de nuevo a su hermana Hipólita, tan hermosa, que le brotaron lágrimas.

No lejos de allí, en una tenebrosa celda, Andrea gritaba su dolor. El descarnado llanto no era escuchado por nadie y tampoco calmaba la ira de Neson que la golpeaba sin parar. La joven cayó al suelo gimiendo y sangrando con la nariz rota, el ojo izquierdo amoratado e hinchado, con los labios reventados y varias heridas en la cara. Sin piedad, recibió duro del pie de Neson en su costado, que la golpeaba una

y otra vez destrozando sus costillas. El rudo general la miró y se alejó un momento, para observar cómo se retorció agonizando en el suelo.

Se le acercó de nuevo, para ayudarla a ponerse en pie; entonces le agarró la cara con sus dos manos y le miró a los ojos.

—No volverás por aquí..., ¿verdad?

Andrea no pudo contestar como quisiera. Un espeso “no” salió leve de su boca entre saliva y abundante sangre. Neson volvió a golpearla fuerte con su mano abierta en la cara y, propinándole un golpe con el puño en el vientre, la dejó doblada, cayendo de rodillas. Con un último revés, Andrea cayó inconsciente y gravemente marchitada. Dos lanceros de la guardia libia entraron en la celda.

—Llevala al bosque... ¡Bien sabrá regresar a su madriguera; si no, que sea pasto de alimañas! —ordenó Neson.

Entre tanto, en la ceremonia, el sumo sacerdote relataba la llegada del pueblo atlante a la Península, para memoria de todos.

—Atlanta es la tierra de los primeros hombres sabios que alcanzaron estas costas desde Lybia, nuestro pueblo. Recogimos sus frutos y el ganado prosperó en valles y prados, apenas poblados entonces por hombres salvajes. Somos descendientes de aquellos que vieron surgir las primeras ciudades del Creciente Fértil, de los que viajaron a través de Lybia y habitaron las montañas del Atlas. Somos atlantes; un pueblo culto y trabajador, amante de las artes y del progreso que supo ver más allá del Mar entre Tierras. Un dios sabio, fuerte y valiente desafió a las peligrosas corrientes marinas y las dominó, cruzando el estrecho en embarcaciones de madera y cuerda, haciendo del viento su aliado, con una gran tela de lino como fuerza y una vara ancha como timón. Nuestro pueblo le siguió: Poseidón, el que domina los mares...

Autóctono realizó un gesto escondido, instándole premura al sacerdote; el cual cerró su discurso.

—Hoy sus descendientes tienen el deber de perpetuar la civilización y sus leyes, con justicia y honor, con sabiduría y bondad. Tal y como ha sido durante cientos de años. Autóctono, rey de Abyla, regente de Gadeira, valiente hijo nacido de la tierra que nos vio crecer: Lybia. Hipólita, doncella elegida que gozará del privilegio divino de ser reina, del honor sagrado de perpetuar la dinastía de Poseidón engendrando un nuevo heredero. Ambos aquí reunidos, con esta ceremonia nupcial, seréis reyes de Gadeira y como a tales se os venerará desde este mismo día en que se os da la gracia por la nobleza de Poseidón y el amor de Clito.

El sumo sacerdote posó sobre Autóctono una delgada corona, reluciente, de oro toda, y agachó su rostro en reverencia. Acto seguido, realizó la misma ceremonia con Hipólita, que vio como en su cabello se alojaba una diadema de oro y brillantes que nada le decía y bajó triste la frente. Su rostro permanecía tan indiferente como ido ante la corona que la proclamaba esposa de Autóctono y reina de Gadeira. Desposada y coronada, Autóctono besó sus labios sin recibir gesto alguno de cariño

a cambio; tan solo un pequeño lado de cara. Pero ello no molestó al rey, ni impidió que los asistentes gritaran de júbilo, ni que los manjares preparados para la ocasión desaparecieran con avidez de las mesas. En las calles la fiesta estaba servida. Corría el vino y se trinchaba la carne asada por cortesía del rey y en honor a la reina Hipólita.

Menalipa, sin noticias de Andrea, intentó acercársele. Pero nada más terminar la ceremonia, Hipólita desapareció. La joven quedó acongojada y preocupada; no reconocía a su hermana. Las dudas la asaltaban: ¿Podría hablar pronto con ella? ¿Habría podido hablar con Andrea? ¿Dónde estaba su fiel amiga? Con una mueca de resignación volvió a sentarse junto a Argan.

—Sonríe, mira cuantos galanes te miran con simpatía y mi buen amigo, el rey Cronos, joven y fuerte, no deja de observarte; suspira vientos por tu sonrisa. Eres sin duda la doncella más bella del lugar. No manches tu hermoso rostro con lágrimas —le dijo el rey, consciente de su pena.

Con la llegada de la noche, el palacio fue quedando vacío. La comitiva de Argan regresó a la acrópolis, acompañada por su guardia.

—Mi señor, nada sabemos de Andrea, estoy muy preocupada por ella —dijo Menalipa.

—No te preocupes, Treita me dijo que marchó con un apuesto joven por los campos, un tanto alegre; no me lo esperaba de ella —comentó Argan.

Menalipa no quedó satisfecha. No creía que su apreciada amiga, a la cual conocía bien, tuviera una conducta así y menos con un hombre, y rogó a los dioses que nada malo le hubiera ocurrido.

Los demás soberanos se alejaron cada uno a sus dominios con más alegría de la debida, pues realmente no habían solucionado ninguna de sus desavenencias con Autóctono. Pero en verdad fue un gran día para Gadeira, donde corrió la celia, el vino y la alegría, y aguamiel y risas para los más jóvenes; hubo sacrificio, juegos, baile y el pueblo anochece con una reina que aseguraba la descendencia en el trono, suerte que muchos de sus habitantes no esperaban gozar, debido al amor sin fruto que se profesaban Autóctono y el fallecido Llanós.

Hipólita pasaba cada segundo en vela, angustiada, sentada en la cama de la habitación nupcial, esperando a Autóctono. Pero este no apareció; permanecía en sus alojamientos, encerrado con Neson y tres de sus jóvenes consejeros.

—¿No quieres hacer mujer a esa salvaje? Tarde es —le preguntó Neson, mordiendo sus labios cariñosamente y ofreciéndole rico vino.

—¿Acaso quieres que me vaya, que os deje solos? —respondió Autóctono, posando las manos en los hombros de su general.

—No, sin duda aquí estarás mejor atendido. Pero no sé si te estarán esperando, debes engendrar un heredero y deshacerte de esa arpía.

—Hoy no es buen día para buscar descendencia, quizás mañana. Mis relaciones

de alcoba con una mujer nunca me han satisfecho, las odio. Mejor me quedo, será un final más apropiado para culminar este gran día —le aseguró, sonriendo y girándose hacia los jóvenes consejeros, que colmaban las copas de licores y se apresuraban en deshacerse de sus delicadas túnicas con la lujuria marcada en sus rostros.

En la entrada del bosque, en un pequeño claro junto al arroyo, Andrea luchaba por sobrevivir. Su cuerpo magullado y su alma herida buscaban calmar el dolor, la sangre empañaba su rostro. Humillada y golpeada por Neson, lloraba sin consuelo deseando morir. Apenas podía moverse, solo mirar al cielo y ver con agonía las estrellas que sobre ella brillaban. Entonces una sombra tapó su vista, una mujer de pelo rojizo y apenas visible por la oscuridad de la noche se agachó junto a ella; iba acompañada de un joven que marchó corriendo, sin querer saber nada de lo visto. Con un velo humedecido en el agua, le pasó la mano por la cara y limpió la sangre.

—Vamos, tranquila, soy Mariska, yo te cuidaré, ya verás como todo pasará... ¡Malditos sean! —exclamó, cargándola sobre sus hombros.

Aquella mujer cruzó el valle con denotado esfuerzo y, tras unas breves paradas para tomar resuello, llegó a Atlas con la luz del nuevo día; sin parar de darle ánimo, maldiciendo la vida.

Entraron por las pesquerías, a través de los descuidados portales de la muralla que, devorada en parte por el desgaste del tiempo, se adentraba altiva en el ancho mar, rodeando la playa y el puerto. Más allá, una gran puerta protegía las zonas bajas de la ciudad de las crecientes aguas, pues muchas casas de maderas nobles y adobe cocido poblaban densamente la zona. El puerto estaba lleno de embarcaciones ligeras, pesqueros y comerciantes llegados de las poblaciones de hombres sabios que cruzaban el Mar entre Tierras hasta Lybia. Siempre había gente en la zona, creándose un mercadillo que ocasionaba un gran bullicio tanto de día como de noche; todo se vendía y todo se compraba, incluso lo prohibido. En esta parte de Atlas, reino de Méstor y Treita, nadie veía ni sabía nada que no le produjera un inmediato beneficio, ni le importaba si el vecino iba o venía, si saltaba o se arrastraba.

La llegada de Mariska a aquel barrio de marineros desocupados, de ocio y mujeres de buena vida, como era costumbre, fue discreta; solo su buena amiga Pristia, posada en la puerta de su morada mientras esperaba ser complaciente, se fijó en ella.

—Mariska, qué tarde vienes... y acompañada. ¿Toda la noche trabajando? ¿Descansarás hoy? —le preguntó interesada.

—Hoy descansaré; llevo toda la noche de trajines y posturas y quiero dormir un poco.

—¿Y esa? —apuntó sin percatarse del rostro marcado de Andrea.

—Demasiado joven, no sabe beber...

—¡Ah! ¡Qué bien! Si no trabajas será un buen día para mí. ¡Hoy ganaré mucha argénteas! —bromeó, despidiéndose, conforme un rudo hombre se acercó a ella con una sonrisa y unas monedas en sus sucias manos.



## CAPÍTULO II · LAS PESADILLAS DEL REY ARGAN

Miles de guerreros ataviados con relucientes corazas, grandes escudos y largas lanzas arrasaban Atlas; asaltaban las murallas, ultrajando brutalmente a sus gentes y demoliéndolo todo. El fuego consumía cada casa entre los gritos de angustia de sus moradores, ahogados por el golpe del metal. La espesa sangre bañaba el suelo del panteón de Poseidón con una inmensa mancha roja que se esparcía hasta el templo de Clito, inundándolo todo. Argan corría desesperadamente en busca de su hijo, gritando, con la espada en la mano y una cabeza sujeta por el cabello en la otra. Una daga atravesaba su muslo prendida de un brazo que no paraba de hurgar en la herida. Y fijándose en la cabeza que portaba, la alzó viendo el rostro de su hijo Évenor en ella.

Los ojos de Argan se abrieron de pronto, aterrados. Su corazón estaba tan acelerado que apenas le permitía respirar y los escalofríos estremecían su cuerpo empapado en un gélido sudor. Aquella terrible pesadilla le había despertado. Mirando nervioso hacia todos lados, se incorporó apoyándose en la cabecera de madera, mientras trataba de tranquilizar su mente. Notó una fuerte punzada de dolor en la pierna que, a sacudidas, se extendió rápidamente por todo su cuerpo. La herida provocada por el uro estaba sangrando. Intentó caminar hasta el ventanal, desde donde se divisaba gran parte de Atlas. Sin poder dar más de dos pasos, su rodilla cedió y cayó perdiendo la conciencia.

En su mente enferma vio a Armonía, la enigmática dama del bosque, arrodillándose frente a él mientras le acariciaba piadosa su rostro. Podía notar el calor de sus manos, el perfume de su cuerpo, la nobleza de su corazón.

—Despierta, mi amor, ¡ya están en camino! —le advirtió, desvaneciéndose mientras estiraba sus brazos hacia él.

El rey volvió en sí asustado y, con gran esfuerzo, separó su cuerpo del suelo para tomar aire.

—¡A mí la guardia! —gritó con las fuerzas que le quedaban.

Dos lanceros entraron al instante. Mientras uno de ellos le atendía, el otro corrió para avisar al anciano Epolis. El cual acudió acompañado de varios prohombres de medicina. Tendido en la cama mientras limpiaban su herida, Argan le narró su terrible pesadilla y la advertencia de Armonía. El viejo sabio escuchaba con atención mientras sujetaba con firmeza la mano del soberano, calmando su exaltado ánimo. Poco después, el rey de reyes dormía agotado.

Epolis dejó a uno de los médicos velando su sueño y se dirigió a los aposentos privados de Menalipa, que se hallaba estudiando escritos a pesar de lo tarde que era. Él se encargaba de su educación con dedicación y esmero, se sentía atraído y sorprendido por la sabiduría y madurez de la joven. A menudo creía estar hablando con la dama del bosque; la que él, un sabio, consideró una maestra.

—Ven, mi sabia y dulce doncella —le dijo, observando su lectura—. Acompáñame, pues quiero mostrarte algo que ha de ser tuyo.

Menalipa se alzó de inmediato.

—¿De qué se trata, mi noble maestro? —preguntó sonriendo.

Epolis la llevó al templo de Clito y recorrió con ella los pasillos, hasta la estancia que Armonía había utilizado tantas veces, en vida, para cultivar su mente. Donde había dejado docenas de marcas escritas, en su mayor parte incomprensibles.

—Esta es tu sala de estudios. Lo fue de tu madre y ahora te pertenece.

La joven observó emocionada todas aquellas estanterías, repletas de pergaminos y tablillas, de conocimiento y sabiduría. Sonrió con nostalgia, recordando la mirada plácida de su amada madre e hizo un gesto de agradecimiento a Epolis, que la miraba con denotada satisfacción.

—¿Puedes entender los designios de nuestra amada Armonía para que podamos saber? Quizás entre sus escritos se halle sabiduría aún por conocer, que podríamos usar por el bien del rey y del pueblo —apuntó Epolis, invitándola a investigar los documentos.

Menalipa aceptó gustosa, observando algunos papiros.

—Lo haré, sabio maestro. Entiendo parte de lo escrito y es mi deseo averiguar más sobre mi madre. Es triste, pero realmente no sé quien fue. Yo era demasiado pequeña cuando llegamos hasta las murallas de Atlas y nunca me había preocupado saber, nunca pensé que nos dejaría. Pero ahora sí, ahora deseo conocer.

—Eres una gran persona, tu madre lo fue sin duda y estaría orgullosa de ti. Conoceremos y sabrás.

—Recuerdo con nostalgia las noches en que mis hermanas y yo nos sentábamos alrededor de la hoguera a departir con ella. Hablaba de muchos de los acontecimientos habidos en otras tierras, ignorados en este reino... ¡La echo tanto de menos!

Epolis le sonrió con un sentimiento de aprecio, bajó la cabeza y se retiró dejándola sola. La joven recorrió la sala, pasando la mano sobre una larga mesa. Finalmente se

sentó, mirando hacia la ventana que daba al ancho lago; pensando en su madre, en sus hermanas, en Hipólita. ¿Cuándo podría verla?

—Andrea, ¿qué habrá sido de ti, mi buena amiga? —susurró, mirando al infinito.

Habían pasado más de dos semanas y no tenía noticia alguna de ella; se sentía preocupada y culpable, pues empezó a pensar que algo malo le había ocurrido el día que fue a buscar a Hipólita. Nunca creyó que se hubiera marchado enamorada de un joven aventurero como insistían en hacerle creer.

—¡Es imposible! —exclamó en su soledad.

No muy lejos de allí, en el barrio cercano al puerto, Andrea abrió sus ojos de nuevo, soltando un angustioso quejido y sentándose sobre el camastro.

—¡Aahhhh! ¡No! ¡Piedad! —gritó, presa del pánico.

Mariska entró en la habitación y la abrazó.

—¡Ya está, ya está! No pasa nada —le susurró con voz amable y tierna, mirándole a la cara.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres?

—Tranquila, estás a salvo. Mi nombre es Mariska y esta es mi casa. Te recogí en el bosque aquella noche, ¿recuerdas?

Andrea se dio la vuelta confusa y asustada mientras recordaba los golpes de Neson, las vejaciones sufridas y sus desencajadas risas.

—Descansa, aquí nadie te encontrará —le dijo Mariska, tranquilizándola.

En el palacio, el sabio Epolis, preocupado por los sueños y las alarmantes visiones de Argan, rondaba el lecho del rey.

—Mi señor, deberíamos mandar exploradores tan lejos como puedan llegar —le aconsejó—. Desconfío de lo que el destino nos depara más allá de las montañas sagradas de Pyrene; no sabemos qué puede estar aconteciendo.

—Armonía, mi amor... —musitaba el rey en su delirio.

Entonces abrió sus ojos y, con fuerza, tomó del brazo a Epolis.

—Armad un grupo de mis mejores hombres y que partan con urgencia. Armonía me anuncia un desastre sin igual y esta vez no la voy a ignorar.

Soltándole, agachó la cabeza y dejó escapar una lágrima.

—Esa daga que portaba en su cinto... —continuó en voz baja—. Era la que hundi en la tumba de mi reina Pyrene. ¿Cómo pude estar tan ciego? Pyrene me envió amor, sabiduría y fuerza, y yo cerré los ojos.

Argan se dio la vuelta tras decir aquellas palabras, ocultando la amargura de su rostro, la pena de su corazón. Epolis puso la mano en su hombro.

—Así sea. Mañana mismo saldrá la expedición —le aseguró.

Después se alejó, dejando al rey en el lecho, a solas con su pena.

Al día siguiente partieron hacia el norte diez de sus más fieles guerreros, a los que dotó de lanzas, arcos y espadas, además de abundantes provisiones, oro y un

caballo para cada uno de ellos. Para sorpresa de todos, el príncipe Évenor decidió unirse a la expedición.

Momentos antes de partir, visitó a su padre para despedirse.

—No es tu deber marchar, sino cuidar de este viejo enfermo. ¡Eres el heredero! Además temo por tu vida —dijo Argan, abatido en su lecho.

—Mi vida es mía, padre, y es mi deseo recorrer mundo.

—Huir de esta tierra donde todo te recuerda a tu amada Hipólita, ¿verdad, hijo? —le preguntó amargamente.

—Ya no comparte los anocheceres conmigo, ni ha respondido a ninguna de mis muestras de amor —contestó, volviendo su rostro hacia el ventanal.

—Es reina y vive con Autóctono. Sin duda, no tiene sentido que te tortures pensando en ella, encerrado en tus aposentos. Marcha pues, hijo... Qué más quisiera yo que poder acompañarte, dejando atrás mi pena —añadió en voz baja, quedando traspuesto a causa del dolor de su cuerpo y corazón.

Évenor se giró hacia Menalipa que, sentada junto al rey, limpiándole el sudor y calmando sus fiebres, le miraba con tristeza.

—Menalipa, hermana mía, te dejo esta nota para que se la hagas llegar a Hipólita. En ella le hablo de mi amor y de mi pena, del desasosiego y la impotencia en la que vivo, que me hacen pensar a menudo en quitarme la vida. Espero que la noticia de mi partida le llegue, sabiendo que la guardaré por siempre en mi corazón.

La joven tomó entre sus manos la nota, grabada en un lomillo de cuero. Había pasado cerca de un año desde la muerte de Armonía y Évenor se había convertido en su amado hermano, al cuidarla como si se tratara de su propia hermana. Se alzó y le abrazó con cariño y despidió al príncipe entre lágrimas. Sin Andrea ni Évenor, se quedaba sola.

Méstor y Treita observaron con satisfacción la marcha del príncipe. Veían, con su salida de palacio, la oportunidad esperada de heredar la acrópolis. Treita se apresuró en hacer llegar las noticias al monarca de Gadeira.

—Bien cierto es, pues ya marcharon.

—La marcha de Évenor no me preocupa. Pero, ¿no sabes a qué es debido que Argan mande una expedición más allá de las montañas sagradas de Pyrene? —preguntó un interesado Autóctono.

—Me temo que no... Quizás busque oro o cura para su dolor, a saber.

—¡Neson!

—¿Sí, mi señor?

—Arma a diez de mis mejores guerreros. ¡Mejor de la guardia libia! Y que se unan a esa expedición. Quiero saber a dónde se dirigen... Protegerán la suerte del heredero, hasta el día de su regreso.

Satisfecha, Treita marchó a visitar a Hipólita. Había intentado saber qué decires contenía la nota que le había entregado Menalipa para ella. Pero nada entendía de

aquella escritura. La destruyó al fuego en una linterna de óleo que alumbraba la entrada de los aposentos de la joven reina. Luego, entró y conversó con ella, sin hablarle de mensaje alguno, mientras esta miraba por el ventanal, como ausente.

—El príncipe Évenor ha marchado al norte; una lástima. Ahora que se hizo con los favores de tu joven hermana, la abandona, como hizo contigo.

—¿Cómo está Menalipa? —preguntó Hipólita, sin alejar la mirada del estrecho ventanal.

—Sigue sin querer saber. Pero no te preocupes, está bien. Quizás tenga miedo de que el joven heredero piense en otras doncellas a las que conquistar, nada más. No debes sufrir. Te arrebató el amor con sus artes de mujer... ¡Tu propia hermana! Pero ahora tienes que sobreponerte y encauzar tu vida. Me apena tanto verte así —contestó Treita.

—Solo deseo dejar esta vida, que solo penas me da —murmuró la joven reina, de forma lastimosa.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Treita, con fuerza—. ¡Eres reina de Gadeira! ¡Actúa pues como tal!

Hipólita, sobresaltada, escuchó atenta aquellas palabras. Bajó la cabeza y se mantuvo largo rato meditando. Una gran luz se encendió en su mente.

—Sí, es hora de actuar —sentenció, y miró fijamente a Treita, que quedó asustada por el tono de sus palabras y el profundo brillo de sus ojos.

Días más tarde y bien entrada la noche, Argan despertaba de nuevo aterrado. Las pesadillas se cebaban en sus sueños, la herida volvía a supurar y el dolor se le hacía insoportable. Pero esta vez escuchó sus lamentos Menalipa que, sin poder conciliar el sueño, paseaba por palacio.

—Mis heridas sangran sin fin. La Parca cierta me acompaña, su agónico aliento me envuelve, y veo la acrópolis en llamas. No puedo cerrar los ojos sin ver la muerte acechando a mi pueblo... y Armonía, tu madre, mi amor, está ahí —le comentó el rey entre delirios.

La joven fue a buscar ayuda y mandó llamar a Epolis, por lo que el rey pronto fue atendido. Cuando el ánimo del rey se había sosegado, sus ojos se posaron en ella.

—Mi querida Menalipa, ¿encontraste algo sobre tu querida madre que me oriente en mi delirio? —le preguntó Argan.

—No, mi amado padre —respondió Menalipa, sorprendida. Y miró al anciano sabio, que se encogió de hombros.

Al salir del aposento, Epolis la acompañó. Anduvieron un tiempo juntos, en silencio.

—No podía comentarte nada de las visiones del rey, pues temía exponerte a un peligro desconocido —le habló Epolis, finalmente—. No quería que se sospechara de tu apasionada lectura, pues apenas nadie sabe de escrituras y tu búsqueda sería vista con demasiada perspicacia... No quisiera que pudiera desaparecer el legado de Armonía o que te ocurriera pena alguna que lamentar.

—Me hubiera sentido más apreciada si me hubieras confesado que no buscaba curas, ni artes, sino las incógnitas de un sueño que mi madre nunca reveló en vida. Mas no debes sufrir por mí, pues madre confió en tu noble persona y yo así he de hacerlo también —contestó Menalipa.

—Nuestro rey y el príncipe tienen muchos enemigos. Todos ambicionan su poder y riquezas..., su trono. Las heridas de la derrota de Ática no cicatrizan y hace tiempo que la corrupción y la desidia entraron en palacio. Autóctono y Llanós perdieron el dominio de sí mismos a causa de la ambición, confabularon contra otros reyes a los que privaron de voz y razón y la locura continúa. No podemos confiarnos, pues entre los pasillos se escucha por unos quilates de oro.

—Mi amada madre me dijo que el hombre es bueno por naturaleza, pero vulnerable a la codicia. Es fácil pervertir a quien no encuentra honor en su corazón. ¿Podemos confiar en alguien?

—No, bueno, sí... Azaes y Cronos mantienen sobria y clara la mente, pues su amistad y lealtad han honrado a Argan toda la vida.

Menalipa sonrió pensando en Cronos.

—Si hay algo que encontrar, no dude que lo hallaré —dijo.

Menalipa, dulce, noble y sencilla como siempre, besó la frente de Epolis y se dirigió hacia el templo de Clito para estudiar los signos y escritos que su madre había dejado plasmados en aquella estancia, con la esperanza de que algún día alguien les diera vida. Dio sentido a muchas de las tablillas y se emocionó mucho cuando halló una suave tela adornada con tres jóvenes doncellas, tanto más cuando vio que una se hallaba coronada. Sin duda era su hermana Hipólita.

—¿Madre, cómo sabías que Hipólita acabaría siendo reina? ¿Cómo es posible? ¿Cuánto más sabías? —preguntó al aire.

Alzada su curiosidad, siguió toda la noche en la estancia que todavía olía a los perfumes de espliego que Armonía preparaba y recordó algunas de las palabras que esta le dijera en vida, en su cabaña, cuando salvó la vida del príncipe: “Mi querida Menalipa, nada es lo que parece a simple vista. Antes de actuar, siempre debes buscar qué verdad esconde cada hecho o persona. Solo así acertarás”.

Epolis, desconfiado como nunca, mandó a dos guardias de su confianza tras Menalipa, para velar por ella. Temía por su vida, y más desde la desaparición de su inseparable amiga, a la que no lograban localizar por ningún lado. Los rumores que le habían llegado de la suerte de Andrea desde el palacio de Gadeira, a través de las sacerdotisas de Treita, eran tan alarmantes que prefirió ocultárselos a Menalipa para evitar su sufrimiento. Con Argan delirando en su lecho y el príncipe ausente del reino, se palpaba en el aire la mortal traición.

Pero alguien entró en la sala antes de que llegara la guardia, alertando a Menalipa, que, viendo acercarse entre las sombras a un guerrero, temió por su vida.

—¿Quién anda ahí?

Su temor se fue tan rápido como se iluminó su rostro y apareció entre sus mejillas

una amplia sonrisa.

—Soy yo, Cronos. Aquí estoy, pues preso mi corazón de tu nobleza y belleza he atravesado la tierra de Atlanta desde Terya para estrecharte de nuevo en mis brazos.

Lejos de allí, atravesando las callejuelas del puerto, Mariska se dirigía a su hogar entre guiños y palabras de lujuria, dichas por marineros y otros hombres de buen gusto. En aquel barrio alegre, donde pescadores y comerciantes buscaban desahogo a sus duras vidas, algo de buen vino y el calor de una mujer, no le faltaba trabajo. Sobre todo cuando la zona era visitada por los guerreros del rey, que a veces pasaban meses en tierras lejanas sin saber de su hogar, ni de mujer alguna. Allí la esperaba, en el lecho, un hombre enamorado que la agasajaba y la visitaba con frecuencia.

—¡Por Poseidón, mi bella Mariska! ¡Cada día estás más hermosas! —exclamó Sarko.

—Una vez me comentaste que eras buen amigo de la ahijada de nuestro rey... ¿Es cierto? —le preguntó ella.

—Sí, por ella sigo entre los vivos. ¡Me salvó de un oso! ¡Por Menalipa daría mi vida! ¡Y por ti! —le aseguró, acariciándole el mentón.

—Entonces cubre tu cuerpo y acompáñame, quiero presentarte a una persona que tiene miedo y una historia que contar. Te necesita.

Sarko la siguió hasta una habitación contigua, donde se hallaba Andrea y, sorprendido, se sentó junto a ella para escuchar su trágico relato.

Esa misma noche, Andrea volvía a palacio custodiada por Sarko y la guardia del rey, quedando bajo el cuidado de Menalipa.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, mi querida amiga. Te doy mi palabra que un día los responsables serán castigados.

—La medalla está a salvo. Oculta en mi regazo, pasó desapercibida para quien solo buscaba mi dolor. Me encargaré de que llegue a su destino —contestó Andrea mirándola con ternura.

—¡No, es muy peligroso!

—Tranquila, mi querida Menalipa. ¿Qué más puede pasarme que ya no pueda soportar?



## CAPÍTULO 12 · LA VENGANZA DE HIPÓLITA

En el palacio de Autóctono, encerrada en su habitación y cubierta con una suave túnica, una apenada Hipólita se acicalaba los cabellos. Miró hacia el ventanal y se acercó, observando la resplandeciente luna que se alzaba en lo alto, brillando en el ancho mar que bañaba las costas de Gadeira. Subió y se sentó al borde de la cornisa de mármol blanco con el cuerpo hacia el exterior, apenas sujeta por sus manos. Mirando a la nada, inclinó su cuerpo hacia delante cruzando los pies y bajó los párpados mientras una lágrima se desprendía al aire cayendo en el vacío. Su larga melena negra era mecida con fuerza por el viento. Levantó su rostro y soltó una mano quedando apenas sujeta, notando la fuerza del aire en su cara y respirando con fuerza.

El ruido del portalón de palacio llamó su atención. Cuando abrió los ojos de nuevo, vio con interés cómo Neson abandonaba la acrópolis en un carro de guerra tirado por dos hermosos caballos, con diez de sus hombres como guardia. Salía de cacería nocturna, en busca de hombres salvajes que vejar y vender, no volvería hasta bien entrada la noche.

Hipólita se alzó, quedando en pie sobre la cornisa; observando cómo el general libio desaparecía alejándose en la oscuridad. Una idea fija la guiaba, era el momento. Decidida, salió de sus aposentos recorriendo los pasillos con urgencia y se dirigió a la estancia del rey Autóctono. Sorprendiendo a una relajada guardia, abrió las puertas de golpe y entró en la habitación. Un intenso olor a incienso, sudor y almizcle le hizo posar su mano en la nariz y girar la cabeza por un momento. Después fijó la vista en el lecho y allí vio a su esposo, tendido en el lecho con una copa de vino en la mano, atónito ante ella. A su vera, tres jóvenes sacerdotes, los consejeros de confianza, besaban y acariciaban su cuerpo desnudo sin pudor alguno ante la presencia de la reina.

—¿Piensas dotar a tu reino de un heredero antes de que muera de pena o acaso vuestra escasa hombría os lo impide? —preguntó Hipólita, altiva, acercándose provocativa—. ¡No eres hombre para luchar ni para amar!

Sin más, salió de la habitación dando un fuerte portazo y se dirigió a sus aposentos. Autóctono, violentado, miró a su guardia, que abrió la puerta y le observaba sin saber qué decir. Frunció el ceño y cerró los ojos con una expresión de rabia, alzando la cabeza, y lanzó la copa estrellándola contra la pared. Empujó a sus amantes quitándoselos de encima, se alzó saltando del lecho y siguió el camino de Hipólita, sin cubrirse y sin sentir pudor ante sus hombres; notablemente enfadado.

En sus aposentos la encontró, en el lecho tumbada, esperándole con una fina sábana de lino blanco cubriendo su cuerpo desnudo.

El rey cerró la puerta, se le acercó, arrancó la tela que la cubría de un tirón y se tumbó sobre ella sin reparar en su belleza ni en el delicado perfume que la envolvía. Sobraban las palabras, nada tenían que decirse. Serios, ambos unieron sus desnudos cuerpos y apretaron los dientes, sin abrazarse, mirándose de frente. Mientras rozaba, lascivo, aquellos hermosos pechos, Autóctono asió la cabeza de Hipólita y tiró fuertemente de su cabello hacia atrás a la vez que mordía sus carnosos labios y elegante cuello. Cegado en su calor, no se percató del leve movimiento de la mano de la joven reina; que buscaba, con precaución, bajo la almohada, una afilada daga que antes guardó y, alzándola al aire, la introdujo con fuerza entre las costillas del rey.

Un grito sordo salió de la boca de Autóctono. Los ojos parecían salirse de su cuencas. Con un agónico esfuerzo y viéndose malherido, hizo presa en la garganta de su joven esposa, apretando, intentando darle muerte, estrangularla. Hipólita giró su muñeca con fuerza y, con ella, la daga que ahondó más en la herida destrozándole el pulmón, alcanzando el corazón. Las fuerzas abandonaron a Autóctono, mientras observaba el rostro serio de aquella a la que había hecho reina, a la que había hecho huérfana; sobre la cual caía de su boca, entre burbujas, un espeso y fino hilaracho de sangre. La vida le abandonaba en su propio lecho nupcial. Notaba, sin poder hacer nada, cómo las fuerzas le dejaban hasta dejarse caer sobre ella, exhalando su último aliento.

Hipólita apartó de su cara el rostro perdido de la muerte y permaneció inmóvil. Por primera vez en mucho tiempo se sintió bien, en paz, mientras notaba la sangre caliente bañando su cuerpo. Tras un largo tiempo de silencio, pareció despertar y con los pies empujó el cuerpo sin vida de Autóctono fuera del lecho. Se levantó y observó el cadáver durante un momento, pensativa. Salió de su estancia y entró en el cuarto de baño, lavando su cuerpo de la espesa sangría que lo cubría, lentamente y con suavidad, permaneciendo sentada en un gran cuenco de barro con agua tibia hasta bien entrada la noche. Regresó a la habitación cuando la luna caía, cambió las manchadas sábanas por otras limpias, se tumbó de nuevo y cerró los ojos esperando la luz del nuevo día.

Unos golpes en la puerta despertaron su inquietud. Neson acababa de regresar.

—Mi señor, ¿estás ahí?

Hipólita se mantuvo en silencio y miró hacia el cuerpo muerto de Autóctono, que yacía en el suelo, desnudo y con la daga todavía ahondada en sus costillas.

—Estoy de vuelta, traigo buenos sementales... Me sorprendió no hallaros en el lecho, los sagaces consejeros aseguraron que dormías al calor de la reina.

La joven se alzó indecisa, sacó la hoja del pecho del cadáver y se acercó hacia la entrada. Neson insistió golpeando de nuevo la madera de la puerta y posando su mano en la manilla.

—¿Mi señor?

El general libio bajó la manilla. Entonces, la puerta se entreabrió un poco asomando el rostro de Hipólita, con cara extrañada y somnolienta, restregándose los ojos con el puño y dando un pequeño bostezo.

—¿Qué quieres tan temprano? —le preguntó—. El sol no ha salido todavía y el rey descansa profundamente, agotado. La noche fue larga... ¿Acaso no puedes esperar en tu empeño a que se alce el nuevo día?

Neson la miró fijamente y sonrió con una mueca de desprecio, observando por la abertura su cuerpo desnudo.

—Ya veo. Por fin te hizo mujer.

Neson dio media vuelta e Hipólita suspiró profundamente, bajó la cabeza y comenzó a cerrar la puerta empujándola suavemente. La mano de Neson se lo impidió, deteniendo la puerta con la palma abierta. El rostro de la joven se alteró y creyéndose descubierta, alzó la daga y esperó. Pero el general no entró; tan solo se mantuvo allí quieto.

—Dile, cuando despierte, que al mediodía le aguardan sus generales —apuntilló Neson—. Estaremos los cuatro esperando con impaciencia sus nuevas.

Cuando Hipólita escuchó alejarse los pasos del general, cerró los ojos y apoyó el cuerpo contra la puerta, soltó la daga de su mano y un sollozo seguido de una sonrisa descompuesta. Anduvo hasta su lecho y se tumbó girando la vista sobre el rey muerto.

—Mañana te esperan tus generales, al mediodía. ¡Te esperan con impaciencia!

Al mediodía siguiente, convocados por orden real, los cuatro generales que comandaban el ejército del rey Autóctono: Gadir, Tarss, Mimi y Neson, y los tres fieles consejeros esperaban sentados en la sala de armas, alrededor de una gran mesa redonda. Gadir era un hombre joven y atractivo, fuerte y noble, sabía vestir con elegancia el uniforme marcial, su pelo corto y la rasa barba que le cubría el mentón le daban un porte superior que le hacía destacar. Tarss y Mimi eran hermanos, primos lejanos del fallecido rey Llanós, ambos de largas melenas, barbas rizadas y pobladas cejas, poderosos guerreros que bajo sus corazas de resplandeciente bronce parecían dioses.

Ante su sorpresa, fue Hipólita quien apareció, no el rey. Altiva con su corona reluciente, vestida de guerrera, con peto y malla, armada con una espada y un puñal

en su cinto. La reina entró en la sala sin titubear y, acercándose hasta la mesa, dejó sobre esta un canasto de mimbre. Después pasó por detrás de cada uno de los hombres, ignorando a Neson y dejando junto a la mano derecha de cada uno de los tres generales un voluminoso pañuelo de seda, atado en sus extremos con una fina trenza de oricalco.

Los hombres miraron el pañuelo y pusieron su vista sobre Hipólita, quien alzó una ceja invitándoles a descubrir el secreto. Sin mediar palabra, cada uno de ellos tomó su presente y, con cuidado, tiraron de la trencilla.

—¡Oro y grano! —exclamaron sorprendidos.

Dentro de cada pañuelo se hallaba una gran cantidad de ese preciado metal y un puñado de trigo.

—¿A qué se debe tan espléndida recompensa, mi reina? —preguntó Mimi, con un aire más distendido y una suave sonrisa.

—Quiero que las cosas cambien y para ello necesito de vuestro cariño. Como bien sabéis, soy reina de Gadeira, pero estoy muy sola.

Los jóvenes consejeros, sacerdotes amantes del rey, sonrieron de forma pícaro y burlona. Los generales, entre ellos Neson, miraban serios a Hipólita; ignorando las burdas impertinencias de los sacerdotes hacia su reina. Sin embargo, Gadir, el más joven y también el más respetado de entre ellos por su destreza y valor y por pertenecer su estirpe al linaje de Pyrene y del sabio Epolis, silenció las chanzas de forma tajante.

—¡Silencio! ¡Estamos ante nuestra reina! —ordenó.

Tales palabras alzaron la vista de Hipólita sobre Gadir y miró, tan sorprendida como halagada, al joven general mientras los consejeros susurraban palabras de lujuria, notablemente excitados.

La joven reina le sonrió de forma espontánea y, seria, puso su vista en los que pensó iban a ser sus comandantes.

—Cubriré de grano y oro, de honor y gloria, a mis hombres; y ellos me darán la fuerza para hacer de Gadeira un reino sin igual, donde la palabra sea ley y el honor sea palabra. Quiero un reino que nadie ose mancillar y del cual tan solo con oír su nombre se produzca el debido respeto —aseguró con voz firme, tras mirarlos a los ojos, uno a uno.

Mientras hablaba, se acercaba a un escéptico Neson, el único de los generales al que no había dejado en prenda pañuelo alguno.

—¿Yo no tengo recompensa? ¿Dónde está mi señor, el rey Autóctono? ¿Qué piensa él de todo esto?

—Tú eres especial —apuntó Hipólita, posando la mano sobre su hombro y, situada tras él, acercó los labios a su oído.

—¿Especial? —preguntó Neson.

—Eres el más fiel de los hombres de mi amado rey, incluso en su lecho —le susurró ella y, sin más, rápidamente, sacó su espada del cinto y atravesó el cuerpo del general de un solo golpe que abrió su pecho y le partió el corazón.

—Hu... —murmuró Nesón, cerrando los ojos con un gemido.

—¡Y por ello debes morir! —exclamó Hipólita mientras extraía la espada, bañada en sangre, de aquel cuerpo sin vida.

Tarss y Mimi, sobresaltados, se alzaron de sus asientos. Gadir siguió sentado y, colocando la mano en su barbilla, la miró extasiado.

—¡Sentaos! —gritó Hipólita.

Blandiendo su espada, la joven reina se dirigió a su asiento, tomó la cesta que había depositado, metió su mano dentro y alzó la cabeza del rey Autóctono, y la tiró sobre la mesa. Acto seguido, se sentó con calma esperando la reacción de aquellos hombres.

—¡Matadla, matadla! —chillaron los jóvenes sacerdotes aterrados entre agudos gritos de angustia.

Para desconsuelo de los amantes del rey muerto, Tarss y Mimi miraron a Gadir rascándose la garganta, estirando de su barba. El joven general les hizo un gesto para que permanecieran en sus asientos; y se sentaron de nuevo para observar fijamente a Hipólita.

—Ese libio no era en verdad nuestro rey, solo un usurpador del reino de Gadeira —comentó Tarss, acariciando el oro entre sus dedos.

—Un rey corrupto y desmedido que quiso hacerse de gloria y oro aprovechándose de los sentimientos del rey Llanós —apuntó Mimi.

—¿Qué nos propone nuestra reina? —preguntó Gadir.

Hipólita le miró satisfecha y un tanto fascinada ante la postura del general que, a pesar de su magnicidio, seguía tratándola como reina. Aquellas palabras consolaron su corazón, calmando el ánimo.

—Bien sabéis lo que tenéis que hacer, quién es necesario y quién no en la nueva Gadeira. Después partid a vuestros aposentos y reflexionad en todo aquello que preciséis para hacer, del nuestro, el más poderoso de los ejércitos y el más noble de los pueblos —dijo sin apartar sus hermosos ojos de los tres generales, ahondando en ellos y dejándose querer.

Limpio la sangre de su espada con la gruesa tela que había envuelto la cabeza de Autóctono y la envainó sin dejar de mirarlos. Hipólita se alzó sin oír una palabra más, ni por parte de los sorprendidos generales, ni de los aterrizados consejeros y, haciendo un alto, al salir de la sala, se volvió.

—Espero a mis generales en mis aposentos para comer y debatir. Sois bienvenidos y espero ansiosa vuestras propuestas —dijo con voz firme.

La reina salió altiva de la sala, estirando su cuerpo, ajustándose su peto. La puerta se cerró tras sus pasos, observada por la guardia, por los tres generales y unos horrorizados consejeros. Su temor de ser apresada y ajusticiada en cualquier momento desaparecía. Había ganado una importante batalla. Todo resultaba más fácil de lo esperado una vez muerto el rey y su leal comandante libio. Gadir, ese joven general, había llamado su atención; la había ayudado de verdad, pues nada le

hubiera impedido lanzar a su guardia y acabar con ella cuando vio la cabeza rodar por la mesa.

—Sembrando maldad, Autóctono no pudo recoger quien apoyara su causa en vida —pensó—. Así pues, mucho menos muerto. Hoy solo le lloran aquellos que vivían de su lujuria y ahora temen por sus vidas... Saben que morirán sin su veneno.

Conforme se alejaba por el pasillo, Hipólita comenzó a oír los gritos desesperados de muerte de los tres jóvenes sacerdotes y, satisfecha, dejó escapar un leve suspiro de sus labios.

## CAPÍTULO 13 · LAS MONTAÑAS SAGRADAS DE PYRENE

Las montañas sagradas de Pyrene se alzaban imponentes, acariciando el cielo con sus picos nevados. Eran la frontera natural entre Atlanta y los territorios del norte, hogar de la vieja Europa. Pronto fueron alcanzadas por el príncipe Évenor y sus hombres. Se dirigieron a los pasos de Oriente, de pendientes más suaves y desde los cuales se observaba, a lo lejos, el inmenso azul del Mar entre Tierras.

—La noche cae... ¡Acamparemos aquí! —exclamó Évenor.

Pararon su marcha en un pequeño resguardo de dura roca, rodeado de pinos y arbustos, cerca de la senda que iniciaba la bajada hacia las tierras norteñas. Los hombres descabalaron, descansaron sus cuerpos y acomodaron a los animales. Apenas habían encendido la hoguera que les daría calor en la noche, cuando el trotar de unos caballos les puso en alerta.

—¿Quién anda ahí? —gritó uno de los centinelas, alzando una tea al aire.

Avanzando desde la oscuridad de la senda, una voz se acercó.

—Atlantes somos, de Gadeira. Mi nombre es Therebio y nos envía el rey Autóctono, preocupado por la seguridad del príncipe y de nuestro reino.

Évenor observó al guerrero. Se trataba de un hombre alto y moreno, de pelo corto, rizado, de anchos brazos: un capitán de la guardia libia, por lo cual seguro que se trataba de un hombre de la confianza de Autóctono.

—No necesitamos de vuestra compañía —le espetó—. Regresad a Gadeira. ¡Quizás tu señor os necesite para acabar con alguna dama indefensa!

El capitán libio no le hizo caso; tan solo mostró una mirada indiferente, descabalaron y comenzaron a montarse su propio campamento ante el asombro de Évenor, algo que le enfureció.

—¿Acaso no has oído mis palabras? —preguntó acercándose hasta él, armando su brazo con la espada.

—Nos quedaremos aquí y, quieras o no, seremos tu sombra. Ese es el deseo de nuestro rey y no sois nadie para impedirlo —le contestó, dando un paso al frente y apostando con fuerza el regatón de su lanza en el suelo, con la punta amenazante rasgando el viento.

Los hombres de Évenor se aproximaron, desvainando las armas, y los del libio Therebio se situaron en formación junto a su capitán. Un tenso silencio permitía oír el crepitar de la leña en la hoguera. El príncipe avanzó un pie, levantó el brazo y giró su muñeca con la espada firme en la mano, posicionando el cuerpo para la batalla.

Therebio sonrió y, situándose en posición de defensa, con un pie atrás y su lanza falcada hacia delante, sacó con la mano izquierda una daga de su cinto.

—¡Traemos buena caza, atlantes, y nos preguntábamos si podríamos usar el calor de vuestra hoguera para asarla! —se escuchó con fuerza en la oscuridad del camino, una voz que rompía la tensión.

Évenor y Therebio giraron sus rostros sorprendidos. Por la senda apareció el rey Cronos tirando de las riendas de un caballo, con una docena de sus leales lanceros.

—Ve que estáis probando la valía de vuestros hombres. Mas os recuerdo que el enemigo está por ver. ¿Podéis ayudarnos con esta cierva? La caza es abundante en la zona.

Therebio guardó su daga y se alejó dando la espalda a Évenor, sin decir una palabra. El príncipe miró a Cronos, que se acercaba con gesto comprensivo.

—Creo que no es momento de batallar, mi señor —le comentó—. Y como he considerado que la empresa es en realidad más importante de lo que pudiera parecer...

—¿También tú temes por mi vida? —interrumpió Évenor.

—He decidido acompañaros. Es necesario comprobar si realmente el invasor ha sido expulsado y, bueno, nunca se sabe de las intenciones de Autóctono —aseguró el joven rey, acercándose hasta el príncipe y ofreciéndole la mano.

Ajenos a lo acontecido en Gadeira, marcharon durante semanas, cruzando inmensos valles y territorios para ellos desconocidos. Les acompañaban dos exploradores que ya habían recorrido aquellas tierras antaño, más allá de las montañas sagradas de Pyrene: Lieban, veterano de la guardia de Terya, de pelo corto y marcadas cicatrices, había llegado hasta las tierras atenienses durante las guerras de Ática; y Thesitas, hombre ya mayor, delgado y de desgarrado aspecto, de barba canosa y rala melena, que había alcanzado incluso las lejanas tierras entre ríos del Creciente Fértil.

Finalmente, encontraron el rastro dejado por los invasores en lo que parecía su repliegue a Oriente. Un camino lento, salpicado de sangre y destrucción, pues fueron varias las aldeas de hombres salvajes que encontraron asaltadas. Tras varios días de marcha llegaron a un pequeño poblado, junto al río Sava, al que llamaban Gomalova y que todavía lanzaba al cielo el humo negro de su tragedia.

—¡Atended a los heridos! —exclamó Évenor mientras observaba que los hombres y las mujeres jóvenes de la aldea habían desaparecido, otros yacían muertos, violentamente desmembrados, esparcidos sus restos entre la ruina.

De la maleza comenzaron a salir los que habían sabido ocultarse, acompañados por algunas niñas y ancianos sin fuerza, que les miraban con temor.

—¡No tenéis nada que temer! ¡Somos amigos! —gritó Cronos.

Una anciana de grandes orejas, con la cara pálida y vestida de grueso lino, le tomó por el brazo, observando las monturas.

—¡Favor! ¡Traernos de vuelta a nuestros hijos! ¡Pues sois poderosos como los demonios, ya que también domináis las bestias! —le rogó alzando su vista

Cronos se giró hacia Évenor y después fijó la mirada en la anciana.

—¡Han sido capturados para servir como esclavos! Tengo por cierto que no volverán si no hacéis nada por ellos —le insistió ella.

—Mujer, iremos tras sus huellas. Pero antes descansaremos de nuestro camino y atenderemos a vuestros heridos. ¿Quiénes han sido? —preguntó Cronos mientras Évenor observaba con detalle el campamento herido y sus gentes derrotadas.

—¡Las tribus salvajes de Oriente! Con sus bestias cabalgan sembrando muerte. Se los llevan a Ilión, las tierras de Troya. ¡Allí les venderán como si preciadas reses fueran!

La anciana quedó en silencio, observando a los guerreros altivos, con la pena reflejada en sus ojos; y, ante el silencio, bajó la vista y quedó sentada en el suelo, mirando hacia los lados.

—Nada nos queda. ¿Qué hemos de hacer? ¡Pobres de nosotros! —sollozó.

—Marcharemos en un par de días, no podemos perder la pista. Mas no os dejaremos en desamparo. Algunos de nuestros hombres se quedarán para cuidar de vuestra razón y gente, noble anciana —le aseguró Évenor.

—No avanzarán muy rápido con tantos presos —apuntó Cronos.

—¡No son más que hombres salvajes! ¡Continuemos! —exclamó Therebio.

—¡Son seres humanos! Hombres y mujeres que necesitan ayuda, y si tú eres mi sombra, deberás marchar tras mis pasos... cuando los dé —replicó Évenor.

Estuvieron cuatro días en Gomalova, atendiendo las heridas de sus moradores y trabajando con brío en la reconstrucción de las cabañas. Cuando marcharon, algunos de los soldados atlantes quedaron allí, sembrando y arando la tierra, vigilando el horizonte y dando esperanza y sabiduría a aquellos que se desvivían por aprender y los trataban, en agradecimiento, como a dioses.

Évenor emprendió de nuevo el camino, decidido a conocer mundo y saber de esos guerreros que saqueaban sin piedad. En dirección a Ilión, pues la anciana les había dado un destino cierto. Durante dos días sortearon caminos y bosques, y cruzaron los pasos que les dirigían a las llanuras de Oriente.

Al llegar una nueva noche, fueron atraídos por la lejana luz de una hoguera. Acercándose con gran sigilo, descubrieron un campamento muy particular.

—¡Son ellos, les alcanzamos! —exclamó Évenor.

—Mirad... Allí están, sometidas en aquellos vallados, las gentes de Artos, de Gomalova y de otras tantas aldeas saqueadas por esos inmisericordes... ¡A saber! —aseguró Cronos.

Ocultos tras unos arbustos, Évenor, Cronos y Therebio estudiaron la situación. La oscuridad impedía que les descubrieran, pero también saber la justa fuerza del enemigo.

—Es arriesgado asaltarles sin saber lo que podemos hallar —expuso Évenor.

—Sí, aunque tenemos por aliada la noche y contamos con la sorpresa del ataque —expresó Cronos.

—No... Es mejor dejar pasar la noche. La sorpresa siempre será nuestra, no nos esperan. Pero no veo más vigías que los que cuidan de los presos, así que los demás deben estar ocultos. Mal nos iría si nos descubren, podríamos ser víctimas de nuestra propia ofensiva. Descansemos, podemos atacar en la mañana —propuso Therebio con voz experta, pues era veterano en guerras y batallas desde Lybia a Ática.

—Tienes razón, no nos precipitemos. Esperemos la luz del día para saber con quienes nos enfrentamos. Esa desdichada gente ha de ser liberada y sus raptos, muertos —asintió Cronos.

—Así sea. Nuestro largo peregrinar ha tenido sentido —aseguró Évenor.

En el crepúsculo de la mañana, Évenor, Cronos y Therebio desplegaron en silencio a sus hombres, concentrando a los lanceros ocultos entre el matorral cercano a los cautivos. La luz del nuevo día delató las fuerzas del enemigo.

—No son muchos, algunos más que nuestros hombres. No serán un serio adversario si son sorprendidos —dijo Évenor.

—Con esas vestimentas, adornadas con cabelleras humanas, parecen más hombres salvajes que personas civilizadas diestras en armas —apuntó Cronos.

—Sí, sin duda son salvajes, pero también buenos guerreros... Bien lo han demostrado en nuestra tierra —señaló Therebio.

El trotar de varios caballos llamó su atención. Al campamento llegaron ocho guerreros más, jinetes expertos, con largas melenas y estrechos bigotes, ojos rasgados y cintas coloridas. Uno de ellos portaba en el brazo un águila real de esbelta figura, mientras que el otro se alzaba con otra hermosa rapaz, oscura y de brazos manchados de blanco; majestuosas aves que, con el pico abierto, jadeaban su calor y emitían agudos silbidos.

—¿Cambia esto la situación? —preguntó Cronos.

—No mucho, esperemos a que se reúnan —aseguró Évenor.

—Cuando llegue el momento, debemos actuar rápido —apuntó Therebio.

Los recién llegados pasearon por el encierro de los prisioneros, observando desde sus monturas, señalando con los dedos y riendo sus propias burlas. Mientras, los atlantes organizaron su ofensiva.

—Dividiremos sus fuerzas tal y como hemos acordado. Atraeré su atención hacia mí mientras los lanceros liberan a los prisioneros y les proporcionan armas. Animados ante nuestra llegada, serán una buena baza para acabar con esos salvajes. Tú, Therebio, encárgate de esos jinetes —ordenó Évenor en voz baja, un tanto inquieto.

—Sé lo que tengo que hacer. El plan es tan simple como efectivo. Funcionará —apuntó Therebio, apretando el cedro de su lanza entre las manos.

Cronos y cuatro de sus lanceros más diestros comenzaron su aproximación a los hombres destacados del campamento, vigías distraídos ante la llegada de los jinetes. Therebio, con sus guerreros, acompañó a Évenor hasta un pequeño valle que abría la entrada de aquel campamento de esclavos. Situados, veían como los vigías caían sin emitir ruido alguno, bajo el metal de los hombres de Cronos.

Un niño de unos cinco años y una niña de apenas ocho años, que soportaban los crueles golpes de los guerreros de Oriente, fueron deliberadamente soltados y comenzaron a correr, llorando por el valle, en dirección a Évenor. Los jinetes, sin percatarse de que estaban siendo observados, rieron desde sus caballos. Nadie trató de detener a aquel niño y aquella niña que corrían buscando desesperadamente a sus familias robadas, su infancia perdida, huyendo de los golpes y las burlas.

—Esperemos a que esos críos lleguen hasta nuestra posición para iniciar el ataque, de lo contrario podrían morir en la batalla —susurró Évenor.

Therebio asintió, impaciente por dar vida mortal a su lanza.

—Los hombres están preparados —apuntó.

Puñal en alto, desde una de las atalayas usadas por un vigía degollado, los lanceros de Cronos daban la señal convenida. Los pequeños estaban cerca. Sin saberlo, corrían hacia su salvación bajo la espada de Évenor. Pero entonces, los hombres que parecían haber ignorado su escapada, dieron un paso al frente y permanecieron en silencio observando correr a la niña de largos cabellos negros y mofletes rosados envuelta en una tela roja, y al jovencito moreno que corría semidesnudo limpiando su sucio rostro de lágrimas. Los jinetes que portaban las águilas avanzaron posando los ojos en aquellos “gazapos” que huían, y sonrieron con malicia.

Évenor permanecía expectante. No sabía qué iba a pasar, pero se temía lo peor. Alzando los brazos, los jinetes lanzaron al aire las portentosas rapaces, que se elevaron hasta perderse en las alturas del cielo azul, para luego iniciar un rápido picado sobre los indefensos críos, que corrían y corrían, que caían una y otra vez, atropellándose con sus propios piecitos.

Apenas a diez pies de Évenor, la niña le vio y sonrió, abriendo incrédula sus enormes ojos al reconocer los ropajes, parecidos a los de su añorado padre, muerto en Artos.

—¡Papá! ¡Papá! —gritó estirando los brazos hacia el príncipe.

Su llamada fue silenciada por la brutal llegada del águila de brazos manchados que, con su tamaño y la fuerza de su picado, tumbó hacia delante a la pequeña clavándole una de sus afiladas garras en la espalda y la otra en la cabeza. Aplastó la cara de la

niña contra el suelo, apretando sus garras a la vez que alzaba las encrestadas plumas y graznaba al aire con las alas extendidas. Se llevaba, con cada segundo que pasaba, un pedazo de la vida de la pequeña que, balbuceando, miraba a Évenor con sus grandes ojos castaños y la esperanza de la inocencia. Sobresaltado y angustiado ante tal cacería, el príncipe salió de su escondite, chillando y corriendo hacia el águila, que clavó su mirada en él y se alzó al aire soltando a la pequeña. Entonces, lanzó con fuerza su espada sobre la otra rapaz, evitando por tan solo unos instantes que hiciera presa sobre el jovencito. El cual, saltando en brazos del príncipe, vio como la afilada hoja pasaba a unos dedos de su rostro para atravesar en pleno vuelo a la muerte alada que se cernía sobre su espalda.

Ante la aparición del príncipe y tres de sus guerreros, que corrieron a socorrer la agonía de la niña, los jinetes comenzaron a trotar lentamente hacia ellos. Évenor dejó al pequeño en el suelo, tras de él. Se agachó y, agarrando del cuello al águila real, recuperó su espada. Alzó el cuerpo muerto de la rapaz, exhibiendo su cadáver, y lo lanzó al valle con fuerza.

Los jinetes iniciaron su ataque, templando sus armas y galopando velozmente hacia ellos. Los hombres de Évenor actuaron. Salieron de la vegetación y atravesaron con sus lanzas el cuerpo de los sorprendidos guardianes que se hallaban cerca del vallado. Los prisioneros fueron liberados rápidamente y tomaron las armas de los muertos. Dolidos por su humillante cautiverio y exaltados por la posibilidad de recuperar su libertad perdida, aquellos hombres, niños y mujeres se lanzaron con fuerza sobre sus raptores y verdugos dándoles muerte sin cuartel, con lanzas, espadas, piedras, estacas y a mordiscos.

Mientras los jinetes cabalgaban hacia Évenor, el príncipe mantenía su posición con tres de sus hombres, esperando la llegada del enemigo con la espada templada. Cuando se hallaban a menos de veinte pies del príncipe, surgieron del matorral los guerreros de Therebio con las lanzas prestas y la muerte viva en sus puntas de afilado bronce. Allí cayeron parte de los jinetes, atravesados tras un atroz choque. Évenor y sus hombres saltaron sobre los que se mantenían en pie.

En el campamento, gracias a la superioridad de los prisioneros y sus ansias de venganza y libertad, los guerreros de ojos rasgados fueron derrotados rápidamente. Sus cadáveres seguían siendo lanceados, apedreados y golpeados por aquellos a los que habían esclavizado.

En el cielo, el águila de afiladas garras y hombros blancos daba vueltas buscando un brazo donde posarse. Évenor se encargó en ese momento de que su atalaya humana nunca volviera a dirigir su cruel ataque sobre niña alguna. Descabalgado por una certera lanza, el guerrero le atacó con su espada, haciendo rechinar su punta al rozarle el peto de bronceado metal. El príncipe asió su muñeca y tiró de ella con fuerza mientras introducía la espada en la garganta de aquel hombre, de abajo hacía arriba, partiéndole el cuello y adentrándose en el cráneo.

Vencidos y muertos los salvajes guerreros, todo acabó. Tras llorar y enterrar a sus muertos, los liberados iniciaron el regreso a sus hogares, bendiciendo su suerte y la del príncipe. El cual les indicó el camino seguro hasta Gomalova, donde se hallaban algunos de sus hombres para ayudarles. Los padres del niño moreno, de cara sucia, se arrodillaron ante él besándole los pies sin parar de agradecer la gesta.

—¡Por favor, alzaros! —exclamó Évenor.

—Debo darte las gracias por lo que has hecho. La libertad es el mayor tesoro de que puede disponer una persona. Pero eso pocos lo saben. Y tú, altivo guerrero, que por devolvernos a la vida has arriesgado la tuya, eres un gran hombre y mereces mi respeto.

Aquel hombre se alejó con otros muchos, despidiéndose del príncipe y de los soldados que con él quedaron. Llevaba a su hijo sobre los hombros y abrazaba la cintura de su mujer. Évenor los observó complacido, hasta que desaparecieron en la lejanía. Había comprendido algo que desconocía, al cambiar el horrible destino que destruía aquella familia: el valor de la libertad y la miseria del que la mata.

Évenor quiso ver a la niña de mofletes rosados. La encontró en una pequeña cabaña de ramas y cueros, luchando por su vida en silencio. Mientras las dos mujeres que la cuidaban lloraban desconsoladas, el príncipe se acercó a la pequeña. Le acarició su rostro y la besó en la frente; sintiendo la impotencia de no poder hacer nada más antes de marchar. Debía seguir su camino una vez informado que parte de sus captores, precisamente los jinetes de cueros negros que cabalgaron sobre Artos, habían seguido hacia Oriente. Deseaba saber quienes eran y qué podían temer de ellos. Dirigió a sus soldados hacia el sur, con una nueva compañera, que desde el aire les seguía buscando un brazo donde posarse.

Al caer la tarde, una vez acampados, Évenor observó cómo la rapaz descendía hasta un árbol cercano, extendía sus alas y emitía agudos silbidos estirando su cuello hacia delante. Animado por la curiosidad, le ofreció a la vista un buen trozo de carne del asado que estaban preparando sus hombres y la llamó con cortos gritos, por momentos.

La majestuosa ave descendió y se posó en su brazo. Escudriñó el rostro atónico del príncipe y arrancó con su poderoso pico pedazos de carne para tragarlos ávidamente. Aun protegido con duro cuero de uro, las garras de la rapaz rasgaron la piel del príncipe. Dolorido, la alzó de nuevo al aire y el águila volvió al árbol.

Al día siguiente, la rapaz ya no estaba. Évenor observó al cielo buscando su silueta, pero no la halló.

Tras unos arduos días de marcha, llegaron a las aguas del mar Egeo bajando por la orilla del río que llamaban Evros. Al este, las tierras de Tracia y, poco más allá, cruzando las aguas marinas de un pequeño estrecho, se encontraba Ilión. Una gran polis que, regida por los hijos de Zeus y de Elektra, adoradores de Apolo, vivía del creciente comercio en toda la zona. Sus enormes murallas, de más de treinta pies de altura y dotada de grandes defensas, la mostraban inexpugnable. Sin duda se trataba

de una gran fortaleza, habitada por más de 10.000 almas, que ofrecía refugio a los miles de habitantes de la región.

Cruzaron el estrecho en una embarcación de carga. Un viejo marinero, de habla sin fin, se ofreció a llevarles a cambio de unos quilates de oro en cuanto se acercaron a la orilla. En tierra, el firme avance de la expedición armada, acercándose a las murallas de Ilión, no pasó inadvertido para la guardia de la ciudad. Dos carros de guerra de cuatro ruedas, con cuatro lanceros cada uno, y diez hombres a caballo les salieron al paso a treinta pies de la puerta principal. La cual se hallaba controlada por una gran torre como bastión y otras tres defensivas de las que partían anchas calles de piedra hacia el centro de la urbe. Sobre las torres, los arqueros les apuntaban con sus saetas listas para partir.

—Soy el príncipe Évenor, de Atlas. Me acompaña Cronos, rey de Terya, y Therebio, voz de Autóctono, rey de Gadeira. Buscamos provisiones y sombra para descanso de nuestro camino.

Tras escuchar dichas palabras, dos jinetes partieron rápido hacia el interior de la ciudad.

—Pronto sabrán a qué atenerse; esperemos pues —les dijo uno de aquellos guerreros de relucientes petos y largas lanzas. El cual, expectante, esperaba una orden sin apartar la vista de ellos, bajo el sol de la mañana y el calor sofocante.

Pasó un largo tiempo hasta que apareció otro carro de guerra, de dos ruedas, más rápido y ligero, con un aguerrido soldado y su auriga. Se acercó hasta Évenor, que permanecía al frente del grupo junto a Cronos y Therebio.

—Seguidnos pues, si es vuestro deseo, os llevaré hasta Ilión. Los hombres podrán alojarse en las estancias de nuestra guardia. Pero deberán dejar sus armas de guerra en custodia.

—Sea pues —asintió Évenor confiando plenamente. La impresionante fortaleza, las formas civilizadas de sus hombres y los adornados carros de guerra que observaba le recordaban que solo podría ser obra de hombres sabios y, como tales, serían hombres de comercio que sabrían escuchar y proveerles de víveres a cambio de oro y argénteo.

Fueron invitados de honor del gobernador, un sabio anciano llamado Rhiania. El cual les habló, acomodados en su morada, de los reinos del Creciente Fértil, de Arzawa y Hattusas. De las polis egipcias de Uaset y Men-nefer, así como del faraón Ahmose que vivía en guerra a lo largo del Gran Río y avanzaba por Canaán. De las islas minoicas de Creta, hogar del rey Minos en la exuberante Cnosos, y de Rodas, cuna de Poseidón. Y de la micénica Alasia, habitada por los hijos de Atenea; en la que abundaban las vetas de apreciado cobre. Lugares, todos ellos, donde había comercio y oportunidades para el hombre civilizado. Pero ninguna información obtuvo de aquellos a los que buscaba.

—Deberéis moveros con precaución por estas tierras si es vuestro destino avanzar en ellas, pues muchos se disputan gloria y riquezas. Con todos podréis negociar vuestro paso, excepto con los aqueos. Nosotros mismos mantenemos

con ellos unas relaciones difíciles, pues avanzan saqueando. Su poder crece desde Argos, Micenas y Atenas, y con una estirpe nacida de la ira de Atenea: los dorios, que levantando una polis de poderosos guerreros se hallan en Lacedemonia —les comentó Rhiania.

—Interesantes palabras, que deberemos tener en cuenta en nuestra empresa —apuntó Évenor, con tono agradecido.

—Descansad pues la fatiga del camino. Esta noche disfrutaremos, mis nobles y yo, de vuestra presencia en la mesa junto a nuestro rey Ilio. Impaciente está por conoceros. Mas tendréis que disculpar la ausencia de su reina Eurídice, pues fuera de palacio se halla.

—Agradecidos estamos y te acompañaremos. Será un placer conocer a tu rey. Mas en la mañana hemos de partir sin falta, debemos encontrar el rastro de aquellos a los que seguimos —contestó Évenor.

Los atlantes pasaron la tarde recorriendo la majestuosa ciudad, observando su altivo templo, las anchas calles, los estructurados edificios, sus nobles gentes; hasta llegar a un mercado de grandes proporciones donde carne, grano y especias se vendían a buen precio. Évenor se quedó sorprendido al ver cómo, en un pequeño escenario de maderas vencidas, eran subidas personas desconocidas, de una en una, de dos en dos o en grupos; y subastadas al mejor postor. Estuvo observando cómo eran vendidos niños de corta edad, hermosas doncellas con lágrimas en los ojos, fuertes varones sin alma que reflejar. Recordó a donde se dirigían los salvajes guerreros de Oriente con su pueblo cautivo y demás presos. Sin duda eran ciertas las palabras de la anciana de Gomalova: pensaban venderlos en Ilión como esclavos. Solo la satisfacción de haber impedido que aquel niño, su familia y tantos otros acabaran allí, alegró su corazón por un momento. Después, preso de pena por aquella gente tratada como vulgar ganado, bajó su cabeza y se alejó de allí.

Al caer la noche, una guardia de seis lanceros dio aviso en los aposentos de Évenor, los de Cronos y los de Therebio.

—El rey Ilio ha ordenado que sea servida la cena. Os esperan.

La guardia les acompañó hasta las dependencias del rey. El cual, viéndolos llegar, se alzó y les invitó desde su trono a pasar a una gran sala. Allí se mostraban los excesos de la buena cocina y los placeres que guardaba la compañía de hermosas mujeres, de diversas razas y costumbres, que bailaban junto a la mesa, ataviadas con coloridos y escuetos velos.

—Mis queridos amigos, bienvenidos a Ilión. Saciaos y contadnos de vuestras andanzas, que hasta mi mesa os han traído —dijo Ilio, un hombre fuerte y de mirada profunda, de pelo oscuro y rizado como su larga barba.

Évenor le relató parte de su viaje durante la comida e incidió más en lo que buscaba: los jinetes de cueros negros. Por la expresión de sus rostros, pronto vio que los prohombres que le acompañaban en la cena conocían a aquel pueblo guerrero.

—Son nómadas venidos de Tracia, de Capadocia y las mesetas del lejano Oriente. Guerreros terribles que asaltan a los desprotegidos, cuando no incluso algunas aldeas de armas... Sin embargo no se les ve a menudo —le informó un hombre mayor, sin dejar de comer.

—¡Son peores que las alimañas! ¡Y las mujeres, indecentes salvajes, lobas hambrientas! —exclamó otro.

—Mejor harían cuidando de sus hombres, de sus hijos y recogiendo el trigo que vertiendo la sangre de inocentes —comentó el más anciano, haciendo muecas de desprecio mientras deslizaba su mano por los muslos de la joven que le acompañaba.

Évenor miró a Ilio, esperando su opinión, deseoso de saber más.

—Sí, son gentes un tanto peculiares. A veces van por libre, otras son mercenarios del mejor postor... Siempre son un peligro. Dominan las artes de guerra y, como nosotros, domadores de caballos, las bestias en batalla. Bien es verdad que la mayoría de ocasiones son lobas que luchan como hombres y son quizás más crueles.

Évenor se quedó sorprendido por sus palabras y frunció el ceño. Más cuando, en aquella urbe civilizada, vio cómo eran vendidos y esclavizados hombres, mujeres y niños. Personas que le miraban a su paso con la tristeza del que ha sido y ahora no es nada, seguramente raptadas de su hogar por los guerreros de los que hablaban, como lo fue su gente en Artos.

—¿Y cómo es que tu gente comercia con ellos sus almas raptadas, a pesar de despreciarlos? —preguntó Évenor.

—El comercio y la negociación nada tiene que ver con las ideas y la razón. Más vale pagar, cobrar y tener, que negar, luchar y quizás fallecer —le contestó Ilio—. Comerciamos con argonautas, atenienses, hititas, hurritas, babilonios, asirios, egipcios... y contigo, atlante. Todo el mundo es bienvenido a Ilión mientras cumpla sus leyes; fuera, los dioses dirán. Decidme, ¿vuestro pueblo no goza de esclavos y lacayos? ¿Acaso no son almas robadas a un hogar sean o no hombres salvajes? —continuó el monarca con tono represivo y llenando su copa de buen vino.

El príncipe asintió sin saber qué contestar, mientras pensaba en su tierra y en todos los que vivían en Atlanta sometidos.

—Nunca dispondré de esclavos que me teman, no podría soportar esa pena; sino de hombres libres que me sirvan —aseguró.

Ilio, de forma inteligente, cambió el tema de conversación, suavizando las palabras y ofreciéndole una copa de vino.

—Tomad, calmad la sed y habládmeme de comercio. De la polis de Tiro llegan noticias de tu desconocido reino. Dicen que abunda la argéntea, el oro líquido y el más intenso de los vinos.

La noche fue avanzando y la cena parecía no acabar nunca. Siempre había algo más que probar: un pequeño y delicioso asado, una fruta desconocida, una pasta especial, un beso robado... Las jóvenes que acompañaban en la mesa a los nobles de Ilión y a

sus invitados, se mostraban cada vez más amables tras su baile de velos. Saciados de carne y licor, habiendo dicho aquello que se debía y escuchado lo interesado, la mesa iba quedando vacía. Los hombres desaparecían acompañados por las doncellas. Ilio puso sobre sus rodillas a una joven muy hermosa y comenzó a besarla, acariciando su vientre, mientras observaba a sus invitados.

—Gozad del postre, amigos atlantes. Mañana será un nuevo día.

Una de ellas pasó los brazos por el cuello de Évenor y le mordió la barbilla suavemente, sentándose sobre él. El príncipe la miró y acarició su rostro. Luego, se alzó de la silla, ante la sorpresa de la joven, y se alejó de la mesa, solo. Cronos y Therebio allí quedaron, presos de las caricias de las hermosas bailarinas.

—Atlante, ¿deseas la compañía de un joven varón? Nuestros son los más hermosos de los efebos —preguntó Ilio.

—No, estoy agotado... Deseo descansar —contestó Évenor.

—Tan solo un consejo. Desiste en tu empeño y regresa a tu tierra ahora que aún puedes —le advirtió Ilio, mirándole vagamente mientras la joven le abría su camisa y le mordía suavemente los pezones.

—No vayas más allá de las tierras ardientes del Desolado, un mar de sal. Muy pocos han entrado en ellas y menos regresaron —insistió en voz baja—. Nada encontrarás allí, solo la Parca cierta —después le ignoró para dejarse devorar por la hermosa joven que se desnudaba sobre él.

Con los primeros rayos de sol, la expedición atlante salía por la puerta de Ilión al trote, dejando atrás las alargadas sombras de la gran muralla, dirigiendo sus pasos hacia las tierras del este. Una comitiva real, con una guardia de veinte lanceros, se cruzó con ellos apenas a unos estadios de la gran polis. Una altiva dama y un joven de apenas doce años asomaron sus rostros desde la puerta de un carro cerrado, cubierta de suaves telas y sedas coloridas. Tras observar a Évenor y sus guerreros, la mujer levantó suavemente el brazo pidiéndoles que detuviesen el paso.

—¿Eres el príncipe Évenor? Mi nombre es Eurídice, reina de Ilión, y él es mi hijo Leomedonte. Las noticias de vuestra llegada hicieron apresurar mi llegada. Quería conocer a un atlante de verdad y dar por ciertas las nuevas que llegaron de Ática y escuchamos en Tiro.

—Soy Évenor, mi señora. Deseo que la dicha sea tuya y de tu hijo, que bien hermoso se ve. Y aprovecho para agradecer la hospitalidad de vuestro gentil pueblo. Decidme, ¿caso los aqueos saben de nuestra presencia? ¿Qué nuevas de Tiro os inquietan?

—No, no creo que los aqueos sepan nada o andarían prestos tras vuestros pasos. Más bien hablan de riquezas por conquistar en las tierras lejanas de Occidente... y en Tiro nos dicen de una gran polis bañada de oro y argétea, situada en los confines del mundo, desde donde algunos valientes traen valiosas mercancías a buen precio. Pero quedaros por unos días más y hablemos, que nada os ha de faltar y sería de mi gusto escuchar tus palabras y conocer vuestra tierra.

—Mi señora, siento no poder satisfacer su voluntad como sería mi deseo, pero debemos partir con premura. Mas hemos de volver algún día no muy lejano y podremos debatir con calma. Ahora debemos seguir en nuestro empeño tras aquellos a los que perseguimos, antes de que podamos perder su rastro.

—Andad pues con cuidado. Las lobas no tienen piedad de nadie y la tierra quemada acaba con el ejército más poderoso. Veo que no hallarán sentido mis dichos, pero tomad en serio estas palabras: volved a vuestra tierra y preparaos para defenderla —le aconsejó la reina y, haciéndose hacia atrás un tanto contrariada, se acomodó y ordenó a su guardia proseguir hacia Ilión.

Évenor ignoró los consejos del rey Ilio y la reina Eurídice, aunque sus palabras calaron hondo en él; y continuó en su camino. Pronto hallaron de nuevo el rastro.

—Son siete jinetes. Han rodeado Ilión y se dirigen al este —aseguró Lieban, tras observar las huellas en el terreno—. No nos llevan mucha ventaja. Podríamos alcanzarles en unos días, quizás antes.

Durante dos días cabalgaron rápido, hasta llegar a las cárcavas que abrían el paso al desierto, donde encontraron los restos de un campamento abandonado.

—Estuvieron aquí no hace mucho —aseguró Thesitas, el viejo explorador.

—Su rastro se interna en el Desolado, no es buena idea entrar —apuntó Lieban.

Évenor observó el horizonte. Solo se veía un árido paisaje con algún arbusto seco.

—Busquemos un sitio donde descansar. Antes de adentrarnos en la seca tierra debemos abastecernos bien de agua y salvajina. Esta noche la pasaremos aquí y mañana seguiremos el rastro.

El viejo Thesitas recordaba de sus viajes anteriores, un lugar cercano a un pozo y allí se dirigieron. Alzaron el campamento y varios hombres salieron en busca de carne de caza, mientras otros cargaban agua en cuantos forros de piel podían. Los víveres cargados en Ilión no eran suficientes y era necesario prevenir antes de pisar la tierra quemada del Desolado.

Al caer la noche, los hombres descansaban al lado de las hogueras, despedazando la carne de las gacelas que habían abatido con sus saetas. Therebio habló con voz fuerte, sentado frente al fuego. No muy lejos de él se hallaban Cronos y Évenor.

—¿Hasta dónde nos conducirá esta locura?

Nadie contestó. El príncipe ignoró aquellas palabras.

—En nada nos conviene entrar en ese mar de tierra árida, salada. Deberíamos regresar —insistió.

—Querrá llegar hasta el fin del mundo, a ver si allí encuentra a su amada Hipólita —espetó uno de los soldados libios entre una carcajada sonora.

Évenor se alzó impetuoso. Cronos le agarró del brazo y le miró ladeando la cabeza de lado a lado.

—Nos matará a todos en el Desolado antes que aceptar que la arpía yace en el lecho de nuestro rey Autóctono. A estas alturas ya esperarán su primogénito. ¡Y nosotros aquí! —insistió de nuevo Therebio, logrando esta vez desatar el ánimo de Évenor, que se lanzó sobre él.

El capitán libio era un guerrero experto y pronto loladeó y, de un fuerte golpe con su puño, lanzó al príncipe contra el suelo. Con las dos manos le invitó a que le atacara. Entonces, una gran hacha de pedernal negro estalló en su cráneo, y se derrumbó junto al príncipe. El cual se alzó sacando su espada del cinto y mirando hacia la oscuridad. Una lluvia de flechas y venablos de afilada piedra cayó sobre ellos. Muchos fueron alcanzados, cayendo heridos mientras un numeroso grupo de hombres salvajes se abatían gritando, surgiendo de la noche. El cuerpo a cuerpo desató una lucha sangrienta.

Los soldados de Therebio eran rudos libios acostumbrados a la batalla y, una vez rehechos, los salvajes empezaron a ser rechazados por el frío metal y la experiencia en combate. Cronos dispuso a sus guerreros en una improvisada falange de largas lanzas, y acudió en defensa de los hombres de Therebio. Las artes de guerra de los guerreros atlantes, unidos, acabaron con el ataque. No sin bajas que lamentar. Los salvajes huyeron, desapareciendo tan rápido como habían aparecido.

Tras un tiempo de espera y tensión, unos atendieron rápido a los heridos y otros comenzaron a cavar las fosas donde enterrar a los muertos.

—Haremos una pira donde ardan sus restos. Si bien no fue un hombre de mi agrado, era un oficial atlante y como tal se merece respeto —dijo Évenor, ante el cadáver de Therebio.

Cronos asintió y fortaleció la guardia. El silencio se abatió sobre el campamento. Esa noche no se durmió, quedaron expectantes por si volvían los salvajes y, conmovidos por la tragedia de la lucha, permanecieron en vigilia, viendo las llamas de Therebio alcanzar el cielo. Tan solo con los primeros rayos de sol, consiguieron, algunos de ellos, conciliar el sueño.

Recogido el campamento, Cronos estuvo meditando con Évenor sobre un posible regreso. Pero el príncipe no tenía la intención de abandonar la empresa mientras el rastro fuera claro y supieran dónde se hallaban.

—Muchos de vosotros queréis regresar, olvidar a esos guerreros tras los que andamos —se dirigió Évenor a sus hombres—. Yo también, no lo dudéis. Pero se nos encomendó una empresa: saber de cierto quienes eran y si planeaban su regreso. La reina de Ilión nos dice “volved a vuestra tierra y preparaos para defenderla...” Estamos aquí por Atlanta y nuestras gentes, para que no volvamos a tener que liberar más cautivos como los de Artos. Para que nuestro pueblo sepa a qué se enfrenta o regresar con la tranquilidad que da la paz. Aquel que quiera volver, puede hacerlo. A vosotros, bravos libios, en nada os concierne esta empresa. Cronos, tú y tus hombres de Terya, podéis volver con vuestras familias. Y mis fieles de Atlas, en vuestras manos está la decisión... Yo seguiré adelante.

Évenor se alzó sobre la montura y comenzó a trotar adentrándose en el desierto. El viejo Thesitas arrugó los labios y le siguió de inmediato. Cronos cargó grandes sacos de pieles colmados de agua en su caballo y partió tras los pasos del príncipe. Ningún soldado, quedó atrás, ni siquiera los libios. Solo los heridos emprendieron el regreso, guiados por Lieban. Llegados a los confines de las tierras conocidas, los guerreros de las diferentes dinastías formaban ahora un único grupo, al mando del cual se encontraba el príncipe Évenor. Sabían que, en esta tierra hostil y desconocida, solo la unión de sus fuerzas les daba esperanzas de sobrevivir a un nuevo ataque y, quizás, a un nuevo día. Aquella inesperada batalla les había unido.

La travesía se tornó más dura conforme avanzaban, hasta que perdieron la noción del tiempo. Dos días, tres, seis... Al amanecer del sexto día de insoportables temperaturas, la tierra se había convertido en un mar de sal. Los víveres empezaron a escasear y no se veía presa alguna, ni pozo que les aliviara. Avanzaban sin rumbo aparente, soportando tanto el frío y el hambre de la noche, como el calor y la sed del día.

—No tengo clara dirección alguna. Mal nos irá si no encontramos pronto una salida a este desierto —comentó Évenor.

—Deberíamos volver. No creo que hallemos nada en nuestro camino y todavía tendríamos posibilidades de llegar a Ilión con vida —apuntó Cronos.

—No tendremos otra oportunidad de saber más.

—Quizás no nos interese saber más. Nadie nos alentó tras esa gente, sabían cuán incierta era la aventura. Pero hemos liberado a nuestra gente de Artos y vencido a muchos, y portamos gloria y saber a Atlanta. Nuestra gesta será reconocida... No forcemos nuestra suerte en este infierno.

El rastro dejado por los invasores, que no hacía sino adentrarles aún más en una tierra desconocida, árida y llena de peligros, había desaparecido por completo, ocultado por los vientos y la tierra quemada. Évenor miró a sus hombres que se hallaban exhaustos, y quemados por el terrible sol. En ese momento pensó que era el momento de regresar. Entonces, el viejo Thesitas descabalgó y posó la mano sobre una roca que despuntaba entre la tierra seca.

—Podemos dirigirnos hacia el norte —dijo—. En un día llegaremos a una pequeña garganta que esconde el Desolado, tras este mar de sal. Allí hallaremos refugio, agua y comida en abundancia.

—¿Estás seguro de ello? —le preguntó Évenor.

—Sí, mi señor. Aunque hace muchos años que anduve estas tierras, nunca olvidaría el camino, en esta misma piedra descansaron mis huesos. Allí encontraremos una montaña de cuevas, hogar de los antepasados de esta tierra. Y más allá una pequeña ciudad de bellas mujeres que, sin duda, nos atenderán.

—¿Una ciudad de mujeres? —preguntó incrédulo Cronos.

—Tiempos atrás, cuando exploré las tierras de Oriente, la hallé. Existe, oculto en la aridez de este desierto, un pueblo cuyas bellas doncellas cuidaron de mí y de donde guardo un grato recuerdo. Y, mi señor, tened por bien cierto que regresar ahora, sin provisión alguna, es morir en el intento.

Alzado el día, cambiaron el rumbo, dirigiéndose hacia el norte, perdiéndose por el sofocante desierto. A media tarde, cansados y agotados, decidieron descansar un tiempo. Évenor miró al horizonte. No se veía rastro de aldea alguna. Su rostro había cambiado; ya no era el de aquel joven alegre que siempre sonreía. Curtido por los golpes recibidos en su alma y quemado el cuerpo por el implacable sol del desierto, barbilampiño y sin adornos, reflejaba su madurez. Su pelo de príncipe, meticulosamente tallado y cuidado, se había convertido en una melena rebelde.

Había pasado más tiempo del esperado fuera de la Península desde que partieron de Atlas. De la expedición de treinta y cinco hombres que atravesaron las montañas sagradas de Pyrene, solo siete quedaban en pie y los caballos arrastraban a otros tantos, desfallecidos por el agotamiento. El paraje era desolador. Se hallaban en medio de la nada; miles de pies de tierra quemada, pura sal, por delante y por detrás de ellos. Un regreso sin esperanza, el agua se agotaba.

—¡No desfallezcáis! ¡Detrás de las colinas del horizonte se encuentra un fabuloso poblado donde hay agua y placeres para todos! —exclamó el viejo Thesitas conforme tropezó y cayó sobre la ardiente sal.

—¿Qué colinas, viejo loco? —dijo Cronos, agotado, mirando al horizonte sin ver nada que destacar más que tierra quemada. Pensó en degollarle allí mismo y beber su sangre, y los pensamientos de sus hombres no andaban muy lejanos.

—Vamos, adelante, no falta mucho... ¡Hombres de poca fe! —añadió el viejo explorador, levantándose, y avanzó con paso firme.

—¡Adelante! —exclamó Évenor—. Roguemos a los dioses que las palabras de Thesitas no sean fruto de su imaginación.

En medio de la nada, decidió reemprender el camino animando a sus hombres y confiando, sin otra opción, en el viejo Thesitas que, aún delgado y de aspecto desgarbado, era el que parecía resistir con más entereza aquella dura prueba. Descabalgados y en fila, siguieron cruzando el desierto abrasador, despreñados ya de las largas lanzas, petos y grebas. Avanzaban sin yelmos ni escudos, que quedaban atrás, perdidos en el Desolado como testigos mudos del paso incierto hacia la muerte.

Pasaron las horas y, bajo el sol resplandeciente, parecían alejarse cada vez más de cualquier destino. Sus cuerpos se hallaban empapados de sudor, con los pies hinchados y la boca seca; la cabeza, la cara, los brazos les ardían. La saliva se acumulaba en la punta de sus lenguas para desaparecer en las resacas gargantas entre polvo y arenilla salada. Algunos hombres cayeron desfallecidos. Solo la noche les salvó de morir en aquel lugar. Sacrificaron un caballo y comieron los últimos restos de alimentos que portaban. El agua se agotó. Exhaustos, quedaron rendidos, dormidos en grupo, sin vigilancia y arropándose entre ellos, pues el calor del día había dado paso a una noche helada. En el silencio de la noche, las estrellas adornaban el cielo y el ulular del gran búho mecía sus sueños...



## CAPÍTULO 14 · REVOLUCIÓN EN GADEIRA

En la plaza de Poseidón, delante del palacio real de Gadeira, miles de hombres esperaban la magna presencia de Hipólita. En formación militar, con sus relucientes yelmos, las labradas cotas de malla, bronceados escudos, las mortales espadas y lanzas punzantes adornadas de largas tiras púrpuras. Tras ellos, una multitud venida de todos los rincones del reino se alzaba ansiosa ante la presencia de aquella que había acabado con la tiranía del rey Autóctono y que se alzaba como reina. No faltaban gentes de Atlas, de Elisippos o Terya, sorprendidos por las nuevas acontecidas y deseosos de saber.

El general Gadir apareció en el balcón del palacio y, tras él, Hipólita ataviada con una impresionante indumentaria militar, sobre un chitón blanco celeste, sin mangas, que la cubría hasta los muslos. Coraza bañada en oro sobre el pecho, adornada con láminas de argénteas y la tallada faz del lobo. Con un peto de fina malla que la cubría hasta el vientre. Trabajado cuero con remaches que dejaban al aire sus brazos, engalonados por dos brazaletes de oro, cubrían sus hombros, enlazando una larga capa púrpura imperial, la cual se alzaba al viento a la par que sus largos cabellos. Grebas de bronce adornadas en vertical con garras de argénteas. La espada, en la espalda, y la daga, en la cintura, guardadas en vainas de piel de oso y remaches metálicos. Y, sobre su cabeza, la diadema de puro oro y piedras preciosas que brillaba con suaves reflejos y la hacía reina.

El sol destellaba con fuerza en el metal que la cubría, otorgándole un aura divina. El silencio se hizo total. La presencia de la soberana, su juventud, belleza y porte militar causó una impresión indescriptible. Hipólita alzó su brazo derecho armado con la espada y un gran estallido de voces clamó al cielo, entre el estruendo sincronizado de lanzas y escudos.

—¡Hipólita, reina! ¡Hipólita, divina!

Mirando altiva, sabiendo lo que había conseguido, ladeó la cabeza a ambos lados de la abarrotada plaza alzando su brazo izquierdo, con el puño cerrado, y gritó con fuerza dirigiéndose a sus soldados y al pueblo.

—¡Hijos de Poseidón y de Clito! ¡Hijos de la Madre Tierra! —exclamó seguidamente—. Ayer éramos siervos, hoy somos libres, mañana los dioses dirán... ¡Pero tendrán que arrancar nuestros corazones antes que ser de nuevo esclavos de tirano alguno!

Levantando de nuevo su espada al aire, dando un paso al frente, la primera línea de la formación militar levantó al unísono sus lanzas mientras los guerreros del resto de las columnas alzaron sobre ellos sus escudos remachados en bronce, cubriéndose y orientándolos al sol. Un gran destello recorrió toda la formación impresionando a las masas, que exclamaron atónitos a la vez que los soldados retomaban la posición y alzaban la punta de sus lanzas al aire, gritando con fuerza y vitoreando a su monarca una y otra vez.

Hipólita recorría con la mirada la multitud enfervorecida y a sus guerreros: en su mayoría eran hombres salvajes, esclavos, lacayos y siervos liberados de sus yugos y convertidos en soldados de la reina con el oro del rey Autóctono.

—¡Hijos de Atlanta! ¡Hijos de Gadeira! ¡Fuimos privados del pasado, pero el futuro será nuestro!

Treita, invitada de honor, miraba con incredulidad y cierto temor aquella demostración de fuerza y poder mientras sonreía complaciente. La joven reina de Gadeira desplegaba un gran ejército que pondría en guardia los reinos de Atlanta y las ambiciones veladas. El desfile había comenzado con los lanceros comandados por Tarss y Mimi, que habían sabido preparar un acto digno de su nueva monarca.

Muerto Autóctono, la tiranía en Gadeira había desaparecido. Pero un estricto control militar sustituía a aquel gobierno corrupto. Todo se adelantaba por voluntad real y la decisión de sus comandantes. La noche siguiente a la muerte del rey serían recordadas en toda Atlanta por las cabezas que rodaron en los dominios de Hipólita. La guardia de la reina, con Gadir, Tarss y Mimi al frente, ocupó las casas de los gobernantes y prohombres de fortuna robada; de palacios, templos y jardines fue requisado el oro y sus riquezas; muchos nobles y sacerdotes tuvieron que huir, buscando la seguridad tras las murallas de Atlas, temerosos de la reina; otros murieron. Aconsejada por Gadir, solo respetó el templo alzado en honor a Poseidón, pues gozaba del favor del pueblo, tanto de los nobles como de los humildes.

Hipólita se rodeó de los tres generales como comandantes de sus fuerzas militares y garantes de las leyes civiles, les escuchó y les colmó de favores y riquezas y les exigió lealtad absoluta.

En la acrópolis de Atlas, el sabio Epolis, reunido en el templo de Clito con dos consejeros del rey Argan, debatía sobre la desconcertante situación.

—Ha mandado afianzar todas y cada una de las poblaciones de Gadeira, por pequeñas que sean; levantar defensas y armar una estructura militar en cada una...

Está armando al pueblo y eso es muy peligroso —comentó uno de ellos.

—Hace apenas un año era una salvaje desconocida ¿Cómo es posible que esa joven disponga del poder absoluto de Gadeira? —preguntó otro.

—No le ha sido difícil hacerse querer en un reino hastiado por la corrupción y la tiranía. Con justicia, trigo y oro se ha ganado a su pueblo —indicó Epolis.

—Esa arpía es una bruja como lo fuera su madre. Debemos temerla. El rey debería sacar sus columnas de guerra y acabar con ella —añadió un tercero.

—No será fácil. Observad el destino de las dinastías de Evemo, Mneseo y Diáprepes. Creyeron ver su oportunidad y se han rebelado contra la voluntad de la reina Hipólita, intentando recuperar su poder perdido al faltar el rey Autóctono. Pero sin valorar bien la situación; ahora han perdido todas sus tierras, riquezas y sus hombres leales a manos del ejército de la reina.

—¡Y salvaron la vida al huir tras las murallas de Atlas! —exclamó el más joven de ellos.

—En verdad, no tenemos constancia de que Hipólita intente nada contra nosotros. Creo que teníamos más que temer del propio Autóctono —aseguró Epolis.

—Entonces, ¿para qué ha armado ese ejército de esclavos y lacayos? Hipólita es mucho más peligrosa. Su corazón está lleno de ira y despecho. Es más, el pueblo y el ejército de Gadeira le profesan una lealtad absoluta y eso no me gusta; usa felina el populismo para crear un reino militar, ciego y sometido. Les ha robado su libertad y la vitorean —apuntó el rey Méstor entrando por la puerta.

—¿Tú, rey Méstor, cazador de hombres, nos hablas de libertad? —preguntó Epolis, irónico.

Ante la presencia del monarca, los hombres sabios se alzaron y comenzaron a abandonar la sala. Nadie confiaba en él.

—Deberías hablar con el rey Argan. Quizás no sea bueno que Menalipa ronde tanto la estancia real, ya que podría alzarse con la cabeza del monarca como hizo su hermana con Autóctono —sentenció Méstor, agarrando el brazo de Epolis.

El viejo sabio se soltó y, sin decir palabra, se alejó del templo, dirigiéndose al palacio de Argan. Encontró al rey en el lecho, sin fuerzas, acompañado por Menalipa, que cuidaba de él con dedicación y cariño.

—No puedo ocultar mi dicha por lo acontecido, viejo amigo. Roguemos que esa joven no vuelque su ira contra nosotros y si fuera así, ¡Poseidón nos guarde de su furia! —dijo el rey al verle llegar, informado de lo ocurrido.

—Su ejército es fuerte, pero no lo suficiente como para hacer frente a nuestras columnas de guerra —comentó Epolis.

—No, las columnas de Atlas no deben salir nunca de la polis si no hay un enemigo obvio al que combatir. No adelantemos acontecimientos hasta que Hipólita se alce contra nosotros o entre en el reino del rey Cronos.

—Por el momento son tierras que permanecen ignoradas por ella, mi señor.

—Epolis, no te dejes arrastrar a una guerra indeseada. Hipólita no es el enemigo, lo sé —le ordenó Argan, cerrando la conversación y cualquier opción de actuación contra ella por parte de Atlas.

El rey de reyes ansiaba tener noticias de los hombres que mandó lejos, con su amado hijo, y de aquellos invasores de los que Armonía le advertía en sueños, horribles pesadillas que a menudo se repetían.

—Y tú, mi querida Menalipa, que sorprendida ante las noticias que llegan de Gadeira, mantienes silencio sin apenas dar crédito a lo que está aconteciendo, no salgas de palacio hasta que mis pasos sean firmes de nuevo. Temo por tu vida, ya que son muchos los que te miraban de forma hostil ante las acciones de tu hermana —le susurró.

El rey Méstor seguía con interés los acontecimientos, mostrándose desfavorable a una alianza con la nueva reina y levantando sombras inquietantes sobre Menalipa, esperando su momento. Por el contrario, su esposa, la reina Treita, viendo el creciente poder de Hipólita y aprovechando su relación anterior, buscaba con ahínco e interés su proximidad, visitándola a menudo e informándole de todo cuanto acontecía en Atlas, especialmente de aquello que creía conveniente, cómo y cuándo estimaba oportuno.

En Terya, los nobles preocupados por su situación y riquezas, empezaron a temer a Hipólita y sus posibles acciones; parecía claro que sus pretensiones iban más allá de lo que podían pensar. Temerosos, aunque de momento los ojos de la reina no se habían fijado en ellos, los sabios decidieron mandar a dos mensajeros, en carros ligeros de dos caballos y con provisiones, en busca del rey Cronos para hacerle llegar lo que acontecía en la Península y rogarle su pronto regreso.

Por su parte, el reino de Azaes se encontraba ocupado sin mediar batalla alguna. Hipólita se hallaba ante su rey, hombre mayor y comprensivo, amante del trino del pájaro y el aullido del lobo, que había perdido su prestigio, tierras y poder al unirse con su amada Luna Roja. Por ello apenas se le tenía en cuenta en Atlas. Su reino estaba compuesto por pequeñas aldeas que salpicaban el oeste peninsular, pobres en oro pero abundantes en hombres, cobre y frutos de la tierra, algo que Hipólita había tenido muy en cuenta. Y le visitó con su guardia armada.

—Te ofrezco oro, carne y tela en abundancia; a cambio quiero parte de las cosechas y del cobre y estaño de vuestras minas. Las cacerías de hombres salvajes han acabado, tu gente se halla ahora protegida por mis guerreros. Exijo tu palabra de que cumplirás lo acordado —le dijo Hipólita, de forma tan suave como imperativa.

—No te es difícil exigir ante un rey sin ejército. Sin embargo acostumbrado a las agresivas acciones de Autóctono, estos parecen tiempos mejores. Tienes mi respeto y mi palabra, pero no es necesario que nos guardéis de nada. Llevaros pues a los soldados, pues no los necesitamos —respondió Azaes.

—Vuestros alojamientos son modestos y sin defensas, mis lanceros harán las veces de guardia y custodia. No estoy negociando, lo entiendes bien; mas nada has

de temer de mi ejército si hay nobleza en tus acciones.

Azaes asintió. Sin oposición alguna, sus tierras empezaron a ser gestionadas por Hipólita desde Gadeira. La reina dispuso que el rey Azaes y su familia fueran acomodados como debían, guardados de cualquier amenaza; y que se protegieran las aldeas y sus gentes, que las poblaciones se acondicionaran y dotaran de bienes comunes. Pero también dictó que este fuera muerto, junto a toda su familia, si intentaba traición alguna.

En Gadeira, Hipólita era venerada a su paso por el pueblo. No en vano había llenado sus despensas de pan, carne y frutos de la tierra. La reina se hizo tan querida por sus gestiones como temida por su justicia, firme e implacable.

Gadir entró en sus estancias, ella le esperaba junto al ventanal del palacio real, desde el que se veía el ágora y toda la ciudad.

—Gadir, mi buen comandante, te tengo reservada una misión que debes cumplir con premura.

El general la observó mientras ella se acariciaba los cabellos y dejaba la mano en su mejilla. Fijó sus ojos en la penetrante mirada de Hipólita, en sus hermosos ojos azules.

—Dime, mi reina.

Hipólita dio dos pasos hacia una pequeña mesita, tomó dos cuencos de hierbas aromáticas, y se acercó de nuevo hasta él.

—Es mi deseo que marches a los valles de las montañas del norte, a la tierra del bisonte, con los hombres que estimes necesarios.

—Son extensos territorios salvajes, de hombres sin vasallaje alguno. ¿Qué desea de ellos mi reina?

—¡Caballos! ¡Quiero que me traigas cuantos caballos puedas! Tan escasos como son, solo abundan en algunas zonas de esas tierras —le dijo, acercándose hasta hallarse a un pie de él. Luego, le ofreció uno de los cuencos y puso una mano sobre el fuerte hombro de su joven comandante.

—Quiero cabalgaduras para nuestros soldados y que aprendan a guerrear sobre las bestias —continuó—. Seremos poderosos si disponemos de la fuerza y movilidad de una caballería ligera junto a nuestros lanceros, arqueros y a los pesados carros de guerra. Necesitamos caballos para ser un ejército en verdad poderoso.

—Será una empresa difícil, pero trataré de complacerte —apuntó Gadir, bebiendo del cuenco a la vez que pensaba en aquellas palabras.

—Sé que lo harás... Y hombres, traedme hombres de armas dispuestos a formar en nuestro ejército. No quiero esclavos que deseen huir, sino guerreros que quieran luchar. Busca aquellos que sepan dominar las bestias, pues nos serán de gran valía. Todavía disponemos de mucho oro y, sin duda, será nuestra mejor inversión.

—Mi reina, no disponemos de un lugar donde acampar un ejército mayor en las proximidades de la ciudad y la gente recela de su suerte ante tanto soldado... No es costumbre de hombres sabios vivir entre guerreros.

—Lo sé. Ya había pensado en ello. Quiero que hables con Tarss. Envíale mis presentes y ordénale que se dirija a las tierras bajas de Elisippos, más allá de Atlas. Que busque con discreción un lugar idóneo para alzar un campamento militar que pueda albergar nuestro ejército.

—Tarss localizará el emplazamiento más oportuno. Pero si queréis formar un ejército en verdad poderoso, necesitaremos hombres expertos en armas para instruir un ejército de confianza.

—La guardia libia de Autóctono fue disuelta como tal. Unos volvieron a Lybia, pero otros ingresaron en las columnas de guerra de Gaderia, al mando del general Tarss. Son hombres forjados en guerras, bravos luchadores que destacan con facilidad entre nuestros soldados... Dóblales la paga y reconóceles rango. Como expertos en combate adiestrarán a los nuevos guerreros creando un ejército temible. ¿Qué te parece?

—Resultará, mi reina.

Hipólita le apretó el hombro y bajó la mano deslizándola por el brazo de su general.

—Ahora puedes marchar —le susurró.

Gadir dejó el cuenco vacío sobre una pequeña mesita, realizando una leve reverencia.

—Así será, mi reina —apuntó con firmeza.

Hipólita se retiró y le miró, tras un sorbo, con una sincera sonrisa que inquietó la mente de Gadir.

Viéndole alejarse, Hipólita le llamó.

—¡Gadir!

—Sí, mi reina.

Durante unos breves segundos, en silencio, ambos cruzaron sus ojos con la mirada viva que brinda el deseo oculto.

—¡Suerte...!

## CAPÍTULO 15 · LA HUIDA DE MENALIPA

En la acrópolis de Atlas, las alargadas sombras de la tarde caían en las calles acompañando los últimos destellos del sol. En el palacio real, Argan yacía en su lecho. Su estado empeoraba gravemente con el paso del tiempo, ante la pena de una desconsolada Menalipa y la desesperación del sabio Epolis. No había forma humana de sanar la herida de su pierna.

—Las fiebres siguen subiendo. Está cerca de la mortal agonía —dijo muy preocupada Menalipa, mientras colmaba la frente del rey con paños húmedos y frescos, tratando de calmar el calor de su cobriza piel.

—Ciertamente no sé qué hacer. No hay quien halle remedio para su mal y, por otro lado, las presiones de reyes y generales son cada vez mayores para que las columnas de guerra salgan prestas a presentar batalla contra tu hermana. Los sabios y nobles se sienten amenazados y los lanceros permanecen alerta, dispuestos —comentó Epolis.

Con gran esfuerzo, Argan se giró en su lecho y le miró fijamente.

—No deben salir contra Hipólita. No permitas que eso ocurra... ¡Nunca! —le ordenó.

Acto seguido, cerró los ojos abriendo sus mientes al pasado vivido: una columna de cientos de guerreros avanzaba hacia la Península cruzando los helados desfiladeros de las montañas sagradas de Pyrene. Proseguían una agotadora marcha en el más absoluto silencio, acosados por una terrible tormenta de nieve que les negaba tregua alguna. Él, rey de reyes de Atlanta, lideraba la marcha a pie, como uno más. Su carro de guerra había sido destruido en la batalla y había ordenado sacrificar los pocos caballos de que disponían, incluyendo el suyo, para aplacar el acuciante hambre. Dos hombres portaban, en una precaria camilla, a su amada Pyrene, su esposa y reina; herida de muerte por una daga hundida en su vientre.

—¡Ella, adoradora de la paz que siempre negó la guerra! —murmuró Argan en sueños, recordando cómo la miró en su agonía. Con un denostado esfuerzo, Pyrene sacó la daga que se hundía en sus entrañas y la alzó, diciéndole aquellas últimas palabras mientras sus vestimentas se inundaban de la espesa sangre que manaba de su cuerpo:

—Ten mi vida, dame digna sepultura en estas montañas o con mi retraso os mataré a todos. Que mi muerte sea vuestra vida.

—¡No, no te vayas! —exclamó Argan entre lágrimas y gemidos.

—No temas, mi rey. La sabiduría, la fuerza y el amor regresarán a ti de mi mano... Ahora, mi gélido aliento os protegerá.

Argan revivió la muerte de su amada Pyrene, recordó cómo la apretó entre sus brazos mientras alzaba su cansada vista sobre aquellos guerreros de aspecto desgarrado, armas quebradas y vendajes manchados de sangre, que cubrían las numerosas heridas de sus cuerpos, delatando la tragedia de una amarga derrota. Con las barbas escarchadas, los hombros cubiertos de nieve y los brazos cruzados, buscaban el calor de los jirones de pieles que les cubrían. Ocultando sus manos al gélido viento, marchaban con los dedos de los pies morados e hinchados por las bajas temperaturas que sufrían, envueltos en telas y pieles. Exhausto, uno de los maltrechos soldados se desplomó en aquellos pasos tortuosos; su rostro impactó contra suelo nevado. No se escuchó lamento alguno. Su redondeado yelmo rodó desfiladero abajo, perdiéndose en la caída. Nadie le atendió cuando cerró lentamente los ojos y exhaló su último aliento. No había sido el primero en quedar atrás, abandonado en el camino y enterrado por la nieve. Argan dio sepultura a Pyrene cerca de aquel guerrero caído y hundió con rabia la daga de muerte en la tumba de su amada, quedando incrustada hasta el mango en el suelo helado. Intentando que su mermado ejército no desfalleciera, se irguió presto y comenzó a gritar con desespero.

—¡Adelante! ¡Tras el frío de estas montañas nos espera el calor de Atlanta! —exclamó y, templando su larga lanza al aire, la agitó con furia.

En su mente veía al rey Llanós y al sabio Epolis que, a su lado, le acompañaban en su duro camino. El rey Azaes cerraba la marcha. Andaba cabizbajo y arrastrando por el suelo su lanza astillada. Los demás soberanos y nobles que acompañaron a su rey en aquella fatal empresa habían muerto en el sangriento combate que acabó con sus sueños de grandeza. Altivamente, miró a los guerreros, sus leales lanceros, mientras apretaba los dientes y limpiaba la escarcha de su frente. Esa maltrecha soldadesca era todo lo que quedaba de las orgullosas columnas de guerra de Atlas, aquellas que se atrevieron pisar la tierra de los hijos de Atenea.

—Mi rey. Al fin ¡Atlanta! —exclamó Epolis alzándose en un saliente, desde el que se podían apreciar los valles que se extendían al pie de las montañas, donde la luz del sol resplandecía en el verde de los bosques y el agua se mantenía viva. Una amarga sonrisa iluminó el rostro de Argan. Atrás quedaba el fragor de la batalla y la deshonra de la derrota. Se sentía a salvo, pues los montes se convertían en puro hielo, cerrando los pasos conocidos que permitían la entrada a la Península.

—No podrán seguirnos; el hielo lo está devorando todo —aseguró Azaes.

Argan asintió con la cabeza y pensó en la tumba que dejaban atrás, que exponía al gélido viento las ofrendas recibidas: oro y mirra, y aquella daga manchada con la sangre de su linaje; la tumba de la reina Pyrene, hija de Poseidón.

—Pyrene está con nosotros. Estas son ahora las montañas sagradas de Pyrene; no permitirá que nadie nos siga en nuestro camino y destruya nuestra tierra, el hielo lo cubre todo, nadie osará cruzarlo —aseguró Argan que, entre sueños inquietos, añoraba otros tiempos en Atlanta, cuando pensaban ser imperio del mundo conocido y por conocer, pues su sabiduría y poder no tenían límite para quienes se sentían y se sabían superiores.

—Mi viejo amigo, nunca debimos ir tras las riquezas de Ática... Fue nuestro fin —apuntó Argan abriendo sus ojos lentamente, volviendo a la realidad consumido por la pena y el delirio.

Menalipa miró a Epolis, sin saber a qué se refería.

—Un sentimiento fatal convirtió este reino de paz, que atesoraba una gran riqueza, en un desafiante conquistador que, sometiendo a otros pueblos, siempre quería más. La perversión fue sustituta de la virtud; la soberbia, de la perfección; y el poder, de la justicia. Nuestra ambición fue tal que expandimos nuestras tierras más allá de hasta donde alcanzaban nuestras fuerzas. Así, sufrimos la humillación de Ática, donde fuimos derrotados y expulsados por el rey Cécrope de Atenas. Perdimos los dominios en Tirrena, de las costas e islas del Mar entre Tierras y vimos cómo se alzaron las gentes de Lybia. Durante más de dos décadas permanecemos en la Península, protegidos por los hielos perpetuos ante cualquier ejército invasor, curando las heridas y... cuestionando el poder de Atlas, en lo que ha significado la progresiva decadencia de un reino de reyes concebido para ser imperio —comentó Epolis, con voz pausada, triste.

—Nunca debimos... —asintió Argan.

Una suave voz deshizo los recuerdos de Argan por completo y silenció las palabras de Epolis, mientras Menalipa se levantaba con un trapo húmedo en su mano. La reina Treita, que solía acercarse a menudo a preocuparse por la salud del rey de reyes, había llegado.

—Veo que nuestro soberano no mejora. ¿Sabes qué hacer ante la amenaza que viene de Gadeira? No, claro. Esperaremos a que Argan mejore, ¡si en ello está nuestro destino!

Menalipa se molestó, no le gustaban las formas de Treita y se sentía mal con las miradas desconsideradas que le hacía. Se alejó de la habitación, dejando a Epolis con ella, al cuidado del rey.

Esa noche, Menalipa acompañó a Andrea en la cena. Dejando atrás las preocupaciones de palacio, ambas rieron mientras hablaban de su primer beso de amor con otros jóvenes y de los sentimientos que despertaron.

—Mi amor por Cronos hoy es todo. Un beso suyo es miel para mis labios. Le deseo tanto... —apuntó Menalipa, con una sonrisa enamorada.

—Yo besé a hermosos jóvenes, ninguno de ellos hizo vibrar mi cuerpo ni mi alma. Pero ella es tan hermosa que solo con su presencia tiemblo de emoción.

—¿De quién estás enamorada? ¡Dímelo! —gritó Menalipa, agarrando sus manos y mirándola expectante, alzando las cejas y mordiendo su labio inferior.

Andrea se ruborizó y agachó la cabeza. Menalipa, viendo que la incomodaba y sentía una vergüenza incomprendida, cambió de tema.

—Estoy preocupada, el rey no mejora. Su piel se tornó cobriza, me temo lo peor.

—No, no digas eso. Sanará.

—Roguemos a los dioses, sino no sé que pasará ante tanta ambición.

—Será mejor no hablar delante de Treita, desconfío de ella.

—Sí, no me complace lo que relata de sus visitas a Gadeira. A saber qué cuenta allí de Atlas. Habla mucho y mal de demasiada gente.

Avanzada la noche, Menalipa partió hacia el templo de Clito, pues, preocupada por Argan, deseaba seguir descifrando los manuscritos de su madre, donde tal vez podría encontrar algo, una señal, un relato, una salida... El color de la piel del rey le recordaba a la primera vez que vio a Évenor, en aquella camilla, enfermo.

A altas horas de la madrugada, con la mirada cansada a la luz de una débil llama y con un largo bostezo en su boca, localizó un pequeño pergamino de fino cuero. En él, Armonía relataba cómo trató las fiebres malignas que sufrió el príncipe.

De pronto, Menalipa, aterrada, alzó su rostro con una exclamación agónica. Se esforzaba en releer una y otra vez el escrito de su madre y, dándole sentido de nuevo, agachó su cabeza, bajo los ojos, abrió la boca lentamente y posó la mano en su frente. Había hallado lo que buscaba. Se levantó de golpe, chocando su espalda contra la pared. El cuero escrito por Armonía cayó al suelo. Menalipa se arrodilló y lo agarró de nuevo, rápidamente, entre sus manos. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando recordó las palabras que su amada madre le dijera un día al calor de la hoguera: “Hija mía, si buscas la verdad, primero has de hallar qué se oculta tras ella”. En ese instante vio lo que se escondía tras la herida del uro en Argan.

Corrió por las calles de la acrópolis hacia los alojamientos del rey. La noche se nublaba, el cielo rompía y el agua comenzaba a caer con fuerza. Su prisa por llegar la hizo caer varias veces hasta que, subiendo las escaleras que daban al palacio, se agarró con fuerza al brazo de uno de los lanceros de la guardia real.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el capitán de la guardia al verla tan descompuesta y mojada.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Epolis! ¿Dónde está Epolis? Mandad traerlo ante mi presencia... ¡Te lo suplico!

—Epolis partió hacia Gadeira hace ya unas horas. ¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó mientras le ofrecía su capa para que secara su rostro y se cubriera.

—¡A Gadeira?

—Quería conversar con Gadir, posiblemente sobre las intenciones de la reina Hipólita. No creo que sea una visita de familia.

—No quiero que nadie se acerque al rey hasta que Epolis regrese, por favor. Infórmame de su vuelta en cuanto acontezca. ¡Debo hablar con él sin falta!

Menalipa le miró alzando las cejas, le apretó las manos y entró en el palacio, dirigiéndose con prisa hacia las estancias de Argan. Entrando en la habitación con una pequeña pira en un cuenco, se acercó a él y le levantó los párpados. Sus pupilas dilatadas y su boca reseca no anunciaban nada bueno.

Un pequeño ruido la puso sobre aviso, cubrió la llama y corrió a cultarse en las sombras de la esquina que daba al balcón, tras unos oscuros velos que adornaban las anchas paredes del aposento. La puerta de la habitación se abrió en silencio y, entrando a oscuras, entre las sombras de las diminutas velas, cual alma temerosa, una mujer se acercó a Argan mientras Menalipa la observaba oculta. Pasó la mano por la frente del rey, se sacó de la manga un pequeño frasco de barro y, vertiendo parte de su contenido en la copa que mantenía el agua fresca, alzó la cabeza del rey para darle de beber.

Menalipa salió de la oscuridad y, dando llama a la tea que iluminaba el lecho, tomó el brazo de la mujer que mantenía el frasco y dio certeza a sus sospechas.

—¡Treita! ¡Eres tú quien mantiene la agonía de Argan con extracto de atropa!

La reina, viéndose sorprendida, la miró seria sin saber qué decir.

—Estás matándolo, como antes trataste de acabar con la vida del príncipe. Tras la herida del uro anda oculto tu veneno —le espetó Menalipa.

Treita reaccionó, abrió sus manos y el frasco cayó al suelo rompiéndose en pedazos.

—¡A mí la guardia! ¡A mí la guardia! ¡Quieren matar al rey! ¡La hija de la bruja quiere matar a nuestro soberano! —gritó con presteza, llamando a la guardia, pidiendo favor.

Menalipa quedó de piedra ante tales palabras, sin saber reaccionar ante tamaña falsedad. Las puertas se abrieron de golpe, cuatro guardias con sus lanzas y teas en sus manos entraron en el aposento.

—Yo ordené la muerte de tu amada madre —le susurró Treita, sonriendo pérfida ante Menalipa.

—¡No! —exclamó la joven, atónita y dolid.

—¡Matadla, ha envenenado al rey! ¡Acabad con la arpía! —ordenó a la guardia.

Los lanceros miraron a Argan, que se retorció en su lecho, y templando sus armas se dirigieron hacia Menalipa, que en vano negaba con la cabeza mientras daba pequeños pasos atrás hacia el ventanal.

—¡Matad a la traidora! —gritó Treita, continuando con su farsa—. ¡Lleva la sangre de la bruja en sus venas! ¡Ha envenenado al rey con sus oscuras artes! ¡Quiere hacerse con Atlas, como hizo su hermana con Gadeira! ¡Acabad con ella!

Viéndose perdida, Menalipa miró por el ventanal. La altura era considerable, pero

la profundidad del foso también. En el momento en que los guardias cargaron contra ella, saltó al vacío y se sumergió en las frías aguas. Dos arqueros se dispusieron en el ventanal lanzando saetas sobre el rastro de burbujas que había dejado su entrada en el agua, hiriéndola en el brazo. Aguantó la respiración asida a una gran raíz que permanecía bajo la superficie. Se deshizo de parte de su vestidura manchada en sangre y nadó con fuerza, sin asomar la cabeza, por el fondo del foso, sin soltar una burbuja, hasta alcanzar la orilla contraria. Con sus pulmones a punto de reventar, alzó suavemente y con cautela parte de su rostro para tomar aire. La tormenta arreciaba y la luna, oculta, facilitó su huida.

La guardia bajó hasta el foso y recorrió la orilla buscando su cuerpo, pero solo hallaron una de sus sandalias y la tela de su vestido que, teñido de rojo, se mecía sin voluntad en el agua. Tomaron las prendas y las llevaron ante Treita, que permanecía en la habitación, junto a un moribundo Argan.

—La fugitiva ha muerto, mi señora —le aseguró la guardia entregándole el jirón manchado de sangre y la sandalia.

Treita les miró sosteniendo en sus manos los restos del vestido.

—Desplegad la guardia hasta la muralla, traedme su cadáver —ordenó—. Yo cuidaré del rey... ¡Y rogado a los dioses que hayamos podido actuar a tiempo!

La guardia salió de los aposentos. Treita cerró la puerta y se acercó a Argan, tomó la copa de agua entre sus manos y se la acercó a los labios.

—Toma, bebe, pronto te sentirás mejor... —susurró, sonriendo mientras le acariciaba su melena blanca.

## CAPÍTULO 16 · EL REINO DE TRÍBADA

El cálido viento soplaba con fuerza, arrastrando la sal hecha arena de aquel desierto por encima de los guerreros de Évenor, cubiertos y tumbados en el suelo sin futuro alguno. El nuevo día no había traído ninguna nueva y, vencidos, yacían esparcidos, en grupos de tres, en solitario, en la tierra quemada que devoraba sus carnes. Sedientos y sin agua, sin fuerza para alzar sus cuerpos, esperaban en silencio que se consumara su trágico destino.

Un grupo de buitres planeaba en lo alto, anunciando la muerte a los demás carroñeros del desierto. Dos chacales comenzaron a merodear, acercándose temerosos a uno de los cuerpos. El ulular del gran búho se volvió a oír y las alimañas salieron huyendo. El sol abrasador caía sin piedad, quemando el rostro de Évenor que, resguardando su mirada con los brazos, despertaba ante el golpeo de unos cascos de caballo en la arena y el agudo aullido de los chacales en carrera. La arenisca le salpicó en la cara. El príncipe abrió los ojos, viendo como una figura desmontaba y se inclinaba para observarle. El rostro de una mujer le hizo pensar que vivía un sueño. Pero el agua que cayó sobre su cabeza le trajo a la viva realidad con fuerza.

—¡Aaahhhhhh! —exclamó alzándose de golpe.

Ante aquel grito, los guerreros atlantes se incorporaron lentamente, tosiendo el polvo que inundaba sus gargantas, limpiando sus caras y alzando los labios, tan sorprendidos como animados, tan temerosos como gallardos. Habían sido rodeados por una docena de extrañas mujeres que les miraban cabalgando sobre hermosos caballos. Vestían con una túnica recogida con dos cinturones, un pantalón de tela fina, ancha y de tintados relieves; adornadas con pieles de fieras, calzadas con borceguines encordonados en sus tobillos y con un gorro curtido, alto. Trotaban armadas con jabalinas, espadas y arcos.

Évenor dio un paso al frente, tambaleándose, y las miró, aún incrédulo ante la realidad: eran guerreras a caballo. Algunas descabalaron y se apresuraron a darles agua y a cubrir las quemaduras producidas por el sol, con trapos y velos húmedos. Algunos hombres cayeron rendidos al suelo, dejándose atender. Otros luchaban por mantener su hombría y aguantaban en pie observando a las mujeres salidas de la nada, que se esforzaban por reanimarles y refrescar sus cuerpos.

Una de ellas, la más veterana, se dirigió a ellos. Pero nada entendieron de sus palabras. Volvió a intentarlo con otras lenguas, sin otra respuesta que el silencio. Entonces Thesitas, que todavía dormitaba, abriendo los ojos agónicamente, la miró y, alzándose entre lamentos y quejidos, se dirigió hacia ella.

—¡Mi amada Sria, qué hermosa y bella te ven mis ojos! —exclamó de pronto.

La mujer se dirigió hacia Thesitas y visiblemente emocionada le dio un abrazo.

—¡Oh, mirad quien está aquí! —gritó—. ¡Es el gran Thesitas! ¡Hacía mucho tiempo que no sabíamos de ti!

Esas palabras hicieron sonreír al príncipe. Fue entonces cuando descabalgó aquella joven de largos cabellos rubios y grandes ojos negros, que vestía cota de malla de bronce sobre su túnica y una corta capa de piel de leopardo, y con pie firme se dirigió altiva a Évenor, pues fue quien dio un paso al frente para recibirla.

—¿Quiénes sois y qué hacéis muriendo en esta tierra?

El príncipe comprendió que era, sin duda, la que se encontraba al mando.

—En primer lugar, agradecer tu favor. Sin vuestra presencia, mal hubiéramos acabado —dijo—. Soy Évenor, príncipe de Atlas, heredero de la Corona de Atlanta, y he aquí mi buen amigo Cronos, rey de Terya; y mis fieles soldados, mi guardia en este tan largo viaje que hasta tu presencia me ha traído.

La joven se acercó.

—¡Un príncipe! ¡Emocionante! —exclamó con ironía y dio una vuelta alrededor de él, observándole en silencio, detenidamente, con las manos posadas en su cinto, del que colgaba una vistosa daga.

—¿Quién eres? ¡A quién debo mi gratitud? —preguntó Évenor, siguiendo sus pasos con la mirada.

—Mi señora querrá saber de tu reino... Recobra el resuello y marchemos. El sol cae duro y Tribada no queda lejos —le contestó abriendo con exageración los ojos y alzando la cabeza. Después se giró y, ligera, montó en su caballo.

—Llamadme Ainia; ese es mi nombre.

El príncipe asintió. Pero la cercanía de aquella mujer puso a su vista la medalla que de su cuello colgaba: una luna, idéntica a la de su amada Hipólita, por lo que supo que había llegado hasta el pueblo de Armonía y sus hijas. No podía ser de otra forma.

Salieron del desierto de sal, cruzando unos montes escarpados, perforados por numerosas cuevas, vestigios de antiguos habitantes, que se perdían en el tiempo. Corta fue la marcha, pues, tal y como había indicado el viejo Thesitas, en una pequeña garganta que daba paso a un profundo valle se alzaba Tribada. Dentro, la ciudad se

abría en abanico formando grupos de pequeñas edificaciones alrededor de una ancha calle de piedra que atravesaba toda la población de este a oeste.

Évenor observaba las callejuelas paralelas que se cruzaban entre sí de norte a sur y de este a oeste. Las casas, bajas y de forma cuadrada, todas iguales, estaban alzadas con tapial pintado de blanca cal, se adornaban de matas, flores, caracolas, pequeñas esculturas de mujeres armadas con arcos o jabalinas, y de otras tallas en forma de luna. Las niñas jugaban confiadas en los extensos jardines que rodeaban las calles y les miraban sonriendo; les tiraban de la túnica y salían corriendo. Un agradable olor a espliego y regaliz envolvía cada recodo de su camino.

Un grupo de jóvenes, con aperos de labranza y mala gana, pasó en formación hacia las afueras. Después se cruzaron con varias guerreras a caballo. Las bronceistas trabajaban duro el metal, parando a su paso para observarles y continuar, de nuevo, con su labor. Más allá, en un campo de tiro alzado sobre una plaza de hermosas columnas talladas y suelo de piedra grisácea, varias arqueras ejercitaban el arco con maestría, rodeadas de doncellas que las observaban con detenimiento.

En aquel lugar daba la sensación de que cada cosa estaba en su sitio, excepto los hombres. En Tríbada apenas se veían varones en sus alledaños y menos aún conforme ahondaban en su interior. Solo mujeres salían de sus moradas a su paso, fijando los ojos en ellos. Todas limpias y acicaladas, sin ostentosos adornos; bien vestidas con ropajes humildes y coloridos; con túnicas, chitones, pantalones y cueros sencillos pero cómodos. Y entre ellas, numerosas guerreras que sobre sus vestimentas alzaban petos de gruesa piel o de malla de bronce; que marchaban con una espada envainada sobre la espalda y un pequeño casco puntiagudo sobre su cabeza, o un gorro alto de pieles acabado en espiral.

Llegaron hasta un jardín bordeado de tres pequeños palacetes de singular belleza, en uno de los cuales fue alojado Cronos. Los soldados fueron repartidos en varias casas, donde fueron acogidos y atendidos por diversas mujeres que les brindaban amistad y cuidaban de sus castigados cuerpos. Thesitas se perdió con su amada Sria. Évenor acompañó a Ainia, la guerrera de largos cabellos rubios, hasta una amplia plaza; el ágora de Tríbada, adornada por bellas fuentes con esculturas de féminas, que, abrazadas, se besaban o mataban. Al fondo se hallaba un pequeño y humilde templo de altas columnas, alzado de roca caliza y piedra blanca, carente de oro, argénteo u otros metales preciosos.

—Tú seguramente te quedarás allí, en palacio —dijo Ainia, sin esperar palabra alguna y se dirigieron hacia el templo en silencio.

En su camino, pasaron ante una niña sentada en un escalón, de apenas ocho años, de pelo corto y sonrisa encantadora, que portaba en una mano un pequeño arco y en la otra una saeta. Le miraba con los ojos abiertos como platos. Con denotada curiosidad, se levantó y comenzó a seguirle acercándose a él, hasta acompañarle en sus pasos.

Évenor sonrió y la miró posando la mano sobre su pelo rubio, tintado de colores, acariciándole la cabeza.

—¿Cómo te llamas, hija?

La niña apartó de inmediato la cabeza al notar su caricia y, lanzando un potente silbido, con un rápido movimiento, le hirió en la mano con la saeta.

—¡No! —exclamó Ainia.

La pequeña le miró con muestras de enfado y se alejó corriendo.

—Pero..., ¿qué le hice? ¿Por qué se ha molestado?

—Es una niña difícil. Nació sin palabras, su voz son penetrantes silbidos. No te preocupes, no ha sido tu culpa. Ella es así.

Évenor miró a la niña, que cruzaba el ágora corriendo, y fijó su vista de nuevo en el templo mientras cubría la pequeña herida con una tela que le proporcionó Ainia. En la fachada destacaba con fuerza una imagen tallada con arte, que reflejaba una mujer con un arco tensado dando forma a una luna que parecía real. Bajo ella, en el cuarto escalón de las anchas escaleras que se alzaban hasta la puerta, se encontraban sentadas dos mujeres vestidas tan solo con túnicas largas de finas sedas. La primera, de cara a él, de largos cabellos blancos, acicalaba con ternura el cabello rojo de su compañera, la cual permanecía de espaldas y con la cabeza inclinada.

Llegando al pie de las escaleras, la formación de guerreras que acompañaba a Évenor descabalgó y formó la guardia en pasillo. Ainia saludó con una leve reverencia.

—Mi amada Artemisa...

Sin dejarla continuar, aquella atractiva mujer marcada por el tiempo y la sabiduría, alzó su rostro fijando sus ojos en los del príncipe.

—Los vientos de Ilión me hablan de un joven atlante, inquieto... ¿Eres tú aquel que, herido de amor, busca venganza y olvido vagando fuera de su reino de oro y argénteo? —le preguntó.

Ante una pregunta tan directa, Évenor no supo qué contestar. La voz de la mujer era tan grata o dulce como su templanza y belleza. Dio un paso al frente e hizo una leve reverencia.

—Soy Évenor, noble señora. Heredero de la Corona de Atlanta, hijo de Pyrene y Argan, rey de reyes. Ese es mi nombre. ¿Y quién eres, que tan ciertas palabras sabes de aquél al que no conoces?

—Yo solo soy Artemisa... y estas, mis hermanas —le contestó extendiendo sus brazos con las palmas de las manos abiertas, ante toda la ciudad—. Descansa príncipe heredero, debes recuperarte de tu fatiga. En mi casa serás rey, pues nada te faltará. Pero antes, dime... ¿Porqué cruzas el mundo persiguiendo un espejismo si tu realidad se halla en Occidente?

—¿De qué vale preocuparse en casa por la hierba del carnero, cuando el lobo acecha a lo lejos? —respondió devolviendo la pregunta, esperando que sus palabras fueran bien entendidas.

—Comprendo. Pero, ¿qué culpa tendrá el lobo de ser lobo? —contestó Artemisa tras un momento de silencio, a la vez que ladeó la cabeza y siguió acicalando el pelo de su compañera.

Ainia agarró del brazo a Évenor.

—Vamos, debes descansar.

El príncipe anduvo unos pasos. Pero deseoso de saber más, se dirigió de nuevo hacia ella.

—La luna, la he visto en otra ocasión —le preguntó señalando la escultura del templo—. ¿Quiénes sois? ¿Quién eres en verdad?

—Ya tendremos tiempo de hablar, ahora descansa —respondió Artemisa.

—¿Conociste a Armonía en vida, verdad? Sabes quien fue...

Entonces se giró sobresaltada la segunda mujer, la de largos cabellos rojos.

—¿Armonía está muerta? —preguntó inquieta.

El príncipe abrió los ojos incrédulo. El rostro de aquella mujer parecía ser el de Armonía; solo su melena roja y esa larga cicatriz que atravesaba su faz la distinguía. Se trataba de la brava Mirina, azote de Gadeira. Pero no fue reconocida por el príncipe, pues nadie pudo ver en combate su rostro.

Artemisa tomó con ambas manos la cara de Mirina y besó dulcemente sus labios mientras acariciaba su cabello. Luego, se volvió hacia Ainia.

—Acomoda al príncipe heredero. Es mi deseo que pronto recobre sus fuerzas y podamos intercambiar dichos y conocimientos —le ordenó con amabilidad.

Y girándose de nuevo hacia Mirina, volvió a besar su boca.

—Sí, mi amor, Armonía murió —le dijo.

Mirina bajó la cabeza, confusa y extrañamente dolida, sin retirar la mirada del joven atlante.

—¡Vamos! ¡No tengo todo el día! —le apremió Ainia.

Ambos siguieron su camino, pasando ante las dos mujeres, y entraron en el templo. Mirina le miraba desafiante, clavando sus ojos en él, mientras Artemisa prosiguió acicalando su pelo.

Évenor subió hasta un segundo piso, donde Ainia le acomodó en una espaciosa habitación, de amplio lecho y grandes ventanas.

En los escalones, Mirina tomó de la muñeca a Artemisa, deteniendo sus caricias.

—¿Cómo murió? —le preguntó.

—Solo sé lo que el viento me cuenta... Una espada traidora, la muerte silenciosa de la cobardía enmascarada. Una muerte que no merecía.

Mirina contrajo su rostro con una expresión amarga y se sintió mal.

—No era la suerte que esperaba para mi hermana Armonía. Deseaba darle muerte digna, en batalla.

—¿Le quieres para ti? —preguntó Artemisa, pensando en Évenor, y dirigió la vista hacia el segundo piso del templo.

Mirina le sonrió y pasó la mano por los labios de Artemisa. Luego besó su boca, mordiendo con delicadeza sus labios.

—No —le contestó.



## CAPÍTULO 17 · LA REINA TREITA, REGENTE DE ATLANTA

En Atlas, el pueblo estaba de luto. El rey Argan había muerto. Por sus calles la gente lloraba ante un futuro incierto. Alejado el heredero de la Corona, temían un desenlace fatal por el poder de la acrópolis. Sin Évenor presente, la regencia del trono correspondía al rey Méstor por derecho de sucesión, algo que poco agradaba al consejo de sabios y a los militares. Por otro lado, las columnas de guerra estaban preparadas para hacerse con el poder y entrar en combate. Generales y capitanes acudieron con sus armas al funeral del rey muerto, dejando constancia de su fuerza marcial y de su deseo de ser escuchados ante el Consejo.

En el panteón de Poseidón, los restos de Argan, embellecidos y acicalados con flores, oro y argétea, eran calcinados en una enorme hoguera. La reina Treita asistía, ante todos, desconsolada, acompañada de su consorte, el rey Méstor. También se hallaban presentes Epolis y Andrea y los sabios de Atlas, conmovidos por la tragedia. Hasta allí habían viajado Azaes y su amada Luna Roja. Así como los nobles leales venidos de las tierras de Lybia y de Terya, incluso de Elisippos y Gadeira. Un gran tumulto de gente rodeaba el templo donde quedarían sepultadas las cenizas. Sus alrededores se habían cubierto de pequeños cuencos de brea, con su tenue llama, y de numerosas ofrendas y ramos de flores. Arrodillados, en silencio, lloraban la muerte de su rey: era la despedida del rey de reyes de Atlanta.

El silencio respetuoso dio paso al murmullo inquieto. Sin que nadie la esperara, la reina Hipólita, acompañada por sus comandantes Mimi y Tarss y por una poderosa guardia armada de cincuenta jinetes de relucientes corazas y largas lanzas, que impresionó incluso a los más aguerridos de los generales de Atlas, se presentó ante el asombro de todos y sin que nadie se atreviera a decir nada. Su presencia imponía un respeto tan solo alcanzado por el mismo rey Argan, y más así, vestida de guerrera.

La gente se alzaba a su paso, mirándola con curiosidad y temor. Muchos habían oído hablar de ella, pero eran pocos los que la habían visto. Llegando a las escaleras del panteón, descabalgó y subió acompañada de sus comandantes, hasta el escenario donde se hallaba la realeza y los nobles. Posó sus manos sobre una barandilla y observó arder la gran pira sobre la que se elevaban los restos de Argan.

—¿Cómo se atreve? ¡Qué osadía! —comentaban los más atrevidos en voz baja.

Treita no tardó en acomodarla y prestarle la debida atención. Sabía que como reina de Gadeira formaba parte de Atlanta y tenía voz y voto. Pero sobre todo tenía un poder militar que todos temían.

—Mi querida amiga, sabía que vendrías. Te he reservado tu debido trono en la sala de reyes. En unos momentos, cuando el fuego muera, debemos debatir los asuntos de la Corona en unas nuevas Cortes de Soberanos y será grata vuestra presencia.

Epolis se hallaba dubitativo. Se preguntaba cómo podía un ser tan dulce y noble como Menalipa atentar de tal manera contra el hombre que le dio su mano. Observando a Hipólita y su porte guerrero, halló respuesta a su pregunta. Y otra cuestión asaltó su mente: ¿por qué Argan deseaba que las columnas de Atlas no se alzaran nunca contra Hipólita? El viejo sabio permanecía tranquilo. Antes de marchar a las montañas del norte en busca de hombres y caballos, Gadir le había hecho saber que nada tenía que temer de su reina, a la que él mismo veneraba y servía con orgullo.

Andrea, fascinada, miraba a aquella hermosa doncella, reina y guerrera, que aceleraba su corazón y sonrojaba su rostro: Hipólita. Entonces pensó en el anillo de Menalipa y se giró para correr a buscarlo. Pero la mano alerta de Treita sujetó fuerte su brazo.

—Ay, mi querida Andrea, ¿puedes acompañarme? Tú que siempre eres tan atenta. Me siento agotada con este calor...

La nobleza se dirigió hacia la sala de Cortes. Treita sentó a Hipólita en el trono de su derecha, a su lado, quedando Andrea detrás de ella. Méstor se sentó a su izquierda. Frente a ellos: el rey Azaes, acompañado de Luna Roja; el sabio Epolis, como voz de Évenor; el sabio Trinio, llegado desde Terya en representación del rey Cronos; y Serien, como comandante militar de Atlas. Tres de los tronos quedaron vacíos.

—Os damos la bienvenida a todos en este triste día en el que decimos adiós a un gran hombre, a un gran rey... —inició las Cortes el sabio Epolis por ser el más anciano y, también, mano derecha del fallecido rey.

Entonces se dio cuenta de que no podía hablar aquello que había pensado porque se hallaba presente la reina Hipólita. Pues, ¿cómo iba a debatir sobre la muerte del rey sin nombrar a Menalipa? ¿Hablar de las ambiciones militares de Gadeira o de la conveniencia de enviar la columnas de guerra contra Hipólita hallándose allí, entre ellos? Por un momento se hizo el silencio, un silencio incómodo.

—Desconsolado queda el reino con la muerte de un gran rey. Pero llega la hora de seguir adelante y, como bien sabemos, por línea de sucesión es mi esposo el rey Méstor quien debe regir la Corona de Atlanta y el reino de Atlas hasta que sepamos qué fue del príncipe heredero —apuntó con inteligencia Treita, obviando mencionar cualquier acto que pudiera serle contraproducente.

El comandante de Atlas, Serien, veterano hombre de combate de rostro enjuto, se levantó y negó con la cabeza.

—El rey Méstor se preocupa más de sus alhajas que de regir la tierra. Su vanidad y las malas artes empleadas sobre su propio pueblo para enriquecerse son conocidas sin recato. Antes serán mis generales y sus espadas los que gobiernen la Corona. El rey Méstor, como bien sabemos todos, no está preparado para gobernar en verdad tierra alguna. Solo hay que pasear por las calles del puerto de Atlas o por las aldeas de Elisippos y observar cómo viven sus gentes —concluyó con dureza.

—¿Cómo te atreves? —preguntó indignado Méstor.

—No, está bien que se atreva. La Corona no puede recaer en tus manos, no estás preparado para tal responsabilidad —dijo Azaes.

Hipólita escuchaba con interés cada una de las manifestaciones. Girándose hacia atrás, vio a Andrea que permanecía junto a ella, inmóvil; y le tomó de la mano.

—¿Podrías acercarme un poco de agua si fueras tan amable? —le preguntó.

La joven quedó atónita. El rubor tiñó su rostro sintiendo el calor del suave tacto de la mano de Hipólita y asintió, sonriéndole, sin poder pronunciar palabra alguna.

Treita reaccionó rápido. No permitiría que Andrea se alejara de su vista mientras Hipólita se hallara presente en la acrópolis.

—No, no te preocupes, ya mandé traer jugos de fruta fresca para calmar nuestra sed, mi buena amiga —le susurró y, rápido, hizo gestos con la mano alzada a sus sirvientes para que trajeran bebida.

Andrea quedó muda, ruborizada ante la mirada de Hipólita que, tras sonreírle, se volvió de nuevo para escuchar las palabras de aquellos prohombres.

Ante el silencio de Hipólita y las columnas donde rezaban las leyes de Poseidón, decidieron reyes, militares y sabios que Treita sería regente de Atlanta hasta que el legítimo sucesor del trono regresara de su lejana misión, si permanecía con vida. Méstor, molesto, quedó al margen. Treita, con el apoyo de cuatro de los hombres presentes y la indiferencia de Hipólita, recibió el poder de Atlanta. Tan solo Azaes se mostró ciertamente insatisfecho con lo acordado.

—El rey Méstor ha demostrado en reiteradas ocasiones cuales son sus máximas aspiraciones, así como su incompetencia en temas de estado, pero tampoco creo que la reina Treita sea la persona más indicada para dirigir nuestras tierras, ni que sus ambiciones sean menores. Creo que debería ser un consejo de sabios, dirigido por Epolis, quien obtuviera tan gratificante y sacrificado honor —aseguró Azaes.

Pero sus palabras no obtuvieron respuesta ni tenían poder alguno, si bien fueron escuchadas por Hipólita.

—Mi querido Azaes, tu vida en el campo, entre salvajes y con esa mujer sin clase alguna, os está afectando... Los sabios nos aconsejan, pero solo eso. Somos los reyes, hijos de dioses, quienes debemos ostentar el poder por el bien común de todos —le respondió amablemente Treita.

Hipólita a miró un tanto perpleja, con una mano en el mentón y la otra sobre la empuñadura de su espada.

—La reina Hipólita es diferente. Fue un regalo enviado por los dioses de Oriente, es hermosa, sabia y distinguida —añadió pensando que podía haberla ofendido con sus palabras—. Yo misma la preparé para ser reina. Y ahora, deciros que mi primer paso como regente será mandar a buscar al heredero y traerlo ante nuestra presencia, pues bien hemos de saber de su suerte para normalizar esta situación.

Pasado un mes, lejos de allí, la dulce Menalipa, temerosa por su vida, encontró seguridad tras lograr contactar con Andrea en el mercado. La cual la llevó al barrio alegre donde convivió un tiempo oculta.

—Aquí nadie rebuscará, puedes quedarte cuanto desees —le dijo Mariska.

—No. Está decidido, será lo mejor para todos —aseguró Menalipa—. Con la ayuda de Sarko podré cruzar la muralla. No quiero poner en peligro la vida de nadie.

—Vamos pues, salgamos ahora que es tiempo de mercado y la entrada a la ciudad anda revuelta de gentes y andrajos. Todo saldrá bien —apuntó Sarko, animándola.

Oculta entre la paja de un carro tirado por dos viejas mulas y conducido por Sarko, Menalipa logró salir de la acrópolis. Atravesaron los campos dorados de cultivos y cereal hasta llegar a una hacienda del valle, no muy lejos del Bosque Maldito.

—Éste será tu nuevo hogar y yo seré tu sombra y guardián —aseguró Sarko, dando un salto del carro mientras Menalipa sacaba la cabeza y una hermosa sonrisa entre la paja.

Con un lamento, el guerrero se restregó la pierna donde fue herido por aquel oso y, lanzando una maldición, ayudó a la joven a descender del carro.

—Yo te procuraré alimento y resguardo, nada has de temer. Mi vida es tuya.

—Gracias, mi querido Sarko. Pero tu vida es tuya, de nadie más. Algún día espero poder recompensar de alguna forma tu ayuda... Cerca de mi bosque, no necesitaré de mucho más —aseguró Menalipa.

Andrea la visitaba a menudo en aquella morada del valle, consolando su pena e informándole de cuanto acontecía en la acrópolis. Sarko dejó la guardia real, pues las heridas propinadas por el oso le habían mermado su agilidad y fuerza; además cojeaba cada vez más. Gozaba de un buen retiro gracias a sus artes de broncista, con sus dos hijas, los yernos y las caricias de Mariska; la cual había dejado finalmente su trabajo, pero no su hogar. Le gustaba arreglar y templar las mallas y artes de sus antiguos compañeros de armas, que a menudo pasaban a visitarle. Guerreros que mostraban abiertamente su simpatía por las formas y el gobierno militar desarrollado por Hipólita. Allí Menalipa se sintió segura, estaba a salvo.

En Gadeira, el inesperado final de Argan pareció no alterar en nada los planes de Hipólita. Poco a poco fue concentrando más fuerzas. Nadie conocía sus intenciones, pero todos la temían. Levantó un campamento militar al mando de Tarss en los campos del oeste, más allá de Atlas. Se hallaba oculto en los frondosos bosques que se alzaban ante las dunas de las costas atlánticas.

Gadir, empeñado en complacer a su reina, había regresado de su misión por tierras del norte con notable éxito.

—Mi reina, ha sido complicado. Pero traigo no menos de setecientos caballos y dos mil hombres libres que por Gadeira y su oro lucharán como leones.

—No esperaba menos de ti, mi comandante.

—Te lo ruego, acompáñame —le dijo Gadir con una sonrisa, ofreciéndole su brazo.

—¿A dónde me llevas? —le preguntó ella con una mueca interesada.

—Es un regalo de los dioses que me sirvo en ofrecerte —le contestó.

Bajaron las escaleras del palacio, saliendo a la calle. Hipólita se quedó atónita y su cara se iluminó sonriendo de alegría. Un esbelto caballo castaño oscuro, casi negro, con una marcada crin, se alzaba relinchando frente a ella, sujeto por un lancero que apenas podía contener su furia.

—Zaino es su nombre y tuyo es. ¡Pero ten cuidado, pues es bravo!

Hipólita miró a su comandante y sintió deseos de abrazarle. Pero en su lugar le sonrió como nunca, llegando hasta su corazón. Y bajó las escaleras lentamente, con la mano extendida, y la posó en el morro del caballo, el cual dejó de bufar ante el asombro de Gadir. La reina lo observó detenidamente. Le habló con dulzura, acarició su cuello, su pecho, las quijadas y montó sobre él con un ágil salto. Zaino se alzó sobre sus cuartos traseros y galopó con Hipólita en su lomo por la acrópolis. La gente quedaba asombrada a su paso, viendo a su reina sobre semejante animal: joven, esbelto, hermoso y salvaje como ella.

Regresando a palacio, Hipólita saltó de Zaino, se acercó a Gadir y extendió su brazo estrechándolo fuerte con el de su comandante, uniendo sus cuerpos de lado por un momento.

—¡Sin duda sabes complacer a una reina! —exclamó, mirándole a los ojos.

Gadir se sintió muy bien participando de su alegría y retiró su brazo con una caricia oculta que no pasó desapercibida.

—Los hombres y las bestias se dirigen al campamento de Tarss. Allí fortalecerán nuestro ejército, mi reina.

Al día siguiente, Hipólita y sus tres generales marchaban al campamento militar; donde pasaron varios días organizando y estudiando las necesidades de su colosal ejército: 4.000 soldados, 900 jinetes y 140 aurigas con sus lanceros formaban a sus órdenes. La reina convocó una mesa redonda con sus mandos directos, en la que participaron también los capitanes de la guardia real, elegidos todos ellos por el propio Tarss.

—Os he hecho llamar porque, como bien sabéis, quiero formar un ejército capaz, poderoso y ágil —expuso Hipólita—. Por ello he diseñado las siguientes unidades que recaerán sobre vuestro mando: los carros de guerra, excepto los de carga, serán de dos ruedas, armados con lanza, espada y arco, y dos guerreros serán los responsables de cada uno de ellos. La caballería se dividirá en tres unidades: una ligera para ostigar, con espada, carcaj y venablo; una pesada para embestir, con protecciones de bronce, escudo, espada y una resistente lanza... y una tercera, más pequeña, con los caballos más rápidos, con espada y carcaj, nos serán de gran ayuda y harán las veces de enlace.

Tras un breve silencio, Hipólita siguió con su discurso, dando la vuelta a la mesa, pasando ante cada uno de sus mandos.

—Las unidades de soldados estarán compuestas por arqueros, lanceros y espadas; con dos columnas bien diferenciadas: las de asalto y las de choque. Las primeras han de ser ligeras y poder actuar con rapidez y precisión sin necesidad de mantener un orden aparente... Pero las de choque serán formadas por los hombres más fuertes, armados con grandes escudos y poderosas defensas. Han de ser infranqueables.

Gadir escuchaba y no salía de su asombro, pues aquel concepto de ejército era moderno y eficaz, y se preguntó: ¿quién le puede haber adoctrinado de tal manera? Aunque él lo desconocía, la respuesta era sencilla: Armonía. En aquellas charlas a la luz de la hoguera, Hipólita había recreado en su imaginación, con sus hermanas Antiope y Menalipa, mil ejércitos y sus batallas.

Pronto circularon rumores entre los sabios y nobles de Atlas sobre el gran ejército que Hipólita disponía. Pero nadie sabía si en verdad era cierto, ni su propósito ni por qué no entraba en las tierras de Cronos, aprovechando su ausencia y la confusión creada ante los fatales acontecimientos. O por qué no se hacía con las abandonadas tierras de Méstor en las costas del Atlántico; quizás por su amistad con Treita, pensaban. Realmente nadie sabía sus intenciones e incluso en Gadeira algunos comenzaban a preguntarse por la necesidad de tal ejército y por el coste que podría significar mantenerlo.

Una temerosa Treita no tardó en invitarla a su mesa, deseosa de calmar su ímpetu de saber. Y de nuevo se abrieron las puertas de la muralla y de cada anillo para que Hipólita llegase hasta la acrópolis de Atlas. Fue todo un acontecimiento, pues, anunciada su visita, el pueblo se agolpó en las calles para ver a esa mujer que vestía como hombre y cabalgaba a lomos de un hermoso caballo; para observar a aquella que se armaba como un bravo soldado y mataba como tal, la que fue salvaje arpía del pantano y hoy era reina guerrera de Gadeira.

Hipólita marchaba acompañada de su fiel Gadir y veinte jinetes, a su paso les brindaban ramos de flores y del cielo caían pétalos de cien colores. Toda la imaginación empleada por Treita para recibirla iba destinada a agradar a la joven reina, ya que sabía de su odio, pues ella se lo había inculcado; y era consciente de su poder y determinación, pues eran patentes y con hechos lo había demostrado.

Se reunieron en el templo de Clito, donde anduvieron a solas, tomando jugos de zanahoria y manzana, unos higos y unas infusiones de finas hierbas hasta altas horas de la tarde.

—La gente te teme, mi buena amiga —le habló Treita con cierta intención—. Yo les digo que estén tranquilos. Para nada te es preciso entrar en batalla con Atlas. Eso son dichos de quien no te conoce, pues esta también es tu casa y siempre eres bienvenida. Además, el rey que te vendió murió, el príncipe que rechazó tu amor vaga... ¡a saber! Y Menalipa, que te olvidó y robó el corazón, murió. La vida cambia. Ahora tú dominas prácticamente la Península y eres parte viva de Atlanta y de su poder.

Hipólita asintió conforme mordía una manzana.

—Tuyas son las tierras que tomaste —prosiguió Treita—. Nadie pone en duda tu derecho y valía. Mía es la acrópolis y las tierras de Elisippos... ¿O acaso pretendes más?

—No, puedes dormir tranquila. No ambiciono Atlas, ni pretendo las tierras de otros reinos de Atlanta. Veo que tú también me temes. ¿Por qué, mi buena amiga?

—No, yo solo me preocupo por ti y por mi gente. Ya soy mayor y mis hijos aún son jóvenes y no se cansan de preguntar, y son tan respetuosos y temerosos...

Hipólita la miró como quien mira y no ve. Luego, y sin esperar más respuesta, se despidió agradeciendo la invitación y sus palabras.

—Tened como ofrenda de amistad este cofre repleto de joyas y de esta, una espada forjada especialmente para una reina —le dijo Treita.

Hipólita tomó la espada y la observó. Era de oricalco, acuñada con el sello de anillos de Atlas en su hoja y con la empuñadura de oro adornada de argentea.

—Gracias, Treita. No era necesario.

—Lo sé, pero es mi deseo... En verdad lo mereces.

Treita quedó expectante, y satisfecha de su cita. No vio intención alguna en la poderosa reina de entrar en Atlas. Conforme Hipólita se alejaba, el rey Méstor salió a escena, inquieto y risueño como una hiena.

—Eres genial. No solo has acabado con Argan, sino que has traído la paz a Atlanta. Pero, ¿y el príncipe heredero? Será un problema cuando regrese —le dijo acercándose a ella.

—Pero mi querido esposo, ¿acaso crees que los hombres que salieron en su búsqueda pretenden traerlo con vida? —contestó Treita.

Méstor rió con fuerza y la besó.

Hipólita marchaba de Atlas y de nuevo la gente se agolpaba para verla. Al cruzar el segundo anillo de la ciudad, un hombre cojeando y acompañado de una joven encapuchada se lanzó sobre Zaino, esquivando hábilmente a la guardia.

—¡Mi reina, favor! —exclamó Sarko.

Gadir desenvainó su espada y tomándole del pecho con una mano, lo alzó al aire.

—¡Esperad! —ordenó la reina.

El joven general bajó al suelo a Sarko y alzó la capucha con la punta de la espada para ver el rostro de aquella joven.

—Te conozco... Estabas en palacio, tras mi trono —dijo Hipólita al recordarla.

—Es la joven Andrea, mi reina —aseguró Gadir. El cual, vigilándoles, permitió que se acercaran hasta Hipólita.

Andrea estaba extasiada y muda, con un pañuelo en la mano ante la mirada penetrante de Hipólita. Sarko se lo quitó al ver que no soltaba prenda y se lo entregó a la reina.

—¡Menalipa está viva! ¡Todo es mentira! Nos dio esto para ti, mi reina. Y un mensaje te traigo: “¡Recuerda la gran roca de granito!” —exclamó.

Dichas estas palabras, Sarko y Andrea desaparecieron rápidamente entre la gente que se agolpaba para ver a la reina de Gadeira, conforme los guardias de Treita aparecieron dirigiéndose a Gadir.

—¿Algún problema?

Gadir observó a Hipólita que negaba con la cabeza, sin voz, aturdida ante aquellas palabras.

—No, todo está bien ¡Gracias por su favor! —contestó.

Hipólita, confusa y acompañada de su guardia, regresó hasta Gadeira. Entró en la sala de armas, donde se hallaba Mimi devorando un asado de cerdo.

—Mimi, quiero que levantes controles en todos los accesos a la acrópolis, a Terya y a la propia Gadeira. Que no impidan el paso, ni ocasionen ofensa alguna. Pero sí preciso de mi guardia toda la información posible de quienes pasen y sobre qué enseres acarreen.

—¡Así será, mi reina! —contestó Mimi, tras tragar de golpe un buen bocado.

—Mimi, espera... Es mi deseo que también formes discretas patrullas de caballería que vigilen los posibles accesos del norte, de las sagradas montañas de Pyrene y de las costas del Mar entre Tierras.

Acto seguido, Hipólita se dirigió a sus alojamientos y entró dando un sonoro portazo. Se desvistió para meterse en una gran bañera de nobles maderas, donde permaneció por el resto de la tarde relajando su mente y cuerpo.

Caída la noche, vestida con un suave chitón blanco de adornos celestes, se sentó en un trono bajo, con una mano en la frente y los pies posados en la repisa del ventanal. Y miró al exterior, a la vez que saboreaba un vaso de hierbas aromáticas con menta y regaliz, mientras esperaba la cena.

Tras unos leves golpes, Gadir entró en sus aposentos.

—¿Me llamabas, mi reina?

—Dime tú, que siempre reflexionas cualquier acción. ¿Por qué la reina Treita me teme? ¿Por qué me mintió? —preguntó seria mientras tomaba un trago caliente.

—¿Estás seguro de ello, mi reina?

Sin mediar palabra, Hipólita abrió su mano y de ella cayó el pañuelo que Sarko le

había entregado y, sostenido entre dos de sus dedos, se meció un colgante con una medalla en forma de luna, propiedad sin duda de Menalipa.



## CAPÍTULO 18 · LA SALIDA DE TRÍBADA

En Tríbada, los días pasaban para Évenor sin discernir respuesta alguna para sus preguntas, sin poder avanzar ni marchar; sin armas ni hombres, sin caballos ni provisiones. Nadie sabía ni le decía nada.

Ainia, la joven de rubios cabellos y hermosos ojos negros, la única persona de aquella ciudad de mujeres que parecía haberle escuchado, había desaparecido. No volvió a verla y sus intentos por saber de ella fueron en vano. Se sentía prisionero en una jaula de oro. Nada le faltaba, pero nada podía hacer; solo ver pasar el tiempo. Sus guerreros llevaban días desaparecidos, seducidos por la belleza de las doncellas. Ninguna noticia tenía de ellos. Y apenas volvió a ver a varón alguno ni en los campos, ni en las calles. Solo sonrientes mujeres que le saludaban al cruzarse en el ágora y los jardines.

—¿Dónde están los hombres? —se preguntaba. Tampoco había vuelto a ver a Artemisa, y Mirina no le inspiraba confianza alguna.

Como cada atardecer, una hermosa doncella llegó a sus estancias, ofreciéndole sabrosos manjares y delicioso licor, besos y placeres sin fin. Una vez más rechazó las caricias de amor y, alzándose enojado, salió del palacio. Necesitaba saber y se cruzó con Mirina.

—Perdonad, noble señora. He de marchar más pronto que tarde y quisiera poder despedirme de Artemisa y agradecer su bondad.

Mirina le miró sorprendida.

—¿A dónde irás sin caballo ni alimentos? ¿Acaso piensas volver en busca de la muerte al Desolado?

—Quisiera saber de mis hombres, de mis pertenencias... En mis alforjas portaba oro y argénteo con el que pagar caballos y alimentos.

—Nada te retiene en Tríbada, si no es tu deseo permanecer aquí; marcha pues.

Pero tú sabrás qué fue de tus hombres y pertenencias —apuntó Mirina antes de proseguir su camino, dejando al príncipe sin palabra que añadir.

Évenor, decidido, fue en busca del rey Cronos a uno de los palacetes, pues retenía en sus mientes las palabras de Ainia y sabía que allí había sido alojado a pesar de que nunca lo halló. Entró en el primero, de estructura sencilla; resultaba espacioso y cómodo, con varias columnas talladas y anchos ventanales que abrían su vista a un espacioso jardín. Pero estaba abandonado, nadie lo habitaba. Salió y se dirigió al siguiente. Ante su satisfacción y tumbado en un lecho redondo de plumas de oca y sedas de Oriente encontró a Cronos, sin apenas fuerzas. A su lado, Iris y Mantis, dos jóvenes doncellas que acariciaban su cuerpo desnudo, le proporcionaban fruta fresca y licores de flores, así como constantes placeres entre juegos de lujuria. La primera, de largo cabello, negro con destellos turquesa, y unos hermosos ojos azules, claros y fríos como el hielo, se deslizaba desnuda y sinuosa como una gata en celo sobre las sábanas de seda, invitando a ser acariciada, a ser amada. La segunda, bella de generosas carnes e inquietantes ojos verdes, mecía sus largos cabellos casi blancos, rubio platino, descendiendo por el vientre de Cronos, deslizándolo su rostro hasta hacerle prisionero de sus labios.

Évenor se dirigió hasta él y las dos jóvenes alzaron su vista invitándolo al lecho con una tímida sonrisa acompañada de una mirada penetrante.

—¡Al fin doy contigo, mi buen amigo! ¡Pero levanta, pues debemos marchar!

Cronos se sentó en el lecho y le miró incrédulo.

—¿Marchar? —preguntó con cara de sorpresa y poca gana.

Mantis le abrazó por detrás, deslizándolo sus abundantes senos por la espalda. Iris le giró la cara con la mano, suavemente, y le lamió los labios acariciándole a su vez el pecho y el vientre. El joven rey cayó de nuevo en el lecho, seducido; hecho preso de aquellas jóvenes y sus caricias.

—¡Acaso no me escuchas! ¡Debemos marchar! Nada sabemos de Atlanta y me preocupa lo que pueda estar aconteciendo. ¿Y nuestros hombres? ¿Acaso has visto a alguno de ellos durante este tiempo? —insistió Évenor.

—¿Por qué tanta prisa? Tenemos tiempo —contestó Cronos, dejando entrever su agotado estado y cierta pasividad al hablar.

—¿Estás ciego? ¡Tenemos que marchar! ¡Antes de que esta ciudad de mujeres nos consuma! —exclamó Évenor acercándose a él y tomándole del brazo mientras las jóvenes le miraban frunciendo las cejas, sentándose en el lecho, observando sus movimientos.

Cronos alzó la cabeza con una vaga expresión de conformidad y miró hacia ambos lados del lecho buscando su chitón. Pero entonces se dejó arrastrar de nuevo por los besos húmedos y calientes de Iris y Mantis, que acariciando su torso vencieron la débil resistencia de aquel rey una vez más.

Évenor salió contrariado de los aposentos, mientras las jóvenes le sonreían manteniendo entre los brazos a su presa, ofreciéndole licor y placeres, gozando de sus cuerpos desnudos. El príncipe recorrió el ágora, pasando por una de las calles que

la rodeaban, observando entre las bajas casas a las niñas que jugaban con espadas de madera y jabalinas. Se dirigió de nuevo hacia sus aposentos en el palacio de Artemisa, cruzándose con la pequeña que hirió su mano. Posando sus ojos en él, la muchacha, entreabrió la boca emitiendo un débil silbido, amenazante, y le sonrió. Él levantó la mano, le devolvió la sonrisa y se sintió confuso, preocupado, sin saber qué hacer. Su deseo era firme: partir hacia Atlas. Pero ¿cómo?, se preguntaba. Entonces escuchó una voz conocida.

—¡Mi señor! ¡Qué alegría!

Era la áspera voz del viejo Thesitas que, desde la ventana de una de las blancas casas, le hablaba entre las flores de las macetas.

—¡Los dioses sean alabados! ¡Thesitas!

—Mi señor, ¿estás bien? Se te nota inquieto.

Évenor se acercó rápido.

—¿Dónde se hallan mis hombres? Debemos partir —le espetó de forma urgente.

Thesitas agachó la cabeza.

—Es difícil abandonar este reino de mujeres, señor... ¡Entrad!

El príncipe se acercó a la puerta de la casa, que se abrió con un suave chirrido y Thesitas apareció tras ella.

—Toma asiento —le dijo, acomodándole en una silla de esparto y grueso cuero.

—¡Habladme de mis hombres!

—Tus hombres no están... Han gozado hasta quedar extenuados. Ahora, ¿quién sabe qué fue de ellos?

El príncipe le miró y giró la cabeza de lado a lado. Quedó mudo, no comprendía nada. Thesitas volvió la mirada, quedando en silencio también. Évenor se alzó de pronto con coraje, enfadado, y le agarró por la pechera.

—Escúchame bien. Cronos y yo partiremos esta noche —le dijo enérgicamente—. Quédate en esta prisión, si estás en ello. Pero antes, tú, que bien sabes donde estamos, has de conseguirnos dos monturas fuertes, agua y víveres; y espero que a medianoche estén situadas en los jardines junto a los tres palacetes. Si no fuera así, yo te diré bien qué será de ti en este reino de mujeres.

Y, soltándolo, salió de la casa dando un fuerte portazo. Thesitas se acercó a la puerta resoplando, poniendo cara de circunstancias. Entonces apareció Sria tras él, posando el mentón en su hombro y abrazándole. La guerrera había permanecido en silencio, descansando en su lecho tras los anchos cortinajes de la habitación contigua. Ambos observaron al príncipe alejarse a grandes zancadas.

—¡Qué genio tiene tu príncipe! —exclamó ella.

Évenor recorrió el ágora hasta el palacio, maldiciendo la noche. Dos aguerridas mujeres de la guardia le esperaban en las escaleras; altivas, se dirigieron hacia sus pasos.

—¡En marcha! Mi señora desea hablaros —le ordenó una de ellas, colocándose frente a él.

El príncipe se sintió preso. Entonces vio llegar a la hermosa Ainia montada en su caballo, junto a tres guerreras más y su temor se desvaneció. En los cuerpos de las valientes mujeres se notaba el fragor de la batalla habida. El polvo les cubría brazos y cara. La espesa sangre manchaba sus armas y vestimentas de guerra. Y quedó impresionado.

La joven guerrera saltó ágil de su montura, pasando junto a él y a la guardia.

—¿Ainia? —preguntó Évenor buscando sus palabras.

—Volved al amanecer. Os esperaré con el primer canto —ordenó Ainia a sus guerreras. Luego, posó su vista sobre Évenor y se acercó a él.

—Creo que te esperan —le dijo acariciándole con ternura el flequillo hacia atrás, con una mueca en los labios. Se giró y marchó escalones arriba sin más que decir. Évenor pudo ver de cerca la mano ensangrentada de Ainia y sus hermosos ojos, cansados; y una herida que manchaba su cuello y otra en la frente. Embelesado, sintió un enorme respeto por la joven guerrera.

—¡Vamos! —exclamó Évenor a la guardia.

Recorrieron el templo hasta las estancias más elevadas, llegando a una gran sala redonda, de estampadas decoraciones y finas telas en su lecho. Al fondo se encontraba Artemisa, de pie, sola, frente a un gran ventanal desde el que se veía la ciudad bajo el reflejo de la luna llena. Los destellos de las teas en las casas y la luz que surgía de sus ventanas resaltaban ante la oscuridad inmensa del desierto. El aroma del espliego, la mirra y el incienso llenaban cada paso con la brisa de su delicado humo, que se alzaba al aire en suave espiral, alternándose sucesivamente en su camino. La brisa mecía suavemente el largo cabello blanco que caía sobre los hombros de aquella hermosa mujer. La transparente túnica que portaba, anudada a la cintura con un cordel de cáñamo, dejaba ver al trasluz su cuerpo desnudo.

—Es hermosa ¿verdad? Ella me da sabiduría, fuerza y amor —aseguró Artemisa, mirando al cielo de la noche.

El príncipe se acercó al ventanal y contempló la luna y la enorme bóveda de estrellas.

—Sí, es muy hermosa.

—¿Tanto como tu amada Hipólita?

—Nada iguala su belleza —respondió el príncipe.

Tras un instante de silencio, Artemisa se acercó a él, le tomó la mano con delicadeza y la posó sobre su pecho.

—Has rechazado los favores de mis doncellas, ¿acaso no deseas amor?

—Deseo amor, sí... Pero no creo que aquí lo encuentre —respondió Évenor retirando la mano lentamente, tras sentir los latidos de su corazón.

—¿Acaso no ves que donde hubo amor hoy solo habita la soledad? —insistió Artemisa.

—La soledad no tiene cabida en el corazón donde habita la esperanza; el tiempo dirá —apuntó el príncipe por toda respuesta.

Artemisa tomó de nuevo su mano, la besó con ternura y la soltó. Se dirigió a un pequeño saliente en el que había una jarra con agua y dos vasijas, y comenzó a llenarlas.

—Dime algo que no relataran vuestros hombres antes de morir.

Y le entregó una de las vasijas. El príncipe la miró con una notable cara de disgusto al saber de la suerte de sus hombres; y puso la vista en el líquido con recelo.

—Bebe tranquilo, es agua fresca con esencia de regaliz... Te gustará, y ven junto a mí. Esta noche el cielo está precioso y la blanca luna ilumina el valle en la oscuridad de la noche.

Artemisa bebió de su vasija, sentándose en un balcón desde donde observaba el profundo desierto y la inmensidad de las estrellas. El príncipe se sentó a su lado, observó de nuevo la taza, el cielo y bebió.

—¿Qué fue de mis hombres? —preguntó.

—Decidieron morir antes que labrar las tierras de Mirina. Puedes estar orgulloso, eran buenos guerreros y fueron buenos amantes; su semilla perdurará... Pero dime, ¿cómo piensas recuperar el amor que perdiste?

Évenor saboreó aquella infusión agridulce. Pensó en la desgraciada suerte de sus soldados y la que podría correr él mismo. Tratando de no incomodar a la imprevisible mujer, contestó a su pregunta.

—No tengo la respuesta, ni sé si recuperaré el amor perdido... ni si algún día volveré a amar y ser amado.

—Dicen que crecer es aprender a despedirse de las cosas, de los amigos, de las personas amadas... para abrazar el poder. Solo entonces estarás preparado para regir un pueblo en justicia. Dime: ¿cuánto has crecido? —preguntó Artemisa.

—¡Nada! Pero..., cuéntame lo que deseo saber. Creo que para eso me has mandado traer en verdad, pues veo que nada puedo decir yo que no sepas.

—¿Deseas saber? —preguntó con voz suave, acariciándole la melena.

Évenor asintió levemente.

—Hace tiempo llegó un hombre sabio a las tierras del mar Euxino, donde habitamos muchas de nosotras —aseguró Artemisa—. Era un guerrero gallardo y muy fuerte... Terrible y hermoso. Le llamaban Ares, azote de mortales. Allí conocí a mi reina Armonía y, por primera vez en mucho tiempo, una mujer compartió su vida con un hombre... ¡Un dios!

—¿Armonía fue reina? —preguntó sorprendido Évenor.

—Sí, mi joven príncipe. Nuestro pueblo se rige por una oligarquía de la que Armonía era soberana, reina de reinas. Lysippe, Mirina, Pentesilea y la joven Ainia reinan estos vastos territorios donde la mujer aún es libre y cabalga por la llanura.

—¿Ainia? Es una gran mujer, tan valiente como noble... ¡Es reina!

—Veo que os impactó mi joven loba, la más brava de mis guerreras. Aprendió el arte de la guerra junto a su amiga inseparable, Hipólita. Su maestra fue Armonía, que

quizás fuera la maestra de todas nosotras, pues gobernaba el pueblo con sabiduría. Era respetada y amada. Su unión con Ares sembró la discordia, pues no era ley que pudieran vivir de tal forma entre nosotras. Dejó su trono vacío, renunció por amor y fruto de ese amor fueron tres hermosas hijas. Y se instalaron, junto a su amada hermana, la reina Mirina, aquí, en Tríbada.

—Hipólita, Antiope y Menalipa —añadió Évenor.

Artemisa asintió y continuó con su relato.

—Todo parecía felicidad hasta que la fatalidad se alió con ella. Ares no era aquel que ella pensaba. Solo era un hombre más y, como tal, despreciable. Y la hizo sufrir mucho. Gozó también del amor de Mirina y de tantas otras. Olvidó su compromiso y los sacrificios que realizó Armonía por su amor. Se convirtió en un zángano consentido, sin más. Así pues, fue castigado. Mirina debía ser soberana y quiso deshacer la oligarquía creada por Armonía. Pero la existencia de Hipólita, la heredera, se lo impedía y decidió acabar con dicho problema de raíz al no hallar suficientes apoyos entre las hijas de la luna.

El príncipe escuchaba atento.

—Armonía huyó a Occidente para salvar su vida —apuntó.

—¡No! Aunque la posibilidad de ser muerta fue una realidad patente, era el último de sus temores. Mi amada Armonía quiso salvar a sus hijas de la ira de Mirina. Huyeron una noche oscura, sin luna. Marcharon en silencio, sin rumbo conocido y anduvieron solas. Pensé que habían desaparecido para siempre. Saber de ellas ahora no trajo nada bueno pues, después de tantos años, su trono sigue vacío, al igual que los palacetes de las princesas, alzados en los jardines, uno para cada una de ellas.

—Pero tú eres poderosa. Éste es vuestro palacio, si no quieres su muerte, ¿por qué no protegerla?

—¡No! Mi voz se hace oír, pero no impongo voluntad. Ésta es la tierra de Mirina: Tríbada. Yo siempre ando vagando, pues mi hogar también está en las tierras salvajes de Tracia, donde reina Pentésilea; en los valles del Termodonte, en la Temiscira de Lysippe; en la isla de Lesbos, regida por Esmirna; y más allá, en Capadocia y las praderas sin fin de Ainia, la loba de las estepas. Ésta es tierra de mujeres indómitas, y por ello un mundo de resistencia ante los humillantes reinos de machos. Veo que son tierras que desconoces, valores que no comprendes. Mirina no es como gran parte de nosotras, ni le gusta la vida nómada, ni tener que pelear para defenderse. ¡Prefiere atacar para conquistar! Su fin es crear un reino donde alzarse poderosa sometiendo un pueblo, como hacéis vosotros... ¡los hombres sabios!

Évenor dejó su vasija, sorprendido de cómo podía hablar de una manera tan mordaz y a la vez tan sencilla y tranquila.

—Armonía ha muerto. Para mi pena fue vilmente asesinada por el rey Autóctono. Pero nosotros convivimos y protegemos a nuestra gente. No la sometemos, pues... —dijo el joven príncipe, contrariado con parte de aquellas palabras.

—Nacer hembra en mi tierra es una bendición de los dioses, un canto a la vida, alegría divina —le interrumpió Artemisa—. En la vuestra, en los reinos de machos,

no es más que un amargo destino. Privadas de voz y defensa, no son más que siervas del capricho del hombre... Y que mi querida Armonía ha sido muerta lo sé, pero su sangre corre por las venas de Hipólita, Antíope y Menalipa. Mirina no descansará y menos ahora que sabe donde hallarlas.

El príncipe la miró y vio en sus ojos un destello que le recordó a su padre, cuando este le miraba hablándole con voz tierna pero con palabras contundentes que no presagiaban nada bueno.

—Yo lucharé por ellas, pues están bajo la protección de la Corona... Aunque Antíope murió trágicamente. Cayó en una caverna y fue devorada por un oso la misma noche que Armonía fue asesinada.

—Nobles intenciones las tuyas. Pero no son más que frágiles olas que se estrellan ante la dura roca. Nada pudiste hacer por salvar a Armonía, ni por guardar a Hipólita. Y me aseguras que Antíope fue devorada por un oso. Torpe fatalidad... mas no siento su ausencia, su hálito pervive en el bosque —apuntó Artemisa.

Évenor alzó la cabeza, tomó el último sorbo de la infusión y dejó la vasija sobre una mesita labrada con arte.

—Deseo volver a Atlas —le confesó—. Esta misma noche iniciaré el regreso.

—Mirina es una loba astuta y fuerte, te será un adversario poderoso.

—Comprendo, mi señora. Ahora ruego me disculpes, pero he de marchar. Mi tierra se halla lejos y me hallo impaciente. Añoro a mi gente y deseo salir esta misma noche, con la luna llena —comentó Évenor con toda intención y se dirigió hacia la salida de la estancia.

Artemisa le miró altiva, mientras absorbía el último trago.

—¡Marcha pues, pero estate atento a la loba y a la luna! —le exclamó.

El príncipe se volvió y apretó los labios.

—Lo estaré. Pero, antes de partir dime: ¿cuál es el destino del varón en vuestra tierra de lobas? —le preguntó con voz suave pero contundente.

—Siempre puede elegir. Hay valles y tierra fértil en abundancia. Es libre, pero nunca dueño, amo, ni señor... de loba alguna. Ahora marcha y cuida aquello que te quede, que creo bien poco es tras abandonar a tu amor, a tu padre y a tu reino a su triste destino.

Évenor alzó su rostro, serio y herido por tales palabras que ahondaron como una daga en sus sentimientos, y abandonó definitivamente la estancia.

En sus alojamientos, el príncipe recogió su espada y las escasas pertenencias que tenía y se fue a la búsqueda de Cronos, que se hallaba dormido, agotado, en su lecho.

—¡Arriba, nos vamos! ¡Venga, nuestro tiempo aquí acabó! —exclamó mientras cargaba con él y pensaba que, al menos, estaba solo.

Se dirigió al punto de encuentro acordado, con Cronos colgado de su hombro. Para su satisfacción, Thesitas le esperaba, nervioso, con tres hermosos caballos preparados y un cuarto cargado de provisiones.

—Marchemos, mi señor. Antes de que nuestra ausencia sea tenida muy en cuenta.

Montaron y salieron en silencio de los jardines, pasando por delante del pequeño palacio de Artemisa, a la luz de la luna, buscando las sombras de las casas y con la calma como compañera. Desde el balcón del palacio, Artemisa, acompañada, miraba cómo se alejaban.

—¿Vamos a dejarles ir? —preguntó Mirina.

—Está enamorado... ¿No es hermoso? —respondió Artemisa, rodeándola con sus brazos.

—¿Acaso sabes tú lo que es el amor de un hombre?

—No, no sé lo que es el amor de un hombre; por siempre seré doncella... Pero sí sé lo que es el amor —aseguró Artemisa mientras besaba los labios de Mirina y pensaba en Armonía.

—¡Le mataré! —exclamó Mirina.

—Sí, por supuesto... Ahora bésame...

## CAPÍTULO 19 · AINIA, LA LOBA DE LAS ESTEPAS

Rompía el día en las tierras de Anatolia. El príncipe Évenor, el rey Cronos y el viejo Thesitas galopaban, atravesando el árido desierto, a la búsqueda del camino de regreso, alejándose de Tríbada. Llevaban dos días de marcha y no paraban de acelerar el paso. No se sentían seguros, tenían la sensación de haber salido de la boca del lobo segundos antes de ser engullidos. Sus temores pronto se hicieron realidad, pues a lo lejos un grupo de doce guerreras a caballo les perseguía. Vestían de cueros pardos, capas negras y las puntas de sus lanzas se adornaban de largas plumas negras.

—Mi señor, debemos apresurar el paso. Esos jinetes parecen ser los que recorrieron nuestra tierra a sangre y fuego. Sus intenciones, sin duda, no pueden ser en nada buenas —aseguró el viejo Thesitas.

—Ya veo, mi buen amigo. Poco más podemos hacer que tratar de hacerles frente —apuntó Évenor.

—¡Tratemos de huir! ¡Es posible que no nos sigan a través del Desolado! ¡Debemos intentarlo! —exclamó Cronos.

Los tres hombres cabalaron rápido, alzando una gran nube de polvo en la tierra reseca, tratando de dejar atrás aquella visión de muerte que se les venía encima. La distancia se recortaba poco a poco.

—¡Siguen en su empeño! —dijo Évenor.

—Cabalgemos hacia aquellas palmeras, estaremos a salvo de sus saetas y podremos luchar cuerpo a cuerpo. Nos darán una oportunidad de vida —ordenó Évenor fijando su vista en un pequeño oasis que se divisaba al frente, entre las lomas que albergaban la cuevas trogloditas.

Galoparon veloces. La muerte se les acercaba con premura. Una saeta rozó el rostro de Évenor y atravesó el hombro de Thesitas, que cayó al suelo maldiciendo su suerte.

—Seguid, seguid, no paréis por mí. ¡Arg... cómo duele, maldita sea!

Évenor y Cronos, desoyéndole, retrocedieron para socorrerle. Le subieron rápidamente sobre el caballo y reiniciaron al huida. Esquivando los mortales dardos, consiguieron alcanzar las lomas cercanas. Apresuradamente descabalaron y se ocultaron en el pequeño palmeral, desenvainando sus espadas. Allí esperaban esquivar la embestida de los jinetes, las punzantes saetas, hacerse fuertes y presentar batalla. Sin embargo, nada aconteció. Los guerreros parecían haber desaparecido tal y como habían aparecido.

Évenor trató de limpiar la herida de Thesitas.

—¿Dónde están que no llegan? —preguntó mientras cubría la herida.

Cronos se arrastró y alzó un poco su cabeza con la idea de ver qué acontecía. Dos flechas se clavaron delante de él salpicando de tierra sus ojos. Avanzando a pie entre las matas espinosas y las palmeras, los habían hallado.

Évenor se levantó con la espada templada. Entonces vio, ante su sorpresa, como varias saetas, venidas de atrás, cruzaban junto a él para clavarse en el pecho de dos de aquellas guerreras y, seguidamente, cómo un pequeño grupo de mujeres, surgiendo de las cuevas, se abalanzaba sobre sus perseguidoras comenzando una dura lucha. Entre ellas destacaba, a los ojos de Évenor, Ainia, que se batía con destreza, acometiendo con arte mortal a sus adversarias.

Évenor y Cronos corrieron a la batalla, mientras observaban lo diestra que era la loba de las estepas con las armas. Luchaba armada a dos manos, manteniendo en una de ellas la espada, parando los golpes, y matando con la otra, con una daga, como si dispusiera de un mortal aguijón. Apenas llegaron a la lucha, esta había cesado, pues los tres jinetes que no habían caído huyeron ante la inesperada acometida de las guerreras de Ainia, y ella los dejó marchar.

La joven reina se sentó allí mismo, al lado del cadáver de su enemiga vencido. Descansó la espada sobre sus largas piernas y clavó la ensangrentada daga en el suelo, observando cómo los caballos de los muertos corrían libres, adentrándose en el desierto. Sería, no parecía nada efusiva con la victoria.

El fiel Thesitas, dolorido, seguía maldiciendo su mala suerte oculto tras las lomas, bajo una palmera hasta que una voz, venida de atrás, le sobresaltó.

—¿Problemas? —preguntó Sria, con una mano apoyada en el costado y manteniendo en la otra su arco.

De nuevo, las valientes mujeres de espadas afiladas y saetas mortales salvaban sus vidas. Entre ellas Ainia, la guerrera de largos cabellos rubios y grandes ojos negros, que turbaba la mente de Évenor. Sin duda, su presencia había evitado una desigual lucha y la muerte, más que probable, de los tres atlantes. Sria sonreía mientras Ainia volvía a montar en su caballo mirando a Évenor, con una rara mueca de satisfacción.

—¿Qué sería de vosotros sin nosotras? ¡Hombres! —apuntó Sria en tono burlesco mientras el resto de guerreras reía.

—Es la segunda vez que me abandonas. ¡Un día de estos te mataré! —se dirigió a Thesitas, mientras limpiaba su herida de forma vasta.

Ainia lanzó su cantimplora de pieles a Évenor para que saciara la sed y refrescara su cara. El príncipe bebió de buen grado y, después, se fijó en cómo las guerreras cavaban varias tumbas; ella miró también.

—Son hijas de la luna. No merecen ser devoradas por las alimañas, ni que sus restos queden esparcidos en el desierto, quemándose bajo el sol —le dijo.

Cavados profundos hoyos, colocaron en ellos los cuerpos y las armas de los muertos. Ainia se acercó a una de las tumbas, lanzó dentro el casco y la espada de aquella a la que había dado muerte.

Évenor la siguió y pudo comprobar cómo los temidos jinetes de capas negras eran en realidad también mujeres guerreras. Asintió ante su sorpresa y, aunque había algo que no comprendía, prefirió esperar una mejor ocasión para saciar su curiosidad. Más viendo el rostro de la joven reina, que con tristeza miraba el cadáver de la mujer abatida por ella.

—Monta en tu caballo. Te acompañaré hasta más allá de las colinas que abren los caminos de Occidente. Después espero que no necesitéis más de nuestra presencia —le dijo Ainia.

Évenor, Cronos y Thesitas sonrieron al sentirse seguros y agradecieron su suerte. El príncipe la observó fascinado, no era una loba más y pensó: ¿Quién es Ainia? ¿Por qué nos protege? ¡Es tan bella y noble!

Formaron en línea de dos y cabalgaron por tres días las rutas invisibles de aquel tórrido desierto, hasta alcanzar el bosque y los montes que lo rodeaban. Se dirigieron hacia los estrechos del Mar entre Tierras. Avanzaban rápido, pues ellas tenían claro por donde cabalgaban, acortando tierra y camino con sus pasos sabidos.

Esa tarde montaron el campamento a orillas del mar, en la arena junto a unos grandes árboles. Sria tomó una fina daga y se acercó hasta la pequeña hoguera, donde esperaban Thesitas y dos guerreras. Le acarició la cabeza y puso el pequeño tronco de una rama, envuelto en telas, en su boca. Sin mediar palabra, empujó fuerte la saeta de atrás hacia delante, saliendo la punta por su hombro. Sria cortó la astilla y cayó la punta de bronce. Después deslizó el resto de la saeta hacia atrás. El viejo explorador miraba fijamente a Sria, entre gemidos, apretando los dientes de dolor. Extraída la flecha, la guerrera limpió la herida con abundante agua, para cerrarla después colocando unguentos comprimidos con varias telas. Velando su sueño, cayó la noche.

Pasaron los días y Évenor fue entrando en las tierras de Occidente con una guardia de honor que nunca pensó disponer. Durante el camino conversaron mucho el príncipe y Ainia, intimando.

—Me ha sorprendido mucho la organización de tu pueblo, vosotras las mujeres

hacéis las labores propias de hombres... ¡Y la guerra! —expuso Évenor.

—¿Y quién te dijo cuales son las labores propias de una mujer? ¿Un hombre? Nosotras manejamos arcos, alzamos espadas y montamos a caballo. No hacemos labores propias de hembras sometidas. De hecho no sabemos cuáles son, ni precisamos saberlas para vivir. Somos libres de vasallaje alguno. No hay nada que en verdad diste la sangre de un hombre o de una mujer... Solo la fuerza bruta, impropia de sentimientos; propia del macho que impone voluntad.

Évenor la miró sin saber qué contestar, viendo su razón.

—¿Y quién impone voluntad en tu pueblo? Mis guerreros yacen en algún lugar del Desolado después de haber sido sometidos. Artemisa me lo confesó.

Ainia le miró fijamente por unos segundos.

—¿Estás seguro de ello? Artemisa nunca ha sido fiel amante de la verdad. Tus hombres hace tiempo que marcharon a Ilión... Yo misma les saqué del desierto —aseguró Ainia, con una sonrisa.

Évenor puso cara de incredulidad, gratamente sorprendido.

—¿Por qué me mintió Artemisa?

—Una pequeña mentira puede salvar muchas vidas, y más en tierras de Mirina. Entre las hijas de la luna no es costumbre vivir bajo el favor de un hombre. Las que así lo desean, gozan de su compañía por placer o para engendrar descendencia. Luego, el macho continua su camino... Los nacidos varones son enviados al lado de su padre. Si se desconoce es cuidado por las familias de léleges y garganos, o en los poblados pónticos que habitan cerca de nuestras tierras. Las niñas quedan bajo la protección de sus madres y las que destacan en artes y sabiduría, son guardadas por el matriarcado regente. Ellas son las elegidas para convertirse en cazadoras y guerreras de culto.

—¿Las elegidas? —preguntó Évenor interesado.

—Las elegidas dominan con sabiduría los secretos del conocimiento y con destreza las mortales artes de guerra.

—En verdad eres una de las elegidas—apuntó Évenor con seguridad.

—Mi maestra fue Armonía. Ella guió mi espada en mis primeros pasos, junto a Hipólita y Esmirna. Un día la reina y sus hijas desaparecieron, por lo que Artemisa cuidó de mi destino... y del tuyo.

—¿Artemisa?

—Sí, fue ella misma quién me rogó que vigilara por vuestras vidas, al menos hasta las puertas de Occidente.

—¿Quién es Esmirna?

—Mirina tiene tres hijas, fuertes y hermosas: Mantis, Iris y... Empusa, la menor de ellas, la más terrible y a la que ya conociste —le dijo señalándole la herida de la mano.

—Ese pequeño demonio —aseguró Évenor, mientras recordaba con una mueca lógica a la traviesa niña de mirada profunda y agudos silbidos.

—Un día podrían ser reinas, si la estirpe de Armonía desaparece.

—Hipólita es la heredera de un reino que desconoce.

—Pero antes nació Esmirna, dicen que por un amor mezquino. Fue abandonada entre léleges como si de un macho se tratara y acabó reinando en la isla de Lezpas, en Lesbos —continuó Ainia.

—¿Y tú? ¿Eres reina de una tierra en verdad?

—No... En las estepas sin fin, lejos de las ciudades, los reinos no se alzan en tierra ni sobre riqueza alguna, sino en el corazón de Artemisa.

—¿Y esas guerreras que buscaban nuestra vida? —preguntó Évenor, todavía sin entender por qué Artemisa cuidaba de su suerte, y más cuando creía que ella misma les había enviado la muerte tras sus pasos.

—Son guerreras de Mirina —apuntó Ainia.

—¿Y tú, no eres guerrera de Mirina?

—No, Armonía será por siempre mi única soberana. Representa la sabiduría, la fuerza y el amor. Mirina tan solo es muerte. Nosotras cabalgamos libres por la extensas mesetas desde el mar de Azov al lejano Oriente, allí vivimos en aldeas de bravas mujeres, junto a las tribus escitas, cazamos y luchamos por sobrevivir. Nuestro paso por estas tierras de machos es efímero. Hemos llegado hasta aquí para mostrar nuestro respeto ante Artemisa, sabia y amada, pues es deidad de todas las hijas de la luna.

—¿Acaso creés que Artemisa es una diosa?

—No lo creo... Lo sé.

—Ella me aseguró que eres reina, la Loba de las estepas...

Ainia sonrió y avanzó con su caballo por delante de Évenor y este la siguió.

Recorrieron largo tiempo en silencio, cómplices de sus miradas, hasta que Évenor reunió el ánimo suficiente para atreverse a preguntar.

—Ainia, dime... ¿Conoces el amor? ¿Cómo podéis vivir sin el cariño de un hombre, sin la dicha de unos hijos, de una familia?

La guerrera sonrió como mujer, reflexionando un tanto su respuesta.

—Hay mujeres que viven con hombres, en aldeas donde se venera a la mujer y el poder es de la más anciana, la más sabia. Todos cumplen con sus obligaciones y derechos. Pero la mayoría de nosotras vivimos libres de leyes y compromisos. El hombre tiene lugar lejos de nuestro lado. Bien labrando el campo, guerreando o durmiendo, pero viviendo en otras aldeas.

—No me has contestado.

—No, no conozco el amor del que hablas —susurró—. Es algo nuevo para mí. Por un momento reinó el silencio.

—Antaño, las hijas de la luna alzaban aldeas por toda Anatolia —continuó Ainia, cambiando de tema—. Pero con la expansión de reyes en busca de tierras que les dieran poder y riquezas, muchas aldeas fueron asaltadas y las hijas de la luna convertidas en esclavas... o muertas. Los reinos de machos ambicionan esta tierra, libran sangrientas batallas, construyen ciudades y esclavizan pueblos enteros. Las

aldeas de los hombres que llamáis salvajes también sufren, luchan y mueren... Todos moriremos antes de someternos, es nuestro fatal destino. Algunas de nosotras alzan pequeñas aldeas, pero más pronto que tarde aparece un ejército de machos reclamando oro y placeres. Temiscira es el hogar de Artemisa... Ella nos protege. Nada puede un ejército contra su poder. Como ocurre en Tríbada, es polis de valientes donde la mujer gobierna y el hombre habita las praderas.

—No resulta difícil imaginarse una aldea así, de mujeres sin hombres. ¡Lo difícil es imaginar una aldea de hombres sin mujeres! —exclamó Thesitas, que escuchaba furtivamente la conversación.

Sria le propinó un golpe en la cabeza.

—¡Cállate! ¡Y guárdate para esta noche! ¡Hombres! Solo traéis problemas...

La columna de guerreras rompió en carcajadas, mientras Thesitas se lamentaba con agudos quejidos del golpe recibido y del dolor de la herida en su hombro.

Pasaron de largo por las tierras de Ilión, pues para nada quería Ainia acercarse a la gran polis de machos. Cruzaron la pequeña península y cabalgaron hasta caer el sol, acampando de nuevo en una hermosa cala de aguas cálidas y transparentes donde moría un pequeño arroyo. Las guerreras pescaron fácilmente, con sus flechas, varias lubinas. La cena estaba servida y el día acababa.

Junto al fuego de la hoguera conversaron del camino y la lejanía de Occidente. Évenor comentó lo hablado en Ilión con los prohombres.

—¿Y esas lobas que asaltan y matan vidas inocentes, las que tanto temen en Ilión? —preguntó.

—Como ya habrás imaginado, esas lobas somos nosotras... ¿Por qué crees que me llaman la Loba de las estepas? Está bien que en ocasiones seamos quienes golpeen. Por cierto, ¿vistes muchas mujeres en esa reunión de gente sabia o todo eran machos? —apuntó Ainia con aire de notable enfado. Después, ante el silencio de los tres hombres, se levantó dirigiéndose a la playa.

—No deberías hacer caso a todo lo que te dicen. Llegarás a pensar aquello que otros desean que pienses. No conoces nuestro sufrimiento impuesto por quienes mandan guerreros contra nosotras para hacerse con la tierra e imponer sus costumbres de machos. Deberías sacar conclusiones por ti mismo, más si pretendes ser un rey justo —apuntó Sria, mirando cómo se alejaba Ainia.

—No pretendía ser hiriente, lo siento en verdad —apuntó el príncipe.

—Mejor se lo comentas a ella, te está esperando... Creo.

Ainia se dirigió hacia la cala, donde se desnudó y se lanzó a las tranquilas aguas. Évenor marchó tras sus pasos bajo la atenta mirada de Sria y sus guerreras. Las cuales empezaron a hablar de amores, batallas y leyendas alrededor de la hoguera, riendo y bromeando hasta que la oscuridad de la noche lo envolvió todo. Era tiempo de descansar.

Conforme se alzó la luna quedaron dos de ellas de centinelas, ocultas, invisibles

a cualquier enemigo que se pudiera aproximar. Sria y Thesitas quedaron dormidos, juntos, abrazados. El resto del grupo descansaba al calor del fuego, bajo un gran árbol.

Sentado en la arena, apenas a un metro del agua, junto a una pequeña hoguera, Évenor descansaba observando el horizonte, viendo cómo Ainia se bañaba en la playa. Bajó la cabeza y pensó en Atlas, dudando por primera vez en su vida de sus sentimientos. Pensó en su amor perdido y sintió que Hipólita se encontraba tan lejos de su realidad. Entonces volvió a observar a Ainia y pensó: ¡es una mujer excepcional!

Ella salió del agua y se envolvió en un velo azulado que guardaba en su morral. Acto seguido se sentó junto a él y le acercó la cara junto a sus labios.

—Dime..., tu reino. Dicen que allí abunda la tierra fértil y el oro fácil. Que sometéis a las mujeres dominando su voluntad, convirtiéndolas en serviles esclavas —le dijo sensualmente.

Évenor la miró sorprendido ante aquellas palabras.

—En mi tierra las mujeres y los hombres se aman de por vida en un hogar. El hombre es cazador y guerrero por su fortaleza, la mujer recolectora y madre por su naturaleza. Todos son respetados y amados.

Ainia sonrió con cara de incrédula y, abriendo las piernas, se sentó sobre él posando sus cálidas manos en el pecho de Évenor. Ambos se miraron por unos momentos. Después se acercó de nuevo sobre su rostro pasándole los brazos por detrás del cuello.

—No te creo, eso es imposible, mientes —le susurró y juntó sus cálidos labios con los del príncipe, mientras comenzaba a mover sus caderas lentamente.

Évenor, dejándose llevar, la besó dulcemente.

—Ámame —le dijo ella y le mordió suavemente los labios.

Ambos se fundieron en un largo abrazo bajo la luz de la luna y la suave brisa del mar, que les bañaba la punta de sus pies con las pequeñas olas. Deslizándose sus manos, fueron desnudándose el uno al otro, besando sus cuerpos. Pasaron la noche amándose en silencio. Entre caricias y pequeños gemidos alcanzaron el éxtasis una y otra vez, hasta que cayeron rendidos. Quedaron dormidos en un rincón de aquella hermosa cala, abrazados como dos jóvenes enamorados, presos de las saetas de Cupido.

A la mañana siguiente, el sol empezó a iluminar sus cuerpos desnudos con los primeros rayos de luz. Évenor despertó y, algo confuso, alzó su cabeza. Ainia seguía durmiendo. La acarició, recorriendo con las puntas de los dedos su vientre, los senos, la boca y la besó en los labios. Luego, se levantó, vistió su cuerpo y paseó por la playa. Sentándose en una roca, miró el azul del mar y pensó en Hipólita. En cada latido de su cuerpo seguía llevándola, pero Ainia le había robado el alma y el corazón.

Poco más tarde, la joven loba se le acercó envolviéndose en su velo azul. Se sentó junto a él, observando los gestos marcados en la cara del príncipe.

—¿Te sientes mal? —le preguntó.

—No... No debí...

—Sí, te sientes mal... Piensas en ella —le interrumpió Ainia—. Pero tus besos eran sinceros.

Sin mediar más palabras, se levantó y comenzó a alejarse de él.

—¡Ainia! —la llamó Évenor, evitando que se alejara.

—¿Acaso no has disfrutado ya de mi presencia? —le contestó con una sonrisa forzada.

—No es eso... Te amo en verdad. Creo que más de lo que sé y debiera. Solo quería que lo supieras.

La guerrera le miró, seria, por un momento, a los ojos tratando de adivinar la certeza de aquellas palabras y se alejó, confusa. Évenor quedó un tiempo en la playa, pensativo, mirando las olas. Pensó de nuevo en Hipólita, pero sentía que en su corazón renacía la dicha perdida junto a Ainia. Se alzó, se desnudó y se lanzó al agua, adentrándose en aquella cala de aguas salobres; bañando su cuerpo, refrescando su mente.

Cuando regresó al campamento, para su sorpresa, las guerreras ya no estaban. Cronos y Thesitas dormían. Entonces vio como diez hombres y un carro de guerra atlante y tirado por dos caballos se acercaban. Eran los soldados que la reina Treita había mandado en su búsqueda. Con el pie despertó a Cronos, instándole a que se levantara raudo. Se había percatado que, a pesar de ser guerreros atlantes, templaban sus lanzas. Y, echándoseles encima, no pudieron más que esquivar el primer ataque y, sintiéndose rodeados, viéndose muertos, se prepararon para luchar.

—Soy el príncipe Évenor. ¿Cómo osáis, vosotros, atlantes, atentar contra mi vida? —preguntó en voz alta, dirigiéndose al capitán de la guardia.

—¿Quién eres? Tú no eres nadie, prepárate para morir —le contestó un lancero, cargando sobre él.

Una fina lluvia de saetas cayó con fuerza sobre ellos, atravesando cuellos y pechos con un sonido sordo, acabando con los soldados de forma inmediata. Solo dos lograron huir. Évenor, los observó caer y se volvió resignado, con la cabeza baja y alzando sus ojos. En una pequeña loma se alzaban Ainia y sus guerreras, con sus arcos en la mano. Sus centinelas habían avistado tiempo antes a los visitantes y se habían ocultado para recibirles.

Évenor y Ainia se miraron durante un tiempo. Ella le sonrió y levantó lentamente su mano; meneó los dedos de arriba a bajo, despidiéndose, y se volvió para trotar altiva. Évenor saludó mientras las valientes mujeres desaparecían de la loma cabalgando sobre sus caballos.

—¿Por qué los guerreros de Atlas buscan darnos muerte? —preguntó Cronos fijando sus ojos en los muertos.

—Eso es algo que debemos averiguar y pronto —contestó Évenor sin dejar de mirar al horizonte, donde la silueta de Ainia y sus guerreras, a lo lejos, se fundía con

el sol de Oriente.

Cronos puso la mano sobre el hombro del príncipe, rompiendo el hechizo.

—¡Qué mujer! ¡Digna de un rey! —comentó.

Évenor le miró de lado, inclinando la cabeza y Cronos, sonriendo, dio por bueno el silencio como respuesta. Mientras, el viejo Thesitas alzaba su vista al nuevo día, levantándose sorprendido al ver los cuerpos de los guerreros abatidos.

—¿Qué ha pasado aquí? ¡Son hombres de la reina Treita! Los reconozco... Pero, ¿y nuestra hermosa escolta?

—Esta vez no podrás dejar a Sria. Parece que te abandonó ella antes —aseguró Évenor, mientras Cronos le daba la mano para ayudarlo a levantarse.

Thesitas le miró, pensando en Sria, y dijo algo confuso que ninguno de ellos entendió, asintió y alzó sus cejas. Los tres montaron y, preparados para cabalgar de nuevo, se dirigieron por la costa hacia Occidente.

—Vamos... ¡Atlanta espera! —exclamó Évenor.



## CAPÍTULO 20 · LAS HIJAS DE LA LUNA Y THERIO, LA BESTIA

En el palacio de Gadeira, aquella noche calurosa, como las últimas, Hipólita no pudo dormir. No podía dejar de pensar en aquel hombre que cojeaba, en la mujer encapuchada que la miró como si fuera una diosa y en su hermana Menalipa. ¿Estará viva de verdad?, se preguntó. Sus sentimientos variaban entre un tremendo deseo de ver a su hermana y abrazarla y otro de arrancarle la cabeza por abandonarla y alejarla del corazón de Évenor. Al susurro de las palabras de la reina Treita, había llegado incluso a odiarla en su terrible soledad.

Al día siguiente, cayendo el sol, Menalipa esperaba en silencio junto a la gran roca de granito donde antaño solían brindar su amor el príncipe y su querida hermana. Todos los días desde que Sarko le hizo saber que Hipólita tenía su medalla, se acercaba al atardecer con la esperanza de verla. La noche caía mientras alimentaba una pequeña hoguera. Un leve ruido la sobresaltó. Sin mediar palabra se levantó lentamente, templó su daga y observó con detalle el claroscuro del bosque.

Dejando tras ella un arbusto de jara, apareció Hipólita, sola, sosteniendo en una mano su espada y en la otra la medalla. Ambas cruzaron sus ojos en un incómodo silencio, hasta que una sonrisa cómplice rompió el hielo. La daga y la espada cayeron al suelo. Corrieron y se unieron en un largo abrazo, quedando arrodilladas, fundiendo sus miradas. Apenas podían hablar por la emoción. Menalipa lloraba sin parar de abrazar a su hermana. Hipólita dejó deslizar por su mejilla una lágrima mientras sujetaba la cara de su hermana y la besaba una y otra vez.

—Sabía que vendrías —dijo Menalipa entre sollozos.

Una irreconocible Hipólita la miró con la dulzura de quien ama y encuentra.

—Cuéntame... ¿Qué te han hecho?

—Tengo tantas cosas de que hablarte, te he echado tanto de menos...

Calmando sus ánimos, se sentaron en la roca avivando la hoguera bajo un cielo

estrellado como nunca. Hipólita escuchaba, sin apenas poder contener su pena, cómo huyó Menalipa de la acrópolis para salvar su vida, cómo fue asesinado Argan, quién era la responsable de las fiebres malignas que a punto estuvieron de llevarse la vida de Évenor y de la muerte de Armonía.

—Évenor marchó con la pena devorándole el alma, siempre te amó —concluyó.

—Treita es una mala persona. ¡Vil víbora! Nunca me pasó mensaje alguno, sino mentiras. Me hizo creer que me había abandonado, que me habías traicionado... Ella mandó matar a nuestra madre. ¡Pagaré caro! ¡He estado tan cegada por su veneno!

El ruido de unos cascos rompió el momento y cortó sus lágrimas. Del bosque surgieron tres jinetes vestidos de pardos cueros, con largas lanzas adornadas con plumas negras. Avanzaron hacia la hoguera acompañados por cuatro guerreros de ojos rasgados, toscas vestiduras y largos cueros cabelludos prendidos de sus ropajes, que saltaron sobre ellas. Hipólita fue rápida y esquivó el primer envite a la vez que hundió la espada en el costado de su atacante y, rearmándose, sesgó el cuello de otro de aquellos hombres mientras protegía la vida de Menalipa. Un nuevo ataque. Hipólita recibió un leve corte en la espalda mientras partía el peto y la vida de un tercero, con un seco golpe de su espada, de abajo a arriba. Girándose rápidamente, repelió la agresión del último de ellos con un hábil movimiento que malherió a su enemigo en el vientre. Entonces, dos de los jinetes alzaron los brazos tensando las cuerdas de sus arcos. Menalipa agarró una de las lanzas caídas y la templó junto a su hermana que, sin poder hacer nada, observaba impotente la punta de las saetas que apuntan a sus cueros; y apretó los dientes.

Un ronco rugido resonó fuerte en el claroscuro agitando el alma de los caballos y sus jinetes. Miraron a todas partes, hasta que una saeta atravesó el cuello de uno de ellos. El otro cayó muerto con el cuello partido. La bestia había pasado con sus garras sobre él y ahora observaba fijamente sus espasmos de agonía con un tremendo rugido. Se trataba de un gran macho de dientes de sable, una leyenda viva.

Como golpeado por un destello, el último de los jinetes cayó al suelo víctima del mortal filo de una nueva aparición que, vestida de cueros y con un conocido gorro de pieles en su cabeza, cayendo sobre su pie y una rodilla frente a Menalipa e Hipólita, y con la punta de su lanza ensangrentada, alzó la cara.

—¡Antiope! ¡Antiope! —exclamó Menalipa muy alterada.

Hipólita, con la cara desencajada por la sorpresa, cayó hacia atrás sentada en el suelo. Mientras, la bestia comenzó a devorar con avidez a uno de los jinetes muertos, sin dejar de fijar sus almendrados ojos felinos en las tres hermanas. El guerrero herido en el vientre huyó sin que nadie reparara en él, ni quisiera reparar.

Sobrepuestas de tanta sorpresa, las tres hermanas fijaron su mirada en los muertos. Hipólita observaba con atención el cuerpo del jinete mientras el enorme

felino rasgaba sus vestiduras y las muelas carniceras cortaban su carne. Se acercó y comenzó a sacarle el yelmo. La bestia le gruñó mostrándole sus poderosos colmillos.

—¡Calla! ¿Dónde estabas cuando te necesité? —le gritó Hipólita, golpeando levemente con su mano la cabeza de aquel formidable dientes de sable, que retrocedió soltando un leve gruñido.

—¡Conmigo! ¡Therio estaba cuidando de mí! —exclamó Antíope, acercándose y, acariciando su lomo, lo abrazó.

Menalipa también corrió sonriente a abrazarse a la bestia, que dejó de gruñir para tumbarse en el suelo, recostándose patas arriba y emitiendo leves ronroneos placenteros mientras las dos hermanas acariciaran su enorme vientre.

Al sacar el yelmo, Hipólita quedó sorprendida.

—¡Es una mujer!

Lentamente, revisó los cuerpos de los demás.

—Los tres jinetes son mujeres... guerreras. En su cuello lucen una medalla como la nuestra, son iguales. La luna llena.

Las hermanas se miraron unas a otras sin acertar a comprender.

—¿Quiénes son estas mujeres que se adornan como nosotras? ¿Y esos salvajes que se adornan con muertos? —preguntó Antíope mientras alzaba, pellizcando con dos dedos y la cara contraída, una de las cabelleras que portaban los guerreros abatidos.

—Armonía anotó en los pergaminos del templo de Clito, que el príncipe solo reaccionó a su enfermedad con un antídoto contra la atropa. Por ello supe que Argan estaba siendo envenenado... En sus notas existen muchos secretos por desvelar, quizás este sea uno de ellos. Hay muchos escritos sobre las hijas de la luna —apuntó sujetando una de las medallas en la mano.

—Nuestra amada madre me comentó que debíamos estar preparadas, pues un día vendrían a buscarnos nuestras hermanas... para coronarnos o para matarnos. Por eso quiso que aprendiéramos bien las artes de la guerra. Poco más contó, al igual que de nuestro padre. Debemos saber más, sin duda son las “hermanas” de las que me previno —expuso Hipólita.

—Y esos hombres parecen ser mercenarios —añadió Antíope.

—Con su silencio, Armonía pretendía protegernos. Debes volver y averiguar —aseguró Hipólita.

—Sí, solo en el templo de Clito encontraremos respuestas —apuntó Menalipa.

—Tengo entendido que no eres muy bien recibida allí —comentó con voz sarcástica Antíope.

—Hipólita, ¿te contó Armonía algo más sobre nuestro padre?

—Habló tan poco de él... Pero recuerdo con claridad cómo un día me dijo que su alma se hallaba viva en el corazón de Therio —respondió Hipólita.

—¡Therio, la bestia, nuestra bestia! —exclamó Menalipa mirando al gran dientes de sable.

—Cuando Therio llegó, nuestro padre ya había marchado. Creo... Apenas lo recuerdo. ¡Éramos tan pequeñas! —exclamó Antíope.

—La noche que salimos de nuestro hogar, Therio vino con nosotras. Era tan solo un pequeño cachorro... Padre ya no estaba —aseguró Hipólita.

—Vayamos a mi cueva, tenemos mucho de qué hablar —dijo Antíope, dando una fuerte palmada a los cuartos traseros de la bestia.

Internándose en el Bosque Maldito las hermanas se alejaron de aquel lugar conforme avanzaba la luna. El dientes de sable las siguió, arrastrando el cuerpo desmembrado de una de las guerreras muertas y mirando de reojo a Zaino. El hermoso caballo seguía inquieto los pasos de Hipólita, calmado por las suaves caricias que ella le propinaba.

Tras una larga marcha, llegaron hasta el refugio donde Antíope se había ocultado durante este tiempo: una angosta caverna escondida en lo más espeso del bosque, entre los recovecos de una montaña de difícil acceso.

—Aquí estará bien tu caballo, le pondré agua y hierba fresca. Ningún bicho se acerca por aquí arriba, el olor de Therio basta para alejarles... Dentro tienes viruta pajiza para hacer fuego —aseguró Antíope, lanzándole dos piedras de pirita a Hipólita. La cual asintió tomándolas al aire.

Tras anudar las riendas de Zaino a unas gruesas ramas, Hipólita se acercó a Menalipa y, juntas, encendieron una reconfortante hoguera mientras Antíope marchaba en busca de algo para cenar.

—Guardad mi preciado hogar, en un momento regreso. Tengo controlado un paso que siempre calma el hambre... ¡No os llevéis nada!

Hipólita la miró sonriendo y después dirigió su vista al fuego, viendo cómo prendía y, sin poder contener más la emoción, empezó a llorar en silencio. Menalipa la abrazó y la besó.

—Creí que habíais muerto y ahora estamos juntas de nuevo —dijo entre sollozos que no paraban.

—¡Heeee...! ¡Qué ocurre? ¡No os puedo dejar solas! —exclamó Antíope a su regreso, entrando en la cueva y arrastrando tras de sí un pequeño corzo atravesado por una flecha.

La bestia alzó la cabeza con un gruñido y se acercó a lamer el animal muerto. Antíope agarró los restos humanos semidevorados de la guerrera y los lanzó lejos, por una pequeña abertura que daba al vacío.

—Ahora te doy tu parte, nervioso. ¡Pero no me traigas más gente aquí! —exclamó.

Abajo, los restos cayeron sobre otros despojos, ya vencidos por el tiempo, de diferentes animales: huesos de uro, ciervo, gacelas, macacos y hombres. Sobre ellos cayeron rápidamente una bandada de cuervos y dos zorros.

Menalipa e Hipólita la miraban sorprendidas. Antíope se giró molesta.

—¿Qué? No me gusta que traiga restos humanos a la cueva.

Sin más, se puso a descuartizar el corzo y a prepararlo para asarlo. El dientes de sable se dio un buen festín con los restos de la matanza. Sentadas en la hoguera, mientras cenaban, cada una contó su historia desde la trágica noche en que Armonía fue muerta y ellas, separadas. Cómo Argan había cuidado de Menalipa y había sido asesinado, cómo habían sido engañadas Menalipa e Hipólita por la reina Treita y cómo se había hecho Hipólita reina de Gadeira.

Cuando las dos hermanas terminaron de narrar sus andanzas, entre risas y muecas, al calor de la hoguera, quedaron calladas. Entonces, miraron a Antíope, que seguía royendo un hueso. La cual agarró una gruesa piedra y lo aplastó de un golpe buscando afanosamente el tuétano.

—¡Cuéntanos! —exclamó Hipólita.

Antíope las miró y, sintiéndose observada, dirigió su mirada a la bestia, que, con la barriga llena, lamía entre gruñidos su garra delantera, a la cual le faltaba una de sus poderosas y retráctiles uñas.

—Aquella noche, cuando caí, quedé conmocionada. Apenas veía la leve luz de las teas de los guerreros en la cima. Oía voces lejanas. No me atreví a contestar, pues me percaté de la presencia de un feo oso. No lo veía, pero sabía que estaba ahí. Enseguida me olfateó —dijo Antíope levantándose e imitando la figura y andares del animal, alzando su cara y olisqueando al aire.

Sus hermanas se divertían con los gestos mientras la bestia miraba algo desconcertada.

—Me buscó en la oscuridad... y se abalanzó sobre mí con sus garras y su gran boca —exclamó saltando sobre Menalipa, que se sobresaltó asustada.

—¡Aaaah!

—Entonces apareció Therio —añadió Antíope, soltando a su hermana. Las tres miraron a la bestia.

—¿Recordáis lo pequeño que era? —preguntó cariñosamente Menalipa.

—Sí, parecía una bola de pelo... Por cierto, bastante pestosa y con mal carácter —apuntó Hipólita.

—Como ahora —replicó Antíope.

Las hermanas rieron con ganas y se miraron con la satisfacción que da estar entre los tuyos.

—Rasgó con sus poderosas garras la cara del gran oso —prosiguió Antíope—. Pero este se obstinaba en mi carne y, tras herirme un brazo de un zarpazo, Therio se abalanzó sobre mí. Yo apenas me mantenía en pie. No sabía si tenía algo roto o no. Tomando mi cuerpo de un bocado, por la cintura, me sacó de la cueva dejando atrás al feo oso... hambriento, tuerto y furioso.

Antíope observó a la bestia; esta alzó la cabeza estirando el cuello, rechinando sus impresionantes molares carniceros.

—¡Es un bruto! No sé qué hubiera sido mejor, que me sacara de las fauces de aquel feo oso o todos los golpes y arañazos que recibí en la maleza mientras corría

conmigo en su boca. Además, tiemblo cada vez que pienso en la presión de sus dientes sobre mi cintura. Creía que en cualquier salto me partiría en dos... ¡Bruto! —dijo tirando un hueso a la cabeza del enorme felino.

La bestia lanzó un ronco gruñido. Luego, olisqueó el hueso, lo lamió y volvió a reclinarse su cabeza en el suelo, para comenzar a dormitar.

—Therio me puso a salvo en esta cueva y marchó de inmediato. Sabía que ningún oso, ni ningún devorador de hombres se acercaría hasta ella. Tampoco el hombre salvaje... y menos los hombres sabios. No volvió en varios días.

Antíope calló, bajo la cabeza y cambió su tono alegre por una triste mueca.

—Regresó una mañana temprano con el cuerpo sin vida de nuestra amada madre en sus fauces. Creí morir. Lo dejó junto a mí, como pensando que mi calor la recuperaría.

Menalipa se acercó conmovida a Therio y acarició su lomo. La bestia profirió un pequeño eructo. La joven hizo cara de circunstancias, se sentó junto a él apoyando su espalda en el lomo del animal y continuó escuchando el relato de su hermana.

—Sabía que lo que pasaba aquella terrible noche en el bosque no era normal, ni buena cosa. Creo que fue a buscarla, pero llegó tarde. Debí estar guardando su cuerpo de los carroñeros hasta que la traje junto a mí... No sé; quizás pensó que yo estaba sola.

—Therio siempre estuvo noble y leal junto a nuestra amada madre. Así respondió a su cariño, desde que lo rescató del aquel foso donde se amputó una de sus garras —dijo Hipólita.

—Sí, ese mismo día marcó a Armonía en la cara. Pero ella, lejos de tomar represalia alguna, sanó su herida y lo alimentó y cuidó hasta que supo cazar y defenderse por sí mismo... Quizás sabía que un día cuidaría de nosotras —apuntó Menalipa.

—No pude dar sepultura a nuestra amada madre hasta el día siguiente, pues se posó sobre su cuerpo y no se despegó para nada —continuó Antíope.

Menalipa e Hipólita quedaron acongojadas y en silencio. Sus rostros, antes alegres, reflejaban ahora la tristeza cierta del que siente su corazón golpeado con dureza. La pena de aquel día y el dolor de la muerte de Armonía lo sentían tan cercano, tan dentro de ellas...

—Algo recuperada de mi angustia, fui a pasear. Therio salió de inmediato junto a mí y nos fuimos a cazar ¡Y cazamos un uro! —exclamó Antíope.

—¿Un uro? —preguntó Menalipa.

—Bueno, lo cazó él solo para mí. Cuando regresamos a la caverna trasladé el cuerpo de nuestra madre hasta aquel claro del bosque, donde agarra el viejo roble, y la enterré allí mismo. A menudo pasamos por el lugar y nos sentamos a su sombra... No sé... ¡La echo tanto de menos!

En la cueva se hizo un largo silencio de nostalgia y amor.

Emocionada, Antíope finalizó su relato escuetamente.

—¡Y eso es todo! Aquí he estado cuidándome para lo que viniera y matando a

todo aquel que se adentraba en nuestro bosque... ¡Hasta que dejé vivo a uno y me contó que mi hermana Hipólita era reina de Gadeira!

La noche se cerró sobre el Bosque Maldito, acompañada de los aullidos del lobo y el fantasmagórico ulular de la lechuza. Las tres hermanas pasaron el tiempo en la caverna hablando hasta el amanecer.

Menalipa y Antíope cayeron vencidas a la salida del sol. Hipólita pensó en regresar a Gadeira, pues su ausencia en palacio no pasaría desapercibida.

—Os dejo, nos veremos pronto... No quiero que el bosque se llene de soldados en mi búsqueda —aseguró.

—¿Aún estás aquí? Vete ya... ¡No nos dejas dormir! —exclamó Antíope, recostándose junto a Menalipa.

Hipólita alzó su ceja derecha e hizo una mueca y, con una sonrisa, salió de la cueva saltando sobre Zaino.

A su regreso a palacio, se reunió de inmediato con Gadir y, contenta y animada, contó todo lo acontecido a su joven comandante, al que poco a poco se sentía más unida.

—¡Es increíble! ¡Mis hermanas están vivas! ¡No he dormido en toda la noche y estoy eufórica! Pero dime ¿qué novedades tienes para mí?

Gadir la escuchaba, observando por primera vez cómo, con esa sonrisa en la cara que la hacía tan bella, le abría su corazón; y tardó unos segundos en reaccionar.

—Epolis vino de nuevo a visitarme, se halla inquieto ante un posible ataque a Atlas.

—¿A Atlas?

—Sí, bien nos temen. Las patrullas de Mimi han avistado pequeños grupos de guerreros desconocidos. Mi reina, no debes andar más sin guardia fuera de palacio; puede ser peligroso.

—Sin duda son exploradores de una fuerza superior y no vienen a coronarme —comentó Hipólita haciéndose eco, en silencio y con agrado, de la preocupación de Gadir por su suerte.

—Es más, desde uno de los controles cercanos a la muralla de Atlas se ha constatado que al menos uno de esos grupos de guerreros ha tenido contacto con gentes de la propia acrópolis —continuó el joven general—. Eso no es todo y es de preocupar, mi reina. Entre los enemigos que han tenido contactos con gentes de Atlas se hallaban dos que, por sus vestimentas de bronce y yelmos de colmillos de jabalí, no pueden ser más que aqueos, los hijos de Atenea.

La joven reina dio dos vueltas en su aposento, pensando en la nueva que nada bueno anunciaba.

—Gadir, haz que regresen las patrullas que anden alejadas de la ciudad. Que permanezcan en guardia solo las más cercanas... Que no se dejen ver, que observen con discreción.

—Como ordenes, pero...

—Asegúrate de que nuestros lanceros y la caballería permanecen acuartelados en el campamento de Tarss, ocultos entre las marismas y los grandes árboles, en el interior del bosque, fuera de ojos indiscretos.

—Entiendo, es ventajoso que el enemigo desconozca nuestra verdadera fuerza.

—Dobla la guardia y manda un mensaje. Avisa al rey Azaes, por si quisiera proteger a su familia en palacio. Se acercan fuertes vientos que nada bueno traen. Marcha pues, con premura. Me temo que será necesario dar buenos pasos antes de la batalla.

—Así se hará, mi reina —contestó Gadir y se alejó.

Sola, Hipólita se sentó junto al arco de piedra que abría la terraza del palacio y miró por un tiempo hacia el exterior de la habitación. Una suave brisa le acarició la cara meciendo sus cabellos, el sueño la alcanzaba. Se levantó y tomó la espada de oricalco que un día le regalara Treita como ofrenda de paz y pasó su mano por el filo. Se sintió cansada y volvió a sentarse, quedando dormida con el melódico canto de los ruiseñores.

Al día siguiente, en la acrópolis de Atlas, un mensajero de Gadeira llegaba hasta la reina Treita.

—Mi señora os bendice en este día y manda seas invitada a palacio. Desea hablar de futuro, de comercio y de oro. Más bien si pudiera ser hoy mismo.

Pletórica, Treita sonrió.

—Confírmale que esta misma tarde acudiré a su amable llamada. También es mi deseo verla y debatir amistosamente.

Apenas hubieron comido, con ganas y premura, Treita y su esposo, el rey Méstor, se dirigían confiados hacia Gaderia, con una pequeña guardia de diez lanceros.

—Con el apoyo y reconocimiento de Hipólita... ¡Por fin Atlas es mía! Nadie se atreverá a discutir mi derecho a la Corona y nuestro primogénito será el heredero —aseguró Treita sonriendo a su esposo.

—Nuestra suerte avanza, bendigamos este día a los dioses, buenos sacrificios he de hacer a nuestro regreso. ¡No paro de organizar nuevos cambios en mis mientes para la nueva era que se avecina!

Hipólita les vio llegar desde sus aposentos. En ese momento, un mensajero, acompañado de Gadir, le traía noticias del rey Azaes.

—Mi reina, mi señor te manda con agrado un cuenco de sabroso requesón y este otro de rica miel de romero como presente y os da las gracias por tu grata oferta. A la vez, te hace saber que él permanecerá a cubierto con su gente, a la que no puede abandonar por fuerte que sea el temporal.

La joven reina probó con un dedo la miel mientras veía cómo Treita y Méstor subían confiados por las escaleras del exterior, que les conducía hasta la sala de

juntas de palacio y, mirando el cuenco, saboreó su contenido. Lo dejó en manos del mensajero y, sin fruncir una ceja, se dirigió a la sala de juntas para recibirles.

—Mi querida Hipólita... ¡Cuánto honor! —exclamó Treita nada más verla.

No era consciente de que Menalipa no solo estaba viva, sino que había logrado reunirse con su amada hermana. Y corrió hacia su propia desdicha. Hipólita se acercó a ella y sin mediar palabra hundió sus dedos índice y corazón, con un golpe rápido, en las órbitas oculares de Treita. Giró la muñeca y los sacó con fuerza hacia fuera, arrancándole los ojos de un tirón, y los lanzó por el ventanal.

—¡Hasta aquí ha llegado tu veneno! —sentenció, desenvainando la espada de oricalco, regalo de la propia reina.

Méstor se quedó mudo, horrorizado.

—Yo, yo... Pero... —decía tratando de excusarse al comprender que Hipólita debía de haber descubierto algo. Y tragó saliva cuando vio aparecer a Menalipa acompañada por Gadir y la guardia. Cerró los ojos y agachó la cabeza—. Yo intenté detenerla, pero no pude... me hubiera matado. Lo siento... Yo no...

Hipólita ni tan siquiera había reparado en él, blandió la espada y se la ofreció a Menalipa, quien convencida de que iba a encerrarlos o desterrarlos, se hallaba descompuesta ante la acción de su hermana.

Treita cayó de rodillas, entre lamentos y chillidos, mientras la sangre brotaba por las cuencas vacías de sus ojos. Hipólita insistió a su hermana en brindarle la espada.

—No puedo, yo no puedo... —dijo una angustiada Menalipa.

Hipólita miró a su hermana y, de nuevo, a Treita y, de un certero golpe de espada, le separó la cabeza del resto del cuerpo. Después, miró a Méstor. Sus vestimentas de finos adornos de argétea y oro estaban humedecidas, el suelo mojado y le acompañaba un desagradable hedor. Se acercó a él y le pasó el brazo por el hombro, acercándolo hasta el ventanal.

—Respira aire fresco, lo necesitas. Pareces mareado, no desfallezcas... noble rey —le susurró.

—No, no, yo no... —sollozaba Méstor.

De un fuerte empujón, Hipólita lo lanzó al vacío. Acto seguido se volvió y dio un fuerte golpe con la espada en uno de los cantos de la pared de piedra y esta se partió en tres. Hipólita agarró los fragmentos y los arrojó sobre el cuerpo muerto de Treita, que inundaba el suelo de la habitación con su sangre.

—Se terminó la audiencia. ¿Estás bien? —le preguntó a Menalipa.

—Sí, bueno, no... —respondió ella con voz temblorosa. No reconocía a su hermana que parecía haberse transformado, durante su calvario con el rey Autóctono, en una persona fría y sin escrúpulos.

—¡Traedme al capitán de la guardia de esta víbora! —exclamó Hipólita.

El cual, nervioso y sintiéndose acorralado y muerto tras ver caer a Méstor desde el ventanal, se postró a sus pies.

—Tranquiliza tus mientes, pues no tienes nada que temer —le dijo Hipólita, calmando su ánimo—. Recoge los restos de tus reyes y sácalos de mi hogar antes de que los mande esparcir como comida de perros que son. Y mando le hagas llegar el siguiente mensaje a los sabios de la acrópolis, que cobardemente se ocultan con sus mentiras y veneno tras las murallas de Atlas: que armen sus columnas y preparen sus defensas, pues muy pronto necesitarán de ellas.

## CAPÍTULO 21 · LA ALDEA DEL BOSQUE HÚMEDO

Tras remontar el río Evros en su regreso hacia Atlanta, el príncipe Évenor, el rey Cronos y el viejo Thesitas, alcanzaron el poblado de Gomalova. Las casas de madera, construidas de nuevo, desprendían humo blanco por las chimeneas y varios niños jugaban entre ocas y pequeños cerdos. Sus gentes salieron a recibirles y pronto una gran fiesta recorrió la aldea. Allí se encontraron de nuevo con los que se quedaron ayudando tras la tragedia y, también, a los que les acompañaron hasta Tríbada.

—La guerrera de rubios cabellos nos dijo que habíais salido en dirección a Occidente, hacía ya días, así que partimos... Aunque algunos de los nuestros decidieron quedarse trabajando la tierra al amparo de esas intrépidas mujeres —le informó a Cronos uno de sus hombres de confianza.

Évenor le miró sin poder dejar de pensar en Ainia, sin duda la “guerrera de rubios cabellos”. Entonces unos gritos llenaron su corazón de una gran alegría.

—¡Papá, papá! —gritaba la niña de sonrojados mofletes mientras corría hacia él, y no resultaba extraño pues su padre vencido en Artos tenía rasgos parecidos al del joven príncipe. Más ahora, con su larga melena y la cara barbilampiña. Para la pequeña le resultó más fácil suplantar la identidad que aceptar su muerte.

Évenor descabalgó y se agachó para recibirla, alzándola en brazos mientras la niña le abrazaba fuertemente.

Tras los abrazos, la pequeña le tomó de la mano y tiró de él, señalando con insistencia un pequeño almacén de paja, obligándole a acercarse hasta allí.

—¡Mira! ¡Mira!

Ante la sorpresa del príncipe, en su interior se encontraba, posada en un gran tronco y atada su pata con duras correas de cuero, aquella impresionante águila de lomos blancos.

—Tras varios días de camino apareció sobre nuestras cabezas y se posó cerca

del asado. No sabe cazar, solo matar —dijo un hombre mayor, de piel curtida y ojos profundos, entrando al pajar. Su poblado bigote y mirada profunda enfatizaban su voz melancólica.

—Si sabe matar, no le será difícil cazar. Libre, aprenderá a buscar cuando el hambre se lo exija. Pero dime, ¿quién eres?

—Oh, perdón, mi señor. Me liberaste de los salvajes. Soy de Artos, mi nombre es Elio y mi fascinación son estas hermosas aves de presa.

Évenor se acercó a la rapaz, que fijó sus ojos en él, como si le reconociera. Estirando el cuello, encrestó las plumas y lanzó un agudo chillido a la par que extendía sus largas alas. Sonriendo, Elio le mostró al príncipe un guante largo de cuero duro y una masa de carne de cierva como cebo.

—¿Has trabajado con águilas en Artos? —le preguntó interesado mientras agarraba el guante y se lo enfundaba.

—Oh, no, qué más quisiera. Tan solo tuve la oportunidad de cazar con un halcón. Una rapaz como esta es algo muy grande.

El príncipe salió fuera del pajar y mientras, Elio liberó la poderosa ave posándola en su brazo. Évenor, colocando a la pequeña a su lado, protegida con un brazo, alzó el otro cubierto por el guante, manteniendo su puño en alto con el cebo. La rapaz salió volando y se posó directamente sobre su mano, buscando entre los dedos un premio que tragar. La niña miraba la escena con entusiasmo y se apretaba a las piernas del príncipe venciendo sus miedos.

En la humilde aldea descansaron unos días de su camino. Évenor pasó mucho tiempo con el hombre que sabía de águilas, con la imponente rapaz de lomos blancos a la que llamó Imperia y con la niña que siempre le llamaba papá. Disfrutó mucho cuidando de la pequeña, soportando sus incansables juegos, hasta el punto que le hizo olvidar todas sus penas.

Los soldados de Atlas que quedaron habían emprendido una nueva vida en la aldea. Muchos de ellos, incluso esperaban familia y no deseaban regresar. El resto se mostraban reacios y alguno insinuó la posibilidad de volver a Tribada. Los días pasaban agradablemente entre salidas al bosque, cacerías y cortando maderas para las casas y graneros.

Una mañana temprano, tras liberar de la noche a la hermosa ave y viendo como surcaba el aire, Évenor, desprevenido, recibió un duro golpe en la cabeza. Cayó a plomo al suelo, luchando por no quedar inconsciente a la vez que sentía la sangre caliente resbalar por el cuello. Girándose, pudo ver como alzaba una gran porra de madera uno de los hombres de Treita que intentaron acabar con él, de aquellos que lograron huir de las flechas de muerte de Ainia. Otro, cobardemente, le apremiaba poco más allá para que acabara rápido mientras vigilaba. Habían llegado entrada la noche, aguardando su momento para acabar con el príncipe.

Aquel hombre, apretando los dientes y con los ojos hendidos de furia, lanzó hacia

atrás la gran porra para acabar de un golpe con Évenor. El cual, consciente de lo que pasaba, pero sin fuerzas, alargaba sus brazos tratando de parar instintivamente el golpe. Entonces, la silueta del águila cruzó veloz por sus retinas. Con un impacto brutal, las garras de Imperia se cerraron con fuerza en el cuello de aquel guerrero. Segándole la aorta y hundiendo sus aceradas uñas en la base del cráneo, ahondó en el cerebro, acabando con su vida en pocos segundos. El malicioso vigía, salió corriendo al ver la terrible escena. Évenor se alzó y lanzando con fuerza su espada, le atravesó la espalda.

Ante los gritos de ansiedad del príncipe, que maldecía a aquellos traidores que yacían muertos, aparecieron Cronos y varios hombres para socorrerle. Limpiando la sangre de su pecho, Évenor se pasó la mano por la cabeza notando una brecha que manchaba su cara.

—Debemos marchar, no podemos seguir aquí —dijo dirigiéndose a Cronos—. ¡Algo debe haber ocurrido en Atlas para que busquen así mi muerte!

—Mañana partiremos sin falta. Pero antes debemos cuidar y vendar esa herida. Avisaré al viejo Thesitas para que prepare nuestra partida —contestó Cronos.

—¡No! ¡Hoy mismo!

—Pero nuestros hombres...

—¡Marcharemos solos! ¡Acaso no ves que no desean volver? Han cumplido con creces. Libérales pues de sus obligaciones de guerra. Que se queden en paz, pues ya no son soldados sino hombres de familia, con una tierra para labrar y un pueblo al que amar.

Évenor recogió su arma sacándola del cuerpo sin vida de aquel hombre y extendió su brazo al aire para que Imperia se posara sobre él.

—Me has salvado la vida, Imperia, amiga mía; aunque seguramente no lo sabes... ¿O sí? Desde ahora serás mi estandarte de guerra, pues no conocí animal tan majestuoso y marcial, tan leal y mortal como lo eres tú.

El águila pareció prestarle atención por un momento, fijando su penetrante mirada en los ojos de Évenor. Acto seguido hurgó con su pico entre los dedos del guante, para ver si hallaba algo de carne que tragar.

—Vuela, busca tu libertad. ¡No naciste para ser lacaya, sino reina! —exclamó Évenor y la lanzó al aire.

Imperia voló alto, muy alto; hasta desaparecer de la vista del príncipe.

La noche caía rápidamente, el sol moría dando color a una renovada luna. El anochecer era precioso. Évenor, sentado en su caballo, acariciaba la negra melena de la pequeña, observando las coloridas nubes. Reemprendido el regreso, era tan solo un alto en el camino para descansar en su largo devenir. Mientras, ella cerraba los ojos y se le abrazaba como quien no suelta jamás, entre un pequeño bostezo y una mirada inocente.

Cronos y Thesitas observaban los alrededores. Y descubrieron, a lo lejos, a una jovencita que cargaba con dos cuencos de agua, cerca de un pequeño arroyo que

regaba la falda de la montaña. Apenas podía con ellos y Thesitas decidió ayudarla.

En su camino hacía la Península, Cronos y Thesitas, habían dado de nuevo, un rodeo para evitar los caminos cercanos a Ática. Temían que las heridas de las viejas guerras no hubieran cicatrizado lo necesario y, posiblemente, habrían puesto en peligro sus vidas de saberse quienes eran, en esa tierra regada por la sangre de sus antepasados. Asíó, se habían internado más de lo esperado hacia el norte, en los parajes de altas montañas, bosques sin fin y frondosos valles. Y llegaron hasta aquella hermosa jovencita de piel blanca como la nieve y sedosos cabellos, negros y ondulados, que cubrían sus hombros llegando hasta la cintura. Ella les recibió con sorpresa y una agradable sonrisa.

—¡Permite que te ayudemos en tan pesada labor! —exclamó Thesitas descabalgando.

La joven dio un paso atrás y les miró con cierta desconfianza.

—No temas, somos gente de bien y marchamos de camino a nuestro lejano hogar. Nada has de temer —aseguró Cronos, de forma tranquilizadora.

El viejo Thesitas cargó los cuenco de agua y le guiñó un ojo a la muchacha. Ella le miró con gratitud, agachando la cabeza ruborizada, y levantó los ojos de forma tímida.

—Soy Drakia. Mi aldea no está lejos. Seguidme. Si queréis, allí podéis descansar de vuestro camino, calmar el hambre del día y descansar la fatiga de la jornada —les contestó.

Cargados los cuencos en el caballo del viejo Thesitas, la joven subió a lomos del corcel de Cronos. Évenor aceptó la amable invitación de la joven y pronto, emprendieron la marcha hacia el interior del bosque, adentrándose hacia las vertientes del sur hasta llegar a una aldea escondida.

Pequeñas y redondas cabañas hechas de madera, arcilla y hojas desvelaban su condición nómada. Sus vestimentas eran un mosaico de prendas vistas en diversos lares: igual gruesa lana que suave algodón, lino fuerte o cáñamo de Oriente. Y sus adornos lo mismo, parecían venidos de muchos sitios diferentes. Évenor pensó que esta gente debía viajar mucho y que sería interesante escuchar sus dichos.

Los aldeanos, de baja estatura, corto cabello y algo rechonchos, enseguida rodearon a los invitados de Drakia. Tocaban sus caballos, sus pertenencias, sus carnes y les sonreían sin parar, como si su llegada al poblado se tratara de un gran acontecimiento. Los niños salieron de las cabañas y, alborotados, comenzaron a saltar alrededor de ellos con una alegría intensa. No eran muy visitados por otras personas; menos en el profundo bosque en el que vivían.

En aquel poblado les atendieron con presteza y sencillez. Una hospitalidad ya olvidada en su largo viaje lleno de penurias y de pocas alegrías. Apenas se entendían con ellos, pues hablaban varias lenguas. En ellas se intercalaban palabras conocidas, pero la sonrisa, la exclamación y la sorpresa son gestos universales y fácilmente reconocibles. Tan solo la joven y algunos adultos comprendían bien sus palabras;

aunque, si bien casi nadie hablaba, todos parecían entender.

Una gran hoguera se hallaba en el centro de la pequeña aldea. Sobre ella, una larga y plana piedra hacía las veces de asador para numerosas verduras, conejos y pájaros que la cubrían. Un gran plato de barro, con fino tomillo, hierbabuena, lanceoladas hojas de laurel y salsa de espárragos, mantenía caliente las finas tiras de carne recién asada. Allí se sentaron a reponer fuerzas y, junto a ellos, algunos de los amables hombres de la aldea y Drakia. La cual hacía las veces de traductora y reía las gracias de todos. En frente, los niños y los más jóvenes permanecían sentados, mirándoles con sus pequeños ojos, sus redondas caras y sonriéndoles tímidamente.

Sus caballos fueron atados en un pequeño arbusto con abundante agua y hierba fresca, junto a una sólida cabaña, en la que les acomodaron para pasar la noche. La sólida construcción parecía una especie de almacén. Era amplia, cómoda, estaba bien cubierta y disponía de una pequeña ventana.

Cansados como estaban, pronto dirían de ir a dormir. Si bien las gentiles gentes les ofrecían más carnes y vegetales para saciarse.

—Alimentaros. Esta humilde aldea hoy es vuestro hogar. ¿Quién sabe qué ocurrirá mañana? Serviros —les decían amablemente.

—Y tú, ¿no comes? —preguntó Thesitas, ofreciéndole un trozo de aquella sabrosa carne a Drakia.

—No. Ahora sacia tu hambre y descansa. Para nosotros es pronto aún. Hasta la media noche no saciaremos nuestro apetito.

Évenor pronto les preguntó sobre los hombres de ojos rasgados a los que habían perseguido y sobre esas indomables mujeres que guerreaban a lomos de caballos.

—Poco o nada sabemos de ese pueblo, apenas sí se ven. Vienen de lejos. Dicen que son guerreros asesinos y temibles arqueros. De ellas, aseguran los dichos que son muy diestras dando muerte. Preferimos esquivar tales gentes y lobas. No traen nada bueno con sus armas y caballos —aseguró el jefe de la aldea, un hombre grueso, de grandes carnes y voluptuosa papada.

—Las mujeres son demonios, se aparean como lobas y devoran a los hombres... ¡Y a los nacidos varones! —apuntó uno de ellos abriendo sus ojos, con entrecortadas palabras.

—¡Son mala gente! ¡Arrancan las pieles de sus víctimas y beben su sangre! ¡Matan por matar! —exclamó Drakia.

Évenor miró a Cronos, quien asentía sonriendo. Sin duda, el temor hacía las guerreras les hacía decir tales dichos, pues de ninguna forma veían a Ainia en aquel papel tan macabro. El príncipe se alzó, tras escucharles, y estiró su brazo hacia el jefe de la aldea. Con un gesto de amistad y sinceridad, ambos apretaron sus manos.

Los atlantes se levantaron con la niña y fueron hasta la cabaña. Thesitas se retrasó, pues se había quedado en la hoguera para recoger un poco de aquella sabrosa carne para saciar el hambre que todavía arrastraba.

Évenor acomodó a la pequeña preparándole un lecho de paja y cueros. La arropó con su capa y se dispuso a descansar a su lado.

—¡Qué delicia de carne! —exclamaba Cronos alabando la espléndida cena a la que habían sido invitados—. ¿Quizás un ave o algún puerco? ¡Thesitas ha ido a por más!

—Si, en verdad era muy tierna y sabrosa —comentó Évenor.

Thesitas recogió un trozo de carne sobrante del plato que la mantenía caliente sobre la piedra. Entre las cenizas unos huesos llamaron su atención y arrodillándose, sopló sobre el polvo oscuro.

—¿Qué es esto? —exclamó aterrizado, observando los restos carbonizados de una mano humana.

Aquellos dedos quemados y agarrotados encogieron su corazón. En ese momento, una sombra tapó la luz de la luna tras el viejo Thesitas. El cual, girándose, apenas pudo ver el destello de un hacha de filo redondo que partió su cuello, llevándose su vida, conforme un golpe de espesa sangre manchaba la piedra caliente. La puerta de la cabaña donde estaban Évenor, Cronos y la pequeña se cerró de golpe y un seco sonido de puntales aseguró su encierro. Ambos se miraron sorprendidos, sin poder reaccionar.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó la pequeña muy asustada.

Junto a la hoguera, Drakia limpiaba la sangre de su rostro y miraba hacia la cabaña. Al lado de la joven, los gentiles hombres se hicieron con el cuerpo sin vida de Thesitas y lo desnudaron. Después, lo lavaron, lo embadurnaron de grasas y lo depositaron sobre la piedra caliente. Abrieron su vientre con un enorme cuchillo, arrancándole las entrañas y crujieron sus huesos con un hacha de gran tamaño. Desmembraron su cuerpo con grandes cortes por los que manaba la sangre en abundancia, hirviendo rápido al contacto sobre la piedra de fuego.

Una anciana se acercó con un gran cuenco de caldo y, con un cazo de madera, empezó a rellenar el cadáver colmando cada corte y su vientre vaciado, colocando ramas de laurel, abundante tomillo y salsa de espárragos. Tras dejar el cuenco a un lado, tomó un cuchillo mellado de hoja ancha y, de un tajo, seccionó la cabeza del desgraciado Thesitas. La mujer comenzó a golpear el cráneo asido de su mano, alrededor de la frente, con una ancha hoja. Extrajo el cerebro y lo cortó en rebanadas que colocó sobre un plato hondo de barro, vertiendo agua de hierbas y dejándolo cocer.

El príncipe se alzó de golpe al verse encerrado, a la vez que preguntó por Thesitas.

—Está fuera, no regresa... ¿Qué está pasando? —preguntó Cronos al escuchar la creciente algarabía de los cada vez más excitados pobladores de la aldea.

Con cierta precaución se acercaron a la puerta e intentaron abrir. Fue imposible.

—Debemos saber que ocurre fuera.

—¡La ventana! —exclamó Cronos.

Apretando sus cabezas, pudieron ver con horror lo que acontecía fuera, en la hoguera, donde el cuerpo sin vida de Thesitas era descuartizado, su carne separada con cuidado de cada hueso y lanzada sobre la piedra caliente, acompañada de vegetales y grasas, de sales y de tomillo, laurel y hierbabuena.

—¡Son inhumanos! ¡Aquellos que devoran a los hombres! —exclamó Cronos. Évenor, angustiado, se puso la mano en la boca.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué hemos cenado? —gritó Cronos, comprendiendo, cayendo de rodillas, y vomitó.

La pequeña se levantó asustada, al verlos descompuestos, y empezó a llorar.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamó el príncipe golpeando con fuerza la puerta con los puños, con los pies... con el hombro.

—¡Estamos atrapados! ¡Debemos pensar algo o seremos devorados como reses! —aseguró Cronos revisando cada palmo de la pared de la cómoda cabaña, convertida ahora en un encierro sin salida.

A la media hora, un intenso aroma a carne asada y hierbas aromáticas envolvía el lugar. Los niños eran premiados con trozos de hígado y los cortes de cerebro cocidos se los ofreció el jefe de la aldea a Drakia por haberles proveído de tan succulento manjar. Decenas de personas se fueron concentrando. La hoguera se hallaba rodeada de nuevo, pero esta vez solo había un invitado sobre ella.

El tiempo pasó, la noche se fue cerrando y el fuego de la hoguera declinó tanto como los comensales a su vera. Évenor recogía en sus brazos a la pequeña mientras Cronos daba golpes con el puño en la pared. No había quitado ojo de la ventana en todo el tiempo.

—Los caballos no están lejos, nuestras armas permanecen junto a ellos... Debemos pensar cómo salir de aquí. Nos confiamos demasiado. ¿Quién iba a sospechar? —se lamentó Cronos.

—¿Qué hacen? —preguntó Évenor.

—Han cocido los huesos, los han astillado con piedras y se están comiendo el tuétano. No han dejado rastro del pobre Thesitas. ¡Es horrible! Ya casi no queda nadie ahí fuera. Ahora solo veo a Drakia. ¡Maldita embaucadora! Está limpiando la piedra, con un trozo de dedo en su boca... Por lo menos no parece que vengan a buscarnos esta noche.

—No hables así. La estás asustando —le recriminó Évenor, mientras acurrucaba en sus brazos a la pequeña niña, que, callada, mantenía sus ojos abiertos como platos.

—¡La niña! ¡Ella puede salir por la ventana! —exclamó Cronos.

—¿Qué pretendes? —preguntó Évenor.

—Ya sé que es una locura. Pero no hay otra opción si no queremos ser devorados —comentó en voz baja Cronos.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó la pequeña, tartamudeando.

—Escúchame atentamente. Vas a salir ahí fuera, solita. Sabemos que eres muy

valiente... —le dijo Cronos, acariciando su cara con ambas manos

—No puedo permitir que arriesgues su vida —replicó Évenor.

—Si no sale antes de que amanezca, ella no tendrá vida, ni nosotros.

—Lo haré. No tengo miedo, papá —dijo la pequeña, mirando fijamente a Évenor, consciente de lo que estaba ocurriendo y de la necesidad de su intervención.

Esperaron a que la noche y el sueño plácido envolvieran la aldea. Entonces, Évenor alzó a la pequeña y la besó en la frente.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

Ella asintió con un gesto rápido.

Alzada al aire, la pequeña asomó sus pies por la estrecha ventana, dejándose caer mientras era sujeta de las manos por Évenor. Al final, el príncipe solo veía sus pequeños dedos sujetos a los suyos.

—Tienes que soltarla —susurró Cronos.

—La caída es alta —apuntó Évenor.

Cronos le miró y puso la mano en su hombro.

—Es una niña muy valiente, lo conseguiremos.

Évenor la soltó, la pequeña cayó y se escuchó un pequeño golpe, un lamento y el silencio. Empezó a pasar el tiempo y no había noticias de la pequeña, ni alcanzaban a verla a través de la ventana, pues era imposible ver el pie de la puerta. La incertidumbre se apoderaba de ellos y el nerviosismo empezó a hacer mella. El silencio los consumía y la angustia aumentaba conforme uno de aquellos hombres apareció junto a la hoguera.

Aquel aldeano regordete miró hacia el encierro y se acercó lentamente. En la puerta, para sorpresa del inhumano, la pequeña jugaba sentada y meneando los brazos al aire. A la derecha, a la izquierda...

El hombre, de grandes mofletes y sonrisa alegre, se le acercó y alzó su brazo con el hacha destellando a la luz de la luna. La niña se levantó y le enseñó sus manos, que contenían varios quilates de oro. Entonces, este bajó su afilada arma y miró hacia todos lados, agachándose junto a ella.

—He salido por la ventana a jugar. Mira, tengo más. ¿Quieres jugar conmigo? —le preguntó la pequeña sonriendo.

El inhumano agarró los quilates y los observó. Después se acercó a la puerta hasta asomarse por una pequeña mirilla al interior de la cabaña. Tumbados y amontonados, los cautivos parecían dormir profundamente. Y en el suelo, al lado de la entrada, muy cerca de la puerta, relucía un saquillo del que sobresalían destellos de oro que atrajeron de inmediato su curiosidad y ambición. Miró de nuevo a ambos lados y se vio solo, volvió a comprobar si los cautivos dormían, empujó a la niña a un lado mientras le hacía un gesto de silencio con su dedo índice en la boca y retiró los postes que anclaban la puerta. Entró en silencio, extendiendo su mano hacia el saquillo de oro. Un sonido sordo le dejó pertrecho y la sangre recorrió su frente oscureciéndole la vista. Cronos, golpeándole con una gran piedra, le había hundido el cráneo.

—¡Rápido, tenemos que irnos de inmediato!

El relinchar de los inquietos caballos, al acercarse apresuradamente el príncipe, Cronos y la pequeña, despertó a Drakia, que tenía su cabaña cerca del encierro. Salió alertada, con un hacha en la mano. Al ver a los fugitivos, dio la voz de alarma con poderosos gritos. Évenor subió a la pequeña a un caballo mientras miraba a la joven con desespero. Cronos saltó sobre el suyo.

Tras de sí salieron varios hombres armados. Uno de ellos lanzó un golpe de hacha sobre Évenor, que lo esquivó hábilmente y le respondió hundiéndole su espada en el pecho.

—¡Sal de aquí! ¡Sálvala! —exclamó a Cronos.

El joven rey comenzó a huir con la pequeña, cruzando la aldea, mientras algunos hombres salían de sus cabañas gritando y con grandes hachas en la mano. Évenor se mantuvo en pie luchando con furia, esquivando golpes y saltando rápido de un lado a otro, mientras su caballo se alejaba tras las cabalgaduras de Cronos.

A la salida del pueblo, sintiéndose a salvo, Cronos anudó el caballo de la pequeña a un arbusto y, tomando las riendas del de Évenor, regresó al galope cruzando de nuevo la aldea, arrollando con decisión a cuantos se pusieron en su camino. El príncipe corrió a montar cuando Drakia se interpuso en su camino alzando un hacha.

—¿Y tú hablas de mala gente? —preguntó Évenor, templando su espada.

—Ellos matan por matar, nosotros para comer... No somos inhumanos como nos llamáis. ¿Y tú? ¿Por qué matas? —espetó la joven.

—¡Yo para sobrevivir! —exclamó Évenor.

Alertado por un grito de muerte, Évenor se giró rápidamente cortando con su espada el cuello de uno de los hombres que se le echaba encima por detrás y, volviendo la vista sobre la joven, detuvo el hacha de Drakia que buscaba su vida. Ladeó su cuerpo, esquivando el golpe y, cruzando con fuerza su brazo, sesgó la cintura de aquella jovencita de grácil sonrisa y hambre voraz, que cayó quebrada como un junco sin fuerza.

Évenor saltó sobre su caballo y se defendió, junto a Cronos, dando golpes de espada a diestro y siniestro. Viéndose rodeados, se lanzaron a través de la hoguera. Saltando con sus caballos y galopando por encima de la ardiente piedra plana, altar de tantos sacrificios, consiguieron huir de la macabra aldea.

Avanzaron en silencio toda la noche, sin pronunciar palabra, sin saber con certeza hacia donde dirigían su trote. Su único afán era poner tierra de por medio entre ellos y los inhumanos que habían devorado a Thesitas y que, desconsolados por la huida de los cautivos, se lamentaban de su suerte y lloraban a sus muertos. El jefe de la aldea acariciaba el rostro sin vida de Drakia, mientras era desnudada y su cuerpo lavado con suaves telas y agua de tomillo...



## CAPÍTULO 22 · LA VIEJA EUROPA

El trote firme y continuo habían llevado al príncipe Évenor y al rey Cronos, a través de los montes de Alp, hacia las tierras de Occidente; ante los extensos valles de la Camarga, dejando atrás a los voraces inhumanos. Regresaban acompañados por la niña de mofletes rosados. El resto de sus hombres quedaron en Gomalova, donde encontraron una vida nueva.

Cuando alcanzaron las tierras bajas cercanas al mar, cabalgaron siguiendo la orilla del ancho río que descendía suave desde las cumbres escarpadas; rodeados de miles de limícolas y flamencos que se alzaban a su paso formando hermosas nubes rosadas. A pocas jornadas quedaban las montañas sagradas de Pyrene.

Maravillados por el impresionante paisaje que se extendía antes ellos, cruzaron por un puente de maderos y grandes troncos que, fuertemente asido con gruesas cuerdas y anchos clavos de bronce, permitía el paso por un recodo estrecho donde las aguas se aceleraban.

—No sabía que hubiera un paso tan seguro en este lugar —dijo Évenor, pasando la mano por su corta barba, pensativo.

—Son hombres sabios sin duda quienes lo han alzado y su uso ha sido fuerte —aseguró Cronos, mirando la construcción con interés—. Se aprecian notables muescas de carros y caballerías. Sea como fuere, nos viene bien para adelantar. No tendremos que llegar hasta el mar para vadear el río.

—Me temo que más nos hubiera valido vadearlo que cruzar el puente, pues quien fuera no lo alzó para honrar nuestro paso —apuntó Évenor, apretando los labios y observando el horizonte que se abría ante ellos.

Salieron del puente y llegaron a una pequeña loma cubierta de denso matorral. Su rápido cabalgar tocó fin. Ante su asombro, en aquel extenso valle rodeado de bosques y lagos sin fin, acampaba un ejército como nunca habían visto. Miles de

soldados aqueos afilaban sus armas preparándose para dar batalla. Junto a ellos, numerosos carros de guerra, de dos y cuatro ruedas, y una caballería sin igual se extendía pastando entre los pantanosos prados.

—¿Cómo no hallamos este grandioso ejército al pasar? —se preguntó Évenor en voz alta.

—Solo cabe pensar que nuestro paso por la Camarga, cerca de las costas marinas, nos impidió ver semejante tropa —apuntó Cronos.

—Pero, entonces, ¿a quienes anduvimos siguiendo? —se preguntó el príncipe, mientras Cronos se encogía de hombros.

Ocultos entre la vegetación, se acercaron lo suficiente para observar con detalle la poderosa concentración militar.

—Tu padre tiene razón. No vienen a saquear las riquezas de Atlanta que queden a su alcance... ¡Lo quieren todo! Vamos, tenemos que marchar de inmediato. Los hijos de Atenea buscan complacer su sed de venganza y colmar sus ansias de gloria —apuntó Cronos, inconsciente de lo acontecido en Atlas.

Una comitiva llegó al impresionante campamento, acompañada de cientos de guerreras a caballo y variopintos grupos de mercenarios a pie. Eran los soldados de ojos rasgados y tez morena que arrasaron Artos. Évenor se fijó en el comandante que abría el paso. Cabalgaba sin yelmo, su rostro resultaba bien visible.

—¡Mirina! —exclamó Cronos.

—Diría que lo supe desde que la conocí en Tríbada —apuntó Évenor.

—Seguimos su rastro hasta el Desolado, mientras sus fuerzas se organizaban aquí, junto a los aqueos.

Mirina, reina de Tríbada, guerrera altiva, se dirigía a una majestuosa tienda situada en el centro del campamento, acompañada por su guardia personal de siete guerreras que vestían cueros negros, como sus monturas. Todos la jaleaban, pues era divina entre los suyos. Los miles de guerreros y la potente caballería acampaban en la Camarga esperando su señal.

Évenor nunca había imaginado que existiera tal amenaza más allá de las montañas sagradas de Pyrene.

—Nunca puedes desestimar posibilidades, por inconcebibles que parezcan. Argan tenía razón, ignorar lo desconocido es peligroso —aseguró.

—Los hijos de Atenea buscan venganza y se han aliado con Mirina... Pero, ¿qué busca esa mujer en nuestra tierra? —preguntó Cronos.

—La sangre de las hijas de Armonía y oro con el que alzar un reino poderoso —respondió Évenor, observando las cabelleras que colgaban de las lanzas de los guerreros de Mirina.

—Fíjate, los soldados se concentran en formaciones de ataque y los carros están cargados de provisiones. Con la llegada de Mirina, seguro que pronto marcharán sobre la Península.

—¡Vamos, no perdamos tiempo! Tenemos que dar la voz de alarma y prepararnos para la batalla.

Se alzaron en silencio, regresaron a por los caballos y cabalgaron de nuevo, pensando en cruzar el paso de las montañas sagradas de Pyrene. Pero las patrullas aqueas vigilaban los caminos de acceso por la costa y la montaña. Finalmente tomaron las rutas de Occidente para evitar ser descubiertos, dando un largo rodeo que les llevó de nuevo hacia las tierras del norte.

—Creo que nos hemos perdido —titubeó Cronos, preocupado, mientras se internaban en un tenebroso pantano rodeado de grandes árboles y vegetación palustre, de inquietantes sonidos y graznidos. La noche caía y la oscuridad lo envolvía todo sin hallar tierra seca donde descansar.

—Debemos avanzar hacia el oeste un poco más. Los pasos de Occidente estarán libres —contestó Évenor.

El espesor del bosque se hacía más patente conforme avanzaban y el cielo quedaba oculto por grandes y espesas ramas. En el suelo, sus pasos se hundían cada vez más en la tierra ahogada por el agua sucia que la bañaba. El susurro del viento mecía sus cabellos y el crujir de las ramas les mantenía alerta.

Pronto se sabían vigilados. Los pequeños rayos de luz que la luna filtraba a través del dosel mostraban vagas sombras que se dibujaban entre el claroscuro. Los hombres que les seguían, les iban cercando hasta que, frente a ellos, dos grandes guerreros de largos cabellos rubios y barbas prominentes, les detuvieron saliendo al descubierto. De las sombras fueron saliendo más, rodeándoles en silencio en aquel terreno pantanoso que les cubría las piernas hasta las rodillas. Eran rudos y altos; y sus miradas, penetrantes. Vestían ropajes confeccionados con fuertes cueros, curtidos y cosidos sobre lino. En sus manos portaban hachas enormes, de un solo filo. Los cascos de bronce, que cubrían sus trenzados cabellos, se adornaban con alas de pequeñas rapaces y astas de bisonte y uro.

—No parecen hombres salvajes. Pero sin duda deben serlo, pues no son aqueos, ni guerreros de Mirina —susurró Évenor.

—¿Quizás inhumanos? —preguntó Cronos en voz baja sacando lentamente su espada, mientras esperaba algún movimiento que le indicara qué podía acontecer.

Los desconocidos se acercaron más, deslizando sus armas en círculos. Les hablaron, pero ninguno de ellos entendió sus palabras. Un hombre enorme, con un yelmo de exageradas astas, se acercó de lado, bajando su hacha y les hizo unos gestos claros.

—Quieren que descabalgemos y les sigamos —apuntó la pequeña con una sonrisa incierta.

Évenor dudó por un momento, miró a la niña, que con grandes ojos observaba a los extraños y, viéndose rodeado, accedió. Cronos le siguió, envainando su espada y sin quitar la vista de ninguno de ellos. Los guerreros bajaron las armas y comenzaron a adentrarse en el bosque mientras les hacían señales de que les siguieran. Otros, en su retaguardia, se hicieron cargo de los caballos.

Llegaron hasta un claro de tierra seca, donde se alzaba un pequeño poblado de

casas de maderos, arcilla y pieles, con una gran hoguera en el centro.

—Parecen gentes nómadas, por la sencillez de sus viviendas. No se ven mujeres, ni niños; deben ser guerreros o cazadores —apuntó Cronos.

—O quizás los guardianes de esa caverna de tibia luz —aseguró Évenor, señalando al gran macizo que se alzaba frente a ellos, donde se hallaba la entrada de una cueva alumbrada por dos teas y adornada con cráneos de bisonte.

—Al menos no son inhumanos —susurró Cronos, con cierto aire de consuelo.

Un agónico relincho y varios gritos de furor les hicieron sobrecogerse. Al mirar hacia sus monturas vieron a varios hombres que habían empezado a matar a uno de los caballos a golpes de hacha, despedazándole la cabeza y abriendo su vientre aún con vida. La visión de la sangre brotando de las entrañas del animal angustió a Évenor. El cual, sacando su espada, se lanzó sobre los guerreros. Estos dieron un paso atrás y le miraron desafiantes. Cronos le siguió mientras resguardaba a la niña. Y pronto temieron por sus vidas.

Uno de ellos se adelantó y, alzando su hacha, dio un fuerte golpe al aire. Solo un rápido movimiento de Évenor le salvó de ser partido en dos. Cronos, con un mandoble de su espada, hirió el pecho del guerrero. El cual cayó de rodillas, con su mano posada en la herida mientras lanzaba al aire seguras maldiciones. Los demás se acercaron amenazantes blandiendo sus armas, mientras otros se llevaban entre voces al guerrero herido.

Évenor y Cronos se unieron espalda contra espalda con las espadas templadas. Agarrada con fuerza a la pierna del príncipe se hallaba la pequeña, apretando los dientes, con los ojos abiertos, esperando el brutal choque.

De pronto un fuerte temblor en el suelo, seguido de un estallido de luz blanca, les hizo caer a todos. Évenor alzó su mirada mientras se levantaba, sin saber qué acontecía. Vio en la boca de la caverna a una anciana de aspecto frágil, de largos cabellos blancos y una larga túnica verde, que alzaba una quebrada rama en forma de bastón y la agitaba al aire. Con ella golpeó de nuevo el suelo y este volvió a temblar, quebrándose ante su asombro, saltando chispas de fuego entre una bruma de humo y un fuerte olor a azufre quemado.

—Es la vieja Europa —dijo Cronos mirando a Évenor—. ¿Quién sino puede tener un poder sin igual en estas tierras norteñas?

—Guardad vuestras armas y seguidme. Mis hombres harán un buen asado con la carne de la bestia. Estaréis cansados de vuestro largo peregrinar —dijo la anciana mientras los guerreros se alzaban temerosos y guardaban sus armas—. La noche refresca y hay que calmar el hambre. ¿Quién es esa bella jovencita que viaja tan bien escoltada? —añadió, señalando a la pequeña.

Sin esperar respuesta dio media vuelta y regresó al interior de la caverna, haciendo un gesto con la mano para que la acompañaran. Évenor decidió envainar su espada y escucharla, buscando mejor suerte que la habida; y subió a la entrada de la cueva con la niña entre sus brazos. Cronos le siguió sin guardar su arma.

Recorrieron una angosta galería y llegaron a una sala redonda, no muy grande y con el techo bajo. Se encontraba iluminada por pequeñas vasijas, que guardaban su fuego entre las grasas fundidas de algún animal. Estaba adornada con pinturas rupestres de atractivos colores ocre: bisontes, ciervos y hombres salvajes decoraban la estancia con escenas de tiempos remotos. Acomodada con pieles de borrego y oso, sentada en una piedra caliza tallada, la anciana les esperaba.

—Guardad vuestras armas. Aquí no os valen de nada —les aseguró dirigiéndose a Cronos, quien tras echar un vistazo a su alrededor, con desconfianza, guardó la espada.

—¿A quién debemos el honor de velar por nuestras vidas? —preguntó Évenor.

—Llegas a mis tierras con muchas preguntas y sin embargo me formulas la única de la que ya sabes la respuesta —le contestó. Después extendió sus brazos, ofreciéndose, para que la pequeña cayera en su regazo. Pero ésta se aferró a Évenor, haciendo pucheros y arrugando sus cejas y labios.

—¿Eres tú la vieja Europa? —preguntó Cronos.

—¿Vieja? ¿Te parezco vieja? Vieja es la corteza del gran roble, la piedra que funde el fuego, cada estrella que adorna el cielo; vieja es aquella quien todo lo cree perdido y cuyo corazón late sin sentido. No es mi caso.

Évenor escuchaba sus palabras mientras observaba sus huesudas manos, de dedos alargados y uñas curvadas como garras. Su arrugada piel se perdía en las cuencas profundas de sus ojos velados, de largas pestañas, donde un pequeño destello parecía darles vida. Temblorosa, alzaba sus brazos gesticulando cada palabra.

—Pero, dime, ¿qué hacen dos hombres sabios y una jovencita tan hermosa en mis tierras? ¿Acaso sois guerreros de Mirina o, por el contrario, sois aquellos a los que piensa exterminar? —preguntó pausadamente, pasándose lentamente los dedos por la garganta, rascándose con suavidad.

—Más bien me temo que lo segundo —apuntó Cronos en voz baja.

—¡Ahhhhh...! —exclamó la anciana, levantando sus dos manos—. Sois de la Península, entonces. Dicen que allí hay buenas tierras, mala gente y muchas riquezas. Bueno, algún día la visitaré. Pero no ahora, pues las aguas bajan revueltas. Quizás más adelante, cuando la tormenta que amenaza calme su ira.

—Si tú eres Europa, divina como eres, sabrás sin duda quién es y qué pretende Mirina —le comentó Évenor.

—¡Divina! ¡Qué palabra más bonita! No, no conocí bien a Mirina... Pero sí a su hermana Armonía, tan sabia, fuerte y noble, y a su bella amante, Artemisa. Su linaje habitaba estas heladas tierras, más al norte, antes de marchar a Oriente en busca del calor de sus gentes. No eran mujeres cualesquiera, sino las divinas dueñas de la luna y grandes cazadoras de corazón guerrero.

—¿Armonía y Artemisa eran amantes? —preguntó Évenor, sorprendido.

—Sí, ¿no es hermoso? Una reina y una diosa se amaban como simples lacayas ante la envidia de todos... y de todas —contestó con voz melancólica.

—¿Conociste a Armonía?

—Sí..., si bien ahora ya me susurró el viento del sur que su vida yace bajo el viejo roble, pero que a salvo quedaba su corona y espada. ¿Sois vosotros quienes las buscan o es Mirina tal vez quien las quiere hallar?

—Me temo, de nuevo, que lo segundo —volvió a comentar Cronos.

Évenor fue a insistir en sus preguntas cuando entraron en la caverna algunos guerreros. Traían pequeñas vasijas con salsa de setas, otras con jugos y agua fresca aromatizada con anís, así como pan de trigo y grandes cuencos con trozos de carne de caballo. El olor a asado llenó la estancia y despertó los estómagos vacíos.

—Ahhhhh... ¡Qué aroma más rico! ¡Devoraría un bisonte para saciar mi hambre, pero me contentaré con vuestro caballo! —exclamó Europa.

Évenor, Cronos y la pequeña se miraron conforme salieron de la sala los guerreros, y posaron los ojos en el asado.

—Comed, comed, no os privéis... Es vuestra bestia —les dijo Europa, jocosa, invitándoles a probar el manjar.

La jovencita fue la primera en probarlo, comiendo con hambre, llenándose la boca y las manos de carne y salsa de setas. Europa la animaba con fervor y le servía en un cuenco jugo de frutos del bosque. Después le siguieron Évenor y Cronos mientras la anciana les miraba sonriente, mordiendo y tragando la carne, con cara complacida.

—¡Que niña tan bonita! Me gustaría tanto ser madre de una hija tan hermosa... Es adorable —apuntó Europa, sonriendo a la pequeña y alertando a Évenor.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —preguntó el príncipe antes de morder un trozo del asado, un tanto preocupado.

—Nada, bueno... Sí, había pensado en entregaros a Mirina a cambio de carne. Pero saciada nuestra hambre, creo que será más interesante dejaros marchar. Quizás podáis acabar con ella. Lo que haré es alimentar a mis hombres con vuestras bestias, poco más —aseguró en tono complaciente, sacudiéndose los dedos y sonriendo a la pequeña sin apartar la vista de ella.

—¿Nuestros caballos? No, no. Eso no puede ser, debemos regresar —espetó Cronos.

—No seas ingrato... ¿Qué vamos a comer si no os entrego a Mirina? Has herido gravemente a un hombre que solo buscaba saciar su hambre, puedes dar gracias de no estar acompañando a la bestia en este cuenco —espetó Europa con firmeza, gesticulando con sus pequeños ojos muy abiertos y alzando los brazos.

—Sin caballos no podremos marchar. ¿Acaso deseas que permanezcamos aquí mientras Mirina parte hacia nuestra tierra? —preguntó Évenor.

—¡Noooooo! Mañana debéis partir al alba, antes de que sus guardias ronden los pasos de las tierras bajas. Tendréis que seguir las sendas del sur que quedarán abiertas y espero que tengáis suerte en vuestra cita con la Parca, pues pronto os visitará. Tenéis que luchar duro, pues muerta Armonía, Mirina quiere su corona, la espada de Ares y riquezas para gozar de un poder absoluto. Y todos esos males se hallan en tu tierra. ¡Es un feo asunto! —le contestó arrugando los labios, meciendo levemente la cabeza a los lados.

La pequeña miraba sus gestos con ojos de incrédula y la boca abierta.

—Llevan mucho tiempo aquí los escitas y las mujeres guerreras —continuó—. Incluso ha realizado una alianza con los hijos de Atenea. Reavivando viejas heridas ha enrolado mecénicos, atenienses y argonautas prometiéndoles un reino de oro y argénteo, de mujeres y placeres sin fin. ¡Ya se han repartido la Península y aún no son sus dueños! Están cometiendo el mismo error que hicieron vuestros antepasados en Ática. Ahora saquean mis tierras y se preparan para la conquista. Me tienen harta. Apenas queda nada de que alimentarse ya en el bosque y mi gente espera oculta y con impaciencia su marcha.

—Pero tú eres fuerte, divina y podrías hacerles frente con tu poderosa magia —apuntó Cronos.

—Mirina y su ejército no me preocupan. Pero Artemisa es otro cantar, pues ella no es una guerrera cualquiera. Es la gran cazadora, dueña divina de los poderes de la luna. Su poder sobre la vida y la muerte es muy grande. Acabar con Mirina es invitar a Artemisa a cabalgar sobre mi pueblo. Y no. Os dejo ese honor a vosotros, que no tenéis más opción que enfrentaros a ella.

Évenor escuchaba atentamente. Hablaba de Artemisa, la mujer de mirada triste con la que había compartido sus palabras, que había velado por su vida y él dudaba en verdad de que se tratara de una guerrera y mucho menos creía que tuviera los poderes de una diosa. Entonces recordó la voz de Ainia, cuando le preguntó si creía que Artemisa era una diosa.

—Veo en tu mirada que dudas de mis palabras, pues has conocido a la gran cazadora. ¿Acaso no sentiste su poder? —preguntó la vieja Europa, escudriñando los ojos de Évenor.

—No sabría qué decir. Yo temo más a las tropas aqueas.

—¡Nooooooooo! —exclamó Europa, y, tras un pequeño silencio, prosiguió—. ¿Por qué crees que habita firme en Anatolia, en un mundo de machos en guerra? Lesbos, Temiscira, Tríbada... están a salvo porque nadie osará atacar mientras Artemisa vele por las hijas de la luna. Con su energía da la vida y la quita con la misma facilidad que respiras el aire.

—¿Qué ocurrió entre Artemisa y Armonía? —preguntó Évenor, interesado.

—Es una historia triste... Pero te la contaré. Artemisa era feliz. Ambas vivían juntas hasta que el divino Ares, azote de mortales, entró en sus vidas. Armonía se enamoró y marchó con él. Con el tiempo, la gran cazadora se vio sola, desplazada y olvidada. Sintió envidia de la felicidad de Armonía y decidió que Ares debía morir. Pensó que así recuperaría a su amor. Convenció a Mirina para que le brindara muerte al guerrero divino. Solo ella y sus guerreras más bravas podrían llevar a cabo tal osadía. Artemisa no podía acabar con él, pues entre los divinos no hay muerte; quedarían malditos. Cuando cayó Ares, las lágrimas de Armonía hicieron que Artemisa se percatara de su horrible acción. Pero ya era tarde. Mirina quería más, deseaba la corona de las hijas de la luna y la espada de Ares, la que marcó su rostro. La gran cazadora tragó el dolor que le producían las lágrimas de su amada y

comprendió que la había perdido para siempre.

—¿Qué fue de Ares?

—Fue arrojado, malherido, al foso donde guardaban a la última bestia de grandes colmillos. Allí murió bajo las garras de aquel terrible animal. No fue devorado porque Armonía llegó a tiempo para despedirse de su amado, atravesando al gran carnicero con su poderosa espada. Permaneció toda la noche junto al cuerpo agonizante de Ares, hasta que un lamento abrió sus ojos.

—¿No estaba sola? —preguntó Cronos.

—Un tembloroso cachorro surgió de la oscuridad, se acercó a las ubres de la bestia muerta y comenzó a succionar. Después le lamió la frente sin hallar respuesta y se acurrucó junto a ella, emitiendo pequeños ronquidos. Armonía, sin soltar a Ares, apenada, observó al cachorro y a la bestia muerta. Se sintió culpable y, conmovida, recogió aquella fierecilla entre sus brazos. El pequeño tigre tenía mucho carácter y, dando un zarpazo al aire, le dejó tres marcas en el rostro antes de caer sobre el suelo. Después, alzándose sobre el pecho ensangrentado de Ares, avanzó hacia su boca...

La vieja Europa calló por un momento, se sirvió un cuenco de jugos y bebió, saboreando su dulce sabor y se pasó la manga por sus labios rugosos, mirando a la pequeña.

—Le lamió la barbilla, sus labios y tragó su alma mientras Ares expiraba su última bocanada de vida para volver al Olimpo —continuó—. El cachorro dejó de gemir y, desde entonces, siguió los pasos de Armonía. Esa misma noche marchó con sus hijas sin que nadie supiera de ella hasta que fue hallada por Mirina. Sí, en las desconocidas tierras de Occidente, mientras observaba un reino en decadencia que invitaba a ser poseído.

—¡Atlanta no es un reino en decadencia! —exclamó Évenor, cortando su relato.

—¡Atlanta hace mucho que no tiene dueño y que la ambición cegó sus leyes! La codicia hizo alzarse a los hijos de Poseidón contra sus hermanos, los hijos de Atenea. ¿Y ahora? El tiempo pasa mientras la conspiración y la traición desgajan cada espiga de su tierra. El mal solo necesita que los hombres buenos no hagan nada para devorarlo todo como el fuego traga la hierba del prado seco. El bien dejó germinar, con su tolerancia, al mal y así su destino quedó sellado —aseguró la anciana, abriendo sus manos y poniendo cara de circunstancias.

Évenor la miró en silencio, sintiendo una punzada de dolor en el alma.

—Ahora, una vez habéis sido saciados, descansad vuestra fatiga, pues deberéis partir esta misma madrugada y llevaros tras vuestras pisadas la ambición de Mirina —sentenció Europa, invitándoles a salir de su morada, extendiendo sus delgados brazos. Recogiéndolos de nuevo, cerró los puños y se irguió.

—Una cosa más. La corona y esa espada, ¿por qué las desea Mirina? —preguntó Évenor volviéndose hacia la vieja Europa conforme desaparecía por una angosta y oscura galería.

—En la corona se halla oculto el inmenso poder de la luna y en la espada, la fuerza de mil guerreros.

—¡Mil guerreros! —exclamó Cronos.

—Sí, esa espada fue forjada con la mezcla maestra del temple de la piedra roja por el propio Sethlans, en la gran montaña de fuego, Vulcano, al calor de la sangre hirviente de sus entrañas. Fue hecha para el mayor de los guerreros: Ares. Su dureza y filo la hacen única. No hay otra igual —le confirmó la vieja Europa.

Évenor la miró y alzó su mano para despedirse.

—Y tú, que eres joven, ¿qué hace latir tu corazón? —preguntó la pequeña, para sorpresa de todos.

—¡Ajaa! ¡La llegada del nuevo día! ¡Una nueva oportunidad para la vida! —exclamó Europa con una sonrisa, alzando y abriendo sus huesudos brazos al aire.

Évenor, Cronos y la pequeña fueron acompañados por uno de aquellos guerreros hasta una cabaña, donde se dispusieron a pasar la noche.

—¿Crees que había algo de verdad en sus palabras? —preguntó Cronos.

—Yo no creo mucho en dioses. Pero quién sabe quienes eran o son en verdad estas almas tan poderosas. Mi viejo padre me dijo en una ocasión que el mejor dios es la sabiduría y que los infiernos resultan de la ignorancia de los sometidos. Y la vieja Europa, sin duda, es sabia, mas no creo que sea una diosa. Está claro que Artemisa no me lo contó todo. Pero no es una guerrera y menos, una diosa.

La cálida luz del alba comenzaba a inundar el valle. Évenor y sus amigos se disponían a partir de nuevo, esta vez a pie. El príncipe llevaba a hombros a la pequeña y Cronos se encargaba de acarrear el agua y el pan que los dos hombres de Europa les habían preparado. Dos guerreros abrieron el paso.

Évenor giró la cabeza hacia la caverna y vio en su entrada a una hermosa doncella de largos cabellos rubios y grandes ojos verdes. En su mano, la rama poderosa que la vieja Europa usara como bastón y en su cuerpo, la túnica verde que cubriera a la anciana. La joven muchacha levantó su mano y, sonriendo, les despidió mientras extendía sus hermosos brazos al sol. Entonces comprendió que la vieja Europa, el alma de los bosques del norte, era en verdad muy joven y quizás sí tuviera algo de diosa.

Avanzaron por una senda que parecía abrirse solo para ellos, entre el denso matorral y la vegetación palustre. Cruzaron rápidamente el bosque y el pantano ante su propio asombro, llegando a los pasos olvidados de las montañas sagradas de Pyrene en apenas una jornada. Ante ellos, la Península se abría. A sus espaldas, un fuerte sonido de guerreros en formación hacía temblar el suelo que pisaban...



## CAPÍTULO 23 · EL REGRESO DEL PRÍNCIPE ÉVENOR

En la acrópolis, ajenos al peligro que se alzaba tras las montañas sagradas de Pyrene, la alarma cundió con la llegada de los cadáveres de Méstor y Treita. Las duras palabras de Hipólita fueron consideradas como un ultimátum. El ejército de la reina se hizo con las posesiones y riquezas de las poblaciones de Elisippos, saqueando sus templos y las casas de los nobles. En la Península, solo las tierras salvajes del norte, el reino de Cronos y Atlas quedaban fuera del control de Hipólita.

Reunidos en el panteón de Poseidón los sabios, los militares, los herederos y los nobles, debatían nerviosos la situación. Nadie dudaba de que la joven reina pensaba entrar más pronto que tarde en Atlas y hacerse con el poder de la Corona de Atlanta.

—Su ejército puede ser grande, pero las columnas de Atlas esperan. Así pues nada tememos. Resistiremos, defenderemos nuestra libertad y los principios que hicieron de Atlanta una civilización avanzada como ninguna —expuso Serian, comandante del ejército atlante—. Nuestros soldados se mantienen firmes y sus generales están impacientes.

—No debemos lanzar las columnas contra Hipólita, ni sacarlas de Atlas. Así me lo ordenó Argan y sus buenas razones tendría —apuntó con presteza Epolis.

—¡Argan ya no está! —exclamó el comandante.

Fleivio, el hijo mayor de Treita, un joven hermoso y de notable porte, llegó acompañado de dos efebos y ocupó el trono de su madre ante la mirada de los presentes.

—No le será fácil asaltar la ciudad. De hecho, es en verdad una gran fortaleza, erigida como si el propio Poseidón hubiera sabido que llegarían estos tormentosos días. Esperemos sus acciones y no arriesguemos nuestra suerte. Que la muralla cumpla su cometido. Paciencia, mi comandante, vuestro momento llegará —expuso.

—Tu dolor es el nuestro, mi querido Flevio. Fortaleceremos las columnas de guerra, esperaremos sus pasos, pues sabias son tus palabras. ¡No rendiremos la plaza nunca ante la arpía del pantano! —asintió Serien.

—En mi visita a Gadeira, el comandante Gadir me aseguró que Hipólita no pretendía Atlas y que nada tenía que temer de ella —expuso Epolis.

—¿Acaso no sabes que Gadir vive poseído por la arpía? ¿Qué pretendes pues que os diga? —apuntó Flevio, alzándose y acariciando la Corona de Atlas, que sobre el altar de Poseidón esperaba al heredero.

Epolis se levantó, cabizbajo, y se alejó hacia la salida.

—Bien sabemos lo que quieres, digno hijo de tu padre y tu madre —susurró.

Al salir del panteón, un soldado de la guardia se le acercó tímidamente.

—Mi señor, no sé si debiera molestaros con pequeños detalles.

—Dime, noble guardia.

—En la noche en que falleció nuestro amado rey, Menalipa acudió en tu búsqueda. Estaba aterrada, algo había descubierto que deseaba compartir con urgencia. Me rogó que nadie se acercara al rey. Dicen las malas lenguas que solo pretendía intimidad para acabar con la vida del rey. Por mi supuesto error estuve arrestado y fui azotado, mas creo que no fue ella. Yo pude ver su cara, la ternura y la angustia que reflejaba... Creo que descubrió tal vez una conspiración y fue víctima de ella.

Epolis puso la mano en el hombro del guardia y meditó aquellas palabras.

—Has hecho bien hijo. Ahora regresa a tu puesto y no comentes nada a nadie, si estás en lo cierto, podría costarte la vida —le dijo.

En Gadeira, como era de su gusto, Hipólita se entrevistaba en la terraza de su estancia con sus comandantes. Acomodados junto a ella, Gadir bebía una infusión de hierbabuena y Tarss y Mimi saboreaban dos grandes cuencos de espumosa celia con cierta preocupación, pues la reina se interesaba por cada detalle de la fortaleza de Atlas. Buscaba los puntos débiles y, más aún, de sus alrededores.

—La acrópolis promete un generoso botín —susurró Hipólita—. Oro y argénteo para engrandecer un reino y comprar favores. Una venganza con la que calmar la sed de sangre de cualquier ejército. Debemos prepararnos.

Los tres hombres que regían la seguridad y el poder de Hipólita no alcanzaban a descifrar las intenciones de su reina.

—Si el motivo no es la venganza, no entiendo la necesidad de arrasar Atlas. Os pido, mi reina, que reflexión —apuntó Gadir.

Hipólita frunció el ceño. Nadie había osado dudar de sus acciones desde que se hizo con el poder. Gadir le había demostrado siempre lealtad, valor e inteligencia, y sentía verdadero aprecio por él; y quizás algo más, por lo que le dejó exponer su opinión observándole atentamente.

—Mi reina, escuchadme. Antes teníamos muchas tierras y nos parecían pocas. Tras la guerra con los hijos de Atenea, disponemos de menos y no nos las acabamos.

Atlas es una fortaleza, por lo que nuestras bajas serán numerosas, una trágica sangría, y las suyas también.

—El pueblo no nos acompañará. Entre los habitantes de Atlas, muchos son los que se cuentan como familiares, amigos, vecinos... Y todos visitamos con frecuencia el templo de Clito y el panteón de Poseidón. Atlas y Gadeira siempre han rivalizado. Pero no para alzarse en armas, pues en verdad somos un mismo pueblo —aseguró Mimi, mientras su hermano Tarss asentía con un ojo fijo en la reina.

—Será una contienda arriesgada que no nos dará más de lo que disponemos, pues Atlanta ya somos nosotros. Además, debemos considerar al enemigo que esperamos, pues se están produciendo nuevas escaramuzas, de las que tú misma has sido víctima. Creo que deberíamos cuidarnos más del invasor antes de luchar contra nuestros hermanos —insistió Gadir, agachando levemente la cabeza y alzando los ojos, buscando la mirada profunda de Hipólita.

La reina le observó con los ojos encendidos y su joven comandante le devolvió la mirada. En ella vio Hipólita una llama que solo había visto antes en los ojos del príncipe Évenor y se sintió deseada, confusa e irritada. Sin mediar palabra, se levantó. Acto seguido dio dos vueltas a la mesa mientras sus generales la observaban en silencio, esperando unas palabras que no llegaban.

—Tuviste nuestro apoyo y confianza tras la muerte del rey Autóctono, mi reina —aseguró Gadir, rompiendo el incómodo silencio—. Su locura se hacía cada día más grande, a la par que su ambición. Y también tras la muerte de los infames Méstor y Treita, que tanto daño te hicieron. Nos pareció correcto eliminar la corrupción del poder y sus constantes desmanes, unificar nuestro pueblo y sacar la tiranía de las regiones de Gadeira y Elisippos. Dimos vida y riqueza al pueblo. Pero Atlas... ¡Atlas es diferente!

—¡Ya está bien! —exclamó con voz fuerte Hipólita—. Yo nunca dije que pretendiera entrar en Atlas y siento que ya no confiéis en mis actos. Pero si vosotros habéis sospechado que estoy pensando arrasar la ciudad, todos pensarán así, incluso el enemigo, y eso es bueno. Y ahora escuchadme. Es mi deseo, tal y como he dispuesto, que se ordenen los soldados necesarios para rodear el ala derecha de Atlas, en la noche, en silencio y con palas. Que se preparen diez mil estacas, que se distribuya la brea en abundancia y se trabaje la madera y los canales. Sabéis lo que tenéis que hacer para complacer a vuestra reina. Hacedlo pues. Ahora, disculpadme.

Hipólita salió contrariada de la reunión y entró en sus habitación, dejando a Gadir, Tarss y Mimi en la terraza. Ellos se levantaron y, mirándose con gestos de incertidumbre y preocupación, se alejaron conversando.

—Yo creo en Hipólita. Tengo fe en ella. Sabe lo que hace y es una gran estratega. Mis hombres complacerán sus órdenes —confesó Tarss, cuidando su voz.

—Creo que no hemos estado a la altura de nuestra reina. Ya sé por qué insistía en saber de Atlas y sus alrededores. Piensa que la gran batalla con el invasor se dará en sus murallas —apuntó Mimi.

—Es difícil estar a la altura de una reina como Hipólita —comentó Gadir con una evidente mueca de admiración, mientras un sentimiento de culpabilidad se apoderaba de él por haber desconfiado de sus actos.

Hipólita se hallaba muy enojada, pues aunque en verdad era lo que pretendía, confundir la atención a los ojos del invasor con respecto a su ejército y su destino, nadie había osado, hasta ese día, dudar de sus premisas. La mirada de su joven comandante la confundía tanto que la hacía dudar de sus propios sentimientos. Se preguntaba en silencio por qué le atraía tanto la mirada de aquel hombre. Como su comandante, confiaba ciegamente en él. Sin embargo sentía que su aprecio iba mucho más allá. Quizás le amaba sin saberlo, pues su corazón latía con fuerza ante su presencia.

Pasó la tarde, hasta bien entrada la noche, en los balcones de su habitación, disfrutando de las vistas al mar y respirando la suave brisa. Tumbada en un cómodo lecho que dejaba al desnudo las estrellas del cielo infinito, reflexionaba sobre sus propias acciones. Gadir tenía razón cuando le aconsejaba que no debía asaltar Atlas. Pero ese nunca había sido su propósito. El joven comandante ignoraba que, al no ser ella hija de Poseidón, no sentía los lazos de sangre que a él le unían a la gente de Atlanta, ni creía en sus leyes, ni amaba sus costumbres. Su mente estaba en otro lugar. Preparándose, como le previno su amada madre en aquellas lejanas noches junto a la hoguera, para recibir a las que vendrían a coronarla o a matarla. Hipólita sintió que su prioridad no era defender al pueblo que la había erigido como reina, ni a las personas que la habían apoyado y confiado en ella, aquellos que la querían de verdad. Y se sintió culpable. Miró al ágora, observando la algarabía de la gente, y cerró los ojos angustiada.

—¡Me hallo tan lejos del pueblo que soy soberana!

Volvió sus pensamientos hacia Gadir, era el único que le había insinuado lo que tal vez muchos pensaban en silencio y eso era peligroso. Temió que Gadeira pudiera verla como al obtuso rey Autóctono, que buscaba un enfrentamiento que nunca llegaba y que finalmente obtuvo con ella. Eso la hizo reflexionar de nuevo. Estaba levantando un ejército que combatiera a aquellas que vendrían a por su sangre, solo eso... ¿O no? Dudó. Se fijó en los ancianos, en los jóvenes, en los niños; pensó en su añorada madre, en su hermana y en Gadir y eso la hizo sentirse una más de aquella tierra, de sus gentes, de Gadeira.

Al día siguiente, Hipólita visitaba el campamento de Tarss. Quería pasar revista en persona a las tropas y evaluar sus posibilidades en combate. Los soldados, orgullosos de la presencia de la reina en el campo de trabajo, se esforzaban sobremanera para agradarla mostrándole su confianza y aprecio.

—Os felicito, mis nobles Tarss y Mimi. Sin duda habéis realizado ambos un buen trabajo. Sabré recompensar vuestro sacrificio y lealtad —afirmó Hipólita tras observar los ejercicios militares y la organización de su ejército.

La reina se quedó impresionada con la caballería pesada, que le hizo una muestra de su potencia arrollando una gruesa pila de troncos formados. Los cuales crujieron en miles de astillas al paso de los caballos de bronce y sus jinetes.

Entonces fijó su mirada en un capitán libio que ejercitaba las artes de espada con varios soldados, saliendo invicto un enfrentamiento tras otro y exigiéndoles más valía.

—¿Quién es el siguiente? ¡Vamos, pandilla de inútiles! ¡El enemigo no será tan considerado como yo!

Hipólita ocultó una gran piedra en su mano y se acercó recordando las sabias lecciones de su añorada madre.

—¡Seré yo! —exclamó para sorpresa de los presentes.

—Mi reina, no puedo alzar mi espada contra vos —aseguró desconcertado el capitán libio.

—¡Arqueros, matad a este hombre! —ordenó Hipólita.

Al ver a la guardia tensar sus arcos, el desconcertado capitán libio se abalanzó sobre ella blandiendo su espada.

—¡Será un honor batirme con mi reina! —exclamó.

Hipólita esquivó el golpe y lanzó una estocada por la derecha, que el capitán detuvo fácilmente. Entonces le lanzó con fuerza la piedra, golpeándole en la cabeza y haciéndole caer desgarbado al suelo. Puso la punta de su espada en el cuello de aquel hombre que la miraba mareado e incrédulo.

—¡No insistáis con las mismas artes contra un adversario superior! —gritó a los soldados que estaban siendo adiestrados y ahora la rodeaban—. Usad vuestra inteligencia. Mostradle vuestra arma, que fije sus ojos en ella y guardad de su vista vuestra estocada mortal: una daga o una simple piedra.

Hipólita retiró su espada y le dio la mano al conmocionado capitán, ayudándole a levantarse.

—Disculpad, mi buen capitán.

—No hay afrenta que disculpar, mi reina. Me disteis una lección que bien atesoraré. Fui vencido de forma tan simple que cualquier labriego lo hubiera podido hacer. Ahora andaré siempre listo, para que jamás sea así. Pero, ¿y sin piedra? ¿Sois tan diestra como aseguran? —preguntó el capitán libio, echándose la mano a la cabeza.

Hipólita le miró y se fijó en sus soldados. Todos bajaron la vista. Dirigió su mirada hacia atrás y vio a Gadir que, tras ella, observaba sus improvisadas artes.

—Comandante Gadir..., te espero —ordenó sin reparo.

—No, no puede ser —susurró Gadir, sorprendido.

—No te hagas de rogar —insistió Hipólita, observando como avanzaba lentamente hacia ella, desenvainando su espada.

La lucha entre Hipólita y Gadir comenzó con toques suaves. El joven comandante trataba, sin suerte, de desarmarla sin herirla. Pero la habilidad de la reina impedía cualquier acción que no fuera realmente hostil. Pronto les rodearon numerosos

soldados que asistían atónitos a semejante duelo. Ambos cruzaron sus miradas y una sonrisa intencionada. Sin duda, los dos querían vencer. Los golpes empezaron a resonar con fuerza y poco a poco fueron buscando verticalidad. Ante el desespero de Tarss y Mimi, aquello se estaba convirtiendo en un auténtico enfrentamiento.

La habilidad y destreza de la reina sorprendió a Gadir, que aun empleándose a fondo para frenar aquel ímpetu salvaje, no pudo impedir ser herido en su brazo derecho por un revés inesperado y su espada cayó, vibrando sobre la tierra dura. El joven comandante actuó rápido y agarró la muñeca con la que Hipólita empuñaba el arma, atrayéndola hacia él de un fuerte tirón y golpeándola en la frente con la cabeza. La reina, sorprendida, cayó al suelo sin soltar su espada, notando la sangre bajar por la frente hasta su ojo. Gadir recogió su arma y se acercó a ella que permanecía tumbada.

—¿Estás bien, mi reina?

Por respuesta, Hipólita le golpeó con los pies en sus rodillas, haciéndole caer. Se levantó templando su espada y limpiando la sangre de su frente con el brazo.

—Sí, estoy bien —le contestó.

El general se alzó en silencio y las hojas resonaron de nuevo ante el asombro de todos, en una lucha que iba más allá de lo que debía hasta quedar las espadas cruzadas entre sí. Hipólita y Gadir quedaron con sus brazos pegados al cuerpo y sus rostros enfrentados a un dedo de distancia.

Hipólita le miró a los ojos y después fijó la vista en la herida del brazo de su comandante, viendo la sangre roja que manaba y delataba aquella lucha sin sentido. Conmovida, dio un paso atrás y, sin más, guardó la espada ante el alivio contenido de sus generales. Miró de nuevo a Gadir con un gesto de arrepentimiento y después se volvió, observando a sus soldados que la miraban en silencio.

—Sin duda sois tan diestra como aseguran. El comandante Gadir es la mejor de las espadas del reino y no puede con vos —aseguró el capitán libio, rompiendo la tensión del momento.

—Tarss, Mimi... Los soldados deben seguir con su labor —ordenó Hipólita. Acto seguido, montó en Zaino y se alejó al galope, sin volver la vista.

Y galopó veloz con su caballo, sola, atravesando el bosque de pinos, las dunas de arenas, alcanzando la muralla de Atlas y llegando a Gadeira con las últimas luces del día. En su cara se reflejaba el rostro serio de la sinrazón y las lágrimas de la desesperación.

Ya en palacio, salió al ventanal que daba a la plaza para bañarse con la luz de la luna. Miró a su pueblo, que sin saberse observado paseaba, hablaba y reía en las calles de Gadeira. Hacía tiempo que nadie jaleaba su nombre, que nadie la miraba directamente a los ojos, que nadie la hablaba. Sintió que el amor que un día recibió se había tornado en temor y pensó que el respeto que un día se ganó, hoy podría ser tan solo miedo.

Se sentó en la cornisa del ventanal, ladeó la cabeza al cielo y el viento meció

sus cabellos. Sintió nostalgia de su amado Évenor. Pero pronto pensó de nuevo en Gadir, en su profunda mirada, en sus palabras, en su cálida voz, en su brazo herido y en sus manos fuertes.

—Madre, ¿qué debo hacer? —preguntó a la luna.

En ese instante, Menalipa entró en sus aposentos y, acercándose a su hermana, tomó suavemente su cabello y le acarició la frente.

—Menalipa...

—¿Qué piensa mi amada hermana?

—No son buenos tiempos los que vienen y a veces no se quién soy, ni dónde está mi corazón y ese hombre...

—¿Gadir? No creas que mis ojos no han visto cómo le observas cuando habla. ¿Has hallado el amor de nuevo en tu corazón?

—¡No! ¿Cómo puedes decir eso? Mi corazón no necesita del amor de hombre alguno. Gadir solo consigue inquietarme cuando replica mis palabras.

Menalipa acarició los hombros de Hipólita con sus manos y le propinó un suave masaje en el cuello.

—Estás enamorada de ese hombre, aunque no quieras verlo, ni aceptarlo —le susurró al oído.

—¿Crees que Évenor volverá? —le preguntó Hipólita.

—Sí, no tengo duda alguna. Lo que no sé es qué harás entonces.

Hipólita se recostó sobre su hermana Menalipa y, tumbándose hacia atrás, comenzó a preguntarse dónde estaría el príncipe y si la seguiría amando. Habían cambiado tantas cosas...

La joven reina y su hermana se despertaron con una sorpresa. Andrea y Epolis se hallaban en palacio y deseaban hablar con Menalipa. Asombradas por la gallardía y decisión del sabio anciano, las hermanas se miraron y decidieron atenderles. Hipólita estaba guiada por la curiosidad y Menalipa por el respeto que sentía hacia el hombre que un día fue como un hermano para su amada madre y un maestro para ella.

—Mi querida amiga, Epolis llamó a mi puerta, pues quiere veros. Me rogó que intercediera ante vosotras porque los temas que desea tratar son de gran urgencia —expuso Andrea, temblorosa y ruborizada, sin despegar la mirada de Hipólita.

—Decid pues, ¿qué buscáis en Gadeira? —preguntó ella.

—A mi reina deseo pedir paz, aunque no sé si será posible; y hablar quisiera con la dulce Menalipa —respondió Epolis.

—Hablad pues. Te escucho ahora, si bien no quisiste hablar en mi defensa cuando debiste —apuntó Menalipa.

—Lo sé, lo siento y por ello me avergüenzo y te pido perdón. Nunca debí dudar de tu noble corazón y tengo bien por cierto que no solo eres inocente de cuanto se te acusa, sino víctima. Aquí te traigo unas tablillas marcadas por Armonía, vuestra amada madre. He visto los grabados: guerreros a caballo, destrucción en Atlas, una bestia oculta en una caverna, una corona y una espada... Pero no alcanzo a dar

sentido a todo ello y pensé que quizás pudieras dárselo con tu sabiduría. Si bien me recuerdan los terribles sueños de Argan. Ella lo plasmó mucho antes de que el rey lo soñara y eso me asusta.

Hipólita, tras mirarle con desconfianza, tomó las tablillas y se las entregó a su hermana, quien se puso a estudiarlas con detenimiento.

\*\*\*

Cerca de dos años habían transcurrido desde el fatal día en que Artos ardió. Todo había cambiado en los dominios de Atlanta. Amanecía en los floridos páramos del norte mientras dos largas sombras rayaban el horizonte naciente. Évenor y Cronos avanzaban con la pequeña en sus brazos, buscando el sur, deseando regresar a sus dominios. La preocupación se reflejaba en sus rostros, pues los aqueos y Mirina no tardarían en emprender la conquista. No había palabras, no había sueño, solo tierra que dejar atrás. Los guerreros que servían a la vieja Europa les habían llevado rápido a través del bosque hasta el paso de las montañas sagradas de Pyrene. Tras ellas, más allá, esperaba Atlas.

Avanzado en su camino se toparon con los hombres del reino de Cronos que tiempo atrás habían salido cabalgando de Terya.

—En vuestra búsqueda nos mandaron para rogarte un pronto regreso. Son muchas las nuevas y el pueblo os espera ansioso. Al descubrir las patrullas aqueas decidimos esperar y, tras ver que no abandonaban sus puestos, quisimos atravesar las montañas sagradas por Occidente.

—Por fin un golpe de suerte nos sonríe. Podremos avanzar rápido, a caballo —apuntó Cronos.

—¿Qué nuevas son esas tan urgentes? —preguntó Évenor.

—Yo no sé todo. En Terya os informarán debidamente, mi señor. Pero habéis de saber que en nada son buenas y es preciso acelerar el paso.

—De acuerdo, apresurémonos pues. Nosotros tampoco traemos dichas buenas. Un gran ejército avanza. ¡Es la guerra! —exclamó Cronos.

Con el paso de dos largos días, aquella tarde alcanzaron las montañas de Terya, que se alzaban ante su reino. Desde ellas se divisaba cómo el azul fundía el cielo y el mar, y sus dominios. Su entrada en la polis fue festejada con júbilo por sus habitantes, testigos silenciosos de lo que acontecía en la acrópolis y que esperaban ansiosos el regreso de sus soberanos.

La noticia recorrió de inmediato todos los territorios de Atlanta, llegando a Atlas y a Gadeira. Sin embargo, las dos hermanas ya no estaban allí. Menalipa había descifrado los escritos de su amada madre que Epolis le había entregado y habían partido al Bosque Maldito en busca de Antíope. En la oscura caverna, hogar de la bestia, se hallaba oculto un secreto que debía ser descubierto.

## CAPÍTULO 24 · RETORNO AL BOSQUE MALDITO

Llegados al reino de Terya, Cronos, pensativo, recorría en círculos la sala de armas del palacio. El príncipe Évenor descansaba allí mismo, abatido sobre una poltrona, mientras la pequeña de rosados mofletes, atendida por los cocineros del rey, devoraba con ansiedad la carne tierna de un cordero lechal. Con sorpresa y pena, fueron informados por el sabio Trinio de lo acontecido en su ausencia. Apenas podían dar crédito a las palabras que escuchaban.

—Mi señor, el rey Argan falleció en su lecho sin poder reponerse de la herida del astado, envenenado por la joven Menalipa, su ahijada a la que tanto dio. Pero debéis saber que las malas lenguas afirman que fue una mano oculta quién en verdad se lo llevó.

—Menalipa no pudo hacerle mal alguno... ¡Me es imposible creerlo! —exclamó Évenor, con lágrimas en los ojos, dolido por la pérdida de su padre.

—Comparto vuestra pena. ¿Pero quién iba a pensar que una joven degollaría a la reina Treita, lanzaría por un balcón al rey Méstor y atravesaría a Neson con una espada? ¡Acabó con el rey Autóctono en su propio lecho! Son hechos constatados que ni la propia Hipólita, hoy reina, se ha preocupado en ocultar ni desmentir; es más, se alaga de ello —afirmó Trinio.

Évenor sentía una profunda pena, pero no podía disimular su satisfacción por las acciones de Hipólita.

—Merecido lo tenía ese perro libio —dijo.

—Mi querido amigo, quizás tu amada ya no sea la misma persona alegre, bondadosa, humilde e inocente que un día conociste —aseguró Cronos.

El príncipe quedó pensativo y en silencio. Autóctono, Treita, Méstor y Neson habían sido asesinados brutalmente por una irreconocible Hipólita que amenazaba la acrópolis de Atlas.

—¡Cuanto debió sufrir para que en ella se desatara tal furia! —exclamó—. ¿Se acordará de mí o me odiará por no hallar la manera de ayudarla en su pena? Ella no se rindió, mas yo sí. Cruel destino fue el que nos separó...

—Y es más —continuó Trinio, aquel hombre sabio—. En guardia tiene las columnas de Atlas y a nosotros mismos, pues lanzó un ultimátum apremiándonos para que prepararan sus defensas ante un inminente ataque. Aunque la reina no ataca, quizás espera su momento.

—¡No se cómo, pero sabe que Mirina se acerca! —exclamó Évenor, girando la vista hacia Cronos.

—Debemos actuar rápido, mi señor. El ejército de Mirina pronto atravesará las montañas sagradas de Pyrene y no podemos emprender una acción desafortunada que disperse a nuestros hombres —apuntó Cronos.

Évenor le miró, limpiando sus lágrimas con orgullo.

—Presentaremos batalla —contestó—. Sin duda avanzarán por la costa y no creo que tarden en aparecer sus soldados.

—Debemos preparar a los hombres y a Terya para resistir tal envite. ¡Trinio, reúne a mis generales! Que se levanten defensas alrededor de la ciudad con grandes estacas inclinadas hacia delante y fosos de brea. Que se arme al pueblo con lanzas, espadas y arcos, pues se acercan días horribles de tragedia y muerte.

Ajenas al regreso de los soberanos, las dos hermanas avanzaban rápido a través del pantanal del Bosque Maldito en busca de Antíope. No tardaron mucho en hallarla; bajo la sombra del viejo roble que se erigía sobre la tumba de Armonía, acicalaba a la complacida bestia. Se alegró al verlas recortar el horizonte y Therio corrió a su encuentro, lanzándose sobre Menalipa mientras Hipólita se abrazaba a su hermana.

—¡Antíope! ¡Antíope! —exclamó Menalipa, tras besar al gran felino en la testa y levantarse del suelo para abrazar a su hermana.

Therio se irguió sobre las patas traseras, posando las delanteras sobre los hombros de Hipólita, mordisqueó con los incisivos su largo cabello y pasó la áspera lengua por el cuello y parte de su cara, mientras ella rascaba el vigoroso torso del animal.

—¡Ya! ¡Ya está bien!

—Según estos escritos de Armonía, la cueva de Therio guarda un secreto —dijo Menalipa, mostrando las tablillas a su hermana Antíope—. Quizás tú sepas...

—He pasado mucho tiempo allí y he recorrido esas grutas varias veces. Mas no he visto nada, no se de ningún secreto que esas paredes guarden.

Hipólita y Menalipa la miraron con cara de decepción.

—¡Pero vayamos de todos modos! ¡Quizás ignoré lo que no debía!

Las tres hermanas marcharon a la cueva y, tras revisar varias veces sus oscuras galerías, acabaron dándose por vencidas. La bestia las seguía y observaba cada uno de sus movimientos.

—Aquí no hay nada. Trae esas tablillas —dijo Antíope acercando la tea, para observarlas detenidamente.

Hipólita y Menalipa se sentaron, desesperadas al no encontrar premio alguno a su búsqueda.

—Las hijas de la luna, la bestia..., la espada y una corona..., en la cueva... ¿Uma soona? —y miró a sus hermanas con cara de no entender nada.

La bestia levantó de pronto su enorme cabeza al oír aquellas últimas palabras y las miró fijamente con un destello rojizo en sus ojos almendrados. Sentó sus cuartos traseros ladeando ligeramente la cabeza, profiriendo un leve rugido como si entendiera lo que estaba ocurriendo y quisiera hablarles.

Menalipa se percató del gesto del noble animal.

—Therio..., ¿uma soona? —le preguntó y, acercándose a él dulcemente, le acarició su lomo—. ¿Uma soona? —insistió por varias veces, elevando el tono de la voz.

La bestia alzó su cuerpo, abrió las enormes fauces mostrando sus poderosos colmillos y, con un bronco rugido, se dirigió hacia el interior de la más oscura y profunda de las galerías con un trote constante.

Las tres hermanas se miraron, alzaron sus teas y le siguieron.

Tras una larga marcha entre oscuras galerías, cada vez más profundas, húmedas y resbaladizas, llegaron a un recodo sin salida alguna. El gran felino se giró mirando a los ojos de Hipólita, Menalipa y Antíope que asistían con sus rostros inmutables a cada movimiento de la bestia. Sentó sus cuartos traseros y se relamió los belfos. Después lanzó un pequeño rugido con vientos de suspiro y estiró su cuerpo en el suelo de la galería.

—¡Aquí no hay nada! —exclamó Antíope, desanimada.

—¡Therio! ¿Ya está? —preguntó Hipólita alumbrando a la bestia con su tea y posando su mano sobre el lomo, acariciándole.

Menalipa miró en silencio aquel recodo sin salida alguna, se volvió hacia la bestia y se agachó frente a su cara.

—¡Uma soona! —exclamó con fuerza.

La bestia volvió a alzar su cabeza emitiendo un gruñido, estiró sus patas delanteras marcando el suelo con cada una de sus garras y, de pronto, se puso a escarbar con sus poderosas zarpas en la húmeda pared de la galería, desplazando el barro, arrancado trozos enteros de tierra.

Las tres hermanas observaron con asombro cómo aparecía un pequeño hueco, apenas visible y que se alargaba en forma de estrecho corredor hacia el interior. Se miraron y no dudaron en ayudar al gran felino a retirar la tierra que ocultaba aquella galería. Con sus manos desnudas y con la única ayuda de una pequeña daga, escarbaron con fuerza, embriagadas por el momento, llenando sus cuerpos de barro hasta que pudieron penetrar en la gruta. Y, aventurándose en ella, emocionadas por hallar una entrada a lo desconocido, siguieron los pasos de la bestia que, excitada, no paraba de emitir rugidos cada vez más notables.

Mientras tanto, en el reino de Terya, los preparativos para la contienda proseguían bajo la atenta mirada de Évenor y Cronos. Fue entonces cuando una patrulla vencida llegó a las puertas de la ciudad.

—Las tropas invasoras no andan lejos. Mis hombres han sido derrotados con facilidad, pues chocaron con un grupo numeroso de bravos guerreros —le aseguró el capitán de la patrulla, maltrecho, recobrando el resuello.

—Deberíamos traer las columnas de guerra de Atlas y presentar batalla en los valles del río Ibar. De lo contrario arrasarán todo lo que encuentren a su paso —apuntó Évenor.

—Si las fuerzas de Mirina caen sobre Terya, nada las detendrá. Incluso dudo que, uniendo todos nuestros soldados, podamos hacerles frente y... ¿qué pasará si Hipólita cae sobre Atlas aprovechando la salida de las columnas de guerra? —le preguntó Cronos, inquieto por la situación.

—¿Lo crees de verdad?

—No sé qué pensar... Supongo que no. Deberías marchar y saber. Es necesario. Además, si Hipólita realmente dispone de un poderoso ejército, podría sernos de gran utilidad si fuera aliada nuestra. ¿Es posible?

—Lo ignoro. Pero sí sé que no puedo dejarte a ti y a tu noble pueblo a vuestra suerte, ante semejante amenaza. Marcharé en busca de mi ejército y regresaré —asintió Évenor con determinación, colocando sus brazos en los hombros de Cronos.

—¡Marcha pues! Solo tú puedes unir los pueblos de Atlanta y salvar la Corona de la venganza de los hijos de Atenea y de las ambiciones de Mirina. Habla con Hipólita. A ti te escuchará y, sin duda, necesitaremos de su ejército. Nosotros resistiremos hasta vuestra llegada. Partid con premura. Aquí te esperamos defendiendo nuestra tierra y honor.

Évenor se despidió de Cronos esa misma tarde. Seguido de una guardia de cuatro jinetes, avanzó hacia Atlas con rapidez a través de los dominios de Hipólita. Si bien no sabía qué hacer ni qué decir en el caso de encontrarse con ella, necesitaba saber si podía contar con ese ejército que le habían hecho saber que poseía. Era vital para la defensa de Atlanta. O si por el contrario su querida amada sería ahora su temida enemiga. Llevó consigo a la pequeña, pues consideró que estaría mejor protegida tras las murallas de Atlas que en la desprotegida urbe de Terya, sobre la que se cernía la larga sombra de Mirina.

En el ancho valle de la Camarga, entre las sombras de la noche, un malherido guerrero trataba de llegar a las lejanas luces del campamento de Mirina. Caía una y otra vez dejando un rastro de sangre. Su determinación le hacía avanzar con más fuerza, buscando aquellas llamas que prometían un merecido descanso. Su mente quería continuar. Pero su exhausto cuerpo mandaba y, cayendo de frente, quedó traspuesto en el suelo. Apenas un leve aliento salió de su boca cuando el sonido del trote de varios caballos alimentó su esperanza.

Mirina se hallaba reunida, sentada en un trono de madera y pieles de fieras. Junto a ella, a su derecha, su capitana Elaya, una mujer veterana de mirada profunda y voz templada, corto cabello gris y largas piernas. A su izquierda estaba Deyarina, íntima de Esmirna, una joven guerrera muy fuerte, inteligente y de carácter. Su mirada azul celeste era tan penetrante como afilada su espada. Una larga melena, negra como el azabache, cubría sus hombros. Más allá, en frente, los generales aqueos Icario y Eolo las acompañaban en sus dichos, ataviados de brillante bronce guerrero que semejantes a dioses les hacían. Al fondo, tres hombres ocultaban sus rostros bajo la capucha de largas capas oscuras y permanecían atentos a cada palabra. Incienso y mirra envolvían el ambiente entre largos telones, vino dulce y palabras marciales.

—Debemos arrasar Terya y Gadeira, y después cercar Atlas hasta que caiga. Tenemos hombres y tiempo para ello, en demasía —afirmó Icario, el más veterano de los generales aqueos, cerrando su puño con fuerza.

—Recordad, mi general, que no es nuestro sino dejar pasar los años frente a las murallas de Atlas, pues con puerto al mar el asedio puede durar una década. Terya y Gadeira no son nada sin Atlas —apuntó Elaya.

—¿Y qué propones, pues? —preguntó Eolo, pasando la mano por su larga barba, altivo ante la mirada de Mirina.

—Nosotras abriremos la muralla. Tus columnas podrán marchar hasta la acrópolis, pues de ello nos ocuparemos —aseguró Deyarina, sin titubear.

—Llevamos meses estudiando sus defensas. ¿Acaso creéis empresa fácil sortear las fortificaciones de Atlas? ¿O que Gadeira, Terya y el rey Azaes permanecerán impasibles ante nuestra ofensiva? ¿Podréis? —preguntó el general ateniense.

Mirina se alzó y, pasando ante Eolo, tomó el labrys, miró su filo y giró su vista sobre él.

—Las murallas de Atlas no impedirán nuestro cometido. Ningún guerrero de Gadeira sacrificará su vida por Atlas y a las gentes de Terya las tendremos ocupadas en su propio infierno... Los hombres salvajes del rey Azaes no creo que formen fuerza marcial alguna que pueda ocasionarnos temor —apuntó con seguridad, informada por voces traidoras de todo cuanto acontecía en la acrópolis, concedora del desencuentro entre Atlas y Gadeira, y de las carencias del rey Azaes.

—Sea pues. Nuestra preocupación son las columnas de Atlas y esa gran muralla que las protege —afirmó Icario.

—Mis guerreras no tienen temor alguno. Lo único que desconocemos es la capacidad de lucha que puede tener el ejército de Hipólita. Muchos hablan pero nada cierto vimos... O es muy limitado o lo mantiene a buen resguardo —apuntó Esmirna; una hermosa guerrera de ojos azulados y de largo cabello pelirrojo con mechas negras, de reluciente coraza y porte divino como su altiva madre.

—Quizás no te esforzaste lo suficiente —le contestó Mirina.

De pronto, la guardia entró en la tienda y tras ella, el malherido guerrero, arrastrado por los hombros entre dos guerreras. Mirina le observó y, tomando su cara con una mano, la elevó.

—¿Dónde están mis valientes guerreras? ¿Cómo osas regresar solo?

—Muertas, mi señora. Se hallan muertas... La bestia se las llevó —le contestó balbuceando.

—Tus heridas no han sido provocadas por bestia alguna, sino por el filo del metal. Dime pues —apuntó Mirina, observando los cortes del malherido guerrero, que, apenas manteniéndose en pie, trató de hablar de nuevo.

—Fuimos a prender a dos mujeres. Pero resultaron ser bravas y, cuando ya estaban vencidas, apareció una tercera que acabó de un golpe con sus valerosas guerreras. Y allí estaba, guardándolas, como cuentan las leyendas, el león de poderosos colmillos, la bestia del hombre.

Mirina le agarró del cuello alzándolo al aire, llena de ira.

—¡Eso es imposible! Nadie es más diestro que mis guerreras. Y la bestia... ¡es tan solo una leyenda! ¡El último de los grandes carniceros murió en Tríbada!

El aturdido guerrero empezó a lanzar gemidos mientras de su boca salían pequeños golpes de espesa sangre. Mirina le miró fijamente a los ojos moribundos, aflojó su presa y la dejó caer.

—Si es así, solo pueden ser ellas —afirmó girándose.

Luego se dirigió a su capitana Elaya y a los generales aqueos mientras el guerrero era arrastrado al exterior por su guardia personal.

—¡Dividiremos sus fuerzas, pero no las nuestras! —exclamó—. Terya no es rival alguno para nuestro ejército, pero alumbrará nuestro camino y desviará el suyo. ¡Atlas es nuestro objetivo!

Anduvo dos pasos y, dando un golpe al aire con el labrys, prosiguió con voz templada.

—Nuestras saetas atemorizarán a sus hombres y vuestras columnas, bravos generales, acabarán con ellos. Atlas será arrasada y celebraremos nuestra suerte en Gadeira, que nos cederá a su reina antes que ser destruida. ¡Mañana emprendemos el camino de la conquista de ese reino de oro y argénteo!

Los generales aqueos asintieron y salieron decididos de aquella reunión, confiados en la segura victoria, ansiosos por la gloria y el oro.

—Quiero que guardes la vuelta de nuestros amigos de Atlas y que, cuando regreses, marches a ese bosque y me traigas la cabeza de las traidoras. Mi fiel Elaya, ¿podrás satisfacer los deseos de tu reina? —le susurró Mirina al oído a su capitana, pasándole su brazo por el hombro.

Sin mediar palabra, Elaya la saludo con la espada y salió de la tienda, armó una patrulla de seis guerreras a caballo y partió hacia el sur acompañada de aquellos hombres que ocultaban su rostro con la capucha de una oscura capa.

Mirina quedó en su tienda con Esmirna y Deyarina, se sentó en el lecho y empezó a morderse los labios con preocupación.

—Madre, piensas en Artemisa; marchó a Temiscira, debes olvidarla, no nos apoya en esta empresa —comentó Esmirna.

—No, no está por la labor de ayudar. Al menos hemos conseguido involucrar en la ofensiva a los hijos de Atenea —contestó Mirina.

—Resulta fácil tratar con hombres. No hay ninguno que se resista a unos quilates de oro y a las caricias de una hermosa doncella —apuntó Deyarina.

—Nos es necesario alzar una gran polis, poderosa como Micenas o Ilión, para impedir el constante avance de esos machos que se erigen como dioses, que se hacen llamar civilizados mandando soldados, sometiendo pueblos y tomando como propiedad la tierra de los demás... ¡Malditos! —expuso Mirina.

—Arrasaremos esta tierra, nos haremos con su oro y riquezas, con muchos esclavos y haremos de Tríbada un reino de féminas, temido y respetado por todos en Occidente, Oriente y Lybia —apuntó Deyarina.

Mirina asintió con una sonrisa plácida. Deseaba entrar en Atlas, hacerse con su poder. Pero sobre todo soñaba con la corona de oro de Armonía, que la convertía en una auténtica reina a ojos de las hijas de la luna; y con la espada de Ares, que le daría una fuerza sin igual.

Conforme salieron Esmirna y Deyarina, una alta mujer, ataviada con largos velos, entró en la tienda con un cuenco de arándanos, moras y frambuesas, y una vara larga de almendro fortalecida con cuero. Marchaba acompañada de dos hombres altos, negros como el carbón, fornidos como el uro, de grandes manos, con un estrecho taparrabos y sin vello alguno. Se tumbó junto a ella y comenzó a acariciar sus pechos rozando sus labios. Entonces Mirina se alzó, liberándose de sus vestimentas y se tumbó boca abajo en el lecho, desnuda, estirando sus brazos hacia los lados y ladeando su cabeza.

Aquellos grandes hombres empezaron a acariciarle los pies, sus muslos y la espalda con fuerza, crujendo sus huesos, liberando sus músculos. Mientras, la alta mujer de largos velos llenaba la estancia de aromática mirra y preparaba infusiones de hierbas de menta y regaliz junto con los frutos del bosque.

En su mente, Mirina pensó en Armonía a la vez que se pasaba los dedos por la cicatriz que atravesaba su cara. Recordaba la batalla que libró contra Ares: Armonía se hallaba fuera de Tríbada y, vencido por las artes de mujer y el deseo oculto, el guerrero divino la acompañó esa noche en su lecho y la amó de nuevo. Mirina frotaba con fuerza los hombros de su amante y estiraba su cuerpo frotando sus pechos, ladeando su rojo cabello mientras gozaba sentada sobre él. Ansiando su sudor y mordiendo su cuello, arqueó su esbelto cuerpo hacia atrás y gimió presa del placer de la carne. Entonces, se abalanzó de golpe hacia delante, dejando caer su melena sobre el pecho de Ares, suspirando su éxtasis.

—No eres digno de Armonía —le dijo alzando la cara.

La puerta de aquel estrecho cuarto se abrió y entraron cuatro guerreras prestas a darle muerte. Ares, confiado, sorprendido y desarmado, saltó del lecho golpeando con fuerza a Mirina, que cayó al suelo. Una jabalina se hundió en su costado quebrándole las costillas. Cruzó la vista con la de Mirina y esta le sonrió levantándose con una espada que tomó bajo el lecho. Se giró, esquivando un golpe

de muerte, y golpeó con su codo el rostro de la guerrera. Entonces, otra jabalina se hundió en su vientre atravesando su cuerpo. Una tercera jabalina desgarró su espalda con fuerza, atravesándole el pulmón; y una cuarta buscó su corazón, astillándole el esternón y asomando por su pecho. El divino guerrero emitió un leve jadeo y salió tambaleándose de aquella morada con los cuatro venablos clavados en el cuerpo. Mirina le siguió, cubierta con el lino aún caliente del sudor del frenesí del amor y con la espada en la mano. Desnudo y herido de muerte, Ares se dirigía hacia el palacio de Armonía, salpicando el camino con la abundante sangre de sus heridas. Allí dormían, inconscientes de la tragedia, sus amadas hijas, Hipólita, Antíope y Menalipa. Mirina agarró del extremo la jabalina que atravesaba su cuerpo y la retorció hacia dentro. Ares gritó de dolor. Después le arrastró, tirando del venablo, hasta un foso redondo que se hallaba en el centro de la plaza de Tríbada, donde el último de los tigres dientes de sable alzaba sus terribles colmillos al aire. De un fuerte tirón extrajo las dos jabalinas que atravesaban el cuerpo de Ares, el cual cayó de rodillas. Después sacó la segunda de su vientre y la primera, de su costado.

Alzando la vista, en un charco de sangre, aquel hombre que había sido el más grande de los guerreros conocidos, dios de la guerra, azote de mortales, vio cómo Mirina alzaba la espada sobre su cuello.

—¡Mirinaaaaa! ¡Nooo! —gritó una voz en el último instante.

Su nombre sonó con fuerza en el silencio de la noche. Armonía, que acababa de llegar y, viendo aquella situación, descabalgó rápido templando su espada. Mirina golpeó con su pie el pecho de Ares haciéndole caer en el foso, donde esperaba el gran carnicero, y se giró para recibir a su hermana. La cual saltó sobre ella. Lanzando un duro golpe con su espada, la espada de Ares, partió en dos la hoja de Mirina y le marcó el rostro con un profundo corte. Después, se giró mirando hacia la profundidad del foso y vio al tigre abalanzarse sobre el cuerpo de Ares. Saltó al vacío, atravesando el lomo de la bestia con la espada conforme caía sobre ella. Mientras Armonía se levantaba con su arma ensangrentada, Ares la miraba con los ojos llenos de lágrimas y la sangre brotando a borbotones de su boca. La plaza fue rodeada por bravas mujeres con sus espadas templadas y las jabalinas al aire que, sin saber qué estaba ocurriendo, se miraban las unas a las otras conforme Mirina se alejaba, tambaleándose, con la mano cubriendo la herida de su cara, buscando el amparo de Artemisa. Al día siguiente, Armonía había desaparecido, junto con sus hijas.

Mirina regresó de sus recuerdos a la realidad del campamento de la Camarga. Había pasado mucho tiempo desde aquel día. Sus pensamientos se esfumaron con una fuerte palmada de aquellas manos negras sobre sus nalgas. La delgada mujer de los largos velos se deshacía de ellos y la miraba con la lujuria en los ojos. Y entonces, mientras se dejaba besar y amar, pensó en lo mucho que odiaba a Hipólita, aunque a la vez, estaba tan orgullosa de ella...

Al alba, apenas salido el sol, una gran columna de guerreros aqueos, a pie y en carros de guerra, con Mirina, los mercenarios y sus guerreras cabalgando al frente,

se adentraba por las tierras de la Península. El sonido de su marcha marcial resonaba por todos los pasos orientales en las montañas sagradas de Pyrene. La invasión había comenzado.



## CAPÍTULO 25 · EL SECRETO DE ARMONÍA

Un cuerno resonaba con fuerza en los pasos de las montañas sagradas de Pyrene. Miles de soldados venidos de Micenas, Argos y Atenas cruzaban marcando el ritmo del gran ejército de Mirina. Hacían temblar el suelo con su paso marcial, resonando el bronce de sus armas. Invadieron el valle y se dirigieron hacia el sur por las costas de la Península. Una gran bandada de negros cuervos, cornejas y urracas alzaban su vuelo acompañando aquella expedición interminable; mientras los lobos y los zorros la seguían desde lejos esperando la noche, los despojos, los muertos.

Los generales de los hijos de Atenea avanzaban orgullosos; la hora de la verdad se acercaba. Diez mil soldados de élite formaban las cuatro grandes columnas de su ejército. Buscaban oro, mujeres, venganza y muerte. Protegidos con yelmos, petos y mallas de bronce, marchaban con sus grandes escudos a la espalda y largas lanzas en sus hombros. Tras ellos, un ejército de mercenarios venidos desde Anatolia y de Asia les doblaban en número. Su paga serían las riquezas obtenidas en el saqueo de Terya y Atlas. Sus armas eran jabalinas, hachas y espadas, que utilizaban con fuerza bruta y resistencia tenaz. La expedición marcial se cerraba con los carros de guerra, los de provisiones, armas, cocina e intendencia; y los que transportaban a las mujeres y jóvenes esclavizados para desahogo de los valientes guerreros.

Mirina trotaba al frente de una gran caballería ligera, formada por las hijas de la luna, despiadadas guerreras vestidas para la batalla, a las que seguían cientos de jinetes al paso, con sus jabalinas en alto, las espadas en la cintura y los arcos en la espalda; guerreros nómadas de las extensas praderas de Oriente. Su objetivo era obtener poder, riqueza, esclavos para su reino y la corona de Armonía, la espada de Ares y la sangre de Hipólita, Antíope y Menalipa. No habían más herederas para Temiscira, Lesbos y Tríbada que sus propias hijas.

Llegados al delta del río Óber, la gran marcha marcial avanzó hacia el interior de la península, dejando las costas del este, mientras dos unidades de guerreros mercenarios se dirigieron, por las sendas de Terya, hacia la capital del reino de Cronos.

Lejos de allí, Hipólita, Menalipa y Antíope acompañaban a la bestia hasta lo más profundo de la montaña. Llegaron a una enorme sala donde alzaron sus teas para descubrir centenares de enormes y coloridas estalagmitas y estalactitas. Al fondo, la bestia rascaba con fuerza una roca de forma ovalada sobre la que había labrado un símbolo de la luna.

Animadas, con el corazón en un puño por la emoción de aquello que pudieran encontrar tras la roca, las tres hermanas empujaron la enorme piedra con gran esfuerzo, desplazándola a la derecha. Divisaron la entrada a una pequeña sala redondeada hasta la que llegaban algunos rayos de la luz del sol a través de una pequeña grieta en el techo, por la que se filtraba el aire y se dejaba caer la vegetación rupícola alimentada por continuas gotas de agua. Al entrar, las teas delataron un viejo cofre de madera situado en el centro de la cámara. Se acercaron a él y lo abrieron al tercer golpe de espada. Presas de la curiosidad, alzaron su tapa cubierta de fino polvo. Dentro relucía un vestido de telas nobles, verde esmeralda con finas sedas de colores, adornado con cuentas doradas. Inquietas, sacaron del interior de aquel baúl un par de sandalias de cuero suave tintado en oro y cintas verdes; una corona de oro, adornada con motivos florales sobre un hermoso trenzado con la luna en su centro, un cinturón compuesto por multitud de placas de oro coronadas por el símbolo de Ares y una larga espada de un metal extraño que poseía un brillo desconocido.

Las hermanas se miraron entre ellas, asombradas y nerviosas, mientras cogían entre sus manos las telas que un día cubrieron a una reina: Armonía.

Antíope tomó la larga espada, que destellaba con fuerza a la luz de la tea y reflejaba su rostro en la hoja. Con un rápido movimiento cortó el silencio, produciendo un suave zumbido. Hipólita y Menalipa miraban con entusiasmo como su hermana se alzaba con aquella fabulosa espada. Antíope acarició su filo y la sangre brotó de su mano inocente.

—¡Ahhh! ¡Cómo corta! —exclamó.

Hipólita miró aquella espada de brillo blanco, la tomó de la mano de su hermana y estiró su brazo con ella, admirando su temple y su peso, perfectamente equilibrado.

—Es la espada de Ares. Él mismo se la entregó a nuestra madre cuando vivíamos lejos de aquí. Recuerdo ese día, aunque éramos muy pequeñas. Fue el día que decidió arar la tierra y abandonar el arte de la guerra.

—No recuerdo —dijo Menalipa.

—Yo sí. Tú aún no hablabas —contestó Antíope.

—Al día siguiente nos dejó... —murmuró Hipólita.

\*\*\*

El príncipe Évenor cabalgó hacia el sur en busca de refuerzos y pronto dio con una patrulla de Hipólita que, cumpliendo su voluntad, regresaba a Gadeira. Así entabló conversación con el capitán de aquellos hombres y haciéndole saber quien era y el peligro que corría Atlanta por la inminente invasión de los hijos de Atenea, exigió la lealtad debida al heredero de la Corona.

—Seguidme. Son tiempos difíciles, mi señor. Nosotros os escoltaremos ante el general Gadir. Es nuestro comandante y hombre cabal que escuchará vuestra palabra. Pues, si bien eres hijo de quien eres, Hipólita es nuestra reina y a ella debemos nuestra lealtad —le dijo aquel capitán, de forma respetuosa.

Evenor quedó sorprendido al escuchar tales palabras, Hipólita no solo era reina, sino que también gobernaba con autoridad gozando de la lealtad de su ejército, mientras su autoridad como legítimo heredero de la Corona no era debidamente reconocida. Lejos de cometer acto alguno que le impidiera llegar hasta ella, agradeció las palabras de aquel capitán y marchó a Gadeira con cierto nerviosismo y embriagado de una emoción desconocida ante la idea de encontrarse de nuevo con Hipólita.

Ajenas de tales acontecimientos, Hipólita, Menalipa y Antiope abandonaron la cueva tras sacar de ella el cofre y su tesoro. Sentadas bajo el viejo roble que daba sombra a la tumba de su madre, se regocijaban admirando las hermosas vestimentas adornadas en oro y un escudo redondo, que encontraron en un lateral de la sala de roca y que ocultaba en su revés una fina daga, ambos forjados de aquel preciado metal. Hipólita dejó allí mismo su espada de cobre y se armó con el frío, duro y cortante metal de la espada de Ares.

El viento trajo un olor a muerte, bien conocido para la bestia, que rugió inquieta mientras escrutaba el aire con su olfato. Súbitamente dio un salto y desapareció entre el alto matorral. Las tres hermanas, se alzaron rápido y observaron detenidamente el bosque. No estaban solas. Templaron sus armas mientras observaban con detenimiento los alrededores, esperando.

Varias saetas surcaron el aire buscando el cuerpo de Hipólita. Antiope reaccionó con gran agilidad y las repelió fácilmente con aquel brillante escudo hallado en la caverna, sobre el que las flechas rebotaban como cañas de madera. Perdida la sorpresa, aparecieron ante ellas, montadas sobre sus caballos y vestidas de negro, la capitana Elaya y las seis guerreras que Mirina había mandado a por sus cabezas.

Un inquietante silencio recorrió el bosque conforme se aproximaron, con sus armas en mano, hacia las jóvenes hermanas. Entonces apareció Therio, abalanzándose de un salto sobre dos de ellas, que cayeron con sus monturas. Hipólita, viendo la oportunidad, se lanzó al ataque. Antiope la siguió y Menalipa armó su arco. El brutal ataque de la bestia diezmó a las guerreras. Therio agitaba feroz sus fauces hundiendo sus largos colmillos en el pecho de una de ellas. Hipólita, con su poderosa espada, quebró la hoja de bronce y mutiló el cuerpo de la otra mujer caída. Con un certero flechazo, Menalipa sesgó una vida, y Antiope volvió a demostrar su agilidad felina en

combate, esquivando un golpe mortal y hundiendo su lanza en el vientre del jinete que trató de embestirla. Una de las guerreras arremetió con furia sobre Hipólita. La cual, esquivando el golpe, la tomó del brazo haciéndola caer al suelo; donde Antíope acabó con su vida apuñalándola. Hipólita templó la espada y miró a Elaya. La lucha había sido intensa pero corta. La bestia se llevó por delante a la última de ellas, cuando pretendía huir.

Solo la capitana Elaya quedaba allí, montada en su caballo. Mirando sin temor alguno a la bestia, descabalgó con su escudo y se acercó a Hipólita, templando su espada.

—Veo, brava guerrera, que deseas morir... ¿Por qué? —le preguntó Hipólita.

—Ya estoy muerta. No puedo regresar sin la cabeza de la reina y a por ella voy.

—¡Ven pues y muere en verdad!

El golpeo del metal resonó en el bosque mientras Menalipa y Antíope observaban con nerviosismo la lucha. La bestia, inquieta, rondaba a la pareja de guerreras que enfrentaban sus vidas, emitiendo cortos rugidos. Elaya e Hipólita se igualaban en velocidad y destreza. Por unos momentos, Menalipa dudó del sino de la lucha. Pero la espada que blandía Hipólita era terriblemente mortal. De un certero golpe partió el escudo y la espada de su rival; y quebró la vida de aquella poderosa guerrera.

Hipólita había mostrado su poder con la espada de Ares. Antíope miraba desconfiada a su alrededor, mientras Menalipa observaba con amargura la sangre que recorría aquella hoja.

—Es poderosa, sí —dijo entusiasmada Antíope, tomando de Hipólita aquella larga y brillante espada.

Menalipa, tras serenarse y mirar detenidamente a Hipólita, se acercó al cofre y, abriéndolo de nuevo, rescató la corona de oro y se la ofreció a su hermana victoriosa.

—¿Has oído las palabras de esa guerrera? Me temo que no solo eres soberana de Gadeira, sino también la nuestra. Ahora todo cobra sentido. ¡Tú eres la reina de estas mujeres que quieren nuestra cabeza! ¡Hipólita, la reina de las hijas de la luna! —exclamó con una amplia sonrisa.

—No entiendo —le dijo Hipólita.

—Armonía sabía que serías reina... ¡Eres la reina de estas mujeres y la nuestra! ¡Pero hay quien ya reina y viene a matarte! —exclamó Menalipa.

—¡Pues deberá esforzarse más! —apuntó Antíope, sacudiendo la sangre de su lanza al aire, con un golpe seco.

—Debían venir a coronarme o a matarme, era de esperar —añadió Hipólita.

Las hermanas, sentándose con cara seria, miraron a las muertas mientras la bestia olfateaba sus cadáveres.

—Cuando estuve revisando los escritos de nuestra amada madre descubrí que disponemos cada una de nuestro propio techado, de nuestra gente... Dejé escrito que la primogénita es la reina de las hijas de la luna. Y esa eres tú, Hipólita. Aunque

yo pensé que sí, ella no sabía que serías reina de Gadeira. Sabía que eras la nuestra, por eso tu figura se halla siempre coronada en sus escritos, por eso le aseguró al sabio Epolis que serías reina por designio divino —comentó Menalipa visiblemente excitada, complacida por haber dado al fin sentido a los escritos de Armonía.

Antíope sonreía, emocionada con la espada, sin prestar atención a lo que comentaba su hermana menor mientras sopesaba el metal con destreza. Arriba y abajo, derecha e izquierda; y de un golpe seco seccionó una gruesa rama del roble.

Menalipa miró con ternura a su hermana mayor que escuchaba sus palabras con interés. Agitó la fina corona dándole rigidez, se dirigió hacia ella y, ante la sonrisa de Antíope, se la puso con una solemnidad fingida sobre la cabeza. Hipólita cerró los ojos y sintió cómo la piel se le erizaba al rozar su cabello aquella corona de oro. Notó cómo un intenso escalofrío de gozo y pena, calor y frío recorría con furia todo su cuerpo hasta el éxtasis.

Menalipa soltó un grito, dando un paso atrás, levantando sus brazos sobre la cabeza y apartándose al ver a su hermana alzarse de pronto, emitiendo un largo gemido, con aquella corona brillando con el fulminante impacto de un destello estelar, como si de un rayo se tratase, que las cegó momentáneamente. Antíope quedó apoyada en el viejo roble con la boca abierta. A su vez, la bestia se alzó con rabia y lanzó un fuerte rugido que recorrió el bosque llegando hasta la acrópolis, hasta el mismo príncipe Evenor, al que sorprendió en su camino, mientras su caballo se alzaba al aire sobre sus patas traseras, horrorizado.

Hipólita dobló las piernas y cayó de rodillas. Posó las manos en la tierra y estiró con fuerza sus dedos. Antíope se echó sobre ella.

—¡Hipólita! ¡Hipólita! ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? —le preguntó preocupada, mientras Menalipa la miraba paralizada, sin salir de su asombro.

Aquel soleado día se oscureció de pronto y las nubes crujieron con tal fuerza que su relámpago atravesó el cielo hasta sobresaltar de su lecho a la mismísima Artemisa. La bella Ainia, en el páramo con sus compañeras armadas, cruzó su mirada siguiendo aquel gran destello de luz y sonrió. Mirina, que acababa de cruzar el río Íber con su poderoso ejército, cerró los ojos mientras apretaba los dientes con rabia. Todas ellas entendieron que la heredera había hallado su corona, sus rostros habían cambiado.

Hipólita se acercó al cofre sin decir palabra alguna, tomó el cinturón y el vestido verde de cuentas de oro y se vistió con él. Se irguió con aquellas prendas y se sintió viva como no recordaba, fuerte y poderosa. Después se giró hacia sus hermanas.

—Sí, estoy bien... No tenéis de que preocuparos. Estoy tan sorprendida como vosotras, pero estoy bien —dijo mirando sus manos, conforme las abría y las cerraba lentamente.

Menalipa corrió a abrazarse a ella, mientras Antíope resoplaba aún sin poder dar crédito a lo ocurrido. Poco después recogieron todo lo hallado y regresaron a la boca de la cueva, con Therio siguiéndoles el paso. Allí esperaban los caballos

de Hipólita y Menalipa, que empezaron a resoplar al ver a la bestia. La cual pasó junto a ellos, ignorándolos; y entró en la caverna, asomando su enorme cabeza para observar a las tres hermanas.

Hipólita se enfundó la espada en la espalda, salió y tomó las bridas de Zaino. Antíope y Menalipa la acompañaron. En el cielo volvía a lucir el sol. Las tres hermanas miraron hacia el viejo roble y pensaron en Armonía.

—Marcho a Gadeira. Me gustaría que me acompañaras —le dijo Hipólita a Antíope.

—Ando feliz en el bosque de nuestra amada madre. No es mi deseo abandonarlo. Marcha pues. Aquí me hallaréis las dos, junto a Therio, siempre que queráis —le aseguró Antíope y se quedó en el Bosque Maldito. A pesar de los ruegos e insistencia de sus hermanas, se sentía bien bajo aquel viejo roble, acompañada por la bestia.

Hipólita galopó rápido hacia Gadeira y Menalipa la acompañó hasta la salida del bosque; la cual, desde allí, continuó sola hacia el templo de Clito. Emocionada por lo acontecido, quería revisar de nuevo cada escrito de su madre hasta saciar por completo sus ansias de saber. A su paso hacia Atlas, paró en la hacienda de su fiel amigo Sarko. Quería recoger algunos dardos que allí había dejado para fortalecer su fuerza con puntas de bronce. Fue recibida con un fuerte abrazo.

—¡Ah, mi buen amigo Sarko! ¡Qué dichosa soy de veros! —exclamó Menalipa.

Sarko la invitó a entrar y de inmediato le sirvió un cuenco de jugos para saciar la sed.

—Mi joven princesa, no sé si lo sabéis... ¡Evenor ha regresado! —le dijo ante su sorpresa

Menalipa se quedó muda, con los ojos abiertos como platos.

—¿Y Cronos? —preguntó de inmediato.

—Dicen que Cronos anda en su palacio, armando a su gente. Se están formando vientos de guerra y se teme lo peor en Terya, pues por sus tierras avanza un gran ejército invasor.

—¿Tenéis un caballo y mis saetas listas?

Sarko asintió y se las entregó. Después preparó un potente corcel y se lo dio a Menalipa.

—Ten este caballo de refresco, es fuerte y resistente. Llévate también esta talega de dulces higos, te darán fuerza en el camino.

Menalipa montó y marchó veloz por el bosque, hacia al reino de Terya. Enamorada de Cronos, sentía latir con fuerza su corazón; deseaba verle, sentirle, besarle...

## CAPÍTULO 26 · ÉVENOR, REY DE REYES

En Gadeira, Évenor llegaba a palacio. Allí le esperaba Gadir, quien le recibió como al heredero de la Corona. Un honor que no esperaba, dadas las circunstancias, y que le reconfortó. Pensó que Gadir podía ser hombre leal en quien confiar. Ambos pasearon por los jardines y hablaron del peligro que corría Atlanta.

—Son miles de guerreros, provistos de carros y caballería; un verdadero ejército. A buen paso apenas tardarán treinta días en recorrer la Península y llegar ante la muralla de Atlas, si no están ya en ello. Es necesario unir fuerzas para presentar batalla con alguna opción de victoria —aseguró Évenor.

—¿Y qué has pensado? —preguntó Gadir.

—Es mi deseo partir de inmediato en ayuda de Cronos con las columnas de Atlas y me gustaría poder reunir cuantos hombres se dispusieran a defender la Corona. Creo que podríamos detenerles antes de que lleguen hasta aquí y arrasen nuestras tierras... En los estrechos valles de las montañas del norte de Terya apenas tendrán movilidad sus unidades, por lo que no podrán envolvernos ni aplastarnos en masa. Así podríamos infringirles una posible derrota. Creo que es la única alternativa.

—¿No sería mejor esperar al invasor tras las murallas?

—Es posible, sí. Pero ello dejaría al rey Cronos y a muchos de los nuestros a merced del enemigo. Además, podrían sitiarnos durante años y arrasar Gadeira.

—El sabio Epolis me hizo saber que tu padre, el rey Argan, le insistió en que no sacara las columnas de Atlas.

Évenor le miró en silencio.

—Es necesario —contestó pensativo—. No puedo permitir que, por hacer fuerte la plaza de Atlas, sea arrasada toda Atlanta.

—Bien, te he escuchado, mi señor. Mas yo no puedo mandar mi ejército a Terya sin la orden expresa de mi reina.

—¿Hipólita?

—Sí, podéis marchar a Atlas y mandar vuestras columnas, sin temor, a socorrer al rey Cronos. Nosotros somos atlantes y nada tiene que temer Atlas de mis hombres y menos de mi reina, que será debidamente informada de tu visita en cuanto se halle presente.

El príncipe miró a Gadir y asintió con confianza. No cabía duda de su lealtad hacia Atlanta, ni tampoco de su fidelidad hacia la reina.

—¿No está en palacio? —preguntó en voz baja.

—No —contestó escuetamente Gadir.

Évenor partió hacia Atlas, donde fue recibido a su llegada como un héroe. La gente andaba tras sus pasos y una gran multitud le siguió hasta la acrópolis. Corrió el vino y la alegría por las calles. El heredero había regresado animando aquellas almas inquietas ante los posibles advenimientos. Pero la fiesta no alcanzó la acrópolis, pues el príncipe frenó todo ímpetu y convocó Cortes de inmediato.

Andrea, sorprendida, fue llamada por Évenor, quien puso bajo su cuidado a la pequeña. La joven doncella no tardó en poner al príncipe al corriente de todo cuanto ella había sufrido, y le habló de Hipólita y de Menalipa.

—Te agradezco tus confiadas palabras y bien tenidas en cuenta serán. Nunca creí que Menalipa fuera culpable de crimen alguno e Hipólita...

—Hipólita sufrió mucho, lo indecible, sola. Pero ahora es grande y nada teme —apuntó Andrea llenándose de orgullo.

—Veo que la tienes en gran estima y eso te engrandece. Siempre estaré en deuda contigo por haber guardado a Menalipa. Ahora quisiera que cuidaras de la pequeña, pues grande es la tormenta que se avecina.

—Con gusto me haré cargo de ella hasta que puedas retomar sus cuidados... Pero, ¿quién es? —preguntó curiosa Andrea, con la confianza que le daba conocer bien a Évenor.

—Es mi hija y como a tal quiero que la trates. ¿Me harás tal favor?

Andrea asintió pese a saber que era imposible y tomó de la mano a la niña.

—Desde hoy será mi hija y hermana. Su suerte será la mía.

Después ambas se alejaron de las estancias de Évenor. La pequeña frunció el ceño haciendo pucheros, volviendo la cabeza hacia atrás, viendo cómo el príncipe la despedía con la mano.

—No temas mi pequeña. Andrea cuidará de ti —le dijo con un guiño.

Évenor reunió rápidamente a los linajes reales, consejeros, nobles de las tierras de Atlanta y a los altos mandos del ejército de Atlas, en la sala de Cortes del panteón de Poseidón. Allí debatían sobre todos los temas acontecidos y por acontecer. Hablaban, gritaban y poco dialogaban. Pero llegado un punto, todos estaban de acuerdo. Exigían que fueran repuestos sus dominios, sus riquezas y expulsada Hipólita de Atlanta. Los herederos y los descendientes de los distintos linajes proseguían su discusión sobre

territorios y propiedades debidas sin entrar en razones. Tan solo los generales de las columnas de guerra parecían aportar algo de sentido en aquella algarabía sin fin.

—Venga de donde fuere la amenaza que se cierne sobre Atlas, ya sea de la reina Hipólita o de las fuerzas aqueas, hay que armar con razón a nuestros guerreros, proteger al pueblo, levantar defensas organizadas, preparar el abastecimiento de las tropas... y llevar la guerra, la destrucción y la muerte, en lo posible, bien lejos de nuestras ciudades —apuntó Serien.

—Son nobles palabras las tuyas, general. Pero todo ello resultará de nuestras sufridas arcas. Es mejor que salgas a derrocar a la reina Hipólita, recuperar las tierras usurpadas y hacernos con su ejército, para poder lanzarlo sobre el invasor —obtuvo por respuesta de Flevio, el mayor de los hijos de Méstor y Treita.

—Hablas con tanta holgura como vacías son tus necias palabras, digno hijo de quien eres... Quizás te valiera más vaciar tus arcas robadas al pueblo en las columnas de Atlas que sufrir el saqueo de los hijos de Atenea. ¿Y cómo piensas derrocar a Hipólita cuando bravos guerreros de nuestro ejército se enrolan en sus filas? ¿Acaso desconoces el hecho de que prefieren su gobierno al tuyo? —apuntó el rey Azaes con tono serio.

—General, ¿son ciertas esas palabras? —preguntó Évenor, sorprendido.

—Sí, mi señor. Sin duda son traidores que tendrán que rendir cuentas.

—¿Traidores? Os recuerdo que incluso varios de tus grandes capitanes están ahora bajo sus órdenes y que mientras vuestros nobles señores discuten por las riquezas de la tierra, Hipólita se prepara en verdad para la batalla. En Atlas continua la bonanza en las mesas, con bellas doncellas, hermosos efebos en el lecho y el vino en la sangre. ¿A quiénes llamáis traidores? Me es lógico ver cómo tus soldados buscan quien los quiera llevar a la victoria ante el despropósito de tus señores, mi buen general —espetó Azaes.

Serien se alzó ofendido.

—Te recuerdo que mis columnas se hallan dispuestas para la lucha, bajo el mando de Atlas... Y si bien tienes razón en la desidia de palacio, mis hombres no necesitan traicionar a su polis para luchar hasta la muerte por ella.

Évenor se fijó en Epolis que, callado, le miraba desde su asiento y se dirigió a él.

—Me han hecho saber actos horribles de Menalipa e Hipólita. Tú debes saber más de los hechos ciertos que muchos de los que hablan.

—Mi señor, fuimos nosotros los que hicimos cosas horribles con ellas. Nos dieron su amistad, consejo y sabiduría. Nosotros, a cambio, les dimos muerte, las abandonamos y perseguimos. No puedo censurar sus actuaciones, pues es bien cierto que Treita fue la responsable de la muerte de Argan con vil veneno, atropa cierta. Yo así lo creo.

El silencio embargó la sala. Nadie alzó la voz, todos callaron. Era un secreto pregonado a voces, que todos sabían y nadie otorgaba.

—¿Qué sabes de Hipólita? —preguntó Évenor, desviando la mirada.

—Mi señor, vuestra amada Hipólita es ahora reina. Su puño es firme como una roca y su ira la transforma en un demonio sin piedad. No quiero apenaros, pero no es la misma persona de quien os enamorasteis.

—Dime, ya que la has visto, ¿luchará contra nosotros?

—A pesar de lo que se dice, no. Aunque es posible que, escuchando lo que aquí se comenta, algunos de los presentes sí deseen luchar contra ella. Por supuesto, con vuestras columnas de guerra, para arrebatarle su oro y poder..., que no es poco.

El silencio volvió a reinar en la sala.

—Escuchad todos —se dirigió Epolis al Consejo—. Muerto el rey Argan, el heredero legítimo de la Corona de Atlanta está entre nosotros. Pues que sea rey de reyes, orden y ley sin más demora. ¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

Un silencio incómodo llenó la sala, cómplice de antiguas conspiraciones, de la duda y de la incertidumbre.

—¡Así sea! ¡Por Poseidón y nuestra madre Clito! ¡Por Atlanta! ¡Viva el rey! —exclamó con fuerza Azaes.

Acto seguido, Serien y todos los generales empezaron a unirse a la proclama.

Epolis se acercó a una urna que se hallaba junto a los pilares de los cuales colgaban las leyes de Poseidón. Tomó la corona real, labrada en oro y adornada con diez joyas, una por cada hijo de Poseidón, por cada antiguo reino de Atlanta, y se acercó a Évenor.

—Tomad, este es vuestro legado, vuestra fortuna e infortunio. Portadla con la honradez con que la lució tu noble padre y vuestros antepasados. Cumplid y haced cumplir las leyes de Poseidón. Dadnos paz, hacednos libres y traednos la cordura que nunca debimos perder.

Avanzó y la ciñó con determinación en la cabeza del príncipe.

—¡Os daré paz! ¡Pero primero la guerra! ¡Y si he de portar esta corona, todos los hijos de Atlanta han de estar preparados para defenderla! —exclamó Évenor.

—¡Viva el rey Évenor! —gritó Azaes.

Los demás le siguieron uno tras otro, hasta resultar ser un clamor en toda la acrópolis que rápidamente se extendió por Atlas.

El joven príncipe era rey de reyes en una tierra que se preparaba para una guerra por la supervivencia. Apenas había llegado la noche cuando un emisario llegaba a Atlas desde el reino de Terya, la batalla había comenzado. Las saetas en llamas caían prendiendo la ciudad de fuego y horror. Cientos de guerreros del gran ejército de Mirina, como parte de su estrategia, asaltaban las calles de Terya; una población sin apenas defensas sólidas, concebida en tiempos de paz y desde la soberbia del que se siente poderoso. Ahora estacas, maderos y carros eran usados como barricadas. En las calles periféricas se enfrentaban los mercenarios asiáticos contra los hombres del rey Cronos, donde morían víctimas de sus armas y miedos. El monarca seguía con nerviosismo el signo de la batalla, temeroso de que las tropas invasoras consiguieran alzar las precarias defensas que había podido organizar. Allí debatía con sus capitanes

el devenir de la situación, mientras se preguntaba donde estarían Mirina, sus jinetes y los hijos de Atenea. Estaba convencido de que Évenor no le abandonaría a su suerte, y que el príncipe sabía que sin su presencia en la batalla sería el fin de Terya.

—Poseidón, ¡acompaña a Évenor en su misión y que acuda pronto en nuestra ayuda! ¡Dame fuerzas para defender a mi pueblo! —exclamó. Entonces fue llamado por un capitán de su guardia. En la sala había una persona que quería verle.

—No tengo tiempo ahora para visitas.

—Deberíais atenderla, mi señor... Viene de muy lejos para estar junto a mi rey en la batalla.

Sorprendido por aquellas palabras, el rey entró en la sala y allí, delante de él, estaba Menalipa. Quedó mudo, contento y apenado. Su alegría al verla cambió conforme le vencía la preocupación por la batalla y la suerte que pudiera correr su amada.

—En cuanto supe que habías regresado vine en tu búsqueda.

—Menalipa, mi amor, ¿qué haces aquí? No es momento...

—Sí, sí lo es. Quiero luchar junto a ti y si nuestro destino es el fin, vengo preparada para ello —afirmó Menalipa, cortando sus palabras y mostrándole su arco.

Se abrazaron fundiéndose en un largo beso. Cronos pensó por un momento en todos los acontecimientos fatales que le habían relatado sobre Menalipa e Hipólita y ahora, con su amada entre sus brazos, cerró sus ojos y la abrazó aún más fuerte. No dudó ni por un momento que si allí se hallaba era por amor y dio por hecho que no sabía toda la verdad de lo acontecido en Atlas y Gadeira. Así pues, no preguntó nada, solo la besó una y otra vez hasta que fueron interrumpidos bruscamente por un capitán.

—Mi señor, las fuerzas invasoras han sido rechazadas de las zonas altas, pero una columna ha conseguido entrar por el sur en la plaza prendiendo fuego. Debemos contenerlas o peligrará todo nuestro haber.

El rey tomó su espada y salió de la sala y, tras él, Menalipa, tensando presta el arco, armado con una saeta.

\*\*\*

Hipólita entraba en Gadeira al paso, cabalgando lentamente al aire de Zaino. No era la primera vez que paseaba sin guardia por las calles de la ciudad. Siempre se había sentido segura. Era un día especial, había dejado sus toscos ropajes de guerrero por aquel hermoso vestido de seda verde que realzaba, todavía más, su belleza femenina. Montaba con su resplandeciente corona de oro y, en su rostro, una marcada sonrisa delataba su paz interior. Lejos quedaron los temores del pueblo ante Hipólita y todos la contemplaron de nuevo como la reina que les libró del yugo y les dio vida, y pronto, a su paso, gritaron su nombre.

—¡Viva la reina! ¡Viva Hipólita!

Gadir se asomó ante el bullicio, acercándose hasta el puesto de guardia. Viendo

la escena se sintió emocionado y bajó de inmediato a recibirla.

—Mi reina no debería andar sin guardia y menos en estos tiempos.

—Gadir, mi gran comandante, mi buen amigo, ¿cómo está esa herida del brazo?

Gadir no contestó. Se hallaba absorto ante Hipólita. Su belleza había nublado su mente y acelerado su corazón.

—¿Gadir?

—Perdón, mi reina...

Hipólita sonrió y se dirigió a la sala de juntas.

—Mi reina... Évenor ha regresado. Es rey de reyes y estuvo en palacio. Marcha a Terya con las columnas de Atlas y requiere nuestra ayuda en la lucha por salvar al rey Cronos.

Hipólita se quedó blanca, seria, muda e incluso perdió el paso. Su rostro cambió y una sensación de alegría inmensa colmó su corazón.

—¿Cuál es su enemigo? —le preguntó a su joven comandante.

—Habla de miles de soldados y una poderosa caballería de guerreras. Un temible ejército aqueo, comandado por una brava mujer llamada Mirina.

—¿Cuándo marcha a Terya?

—Supongo que ya estará en camino, mi reina. ¿Mandamos nuestra caballería o algunas fuerzas de apoyo?

—¡No!

Hipólita miró seria a Gadir, que se mostraba preocupado. El rostro de la reina expresó de nuevo la amargura de la tristeza y, apoyando una mano sobre la mesa, bajó la cabeza.

—¿Te alegras de su regreso?

Gadir se sintió sorprendido por la pregunta, si bien entendió enseguida por qué la realizaba. Sintió entonces que quizás la reina, su fría y amada reina Hipólita, tenía corazón y sentía algo por él. Acercándose junto a ella, se atrevió a acariciar su cabello.

—Yo no puedo más que alegrarme de la dicha de mi reina —le dijo.

Hipólita se giró y le acarició su rostro, miró la llama de sus ojos y se alejó.

—No, mi querido general... En Terya no se dará batalla alguna que no puedan contener. Mandar allí parte de mi ejército solo sería favorecer al enemigo, que sin duda avanzará pronto con toda su fuerza sobre Atlas. De hecho, ignoro por qué pueda amenazar Terya si no es con el objetivo de dividir nuestras fuerzas.

—Sin duda es un ardid, como antaño emplearon en Artos para asaltar Gadeira —contestó Gadir, volviendo a su postura militar.

—Ese día murió mi madre... y gran parte de mí. Dime, Gadir, ¿te alegras de su regreso?

—No.

Hipólita paseó despacio hasta el ventanal de la sala. Miró al cielo mientras una suave y húmeda brisa mecía sus cabellos ocultando parte de la cara.

—Se acerca la tormenta —dijo con voz tenue—. Mantened alerta a vuestros hombres, pues el día para el que nos hemos estado preparando está cerca. Puedes marchar.

En Terya, el rey Cronos mantenía su lucha contra los mercenarios de Mirina. Los ataques eran constantes y habían logrado prender fuego a parte de la población. Finalmente, los asaltantes fueron contenidos por los guerreros de Cronos en los exteriores. Su fuerza había disminuido y sus ataques se convirtieron en escaramuzas que eran fácilmente repelidas, pero que mantenía a los hombres del rey en tensión.

Menalipa empleaba con destreza el arco. Su certera puntería se convirtió en una terrible pesadilla para el enemigo. El tiempo transcurría y nada cambiaba. Pasó la noche al calor de las llamas y el día solo trajo nuevos enfrentamientos en diversas entradas al pueblo. Empezaba a quedar claro que Mirina y sus jinetes no aparecerían por Terya. Y posiblemente las columnas aqueas tampoco.

Cronos se acercó a Menalipa para compartir sus pensamientos.

—Esto es muy extraño. Parece que no quieren entrar.

Ella, alzando su cuerpo sobre la barricada de carros, observó hacia las afueras, tensó su arco y acabó con la vida de uno de los guerreros que corría hacia la barrera con una lanza en llamas. Luego, se ocultó tras las maderas.

—Quizás es lo que es, sin más. No pueden entrar y ahora solo pretenden que no salgamos —le comentó a Cronos.

El rey agachó la cabeza pensando en la situación y, mirando alrededor, asintió.

—Tienes razón. Su objetivo se limita a tenernos ocupados. Mirina no vendrá. Si estamos aquí no podemos luchar en la gran batalla.

—¿Y dónde se dará la gran batalla? —preguntó Menalipa.

—¡En Atlas! ¡Hemos sido burlados! ¡El ejército invasor se dirige a Atlas y si Évenor está en camino para socorrernos no habrá quien la defienda! —exclamó alarmado.

—Bueno..., está mi hermana —apuntó con voz baja Menalipa.

—Mi amor, no viste el colosal ejército que marcha hacia Atlas. Si no luchamos todos juntos, nada les parará y aún así dudo que podamos hacerle frente. Solo espero que Évenor no saliera en nuestro socorro. ¡Debemos marchar con nuestros guerreros a Atlas de inmediato!

—Pero entonces saquearán Terya.

—Al caer la noche nos iremos todos, Terya no es nada sin Atlas.

Si cae la acrópolis, luego vendrán a por nosotros y será nuestro fin.

—Pero...

—Dejaremos un pequeño contingente de hombres en las barricadas para contener a los mercenarios, las mujeres y los niños que se dirijan a las aldeas de las montañas, todos los que puedan levantar un arma nos acompañarán hacia Atlas.

Aquella noche, amparados en la oscuridad, un pequeño grupo de guerreros salió

por los accesos del sur y, constatando que los mercenarios descansaban en las zonas opuestas de la ciudad, regresaron para informar al rey. A media noche, la población de Terya salía en total silencio, como una gran procesión de almas descalzas.

\*\*\*

Mirina llegaba a la orilla sur del Gran Tajo que cortaba la Península. En poco más de una semana alcanzaría Atlas. Allí fue informada por sus exploradores de que Évenor había sacado gran parte de sus columnas de guerra de la muralla y se dirigía raudo hacia el reino de Terya.

—Perfecto, nuestra estrategia funciona. Con Évenor fuera, si las desavenencias entre Atlas y Gadeira son tan grandes como nos han informado, nos resultará más fácil de lo esperado conquistar todo el territorio —aseguró Mirina con cara complacida.

—Pero, ¿y Gadeira? Nuestros aliados en la acrópolis aseguran que disponen de un gran ejército —apuntó Deyarina.

—Los exploradores no han visto nada que les haga temer y nuestra fuerza es grande. Sin las columnas de Atlas, no tienen más que hacer salvo morir. No podrán resistir ni un solo día, atacaremos al amanecer y Atlas será nuestra antes de caer la noche —asintió Mirina.

—Arrasaremos Atlas, sus hombres serán muertos, sus mujeres nuestras esclavas y su oro, nuestro. ¡Pagarán cara la sangre que vertieron en Ática! Gadeira y Terya serán presa en nuestro regreso triunfal. Atlanta quiso ser yugo y será cosecha para los hijos de Atenea —afirmó con rotundidad Icarío, el general aqueo. Sonriente, con la mano en el mango de su espada, impaciente.

Mirina le observó y volvió su mirada sobre Eolo.

—Atlas es vuestra. Gadeira, mía. Su reina me pertenece, no lo olvidéis —les dijo, ofreciéndoles un cuenco de licor y viendo el odio que arrastraban.

## CAPÍTULO 27 · LA FURIA DEL MAR

Tras nueve días de relativa calma, a la luz de la luna, en aquella noche tranquila, un suave chapoteo ondeaba en las calmadas aguas del Atlántico que bañaban la muralla de Atlas. Donde apenas dos pies de roca sobresalían del ancho mar.

Una mano surgió de pronto de su oscuridad profunda, asiéndose a la piedra entre las voluminosas grietas que la debilitan. En silencio, emergió la cabeza de Deyarina, en su mano portaba una estrecha daga y observaba a su alrededor con sigilosa precaución. Dando un pequeño impulso, se alzó sobre la cima. Rodilla en tierra observó felina el destino de dos centinelas, que dormitaban su guardia apoyados en la torreta. Mientras, otra valiente mujer, calada y en posición, tensó su pequeño arco con una saeta. La daga cruzó el aire silbando muerte, hundiéndose en el pecho de uno de los guardianes. El otro centinela abrió los ojos al golpe de la flecha que silenciaba la vigía sellando su frente. A un gesto, siete guerreras más surgieron del mar, subiendo entre las grietas por la muralla, impulsándose desde el agua; alzaron sus dagas, tensaron sus arcos y recorrieron la cima en silencio.

Amanecía en Atlas. El sol brillaba con fuerza en el horizonte, la cálida luz de un nuevo día bañaba las casas de adobe y el oro, la argénteo y el oricalco de la acrópolis brillaban. Las primeras almas recorrían las calles. Afanados panaderos trabajaban en los hornos y el broncista abastecía la llama, mientras el labrador preparaba los aperos de su jornada. Las ovejas dejaban los establos para pastar en el valle y el ganadero ordeñaba plácidamente sus vacas en un día que no prometía nada nuevo. La guardia real tomaba el desayuno antes de hacer el relevo en la muralla: pan, aceite de oliva y ajo; un cuenco de leche de cabra y algo de fruta tierna. Bromeaban y reían las gracias de siempre, limpiaban sus espadas y subían sin prisa por los empinados escalones de piedra hasta la cima.

Cuando abrieron las puertas de la guardia y subieron a las torretas, sus rostros cambiaron. Vieron a sus compañeros de armas muertos. Unos estaban atravesados por varias saetas y otros, apuñalados, degollados. Sus cuerpos yacían en un charco de sangre. Corrieron a asomarse a la cima de la muralla y lo que vieron les heló la sangre.

Miles de soldados se encontraban en formación frente a sus puertas: carros de guerra, una nutrida caballería y cientos de guerreras con los arcos preparados, sus cuerdas tensas y el fuego adornando la punta de las flechas, aguardaban una señal. Y allí estaba Mirina, desafiante, exultante, con su labrys al aire.

Se giraron para dar la alarma, pero era tarde. El corte letal del metal acabó con sus vidas. La muralla había sido tomada durante la noche, en silencio, por las hijas de la luna que allí se hallaban ocultas tras ellos. Sorprendiéndoles, les dieron muerte. Pronto encontró Mirina el punto débil de la ciudad de Atlas en las descuidadas tierras del maltrecho rey Méstor. El puerto, donde una descuidada muralla no solo permitía el paso del agua, sino que también quedaba al alcance de los invasores desde el Atlántico. Finalmente, nadie reparó las grietas que la debilitaban, ni alzó su altura ante el creciente mar, si bien el oro de Atlas sí se usó en ornamentos y placeres. Solo unos grandes troncos de madera apuntalados la reforzaban en su parte interior. Penetrando en el agua, las guerreras de Mirina habían podido llegar fácilmente hasta la muralla y hacerse con todo el perímetro de su cima.

Un gesto bastó para que una inmensa nube de saetas ardientes surcara el aire cubriendo el cielo y oscureciendo el amanecer ante el asombro de unos ciudadanos que, incrédulos, veían cómo se abatía sobre ellos la ira de Mirina. Miles de flechas cayeron sobre las casas de madera y barro del primer cinturón de la gran polis. La guardia fue barrida, la gente caía atravesada en las calles y las casas prendieron, humeantes ante tal avalancha de fuego. La alarma saltó en Atlas y el terror invadió las calles.

Nadie en la acrópolis pudo prever un ataque que no esperaban. Todos creían que la batalla contra el invasor se daría lejos, en las tierras de Terya. Évenor andaba lejos con las columnas de guerra. Con su prisa por socorrer a Cronos, la ciudad había quedado sin gran parte de sus fuerzas. El enemigo había esperado paciente su salida de Atlas, una marcha en ayuda de un reino que no le necesitaba. Una vez se alejó, Mirina mandó sus tropas sobre Atlas.

Hipólita, en su palacio de Gadeira, dormía cuando las puertas de su estancia se abrieron de pronto y entró el general Gadir.

—¡Atlas está en llamas!

Hipólita abrió los ojos, saltó del lecho de golpe y, cubriendo su cuerpo desnudo con una fina tela, se acercó al ventanal que daba al oeste. Una gran columna de humo, a lo lejos, precedida de una pequeña luz, anunciaba un amanecer sangriento.

Gadir le acercó una ancha capa.

—Mi reina..., espero tus órdenes.

Haciendo caso omiso a la capa, corrió en busca del vestido verde de su madre. Lo dejó en el lecho y se vistió con una fina tela.

—Convoca con premura a mis generales. El día para el que nos hemos preparado ha llegado. ¡Las tropas de Tarss! ¡Hay que disponer nuestro ejército! —se dirigió a Gadir, conforme calzaba sus pies.

—Los capitanes de Tarss y Mimi esperan. Anoche fueron avistados, por las patrullas ocultas, varios grupos de guerreros aqueos cerca de Atlas, y más allá, el gran ejército que avanzaba. Quizás nos doblen en fuerza por tres veces o más... Por lo que hice llamar a Tarss y Mimi temiéndome tal desenlace. En formación con sus hombres esperan tus órdenes y ya no deben estar lejos de Atlas. Tarss comanda la caballería y Mimi las columnas y los arqueros, todo se halla preparado tal y como dispuso mi reina.

Hipólita miró complacida a Gadir, preparó las vestimentas de cuero de guerra y se enfundó encima aquel precioso vestido verde. Se ciñó el cinturón de su amada madre y se ajustó sus aros de oro en los brazos. Colocó sus manos por detrás de la cabeza y estiró su cuerpo, deslizando su largo cabello por encima de la tela. Después puso las manos en su estrecha cintura y arqueó la espalda hacia atrás. El vestido se le ajustó de manera tal que se podía distinguir claramente su esbelta figura de mujer.

—¡Qué hermosa! —pensó Gadir, contemplándola con ternura.

Entonces sintió vergüenza y se giró.

Hipólita sonrió al ver que permanecía de espaldas a ella.

—Bien hecho —le dijo—. Gadir, ¿puedes ayudarme con los lazos de mi vestido? ¿Saben nuestros hombres su cometido?

Gadir se acercó y comenzó a anudar las correas que unían las suaves telas de seda alrededor del cuerpo de Hipólita.

—Sí, mi reina. La fuerza de nuestro enemigo como ejército organizado no parece tal. Pero como número, sí. Los aqueos marchan en columnas como pensábamos. El resto de guerreros, mercenarios sin duda, carecen de formación marcial y avanzan en un gran grupo. Aunque la caballería de mujeres guerreras parece potente.

Hipólita le miró, le dio su medalla y agachó la cabeza hacia el lado derecho, recogiendo el pelo entre las manos y dejando su cuello limpio a la espera de que Gadir se la anudara. El joven y aguerrido general tembló al acariciar su suave piel. Tras anudar el collar, puso sus fuertes manos en los hombros de Hipólita y besó dulcemente su cuello. Ella cerró los ojos y emitió un ligero suspiro.

Después de un momento de intenso silencio, Hipólita se acercó al ventanal y, sobre su atuendo verde, se revistió con varias defensas de cuero y un peto de malla de bronce. Se ajustó su poderosa espada sobre la espalda y, mirando al sol naciente, tomó la corona de su madre y se la ciñó.

—Hoy parece que será un gran día.

—Quizás deberías permanecer en Gadeira. El campo de batalla no es lugar para mi reina —apuntó Gadir.

Hipólita volvió su rostro clavando sus hermosos ojos azules en él. Entonces,

acercándose decidida, le asió por la nuca empujándole hacia ella y besó sus labios. El joven comandante la abrazó con fuerza y ambos quedaron unidos en un largo beso de amor. Juntaron sus cuerpos y rozaron sus mejillas. Hipólita le acarició la cara con ambas manos, mientras él las deslizó por su espalda estrechándola entre sus brazos. Ambos apoyaron sus frentes entre sí, mirándose sin mediar palabra.

Hipólita, se separó de Gadir, acariciando su rostro, y pasó la mano por la herida de su brazo.

—No conozco otro lugar para una reina que con sus hombres. Brava en la defensa de su tierra. Vamos, mi general. Nos esperan —asintió Hipólita conforme salía de la habitación.

En Atlas, las puertas de la muralla, convertidas en una gran hoguera, se calcinaban sin que nadie pudiera evitarlo. Rehechos de la sorpresa, sus habitantes trataban de organizar la defensa de la polis, rogando a los dioses que la muralla y los fosos frenasen a los invasores, pues no confiaban en sus propias fuerzas.

Rápidamente formaron las unidades de las columnas de Atlas que quedaron en la ciudad, al mando del general Serien, para contener la invasión, ante las puertas del segundo anillo, guardando su entrada. Allí esperaban formados sus soldados. Unos, fuertes y aguerridos combatientes de otras guerras, sin miedo alguno. Otros, los que más, eran jóvenes inexpertos que, en formación, apretaban sus dientes mientras por sus piernas descendía el calor del miedo. Y todos, observando cómo retumbaban las puertas, de las que saltaban llamaradas de fuego con cada golpe que buscaba tumbarlas, cerraban los ojos despidiéndose de la vida.

No tardaron los guerreros de Mirina en atravesar las defensas. La vieja piedra y la noble madera del portal no pudieron contener la ola de fuego. Un enorme tronco de pino, arrastrado por numerosos mercenarios sobre sus hombros, convertido en fuerte ariete, la tumbó. Nadie podía impedir las violentas embestidas con las guerreras de Mirina situadas sobre la muralla.

Ante el empuje del ataque y aterrados por las llamas que asolaban las casas, sus habitantes huían al interior del segundo anillo, abandonándolo todo, pasando a través de las columnas atlantes que a duras penas podían mantener la formación. Solo permanecieron los muertos y los desdichados que quedaron atrás.

Mirina actuó rápido. En cuanto penetró en el primer anillo de la ciudad mandó a los generales aqueos contra las columnas atlantes. El choque fue brutal. Las largas lanzas se astillaban destrozando petos, atravesando carne, descuartizando vidas. El empuje de los hijos de Atenea fue tal que pasaron por encima de los aguerridos soldados y de los jóvenes inexpertos. El ejército de Serien fue exterminado y sus hombres, masacrados sin compasión. La superioridad del ejército de Mirina se impuso y barrió a los defensores de la plaza. Luego, ordenó a las columnas retroceder y formar frente al puente que conducía al interior de la polis. Serien había muerto, luchando hasta el último momento, atravesado su cuerpo por dos punzantes lanzas.

Mirina formó de nuevo a sus arqueras en el siguiente foso y, desde allí, una nueva nube de saetas ardientes comenzó a caer sobre el segundo anillo de Atlas. Los mercenarios asiáticos y la retaguardia aquea comenzó a saquear y destruir todo cuanto quedaba en pie dentro de la muralla. Los hijos de Atenea disfrutaban del asalto como una venganza que se hacía realidad. No dejaban ningún edificio en pie, ni vida alguna en llanto.

Hipólita cruzó veloz con Gadir y sus capitanes el bosque, en busca de Tarss y Mimi. No muy lejos la esperaban en formación con su ejército. Llegando hasta ellos, sacó de su espalda la espada de Ares y la templó al aire. Recorrió toda la línea de sus unidades, dejándose ver, para que todos observaran que su reina estaba allí con ellos.

Zaino se alzó sobre los cuartos traseros, relinchando y cayendo con temple. Hipólita se dirigió a su pueblo, a sus hombres, a sus guerreros.

—Llegó el día para el que tan duramente nos hemos estado preparando. Hijos de Poseidón y Clito... Aquí están. Quieren vuestra tierra, vuestra sangre... a vuestros hijos. Os traen miseria, guerra y muerte. Cadenas y vejación para el que sobreviva a la derrota, no más. Mi destino será el vuestro: ¡Victoria o muerte! —gritó con fuerza una y otra vez, alzando su espada de nuevo.

Y todos bramaron alzando sus armas.

Después volvió a recorrer la formación arengando de nuevo a su ejército.

—Los que ayer fuisteis esclavos y siervos, hoy sois hombres libres, respetados soldados de Gadeira. Los que ayer erais lacayos y guerreros en las tierras del norte, de Elisippos y Atlas, hoy sois los mejores soldados de Atlanta... En vuestro hogar os esperan vuestros hijos, vuestras mujeres. No permitáis que sean otros los que acudan para robar sus vidas y ultrajar vuestra muerte. Luchad pues por vuestra tierra, por vuestras mujeres, por vuestros hijos... por vuestra vida. Yo os conduciré hasta la victoria o moriré en el empeño. ¡Muerte al invasor! ¡Victoria o muerte!

Por respuesta se escuchó de nuevo un gran bramido que se cerró con vítores y aclamaciones.

Gadir miró con orgullo a Hipólita, que galopaba a su lado a lomos de Zaino, con su melena azabache al viento, su corona destellando al sol y la espada de Ares en alto.

—¡Mi comandante, hora es de que arrecie la tormenta! —exclamó ella.

En Atlas, las huestes aqueas dejaban paso a la caballería de Mirina que, formada en dos largas columnas, se dirigía a galope hacia el largo puente que unía los tres anillos de la polis. Un recorrido que parecía abocado al fracaso, pues el enorme portón del segundo anillo impedía avanzar. Allí debía estrellarse aquel ataque que parecía no tener sentido alguno. Pero, ante la aterradora sorpresa de los defensores de la plaza, los portales se abrieron y la pasarela cayó sobre el puente de piedra, dejando despejada la entrada a la caballería invasora hasta el corazón de Atlas.

Los jinetes se introdujeron rápidamente haciendo suya la plazoleta defensiva de ambos anillos y sus pasarelas. Recorrieron las calles, dando muerte a sus defensores y abriendo el camino a los mercenarios y a los soldados aqueos que, sin piedad alguna, mataban y prendían. La lucha atlante ante el invasor fue cruenta, dura, desgarradora, heroica... Pero no había ninguna posibilidad de evitar morir ante la superioridad de aquel ejército.

Mirina entró acompañada de su guardia en la plaza donde se erigía la escultura de Pyrene. Allí se encontraban Deyarina y Esmirna, junto a los responsables de que se abriera el portón: los jóvenes herederos de las dinastías de Evemo, Mneseo y Diaprepes, traidores que esperaban recuperar sus tierras y poderes por gracia de Mirina y vengar su humillación con la llegada de una nueva era. Ése era su precio y ello les habían prometido por su traición mientras de placeres, oro y favores les habían colmado en el campamento de aqueos, mercenarios y mujeres guerreras.

Mirina se acercó a ellos, con cara de preocupación, resignada, y observándoles altivamente.

—¿Cómo voy a confiar en aquellos que han vendido a su propio pueblo? —les dijo levantándoles las capuchas con la punta de su espada y mirándoles a los ojos.

Con una mirada cómplice hacia Deyarina, lanzó sobre ellos a sus guerreras, que los lancearon sin piedad hasta agotar sus vidas. Sus cuerpos fueron colgados en la entrada del puente, dando un aspecto más dantesco, si cabe, a la destrucción que estaba asolando Atlas.

Las llamas habían hecho del primer cinturón de la polis un infierno y las casas que ardían junto a la vieja muralla la debilitaban aún más. Las brechas producidas en el puerto se agrandaban por momentos y el agua empezó a entrar con fuerza hasta que comenzaron a saltar grandes pedazos de piedra de la muralla, que todavía resistía la presión. Pero no sería por mucho tiempo, pues las gruesas maderas que frenaban la fuerza del mar ardían convirtiéndose en cenizas ante el fuego demoledor.

Tomada la ciudad, excepto la acrópolis, que se resistía con ferocidad en el último anillo de Atlas, Mirina ordenó una nueva formación de arqueras y la escena se volvió a repetir, esta vez sobre los templos de Poseidón y Clito. Las defensas eran duramente castigadas, los hombres se escondían tras una baja muralla de piedra para evitar ser atravesados por la nube de saetas que caía sobre ellos. Las llamas pronto se propagaron de casa en casa y los templos comenzaron a ser devorados por el fuego. El terror cundió entre la población que se refugiaba tras los lanceros del rey intentando huir de aquellos guerreros que solo buscaban muerte.

Andrea corría desesperada por el templo de Clito, sin saber donde ocultarse, con la pequeña en sus brazos, buscando una salida. Entonces halló a Epolis.

—¡Andrea! ¡Andrea! Acompañadme al panteón de Poseidón. Allí hallaremos un pasadizo que nos llevará más allá de la muralla, dejando atrás este infierno —le insistió Epolis, extendiéndole la mano.

Recorrieron la calle bajo la lluvia de flechas hasta llegar al templo. Les

acompañaron otras mujeres con sus hijos y algunos sacerdotes jóvenes. Dentro, vieron cómo el techo de gruesos troncos de robles y maderas nobles ardía y el oro caía derretido como lágrimas de fuego.

Un impacto sacudió a Andrea. Epolis la miró con amargura. Avanzaba gimiendo su pena, con una saeta hundida en la espalda, apretando sus dientes encharcados de sangre y abrazando fuertemente a la pequeña contra su pecho. La joven miró al anciano sabio, venció su miedo y dolor y le siguió de cerca, entrando en el templo, hasta una puerta oculta tras una falsa pared. De pronto, con un fuerte crujido, parte del techo se desplomó, aplastando a aquella pobre gente entre gritos, piedra y madera ardiente.

Más allá, un fuerte rugido resonó estruendoso desde el puerto. Los troncos de madera, quemados, crujieron hechos astillas y carbón. La muralla que contenía las fuerzas del mar había cedido y una enorme ola de veinte pies de altura avanzaba sin piedad hacia el interior engulléndolo todo. Mirina, sorprendida por aquella nueva, se alzó sobre sí misma en su caballo y, dando media vuelta, comenzó con la retirada del grueso de sus tropas. Huyó rápido de la avalancha de agua, barro y sangre que avanzaba violentamente derruyéndolo todo. Parte de sus guerreros quedaron aislados en el último anillo, hostigando sin piedad la acrópolis.

—¡Salid, salid todos! ¡A las partes altas, deprisa! —gritaba con fuerza a unos y otros.

Mirina galopó con sus guerreras atravesando el último puente que la alejaba del peligro y se volvió, para observar cómo parte de sus fuerzas eran vencidas y engullidas por la inesperada ola de muerte.

El mar entraba con fuerza en las casas y edificios, sacando a sus gentes por las ventanas y atravesando paredes. Convirtió las calles en furiosos torrentes llevándose consigo la violencia de la batalla, aplastando a los guerreros entre ellos y envolviéndolos en un cenagal de aguas bravas. Vencidos y vencedores, todos eran presa de aquella furia desatada que todo lo arrasaba. Más de un tercio de las huestes aqueas se vio sorprendida cruzando el puente, entre la muralla y el primer anillo, cayendo a los fosos, ahogándose arrastrados por la fuerza del agua y el peso del metal de sus corazas y petos.

La piedra arrancada para construir el muro, las casas y los altos templos había dejado muchos huecos subterráneos que el agua inundó con fuerza devorando la arena que los rellenaba, moviendo plataformas y desplazando la tierra. Atlas se desmoronaba sobre sí misma.

Tras unos momentos de confusión, Mirina se alejó hacia el norte con su guardia, formando su ejército en el valle que rodeaba la muralla, observando la lucha y viendo cómo Atlas era tragada por la fuerza del mar y devorada por el fuego. Organizó las columnas aqueas ante los muros y mandó a parte de sus mercenarios al saqueo de la ciudad y a reducir la resistencia que todavía mostraba la acrópolis. Nadie debía escapar, tenían que ser esclavos o muertos.

Los habitantes de Atlas emprendieron una desbandada de miles de vidas errantes que buscaban la salida de aquel infierno hacia tierra firme. Huían como podían de la tragedia para caer bajo las espadas aqueas o las flechas de las guerreras de Mirina. No había tregua para ellos. Era el fin. No sabían a dónde huir, ni cómo defenderse y muchos se arrodillaron y cerraron los ojos esperando resignados su cruel destino.

La ola de muerte, ya debilitada, se estrelló en el panteón de Poseidón tras recorrer violentamente gran parte de la polis y comenzó su retroceso arrastrando los cadáveres de los guerreros, muertos en combate o ahogados. Atlas se había convertido en una trampa mortal: la fuerza del agua arrastraba su suelo, las llamas consumían su techo y Mirina derramaba su sangre...

## CAPÍTULO 28 · LA ÚLTIMA BATALLA

Mirina se alzaba sobre su caballo. Junto a ella, Icario y Eolo, los generales aqueos observaban el signo de la batalla. El bravo mar les había golpeado con fuerza y Atlas se había convertido en un gran barrizal donde sus habitantes luchaban por sobrevivir sabiendo que no tenían salida alguna. Aunque muchos de sus soldados habían muerto, la victoria era cuestión de tiempo. Sus miradas cómplices estaban acompañadas de una gran sonrisa.

De pronto, una brutal lluvia de saetas impactó sobre las arqueras de Mirina y sus arcos dejaron de silbar. Un gran ejército en formación, cubiertos sus flancos por carros de guerra, rompía por ambos lados de su fuerza de ataque, creando confusión y caos en las tropas invasoras.

—Mi señora, nos atacan. ¡La retaguardia está siendo barrida por un ejército de caballería! —exclamó Deyarina, llegando hasta Mirina precipitadamente, con una saeta hundida en su costado.

—¡Hipólita! —exclamó Mirina, emocionada.

El ejército de la joven reina había llegado para defender Atlas y detener a Mirina, pero la traición y la corrupción habían impedido la resistencia de la polis hasta la llegada de la totalidad de sus tropas desde el campamento de Tarss. Hipólita defendía Atlas ante la sorpresa de Mirina y de los ciudadanos que tanto la temieron. Sabía que aquella mujer de larga melena roja deseaba algo más: la corona de Armonía, la espada de Ares y su sangre. Se erigía al frente de su ejército sobre Zaino, acompañada por Gadir, Mimi y Tarss.

Las gentes de Atlas exclamaron con alegría al verla. Una esperanza a la vida se abría y emprendieron la huida por el corredor que Tarss creó en el valle con la caballería. Había aplastado por sorpresa la retaguardia de las fuerzas aqueas en todo el flanco derecho de la ciudad.

—¡Por aquí! ¡Corred! ¡Por aquí! —gritaban los soldados de Hipólita, posicionados en línea desde la muralla hasta el bosque y alzando al aire teas vigorosas que alumbraban en el atardecer una pequeña senda de tableros.

Viendo aquella acción, el resto de las columnas aqueas emprendió un duro acoso sobre los atlantes que huían hacia la luz de las teas. Pero, al llegar a una depresión del valle, el suelo cedió a lo largo de miles de pies. Cientos de guerreros cayeron en los anchos canales, que habían sido camuflados con finas maderas cruzadas y con las altas hierbas del valle. La estructura de la trampa mortal, preparada por los hombres de Hipólita para disolver las poderosas formaciones militares, soportaba el paso de varios hombres en fuga, pero no el peso de las columnas aqueas. Aquellos largos fosos tenían apenas dos pies de profundidad, de ellos asomaban estacas afiladas como dagas y emanaban un fuerte olor a brea.

Los gritos de dolor se alzaron conforme caía la noche, pues las estacas destrozaban los pies y las piernas de los soldados. Muchos eran los que caían sobre otros, quedando sus cuerpos atravesados por la madera y embadurnados de brea. Los guerreros de Gadeira lanzaron rápidamente sus teas al interior del foso y aquellos hombres se convirtieron en gritos consumidos por las llamas. Los que lograron salir, impregnados de brea y fuego, se encontraron de pronto con las jabalinas y dardos de los arqueros de Mimi que surgieron del bosque. Los que retrocedían hacia la costa eran engullidos por la tierra pantanosa en aquel mortal cenagal de aguas salobres o bien eran destrozados por los carros de guerra de Hipólita. Pocos de los hijos de Atenea de aquellas columnas pudieron esquivar a la muerte.

Tras la muralla, otra certera lluvia de saetas se abatió sobre el puente que guardaba parte de la caballería de Mirina, cayendo al foso caballos y guerreras malheridas, sin escapatoria posible ante la fuerza del mar saliente. Fueron arrastradas por las aguas marinas, que seguían cubriendo parte de la ciudad y arrastrando los cuerpos de los muertos y de los vivos, que gritaban agonizando entre tragos de agua y barro.

Mirina frunció el ceño ante semejante contraofensiva. Pero no había usado en el ataque todos sus efectivos. Pronto se dejaría ver la magnitud de su fuerza al reorganizar de nuevo todo su ejército ante la muralla semiderruida de Atlas, sobre la siembra de los fértiles valles que rodeaban la polis para hacer frente a Hipólita. En aquel valle de muerte que se alzaba entre el bosque y la muralla, Mirina emprendió su ataque. Miles de guerreros salieron corriendo con sus armas hacia las columnas que comandaba Hipólita. Por el centro abrían la ofensiva al menos cuarenta carros de guerra con sus lanceros y el resto de las huestes aqueas se unieron en formación para dar batalla.

Hipólita preparó a sus arqueros.

—¡Mimi, a los caballos! ¡Apuntad a los caballos de los carros!

La mayoría de las bestias que tiraban de los carros de guerra cayeron muertas, volcando y creando confusión en el ataque de los aqueos, lo que rompió sus

formaciones. Siete lograron irrumpir entre las tropas de Hipólita, destrozando uno de sus costados.

Entonces, Mirina dirigió sus mercenarios por aquel mermado lado y, a su vez, mandó a la caballería por ambas alas de la formación de la joven reina. Por el centro, embistió el grueso de las fuerzas aqueas, tratando de envolverla y aislarla de las columnas de Mimi.

En el fragor de la batalla, con la mayoría de los carros de guerra destruidos, los mercenarios no eran gran obstáculo para la caballería de Hipólita, que destrozaba hombres y lanzas a su paso. Solo el brutal encuentro con el frente aqueo y las expertas guerreras de Mirina, a caballo, frenó su avance, haciéndole retroceder por momentos entre un brutal estallido de lanzas, bronce y cuerpos ensangrentados.

Mirina era incapaz de aislar a Hipólita del resto de la batalla, pues los arqueros de Mimi hacían gran mella entre sus guerreros, cubriendo el lado debilitado por los carros de guerra y dando una salida en combate a su reina, que avanzaba y retrocedía estratégicamente, evitando que sus columnas fueran envueltas por el ejército enemigo.

Gran parte de la desorganizada horda de guerreros orientales, que aterrorizó a los pobladores de Atlas, fue barrida por la caballería de Tarss, que seguía la lucha dentro de sus murallas, entre el barrizal. La fuerza del mar entrante había cesado, aunque seguía arrastrando todo aquello que cubría en su retroceso desde las partes más altas. Un dantesco espectáculo de barro y muerte se alzaba ante sus ojos y, viendo cómo muchos de los hombres de ojos rasgados dejaban la lucha para iniciar el saqueo de las joyas y riquezas dispersas entre las ruinas, insistió en recorrer los templos de la acrópolis para acabar con ellos y evitar el saqueo.

Al ver el repliegue en Atlas de gran parte de los invasores, empujados por la caballería de Tarss, el resto de los defensores de la acrópolis, que todavía no habían podido salir, aprovecharon para huir de la tierra que, hecha barro, se hundía bajo sus pies. Salieron rápido, combatiendo cuerpo a cuerpo con los guerreros de Mirina, que de fuego y muerte habían sembrado su hogar. Muchos lograron huir hacia Gadeira, llevando maltrechos a sus mujeres y niños, por aquel corredor de vida protegido por las tropas de Hipólita, por las columnas y por los arqueros de Mimi. Muchos otros quisieron luchar junto al ejército de la reina: allí mataban, allí morían.

La batalla duró dos días enteros, con sus noches de tensas treguas. Lucharon sobre las ruinas de Atlas y en el campo de batalla; con ataques, retiradas y horrores que se repetían en oleadas. Las tropas de Tarss tuvieron que salir para apoyar las ofensivas de Hipólita y Mimi, intentando resistir el envite de la gruesa columna aquea. La batalla se extendió por todo el valle y la polis fue quedando desierta, en manos de los saqueadores. El fuego se extendió y se hizo incontrolable en las zonas que no alcanzaba el mar. Las llamas que alumbraron la noche eran visibles a gran distancia.

Desde la piedra de granito en que un día brindaran su amor Hipólita y Évenor, Antíope observaba inquieta el cielo iluminado de Atlas. Temiendo por la vida de sus hermanas, agarró su lanza y empezó a correr hacia la batalla. Pronto se cruzó con un grupo numeroso de hombres salvajes que se dirigían a Atlas, comandados por el rey Azaes, que aun odiando la batalla y su horror, no pudo soportar por más tiempo su inquietud de luchar por los suyos.

En el campo de batalla, Mirina, guerrera veterana de mil batallas, miraba admirada la contundencia de la lucha de Hipólita. No salía de su asombro por el duro golpe recibido y la resistencia de la joven reina. Avanzó junto a su guardia personal hasta distinguir bien su figura. Nunca pensó enfrentarse a un ejército organizado y menos con caballería. Le resultaba inaudito, pues sus guerreras, los troyanos y los nómadas escitas de las lejanas regiones de Oriente habían sido siempre los únicos que habían sabido dominar a las bestias para la batalla, cabalgando con furia sobre ellas. Alzó las manos sobre su cabeza y, recogiendo hacia atrás su larga melena roja, se fijó detenidamente en ella. Sin duda había aprendido bien las artes de la guerra, pues no encontraba rival digno de su espada.

—¿Es aquella mujer Hipólita? —le preguntó Deyarina, con la mano posada sobre su herida.

Mirina echó su cuerpo hacia atrás, apoyando las manos en el lomo de su caballo.

—Ella es, no cabe duda —le contestó girándose—. Hija de mi hermana Armonía, sangre de mi sangre. ¿Cómo he podido cometer el estúpido error, sabiendo quien es, de subestimar a una hija de la luna?

Deyarina permaneció en silencio, sin atreverse a contestar. Mirina avanzó unos metros con su caballo.

—No tienes otro objetivo en la batalla que traerme su cabeza —le ordenó.

La capitana asintió y se dirigió hacia su guardia, apretando los dientes ante el dolor que le producía la saeta que ahondaba en su costado. Esmirna la siguió, pero Mirina la detuvo con un gesto de su brazo.

—No, tú no. Permanecerás a mi lado.

Esmirna se sintió humillada al ser apartada de la batalla. Apretando los labios observó con pena, temor y rabia cómo Deyarina se alejaba.

La superioridad numérica de las fuerzas invasoras reunidas se fue imponiendo sufridamente, a costa de la sangre aquea, conforme se alzaba el alba del tercer día de cruenta muerte. La destreza de los hijos de Atenea destruyó finalmente la fuerza de choque de Hipólita, pero sucumbió en el empeño. Habían logrado diezmar las columnas de Mimi. Tras colocar a sus arqueras en la retaguardia, Mirina castigó duramente la caballería de Tarss permitiendo llegar a sus valientes mujeres y los guerreros escitas hasta la joven reina.

Hipólita luchaba con la fuerza del león, la sabiduría del lobo y la agilidad de la pantera; mortal, a lomos de Zaino. En sus manos, la espada de Ares atravesaba escudos y petos, su filo cortaba carne, astillaba huesos y quebraba vidas sin resistencia, ante el asombro de propios y extraños. Era el alma de la batalla que mantenía la llama de la esperanza de Atlanta. Frente a ella, Deyarina, seguida de un grupo de siete poderosas guerreras avanzaba al galope, entre las destrozadas columnas defensivas, sin detenerse en lucha alguna, pues la cabeza de la reina era su único objetivo.

Mirina observaba preocupada. Aunque la batalla se había declinado a su suerte, estaba resultando mucho más cara de lo jamás esperado. Su propio ejército se encontraba seriamente mermado y con ello, a su regreso, posiblemente quedaría cuestionada su autoridad entre las hijas de la luna. Aquella joven reina tenía la culpa de que no estuviera ya en Gadeira celebrando su triunfo y preparándose para acabar con las columnas de Évenor.

Los generales aqueos ya no sonreían, sus formaciones marciales habían sido aniquiladas en gran parte, tragadas por la tierra y el mar, así como por la furia de aquellos soldados a los que nunca temieron.

En la cruel batalla, Gadir arrastraba su pierna herida mientras esquivaba los golpes de sus enemigos, acercándose hasta su reina, su amor, que, sin parar de luchar, le miraba a intervalos. Entonces arremetió Deyarina, seguida por las siete guerreras, contra los últimos hombres que la cubrían. Ni Tarss ni Mimi, que luchaban por sus vidas, pudieron hacer nada por socorrerla. El empuje de dos caballos en estampida y los guerreros embestidos por la furia de la lucha, hizo que Zaino cayera sobre su lado izquierdo. La joven reina rodó por el suelo. Sin soltar su espada, se levantó de inmediato.

Deyarina se volvió y, posando los ojos en ella, cargó con furia, alzando la afilada hoja de su espada. Hipólita la vio acercarse, corrió hacia su atacante y, apoyándose en un guerrero caído que intentaba levantarse, trepó sobre él y saltó, lanzando un tremendo golpe al aire con la espada de Ares. La capitana de Mirina cayó vencida al suelo, con su hoja partida en dos, el yelmo hundido y una profunda herida que atravesaba su faz, marcando su frente y mejilla.

Apenas había podido Hipólita fijar su vista en ella, cuando vio un soldado que la asaltaba. Cortó en dos el escudo del guerrero, abriendo su vientre, mientras observaba a la guardia de la capitana que avanzaba velozmente. Moviò la espada de lado a lado con una mano y alzó su daga con la otra. Buscó la mirada de Gadir en la batalla y le sonrió dulcemente como quien se despide sin deseo de marchar. En ese momento, una lanza atravesó el cuerpo de una de las guerreras, que cayó de su caballo perdiendo su espada y la vida, y una lluvia de venablos impactó en el resto. Hipólita giró su vista y vio a Antíope que se erigía sobre una roca, junto al rey Azaes y numerosos hombres salvajes, degollando a un guerrero y robándole su lanza, que agitó al aire mientras le sonreía.

Un gran estruendo empezó a resonar de forma continua, cada vez más fuerte, llamando la atención de todos. Era la marcha marcial de las columnas de guerra de Atlas. Por un momento, una tregua de unos segundos envolvió toda la batalla, pues invasores y defensores se volvieron para ver llegar las aguerridas huestes al mando de Évenor.

Hipólita alzó su rostro teñido de sangre, bajó su espada y avanzó hacia delante un paso, dos...; volviendo levemente la cara, entreabriendo la boca, clavando su mirada sobre la loma del norte, en la que se alzaba aquella vieja encina. Évenor apareció con un estandarte en forma de águila imperial que hundió en la tierra y, entre miles de guerreros, cruzó su mirada con la de ella de inmediato. Su corazón se aceleró. Con un altivo gesto cómplice y un leve movimiento de cabeza, se saludaron.

Casi irreconocible para Hipólita con aquella melena y su rasa barba, su aspecto de hombre salvaje con la espada tendida al aire y la corona de Atlanta sobre su cabeza; Évenor cabalgaba al frente, presto para la lucha. Junto a él trotaban Cronos y Menalipa.

Su entrada en combate cambió el curso de la batalla, rompiendo por el centro el cerco que sometía a las tropas de Hipólita. Mirina alteró su rostro, alzando el entrecejo y resoplando al aire.

—Marchemos de aquí. La batalla está perdida aun habiendo arrasado Atlas. Hemos perdido nuestras fuerzas. No debemos confiar en una asesina de hombres. Nos embaucó —aseguró Icarío, el general aqueo.

Mirina alzó su labrys y le partió el pecho.

Eolo la miró aterrorizado y levantó su espada contra ella, que paró su golpe y le desarmó con facilidad. El general comenzó la huida a galope mientras Mirina le observaba.

—¡Mátalo! —le ordenó a su hija, que permanecía en silencio a su lado.

Esmirna tomó su arco, una saeta, lo tensó y liberó la muerte cierta, que salió buscando y hallando.

Mirina, con un marcado rostro serio, se puso el yelmo, alzó su labrys y se dirigió hacia la batalla seguida de su hija, del resto de su guardia y de su ejército.

Évenor entró con fuerza con sus columnas, llegando cerca de Hipólita, que luchaba sin descanso, junto a sus hombres, contra los guerreros aqueos. Durante un segundo ambos se miraron. Había pasado tanto tiempo que se recrearon por unos segundos, observándose altivos.

Ese instante, ese segundo mágico, fue un descuido fatal. El filo cortante del labrys de Mirina surcó el aire hacia la espalda de Hipólita que, girándose, vio cómo la muerte la alcanzaba. La rápida intervención de Gadir frenó el mortal golpe despojando a Mirina de la temible arma conforme se quebraba su espada.

Mirina descabalgó, le miró y, sin mostrar ninguna emoción en su rostro, desenvainó la espada con un rápido movimiento y de un golpe le hirió en el pecho.

—Hipólita... —susurró Gadir en su caída.

La joven reina miró fijamente a Gadir y luego a Mirina. Su corazón se aceleró y su mente se nubló. La sangre parecía hervir en sus venas y la ira se apoderó de su cuerpo. Se acercó a ella templando la espada y de sus ojos empezaron a brotar lágrimas de dolor viendo a su joven comandante malherido, sangrando en el suelo.

—¡Tú tienes algo que me pertenece! —exclamó Mirina lanzando un fuerte golpe sobre ella.

Hipólita lo rechazó sin apartar su mirada y sin decirle palabra alguna.

Évenor trataba de acercarse. Pero ante su desesperación, el fragor de la batalla lo alejaba del lugar. La guardia de Mirina le rodeó y sus propios hombres le cercaron para ayudarle en la cruel lucha y defender su vida. Mientras, las tropas de Cronos habían logrado mermar con eficacia a los guerreros escitas al tiempo que los hombres salvajes de Azaes se abalanzaban sobre los caballos, matando a golpes a las bravas guerreras.

Menalipa, cubierta por Sarko, corría cruzando el cenagal de barro y sangre en que se había convertido la hermosa tierra de Atlas. Intentaba encontrar al sabio Epolis y salvar lo que pudiera del legado de su madre.

El templo de Clito ardía de forma incontrolada. Las llamas devoraban la ciencia, el arte y el saber acumulado durante cientos de años. Nada halló allí, sino muerte. Cruzó hasta las ruinas en que se había transformado el panteón de Poseidón y vio cómo el cadáver de Epolis era arrastrado por las aguas. Algo más arriba, cubierta de piedra y polvo, sentada y doblegada en la entrada de un oculto pasadizo derruido, se hallaba Andrea, agonizando bajo grandes bloques de piedra que amenazaban con aplastarla. En sus brazos, una niña yacía con la cabeza pegada a su pecho.

—¡Andrea!

—Ah, Menalipa... Tienes que salvarla... ¡Es la hija de Évenor!

Menalipa, sin dar crédito a lo que oía, tomó a la niña en brazos. Entonces la pequeña comenzó a chillar, señalando con su mano detrás de ella. Uno de los guerreros de ojos rasgados se hallaba cerca, llenando su zurrón con el oro del templo. Al verlas se lanzó con la espada en alto sobre Menalipa que, con la pequeña en brazos, no podía defenderse.

Una lanza surcó el aire atravesando el pecho del guerrero y partiendo su corazón. Menalipa se giró. Encima de una pared semiderruida se hallaba Sarko.

—Dame la mano. ¡Tenemos que salir de aquí o moriremos!

Sarko agarró a la pequeña y, tras ayudar a Menalipa, que con gran esfuerzo liberó a Andrea y la cargó sobre los hombros, se paró un momento y observó la destrucción que lo envolvía todo. Unas lágrimas brotaron de sus curtidos ojos mientras fijaba su vista allí donde antes se encontrara aquel barrio alegre, hogar de Mariska; ahora devorado por el fuego y tragado por las aguas marinas. Después miró a Menalipa, la cual, viendo la angustia reflejada en sus ojos, comprendió su pena, y siguieron avanzando por las inseguras paredes del templo.

Salieron de los restos de la polis trepando por las ruinas y esquivando a los saqueadores que hallaban mientras Atlas se hundía bajo sus pies. Menalipa miraba a la niña que no apartaba la vista de ella, abrazándola fuerte, mientras huían del horror.

No muy lejos de allí, dos espadas en lucha iluminaban la noche con su choque, desprendiendo de su roce ardientes chispas de odio. Dos reinas luchaban sin tregua en una batalla que buscaba su fin, estudiándose, buscando alguna debilidad en su adversaria. Golpe tras golpe, las dos mujeres se observaban sin hablar. Nada había que decir. Matar o morir. Mirina, reina de Tríbada e Hipólita, la joven heredera de las hijas de la luna, reina de Gadeira, se batían en un duelo a muerte. La lucha fue intensa. La suerte y dominio de ambas con sus armas mantuvo el combate igualado hasta que la determinación de Hipólita, apoyada por el temple de aquella espada, hizo retroceder a Mirina, hiriéndola en el brazo. Esta se cubrió la herida con la mano, descansando un momento mientras observaba cómo aquella joven, hija de su hermana Armonía, se mantenía jadeando con fuerza, agotada. Pero firme ante ella, con la espada de Ares en alto y los ojos henchidos de furia.

Por un segundo, Hipólita buscó con la mirada a Gadir. Fue en vano. Mirina saltó sobre ella tensando el brazo con su espada, cortando el aire. Pero la joven reina, ladeando su cuerpo hacia atrás y lanzando un seco golpe con la espada de Ares, quebró la hoja de Mirina. La cual, desarmada, miró a su alrededor. Ya no eran miles de hombres los que por ella luchaban en la contienda; ni tan siquiera cientos. Agotados y destrozados, muchos guerreros y guerreras seguían matando, pero no veían victoria ni salida alguna en la batalla. Muchos más, vencidos o agotados, huían de la matanza o, simplemente, se alejaban del lugar llorando, gimiendo, como si la lucha ya no fuera con ellos. Mirina había arrasado Atlas. Pero no había recompensa. La empresa había sido un tremendo fracaso y miró con odio a la responsable, que se hallaba frente a ella.

Una saeta se clavó en la espalda de Hipólita, que alzó su vista al cielo y clavó su espada en tierra para no caer. Deyarina cayó sin fuerzas tras ella, soltando el arco, mientras sus heridas sangraban. Mirina se lanzó sobre la joven reina y, sacando una daga oculta en su cinto, le partió el peto y la hundió en su costado.

Hipólita cayó de rodillas, malherida y con la cabeza agachada. Agotada, su corona de oro se deslizó de su cabeza y rodó por el encenagado suelo. Mirina recogió su labrys y se acercó de nuevo hacia Hipólita.

Évenor observó la escena desde la distancia. Corrió hacia Hipólita gritando de rabia. Un destello cortó su pecho y se desplomó en el barrizal, boca abajo y sin poder moverse, preso de la muerte. Cronos saltó en su ayuda, cortando el brazo armado y segando el cuello de la guerrera que había malherido a Évenor. En ese momento, el choque brutal de dos lanzas crujió el torso de Cronos. Atravesándole con sus largas puntas, Esmirna y una guerrera de la guardia le alzaron al aire desde sus caballos hasta que las maderas de las lanzas se partieron y cayó al suelo. Todavía consiguió

levantarse, tratando de recoger su espada. Pero no pudo. Un estertor recorrió todo su cuerpo, paralizándolo. Miró las puntas de bronce que salían ensangrentadas de su pecho, cerró los ojos y tiró de ellas hacia fuera. Las sacó de su cuerpo y las lanzó con furia al barro. Apenas podía moverse y su cuerpo temblaba. El frío metal de Esmirna le cortó la cabeza y acabó con su agonía.

Antíope y Menalipa se giraron desde diferentes lugares al escuchar los gritos de Évenor y cruzaron su mirada con Hipólita que, de rodillas en el suelo, las miró amargamente mientras le brotaban lágrimas de pena y dolor. Menalipa dejó a la pequeña junto a Sarko, que intentaba reanimar desesperadamente a Andrea, y salió en busca de su hermana. Antíope, con un brutal golpe, se deshizo de sus enemigos y se dirigió hacia Hipólita a la carrera.

Sin piedad alguna, Mirina bajó con fuerza su mortal arma. Sacando fuerzas de flaqueza, volviéndose bruscamente, Hipólita se alzó y, lanzando un grito desesperado, cruzó la espada de Ares ante ella. El labrys de Mirina se partió por el choque, en tres pedazos que salieron despedidos al aire. La joven guerrera, reina de Gadeira, giró de nuevo su cuerpo y, extendiendo firmemente su brazo, hundió su espada en el pecho de Mirina, rompiendo su peto y alzándola dos palmos del suelo antes de caer derrumbada.

Después, balanceándose hacia atrás, Hipólita sacó la espada del cuerpo sin vida de Mirina y la hundió en la tierra mojada de sangre. Acto seguido se sentó, sujetándose con una mano a la empuñadura de su propia arma para no caer vencida. Con la respiración entrecortada y sangrando abundantemente por sus heridas, comenzó a mirar a un lado y a otro, a gritar y llorar. Solo veía muerte, horror y más muerte.

Cuando la batalla parecía haber llegado a su fin, del bosque cercano surgieron, en formación, un millar de guerreras a caballo, hijas de la luna que cabalgaban al galope. Los hombres de Atlanta miraron con rabia y resignación su llegada y alzaron de nuevo sus espadas, preparándose para continuar con la batalla. Menalipa y Antíope corrían hacia Hipólita y gritaban desesperadamente por su hermana que, asida a su espada, se negaba a caer.

Sin embargo, con la llegada de las guerreras y ante el asombro de todos, la lucha terminó definitivamente. Al paso tranquilo de la caballería, la mayoría de los mercenarios guardaban sus armas, se retiraban, marchaban; mientras otros atendían a sus heridos. Las valientes guerreras de Mirina, agotadas, enfundaban sus armas y miraban con cierta alegría a las que acababan de llegar. Era el fin de la carnicería.

Deyarina, caída malherida alzó levemente la cabeza, fijó su vista en Hipólita, y cerró los ojos ante la derrota de la ambición. Esmirna corrió hasta ella y la abrazó llorando su pena.

La caballería pasó lentamente por aquel valle de cadáveres y lamentos, observando los espantosos restos de una guerra. Los escitas y mercenarios que acompañaron a Mirina emprendían la retirada, alejándose del lugar. Las guerreras allí quedaron,

velando a sus heridas. De las huestes aqueas no salvó la vida ni un solo hombre. Buscando gloria, venganza y oro, solo hallaron muerte.

Cuando llegaron cerca de Hipólita, su comandante, la reina Ainia, la Loba de las estepas, alzó la mano y las guerreras descabalaron y comenzaron a atender a las que se encontraban tendidas en el campo de batalla.

Tan solo una mujer siguió su camino, la mismísima Artemisa que avanzó hasta llegar a la altura de Hipólita y del cadáver de Mirina. Descabalgó y, por unos momentos, observó el lugar con detenimiento y una amarga expresión. Se agachó sobre el cuerpo de Mirina, ignorando a Hipólita; le dio un largo beso en sus labios sin vida y la miró con tristeza. Muerta, nada podía ya hacer por ella. Tras cerrarle los ojos, tomó los restos del labrys y los depositó entre sus brazos.

Un grupo de guerreras, guiadas por Ainia, recogió el cadáver de Mirina mientras Artemisa se giraba para observar a Hipólita, que permanecía agarrada a su espada, entre sudores y escalofríos, viendo cómo se le escapaba la vida mientras luchaba por contener sus lágrimas. Entonces llegaron al lugar Menalipa, Antíope y Tarss.

—¡No le hagas mal alguno! —exclamó Menalipa abrazando a su hermana y sacando una daga.

Antíope blandió amenazante su ensangrentada lanza.

Artemisa las ignoró y se acercó a Hipólita. Menalipa avanzó hacia ella alzando su daga. La gran cazadora se volvió de forma airada y, mirando fijamente a la joven, paralizó su ímpetu con tan solo extender el brazo y mirarla a los ojos. Antíope le asestó un duro golpe. Pero Artemisa lo esquivó hábilmente, sin apenas desplazar su cuerpo, y le contestó con un revés que la desplazó doce pies.

Ainia, desde su caballo, observaba muy seria la escena, con sus brazos cruzados sobre la montura, sin hacer nada por Artemisa ni por los demás, a la vez que buscaba en vano la mirada furtiva de Évenor.

Artemisa respiró profundo y avanzó aún más hacia Hipólita. Antíope se lanzó sobre ella de nuevo. Menalipa estiró su brazo con la mano abierta a su hermana, indicándole que se calmara. Nadie más avanzó hacia la divina, que con ojos tristes se volvía de nuevo posando la mirada sobre Hipólita. Sentándose junto a ella, la acarició el cabello, su cara y la miró a los ojos.

—Qué hermosa eres. Y qué valiente. Tienes el carácter y la fuerza de tu padre y la sabiduría y la belleza de tu madre. Serás una buena reina, espero que un día puedas perdonar todo el mal que hice —le susurró.

Ainia había emprendido un peregrinar entre los cadáveres que yacían en el ensangrentado barrizal. Sria, la valiente guerrera, sabiendo a quien buscaba, la guió. Saltó de su caballo con el mentón tembloroso y, agarrándole de los hombros, giró su cuerpo.

—Mi amada Ainia, lo siento, esta vez no llegaste a tiempo —le susurró Évenor, agonizando.

La hermosa guerrera le miró mordiéndose su labio inferior con rabia. La herida era mortal y lo sabía.

—Ya ves, mi amada. De nada vale la razón. Pretendía crear un reino justo, dar sentido a todo y, sin embargo, nada quedará de mí, ni de mis sueños —aseguró Évenor.

Ainia se le acercó y le besó con dulzura.

—El mundo cambiará —dijo con ojos nublados, conforme una lágrima caía sobre la cara de Évenor—. Se alzaré un reino justo y todo tendrá sentido. Marcha con orgullo y fe en el futuro, pues en mi corazón siempre te guardaré y en mi vientre germina tu semilla.

Évenor la miró, alzó su mano temblorosa, le acarició el rostro y le sonrió.

—Mi amor... —susurró Évenor y la besó conforme la muerte se lo llevó.

La loba de las estepas posó su frente en la de Évenor. Suspiró fuerte tragando su pena. Sacó su daga y le cortó un largo mechón del cabello, para guardarlo en su peto, cerca de su corazón. Le besó los labios, secó sus lágrimas y se levantó alejándose del lugar mientras Sria y dos de sus guerreras cargaban el cuerpo sin vida de Évenor a lomos de un caballo.

Mientras, ante la vigilante mirada de Antíoque, Menalipa y Tarss; Artemisa miró con preocupación la sangre que brotaba del costado de Hipólita y colocó con ternura la mano sobre la herida. Sacó de su bolsa una tela áspera de hierbas que embadurnó de abundante grasa azul y pasta de regaliz, posándola en la herida. La apretó fuertemente hasta que dejó de sangrar y la cubrió con sus velos. Luego, observó detenidamente la saeta que atravesaba su cuerpo y comenzó a sacarla suavemente hacia delante. Cortó su punta y la deslizó de nuevo hacia atrás escuchando los gritos de dolor de Hipólita. Tapó la entrada y la salida de la saeta con abundante grasa y puso sobre ella una notable cantidad de aquella tela de hierbas. Después, rasgando otro de los velos que cubrían su cuerpo, vendó la herida.

Artemisa tomó aire y levantó el rostro confuso y agónico de Hipólita, que la miraba desconcertada sin saber quien era, ni qué le hacía aquella mujer que, repentinamente, la besó dulcemente en los labios con gran intensidad, ante el asombro de todos: un beso de vida de una diosa.

La joven reina se sintió renacer por un momento, cuando un desconocido calor inundó todo su cuerpo, colmándolo de vida. Su corazón empezó a latir con fuerza conforme la gran cazadora perdía, en gran parte, el hálito vital de su propia existencia. Artemisa se levantó de pronto, suspirando agotada. Acarició el rostro de Hipólita y, sin más, marchó en silencio, sola, con el caballo que cargaba el cadáver de Mirina.

Ainia llegó junto a Hipólita y se acercó a Menalipa y Antíoque, con un nudo en la garganta.

—Tú debes ser Menalipa, la menor..., y tú Antíoque. Soy Ainia. En mí tenéis a una leal amiga y en ellas, a vuestras hermanas —dijo señalando la caballería de valientes

guerreras. Después se dirigió hacia la corona de oro que permanecía en el suelo y, limpiando el barro y la sangre que la manchaban, se acercó a Hipólita y la puso en su cabeza, acariciando sus cabellos.

Hipólita, apenas consciente, sonrió al verla.

—¡Ainia, amiga mía! —exclamó con un tono apenas audible, conforme le vencía el peso de los párpados.

—Todo acabó, mi querida amiga —le susurró Ainia, coronándola mientras dos lágrimas rompían en sus hermosos ojos negros.

Ante ellas pasó el caballo con el cuerpo de Évenor y el silencio se hizo infinito. Menalipa se sintió embargada por la tristeza y vio en el rostro de Ainia la pena que arrastraba. Entonces se percató de que no veía a su amado por ningún lado.

—¡Cronos! —gritó, y comenzó a andar de lado a lado sin hallar.

Ainia, la rubia guerrera, negó con la cabeza agachada, con la expresión de la muerte en su cara y lágrimas en sus ojos.

—¡Nooooo! —exclamó Menalipa, que salió corriendo en su búsqueda, en dirección al lugar donde le había visto por última vez luchando bravamente. En su camino tropezó con Sarko, que la sujetó fuertemente de los brazos. Más allá, sus hombres recogían los restos de Cronos. Menalipa le miró a los ojos y Sarko agachó la cabeza y la abrazó con firmeza. La joven gritó de impotencia y rabia, y le mordió fuertemente en el hombro hasta hacerle sangrar. Él apretó los dientes aguantando el dolor y le posó su mano sobre la cabeza, acariciándola, intentando consolar lo imposible.

Tarss se acercó, se agachó junto a Hipólita y miró a Ainia, mientras Hipólita deliraba entre sollozos.

—¿Gadir? ¿Dónde está mi general? —preguntó una y otra vez.

—¡Hipólita!

Ayudado por Mimi, Gadir llegaba a su lado. Con el pecho herido, se agachó junto a ella, quedando frente contra frente, acariciándole su hermoso rostro bañado en sangre. Pero Hipólita hacía tiempo que ya no oía y, al fin, soltó la empuñadura de la espada y cayó inconsciente.

La oscuridad de la noche lo envolvió todo y una fina lluvia comenzó a salpicar las ruinas de la gran ciudad que seguía siendo devorada por el fuego y el mar. Gadir, aun herido, alzó entre sus fuertes brazos a Hipólita y marchó por las sendas de Gadeira. Antíope les seguía con la mirada fija en su hermana y llevando de la mano a la pequeña niña. Menalipa lloraba abrazada a Sarko, quien trataba de consolar su pena acompañándola en su camino, con Andrea a hombros.

Sin que nadie supiese su destino, Ainia marchó con el cadáver de Évenor, para darle una sepultura digna de un rey. Sus guerreras atendieron a los heridos sin distinción alguna y expulsaron a los saqueadores de las ruinas de Atlas. Esmirna se

esforzaba en reanimar con esperanza a una agónica Deyarina. En el campo de batalla todos, hombres y mujeres, colaboraron consolando las penas de tantos y, finalmente, marcharon juntos a Gadeira, a llorar a sus muertos.

Aquel valle fértil convertido en sangriento barrizal quedó abandonado. Miles de cuerpos mutilados y sus armas quedaban como testigos mudos del horror de la guerra, de la oscura traición, la fría venganza y la ambición desmedida; del fin de una cultura de paz y sabiduría.

Las criaturas del bosque, excitadas y hambrientas, empezaron a deambular entre los restos humanos. Un rayo cruzó el cielo y comenzó a arremeter con furia una tormenta sin igual. El viento empezó a soplar con rachas huracanadas y las embravecidas olas golpearon con dureza la costa durante toda la noche, tragándose los restos de la muralla, las ruinas de Atlas y la miseria de la guerra.

Desde la torre de Gadeira, la niña de rosados mofletes miraba atenta los relámpagos y se estremecía con cada trueno, mientras gruesas lágrimas poblaban sus grandes ojos castaños.

Andrea entró en la estancia con su brazo vendado y la cara magullada por las heridas.

—No llores más, pequeña. Mañana saldrá de nuevo el sol, un nuevo día y podremos volar, mi querida... ¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—Mis padres me llamaban Esperanza. Évenor, mi pequeña —aseguró con voz temblorosa.

—¡Mi pequeña Esperanza! ¡Mi gran Esperanza! —exclamó Andrea, limpiando el rostro de la pequeña.

Lejos de allí, Artemisa se había internado en el Bosque Maldito hasta llegar bajo el viejo roble donde descansaba Armonía. En otro tiempo fueron grandes amigas y se brindaron su amor. Un hombre las separó y sus propios celos acabaron con Armonía y con el buen juicio de Mirina; y se lamentaba tanto por ello...

La gran cazadora enterró a Mirina al lado de Armonía. Cuando lanzó el último puñado de tierra, amanecía y la lluvia seguía cayendo. Se alejó del lugar dando una última mirada al viejo roble que guardaba las tumbas de las dos hermanas, dos reinas hijas de la luna.

—No se puede abonar la ambición y el odio y esperar lealtad y amor. Es imposible —susurró Artemisa conforme se alejaba al trote, por las sendas del bosque. Su rostro mojado por el agua mostraba indiferencia por todo.

Un poderoso rugido heló su sangre. El caballo se alzó sobre sus cuartos traseros y cayó al suelo. Frente a Artemisa apareció el temible dientes de sable, que fijó su mirada felina en la divina cazadora.

—¡Ares! —exclamó y cerró los ojos con resignación, conforme la bestia saltaba sobre ella estirando sus garras y abriendo sus mortales fauces.



## CAPÍTULO 29 · AQUELLA EXTRAÑA MUJER

Una inmensa luna iluminaba Valencia. Las grandes avenidas se dejaban relajar del constante tráfico del día, del trasiego acelerado de hombres y mujeres. Las palomas ya no revoloteaban sobre las torres ni en las estatuas de mil y una gesta del medievo. El claxon y las sirenas dejaban paso a un precario silencio tan solo roto por el paso de una moto o un vehículo a gran velocidad. Una bandada de gaviotas sobrevolaba la ciudad, regresando hacia la costa, donde el mar acariciaba las playas y los pescadores lanzaban sus anzuelos desde salientes bloques de piedra.

En el hospital La Fe, la tenue luz que iluminaba la ventana de una de sus habitaciones atraía algunas polillas que revoloteaban a su alrededor, cerca de una farola donde el rápido paso de los murciélagos era descubierta por sus agudos chillidos. Sentada en la estrecha cama, en la que permanecía ingresada desde hacia dos semanas, María observaba como esos diminutos insectos tropezaban una y otra vez contra el cristal. Miró a su querida nieta, que permanecía junto a ella, acariciando la suave piel de sus mejillas con una sonrisa triste.

Con el pecho inclinado hacia delante y el suero alimentando su brazo, María pasó las manos hacia atrás por sus largos cabellos blancos, recogiendo el pelo, agachando la cabeza, y lanzó un suspiro entrecortado.

—¿No estás cansada? —le preguntó Virginia.

—¿Y tú?

—¡No!

—Yo sí... La vida puede llegar a ser tan larga y decirte tan poco —susurró María alzando la cabeza y fijando los ojos en un pequeño pececillo de plata que recorría la porosa pared blanca.

—Descanse, abuela. Continuaremos mañana. Es muy tarde —apuntó Virginia sonriendo, mirándola pensativa ante aquel fantástico relato que acababa de escuchar.

María la observó y tosió con fuerza.

—No. Mi vida es corta y tengo tanto que decirte... Ya tendré tiempo sobrado para descansar.

Se repuso sobre su lecho y llenó un vaso con el agua de una botella casi vacía. Un largo trago calmó la sed y aclaró su voz.

—Hace mucho que aconteció esta historia. Nada quedó de aquella ciudad que alzó Poseidón. Las hijas de la luna y los aqueos la arrasaron por completo y la furia del mar se la tragó. El rey Azaes regresó a las tierras de hombres salvajes, donde le esperaban Luna Roja y sus hijas; apartándose de guerras y ambiciones. Antiope, acompañada de Therio, la bestia, volvió al Bosque Maldito. Allí se sentía viva, alejada de todo y de todos. Menalipa cabalgó, junto a Ainia, Andrea, la pequeña Esperanza y aquellas guerreras, hacia Oriente, donde fue coronada reina.

Haciendo un alto, María miró a su nieta que permanecía atenta y continuó.

—A su paso por el valle fértil que un día rodeó Atlas, convertido en campo de batalla, aquella pequeña miró la loma y señaló el estandarte de Évenor, culminado por un águila imperial, que allí permanecía, clavado en el suelo con su larga vara de roble. Ainia lo recogió en su camino, haciéndolo suyo sin detener su trote ni volver la cabeza. Muchos dejaron atrás la tierra que los devoró y otros se quedaron en la Península, comenzando de nuevo. Atlanta fue Gadeira y Gadeira fue Gadir.

María quedó callada, tras un gemido de dolor, como dormida. Su respiración se tornó muy lenta y miró a los ojos de su joven nieta, que le sonreía entre lágrimas, consciente de que su abuela moría.

—Tengo frío, hija mía... Debes tener cuidado —le susurró mientras luchaba por permanecer despierta.

Virginia la arropó con delicadeza sin entender aquellas palabras, observando los extraños tatuajes que cubrían los brazos de la anciana. La cual giró la cabeza lentamente, dejándose vencer por el cansancio que dominaba su ser, viendo como aquel pececillo de plata bajaba rápido por la pared, ocultándose en la oscuridad tras la mesita que acompañaba la cama.

Entonces, la puerta de la habitación se abrió lentamente.

—Perdone señorita, pero su abuela tiene que descansar. No debería estar despierta a estas horas. Está muy débil —le sugirió con firmeza la enfermera. La cual entró y, acercándose para comprobar la bolsa de suero de María, inyectó en el goteo un antibiótico mezclado con calmantes.

—Voy a salir un momento al hotel. Me vendrá bien una ducha y un café. Usted, abuela, descanse... Mañana continuaremos.

—Sí, hija mía, mañana —murmuró la anciana.

—Descanse —insistió Virginia, besándola en la frente, mientras la enfermera le acomodaba la almohada.

—Vaya a comer algo y descanse usted también —un poco. Yo me quedaré cuidando de ella —dijo la enfermera amablemente.

Virginia recogió el teléfono móvil, el libro que no había leído y su bolso.

—Ahora vuelvo... ¡No te vayas! —bromeó con cierta ironía, tratando de arrancarle una sonrisa a su abuela.

—Espera, no te marches todavía —contestó María, alzando la voz.

Acto seguido se incorporó, sentándose en la cama entre leves jadeos de dolor. Se quitó lentamente el collar de su cuello y se lo ofreció a su nieta.

—Ten. Es tuyo, hija mía.

Virginia se acercó de nuevo a su anciana abuela, tomó de su mano el collar y lo miró sorprendida. Se trataba de una fina hebra de puro oro que sujetaba una medalla en forma de luna, tan detalladamente labrada, que en una cara se podían observar perfectamente los cráteres de la superficie lunar y, en su envés, unos indescifrables signos y lo que parecía ser un escudo de armas realzado con la figura de una mujer con el arco tensado, ajustado a la forma de media luna.

—Deja que te lo ponga. Ahora es tuyo... Eres presa de tu destino, es mejor aceptarlo —apuntó María, sonriendo con una mueca de complicidad mientras su nieta se sentaba junto a ella y agachaba la cabeza.

—¿Mi destino? —preguntó observando la medalla.

—Así es, mi pequeña. Que ella te guíe en tu camino, que no será fácil pues eres quien eres y un día deberás afrontarlo —le contestó conforme se perdía su voz y sus ojos se cerraban.

—Gracias, es muy bonita...

Virginia se levantó y, despidiéndose, abrió la puerta de la habitación. De pronto se detuvo, pensó en las palabras de María y puso la mano en la medalla, que pareció por un momento arder entre sus dedos mientras un destello la recorrió. Entonces miró a su abuela, que le sonreía con los ojos cerrados.

—¿Hipólita sobrevivió? —le preguntó.

—Hija mía, ¡eres sangre de su sangre!

La joven agente alzó una ceja mientras mordía su labio inferior, asintió y cerró de nuevo la puerta de la habitación. Sin saber por qué, se sintió muy bien. Bajó las escaleras, pensando en el increíble relato de su abuela.

En ese momento, una joven celadora pelirroja pasó junto a ella. Sus miradas se cruzaron y se sintió extrañamente atraída por aquellos ojos tan hermosos y esos labios sensuales que parecían hablarle. La joven agente se paró en el recodo de las escaleras, volvió la cabeza y observó las botas altas, negras, que destacaban bajo la bata blanca de la celadora.

—Disculpe, por favor, ¿me permite pasar? Gracias —la apremió una enfermera, distrayéndola de sus pensamientos.

Virginia se apartó y perdió de vista a aquella extraña mujer. Sin darle más importancia siguió su camino y llegó hasta la recepción. Salió fuera buscando un taxi y, alzando la mano, hizo que uno frenara en seco frente a ella. Entró dentro, sonriendo al ver los pequeños agujeros en la tapicería.

—¿A dónde la llevo, señorita? —le preguntó amablemente el taxista mientras ella cerraba la puerta.

Un grupo de cuatro enfermeras pasaron riendo en ese momento, y entraron en el hospital. Sus zapatillas y sus medias blancas y el pelo recogido trajeron a su mente a la atractiva celadora de negras botas altas y larga melena roja. Un amargo presentimiento la asaltó.

—¡Espéreme un momento! ¡Ahora mismo regreso! —exclamó.

—¡Pero...! —protestó el taxista.

Virginia saltó del taxi y entró de nuevo en el edificio. Subió apresuradamente las escaleras y se dirigió con prisa hacia la habitación de su abuela. Los pasillos estaban vacíos y un silencio cautivador envolvía el edificio apenas unas horas antes de que saliera el sol.

Sonó un disparo en el piso superior, estremeciendo al personal del hospital y sobresaltando a los enfermos. Virginia miró hacia arriba y aceleró su paso hasta llegar a la puerta de la habitación de María. Estaba cerrada. Al fondo, aquella extraña mujer desaparecía por el largo pasillo; no sin antes girar la cabeza y clavar su mirada azul en los ojos de la joven agente.

De un fuerte empujón, cargando con el hombro, trató de entrar. Una gran explosión hizo temblar los cimientos del edificio, lanzando a la joven y la puerta veinte metros hacia atrás. Tras golpearse violentamente contra la pared, quedó tendida bajo la puerta, entre una nube de humo negro y cristales rotos.

Instantes después, cubierta de polvo y pequeñas heridas, se quitó la puerta de encima, se levantó rápidamente y corrió de nuevo hacia la habitación de María. Los enfermos salían de sus habitaciones, impresionados, con curiosidad y miedo. Algunos corrían despavoridos hacia ningún lado y todos querían saber qué había pasado.

—¡Dios Santo! ¿Qué ha sido eso?

—¡Una bomba! ¡Una bomba!

—¿Habrà sido el gas? ¡Yo oí antes de la explosión como un petardo! —aseguró un joven enfermo, que con la mano en el abdomen asomaba su cabeza por el pasillo.

—¡Eso fue un tiro! ¡Es un atentado! ¡Salgamos de aquí! Tal vez haya otra bomba —respondió un anciano que se apresuraba por el pasillo, dando saltos con su muleta.

Las sirenas de la policía y los bomberos empezaron a escucharse entre gritos y llantos de ansiedad. Los enfermos del hospital comenzaron a ser evacuados, mientras el personal calmaba los ánimos de los más nerviosos.

Virginia entró en la habitación, deteniéndose de golpe en la entrada, sujetándose con una mano al marco destrozado. María estaba sentada en la cama entre una débil neblina de humo, con su cabeza ladeada, su cuerpo rasgado por las abundantes heridas que le había provocado la explosión y un impacto de bala en el vientre. El mentón le temblaba y sus ojos buscaban la mirada descompuesta de su nieta.

En el suelo, a sus pies, se hallaba un celador, con el cuello roto, y la amable enfermera yacía inconsciente en un rincón, con una herida sangrante en la cabeza.

—Hija mía, Diana te espera. Vuela mis cenizas en la fortaleza de Tanais y corre con ella... Pronto vendrán a coronarte o a matarte. Eres presa del destino —susurró María sin poder apenas mover los labios, mientras cerraba los ojos y su cuerpo caía vencido hacia atrás.

Su brazo tatuado colgó inerte de la cama y Virginia, acercándose, lo tomó y lo puso sobre su pecho. Una gran pena se apoderó de ella conforme abrazaba a su abuela y le acariciaba la cara, recogiendo su pelo blanco hacia atrás, quedando manchada de sangre. Trató insistentemente de reanimarla, pero fue inútil. María había muerto.

Las asistencias del hospital, desconcertadas, todavía sin la certeza de lo ocurrido, recorrían los pasillos del hospital mientras la policía entraba en la habitación de María empuñando sus pistolas.

—¡Policía! ¡Quieta! ¡Arriba las manos!

Virginia levantó las manos conforme observaba con gran pena el cuerpo sin vida de su abuela. No entendía qué había ocurrido exactamente. Pero sí sabía que aquella extraña mujer pelirroja había sido la causante. Las lágrimas brotaron de sus ojos y mientras los agentes la esposaban, se fijó en un tatuaje de tipografía arcaica que rodeaba la muñeca de su abuela, en el cual se leía: Uma Soona.



## CAPÍTULO 30 · LA FORTALEZA DE TANAIIS

Tras cinco horas de vuelo, Virginia aterrizó en el aeropuerto de Domodedovo. Después, viajó una hora en tren hasta llegar a Moscú. Allí le esperaba Steven, el joven arqueólogo experto en civilizaciones antiguas que había conocido apenas hacía una semana, en su trayecto desde Atlanta hasta Madrid. Se alojaron en el Swissotel Krasny Holmy. Estaban cerca del Kremlin y la Plaza Roja, y muy bien comunicados, especialmente por el tren directo desde el aeropuerto.

Aconsejados por el recepcionista del hotel decidieron cenar en el Pushkin. Un típico restaurante de comida regional. Disfrutaron de una excelente cocina y de un fantástico vino ruso. Charlaron de mil temas diferentes, saltando de uno a otro entre risas y miradas de complicidad. Casi una cita.

—Esas ruinas no eran romanas, ni mucho menos. Pertenecen a tiempos anteriores. Creo que podríamos incluso remontarnos más allá de los tiempos del rey Argantonio y sus tartesos —comentaba emocionado Steven, haciéndola partícipe de las investigaciones arqueológicas que le habían llevado hasta las costas de Cádiz, en el sur de España—. Posiblemente pertenecieran a una de las primeras civilizaciones en habitar la Península, y ya alzaban ciudades, incluso reinos. Es increíble.

—¿Quizá Atlas o alguna ciudad de la Atlántida! —exclamó Virginia sonriendo.

—No te rías, esto es muy serio —apuntó Steven levantando las cejas.

Virginia le miró mientras bebía unos sorbos de suave vino, pensando en el relato de su abuela. Se preguntó qué pensaría Steven si hubiera escuchado la historia de Hipólita.

—¿Te han dicho algo más sobre lo que sucedió en el hospital? —preguntó Steven con gesto grave.

—No. La policía sigue negando la posibilidad de que fuese un atentado terrorista. Aunque aseguran que fue obra de un profesional. Estuve en comisaría dos días con un

inspector llamado Álvaro. Es un policía bastante atento, aunque algo informal. Llegó desde Madrid. Cree que pudo ser cosa de Montoro. Me mantendrá informada.

—¿Montoro?

—Es un peligroso criminal al que detuve... Ha puesto precio a mi vida.

—¿En serio?

—Así es. Pero la policía se equivoca. En mi opinión no tuvo nada que ver con Montoro, ni iban a por mí.

—¿Por qué crees eso? ¿Es que sabes algo más?

—No, pero creo que hay una persona que sí —aseguró mientras movía la copa en pequeños círculos y pensaba en la pelirroja de larga melena y botas negras, con la certeza de que ella había sido la responsable. También recordó a Diana, la misteriosa mujer que había nombrado su abuela. Tenía dos pistas por las que comenzar su propia investigación.

—¿Y qué piensas hacer? Si crees que te puedo ayudar en algo, solo tienes que decírmelo.

—Gracias, ya me estás ayudando. Mucho. De verdad. Steven sonrió apretando los labios y afirmó una vez con la cabeza.

—De todos modos, no podré hacer nada más hasta que regrese a Estados Unidos. Pero sin duda pienso trabajar en ello —apuntó decidida.

Tras la cena, decidieron pasear por la Plaza Roja. El frío se hacía notar con fuerza y comenzaron a caer finos copos de nieve. Al pasar junto al Kremlin, Steven deslizó la mano por la cintura de Virginia y la acercó a su lado. Ella le correspondió apoyando la cabeza en su hombro.

Caminaron en silencio hasta la puerta del hotel y subieron en el ascensor unidos de la mano. Al llegar al tercer piso ambos se miraron y tras un escueto beso se despidieron con una cálida sonrisa.

—Recuerda que el avión sale a las ocho. Nos vemos mañana temprano —dijo Virginia dirigiéndose hacia su habitación.

—Avísame... ¡o me dormiré!

Nueve horas después, sobrevolaban Rusia en dirección sur.

—Gracias por acompañarme, Steven. En realidad no se si habría tenido ánimo para venir sola.

—No, gracias a ti por invitarme. Como te comenté anoche, si la fortaleza se mantiene en tan buen estado como muestran estas fotografías, merecerá la pena echarle un vistazo.

—¡Tengo un castillo! ¿Qué más se puede pedir? —exclamó ella.

—Solo te falta el príncipe azul. ¿No te valgo yo? —dijo Steven, sonriendo.

Virginia arrugó la nariz y le propinó un suave empujón.

—Mi abuela quería que sus cenizas fueran esparcidas desde la torre de la fortaleza y así será —aseguró Virginia, señalando una de las fotos aéreas—. En su testamento casi suplicaba que sus restos volaran al aire sobre las aguas del Don, desde la fortaleza

de Tanais... Esas fueron sus últimas palabras.

Virginia miró por la ventanilla y sus ojos parecieron humedecerse.

—Es la torre del homenaje —explicó Steven señalando una fotografía, para evitar la tensión emotiva del momento—. Es la estructura principal en cualquier castillo y solía albergar los aposentos del señor de la fortaleza.

—Según el notario, debo acudir al castillo. Tengo que reunirme con el albacea de mi abuela y tomar posesión de la herencia o, en caso contrario, la perderé. No tenía grandes riquezas. Pero, para mi sorpresa, poseía una fortificación medieval en un inmenso valle a orillas del río Don.

—El Don es la más arcaica frontera entre Europa y Asia. En la antigüedad le llamaban Tanais, supongo que de ahí el nombre de la fortaleza —añadió Steven.

Hora y media más tarde aterrizaron en el aeropuerto de Rostov. Pasaron el día visitando la desembocadura del río Don en el mar de Azov. Al atardecer se sentaban en un despacho pequeño, acogedor, con mobiliario de mediados del siglo XIX y una gran biblioteca.

Les esperaba el doctor Joan Fadrell un hombre serio, culto, de pelo blanco y barba rasa. Era una persona sabia a la que le encantaba cualquier tema relacionado con la cultura, además de la medicina. Dado que María le había elegido como albacea, daba la sensación de que se conocían bien y, aparte de Virginia, fue la única persona que asistió al modesto funeral de María. Fue allí donde insistió para que ella viajase a Rusia para tomar posesión de la herencia. Le acompañaba Iván, un extraño personaje, de fino bigote y ojos prominentes, que no entendía nada de lo que hablaban, ni en español ni en inglés, y que estaba siempre atento a las necesidades del doctor.

Pasaron la noche en una modesta casa de pescadores que Iván había alquilado días antes, a orillas del mar de Azov. Las habitaciones, aunque pequeñas, eran muy alegres; la decoración combinaba varios tonos de azul, las ventanas estaban adornadas con grandes maceteros floridos y las paredes con artes de pesca y nudos marineros.

Steven durmió plácidamente, arrullado por el constante salpicar de olas y las aves de paso. Virginia, un piso más arriba, no pudo conciliar el sueño. Desde su estrecho balcón las vistas alcanzaban el mar Negro, el hermoso mar del que su abuela le habló: el Euxino; más allá del Azov.

A la mañana siguiente, el doctor e Iván se presentaron muy temprano entre voces y golpes descuidados. Un ligero lamento salió de los labios de Virginia, mientras se cubría la cabeza con las mantas, pues apenas había logrado conciliar el sueño. El doctor preparó unos huevos revueltos y unas tostadas mientras los dos jóvenes se duchaban y vestían. El familiar aroma del café inundó la casa. Tras el desayuno, marcharon en un Toyota 4x4 entre escuetos bostezos y miradas despertinas. El camino hasta la fortaleza de Tanais era largo y duro.

—Le vuelvo a pedir disculpas por mi insistencia. Era ferviente deseo de María que usted visitara esta tierra —apuntó el doctor.

—¿Y si no hubiera accedido a venir?

—Las tierras hubieran pasado a ser de mi propiedad, sus secretos guardados, muchos de los bienes vendidos y el dinero donado a una asociación benéfica que trabaja con madres solteras.

—¿Qué secretos?

—Ni siquiera yo los conozco. Solo le serán revelados a usted —afirmó el doctor.

—Pienso tomar posesión del castillo y ponerlo en venta —comentó Virginia.

—Quizás debería replanteárselo —le aconsejó el doctor.

—¿Qué hago con un castillo en medio de la nada, a miles de kilómetros de mi hogar? Steven es un apasionado de la historia; él le dará valor económico de una manera objetiva, más allá de lo sentimental. Yo debo regresar cuanto antes a Los Ángeles, donde me espera mi trabajo.

—Sí, allí le esperan su capitán, su medalla, su trabajo en el FBI... y Diana —le contestó el doctor.

Virginia le miró sorprendida. Resultaba obvio que el doctor Fadrell conocía cosas sobre su familia que ella misma ignoraba.

—¿Quién es Diana, doctor?

—Diana es la sabiduría, la fuerza, el amor... Quizás le suenen estas palabras, mi joven amiga. En su momento la conocerá —le contestó. Después bajó su pequeña gorra con forma de boina y se dispuso a dormir.

Al caer el sol llegaron a un pequeño pueblo.

—Llegamos a Kalininskiy. Aquí pasaremos la noche —confirmó el doctor.

Se alojaron en un pequeño hotel del centro que, aunque viejo, resultaba acogedor por su construcción de madera roja y el cálido confort que desprendía cada habitación. Allí, el tiempo parecía no haber transcurrido en siglos.

—Todavía no salgo de mi asombro. ¡Estas tierras y sus gentes son fantásticas! —aseguró Steven mientras cenaban en el restaurante del hotel.

—Así es. Lejos de las grandes ciudades, los pueblos del interior aún conservan todo su encanto —comentó el doctor.

—¿Sabe de qué siglo es la fortaleza? —preguntó Steven, saltando de tema.

—Nadie conoce realmente su origen. María me comentó en una ocasión, que se alza sobre un altar de la Edad del Bronce.

—¿Y cómo llegó a ser propiedad de mi abuela? —preguntó Virginia.

—La heredó, igual que usted ahora. Mañana tendremos tiempo de comentar todos los detalles. Ya es tarde y deberíamos descansar, pero antes un brindis. ¡Por María y por vosotros, mis jóvenes amigos! —exclamó el doctor mientras alzaba su copa.

Al día siguiente salieron de Kalininskiy por una carretera secundaria. Durante más de cinco horas avanzaron, primero por pistas de tierra que atravesaban inmensas

llanuras y después por caminos pedregosos que ascendían por las laderas de las montañas. Pasaron por un pequeño bosque de grandes abetos y sauces hasta llegar a la orilla del río Don. Allí se erigía una fortaleza medieval de piedra y hierro, cuya estructura había sido reforzada con contrafuertes de cemento. Su gran portalón abierto invitaba a traspasar sus muros. Al entrar en el patio de armas los cuatro se sintieron, de inmediato, trasladados a otro mundo.

—Es precioso —comentó Virginia, extasiada ante la belleza de las paredes de piedra gris y las altivas torres coronadas de almenas.

Recorrieron los salones de la fortaleza sin apartar la vista de cada detalle. Las enormes vitrinas coloridas que llenaban los ventanales del interior y las armaduras de la sala de armas, llamaron de inmediato la atención de Steven.

—¡Deben ser muy antiguas! —exclamó impresionado.

El doctor abría el camino, pues era el poseedor de las llaves del castillo y lo conocía lo suficiente como para saber por donde andaba.

—¿Lo ha visitado en muchas ocasiones? —le preguntó Virginia.

—Lo cierto es que no. Hubiera deseado visitarlo con más frecuencia. Pero María era una mujer tan excepcional como poco accesible —contestó con nostalgia.

—Algunas estancias están casi en ruinas, otras se conservan muy bien —interrumpió Steven visiblemente impresionado—. ¿Está usted seguro de que no continúan en uso, doctor?

—Solo la acumulación del polvo delata el paso de los años y los siglos —afirmó satisfecho el doctor—. Pero el castillo no está preparado para soportar las temperaturas nocturnas de la zona y le aseguro que son terribles.

Al entrar en la torre Steven alzó la cabeza y observó admirado la primitiva escalera de caracol que ascendía girando en contra de las agujas del reloj. Subieron con precaución los estrechos y altivos escalones. El doctor llegó arriba resoplando, apoyándose en el hombro de Iván, cuyo rostro no reflejaba ningún signo de cansancio. Detrás de él, Virginia portaba la pequeña urna que contenía las cenizas de María. Steven subía en último lugar, retrasándose cada vez que observaba una inscripción o relieve en las piedras de la pared.

Al llegar a lo alto se quedaron admirados ante las inmensas praderas y el extenso bosque de ribera que conformaban aquel impresionante paisaje de naturaleza virgen. Hacía un día precioso y las aguas del río brillaban con los reflejos dorados del sol al atardecer.

—Estamos aquí para cumplir la última voluntad de María —dijo el doctor una vez recuperado el aliento—. Roguemos un minuto por su alma. Que sus cenizas se extiendan sobre la tierra que tanto amó y que el Señor la acoja en su seno. Descanse en paz.

Tras un minuto de silencio, con la suave brisa meciendo sus cabellos, Virginia abrió la urna funeraria y las cenizas comenzaron a alzarse al aire.

—¡Es hermoso! —comentó Virginia, emocionada al ver como los últimos restos de María, llevados por el viento, sobrevolaban el río y alcanzaban su lecho final en

las llanuras por las que un día cabalaron las hijas de la luna.

Steven la apretó contra su pecho y ella le abrazó con fuerza. Las lágrimas embellecieron el rostro de Virginia.

—Yo tenía mis dudas, pero María siempre supo que usted aparecería. Me hizo prometer que se la daría en mano una vez estuviera en el castillo y sus cenizas fueran lanzadas al aire —dijo el doctor, entregándole una llave de hierro menuda y de forma singular.

Virginia se separó de Steven, tomó la llave y la miró sorprendida.

—¿Sabe usted de dónde es?

—No. Pero sin duda en esta fortaleza se halla la cerradura —contestó el doctor visiblemente emocionado.

—¿La amó usted mucho?

—Sí —afirmó ladeando la cabeza, con la tristeza reflejada en su rostro—. Aunque nunca fue suficiente para ella.

—¿Tiene alguna sorpresa más guardada para mí?

—No hay más sorpresas. María dijo que esta era la llave de la sabiduría y del poder. Ahora, si nos permiten, nosotros debemos irnos. Buscaremos un alojamiento para pasar la noche y regresaremos más tarde para recogerles —dijo el doctor mientras se retiraba, bajando de la torre tras los pasos de Iván.

Los dos jóvenes se quedaron unos minutos sentados sobre la muralla, contemplando el hermoso paisaje que conformaba el inmenso valle. Virginia apoyó la cabeza en el hombro del joven arqueólogo y le abrazó por la cintura. Steven acarició sus largos cabellos y la besó en la frente apretándola contra él.

Virginia, por un momento pensó en su compañero William Vence, que no había podido o no había querido acompañarla y puso la mano en el pecho de Steven. Se sentía querida en sus brazos.

—Yo no lo vendería; esto es precioso. Hay mucho por ver y su valor histórico debe ser enorme. Deberías comprobarlo —comentó Steven.

—¡Qué más quisiera! Pero no puedo conservar esta maravilla desde Los Ángeles y no quiero dejar que se vaya degradando hasta convertirse en ruinas —contestó Virginia mientras se incorporaba—. Vamos, quiero ver de nuevo el salón de lectura —añadió observando la llave que el doctor le había entregado.

—Sí, de acuerdo. Me parece increíble que esa biblioteca se mantenga todavía en pie y que nadie la haya saqueado. ¡Y esos volúmenes parecen tan prometedores! —dijo emocionado Steven saltando de la muralla.

Bajaron por las rudas escaleras hasta la parte baja del castillo y cruzaron los aposentos principales hasta una enorme sala ocupada por la polvorienta biblioteca, una gran mesa de estudio y numerosos enseres cubiertos por gruesas telas.

Virginia se sentó mientras observaba fijamente cómo Steven se maravillaba con cada objeto, con cada libro, registrándolo todo de forma meticulosa y ordenada. En ese instante supo, con cierta sorpresa, que aquel joven arqueólogo le gustaba de verdad. Tomó del pecho la medalla de su abuela y comenzó a acariciarla con cierta

nostalgia. Su mente se vio salpicada por un extraño recuerdo. Hipólita estaba ahí, blandiendo la espada de Ares; cerró los ojos y se vio a sí misma galopando sobre Zaino y sintió en su interior haber vivido cada momento de aquel galope, la intensidad del viento sobre su rostro, el grito de furia del fragor de la batalla y el aroma de la tierra húmeda de Atlas bañada de sangre y cenizas.

Steven la sacó de golpe de su ensueño al dejar caer sobre la mesa un fino y alargado cofre de madera, de color cerezo. Mediría algo más de metro y medio, con un fondo de veinte centímetros y estaba remachado de hierro fundido en extraños relieves, símbolos de otros tiempos. Tenía dos pequeñas asas a los lados y un candado por cierre.

—¡Esa llave! Déjame comprobar si abre el cofre —le pidió el joven arqueólogo y se fijó en la medalla que colgaba del cuello de Virginia—. Resulta curioso, ¿de donde la has sacado?

—Era de mi abuela. Me la dio en el hospital, el día de su muerte —contestó de forma melancólica—. Ten, la llave.

—No hace mucho tiempo vino una mujer al museo —dijo Steven al recordar donde había visto antes esa medalla—. Era pelirroja y tenía mucho carácter, sí. Tenía tatuada, o quizás pintada, parte de la cara. Recuerdo que buscaba información sobre las primeras civilizaciones europeas, de la Edad del Bronce. Llevaba una medalla como la de tu abuela. No sé si tendrá algo que ver.

Virginia le miró sorprendida. Estaba claro que las historias de su abuela tenían un porqué y no era la única interesada en saber. Empezaba a despertarse en ella un verdadero interés por la medalla, por esa llave y por aquella extraña mujer.

Steven la miró mientras introducía la llave en la cerradura.

—¡Sí, se abre!

Al alzar la tapa del cofre, se liberó un imposible destello de luz, acompañado por un intenso perfume de azahar. Presa de la curiosidad, Virginia sacó de su interior un lienzo de finas telas que envolvía, ante su sorpresa, una espada de acero puro con la empuñadura labrada y la hoja perfectamente afilada, exactamente igual a la que ella había soñado apenas hacía unos segundos. Después abrió el pequeño saco y encontró un ligero cinturón formado por numerosas placas de oro, rematadas por el símbolo de Ares, como el que su abuela le describió en su lecho de muerte.

—¡Es increíble! ¿De qué época será? A juzgar por el tipo de artesanía, yo aseguraría que son antiquísimos —apuntó Steven, maravillado por el descubrimiento.

Virginia no respondió. Sacó del cofre el tercer paquete y lo puso sobre la mesa. Con gran delicadeza separó una a una las numerosas capas de telas impermeables untadas con aromáticos ungüentos conservantes, hasta descubrir un hermoso vestido de seda verde esmeralda, adornado con finos hilos de oro. En su lado derecho había un desgarró cosido con esmero y, en su mente, Virginia vislumbró la figura de Hipólita en el campo de batalla, asida a la espada de Ares, herida en su costado por la daga de Mirina.

La joven lo tomó por las hombrecas y lo levantó para observarlo entero. Entonces rodó por el suelo una deslumbrante corona dorada con una luna llena delicadamente labrada. Steven la recogió y se acercó a Virginia estudiándola con detenimiento.

—Antes de poner a subasta este material tienes que dejarme estudiarlo. Es un verdadero tesoro. Creo que son las vestimentas, la espada y la corona de una reina o una sacerdotisa, posiblemente de los tiempos de aqueos, escitas e hititas...

—Pero yo diría que esta hoja es de acero —afirmó Virginia, sopesando la espada con su mano derecha, ante la atenta mirada de Steven—. En época de los hititas todavía no se conocía el acero, ¿o sí?

—No, no se conocía. Los hititas utilizaban armas de bronce y en su periodo tardío de hierro. Pero esta espada es de acero. Me resulta extraño...

Steven dejó la hoja de acero y tomó la corona entre sus manos, pasando suavemente las yemas de sus dedos por su exquisito trenzado.

—Sin duda, parece la corona de una reina.

Después alzó la vista sobre Virginia, que le miraba con una sonrisa cómplice.

—Yo os haré mi reina —le dijo de forma sobreactuada, alzando la corona.

Ella arqueó las cejas y Steven bajó los brazos ciñéndole aquella corona de oro. Virginia notó de inmediato cómo su cuerpo se estremecía conforme una energía desconocida y reconfortante invadía todo su ser. Un grito sordo escapó de sus labios. Extasiada, arqueó la espalda y estiró sus brazos al aire sintiendo como su alma se ensanchaba. Se sintió fuerte, dichosa, poderosa y viva como nunca. En ese instante un rayo sacudió la torre del castillo y atravesó toda la fortaleza restallando en la corona, que resplandeció con fuerza. Steven cayó hacia atrás empujado por un poder sobrenatural, los cristales de los ventanales reventaron en mil pedazos y el bosque pareció rugir como si una gran bestia despertara.

En Washingtong DC, un gigantesco relámpago iluminó un oscuro despacho en lo más alto del edificio Capitol View, donde una mujer de corta melena negra y porte distinguido, observaba el cielo con rostro impávido, sujetando entre sus manos una medalla de las hijas de la luna. En Valencia, tres jóvenes vestidas con modernos trajes de cuero negro registraban la pequeña vivienda de María. Una de ellas se giró hacia la entrada y golpeó la puerta con sus altas botas negras, abriéndola de par en par. Salió apresuradamente a cielo abierto y, con su rojo cabello agitado por el viento observó el cielo nocturno con furia contenida. Un impresionante relámpago estalló, alumbrando su rostro.

Virginia alzó la espada con un grito y, rasgando el aire, puso la afilada punta en el cuello de Steven que, perplejo y sin mover un músculo, la observaba con la boca abierta.

—No, no es la corona de una reina. Es la corona de una diosa —le dijo con voz altiva...

FIN



**FBI**  
SPECIAL AGENT  
Christina Sanchez  
[Small Photo]  
U.S. DEPARTMENT OF JUSTICE  
FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION